

**VIAJE DE EXPLORACION
AL ORIENTE ECUATORIANO
1887-1888**

François Pierre

**VIAJE DE EXPLORACION
AL ORIENTE ECUATORIANO
1887-1888**

Viaje de exploración al oriente ecuatoriano 1887-1888

François Pierre

1ra. Edición: Ediciones Abya-Yala
2da. Edición: Ediciones Abya-Yala
3ra. Edición: Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Telf.: 562-633 / 506-247
Fax: 506-255 / 506-267
E-mail: editorial@abyayala.org
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-04.....

Autoedición: Abya-Yala Editing
Quito-Ecuador

Impresión: Producciones digitales UPS
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, 1999

PRESENTACIÓN

Esta obra salió anónima por primera vez en París, en 1889, con el título: VOYAGE, D'EXPLORATION D'UN MISSIONNAIRE DOMINICAIN CHEZ LEZ TRIBUS SUAVAGE DE L'EQUATEUR.

En 1912 fue traducida al italiano y publicada en Turín. En castellano comenzó a publicarse solamente en 1929, en las páginas del “Oriente Dominicano”, traducida por el P. José María Vargas, por aquel entonces director de la Revista. Cuando dejó de salir en 1937, había sido publicada ya casi toda, faltando solo una parte del cap. XXVII y el XXIX. El EPILOGO volvió aparecer en la misma revista en 1955, traducido por Isabel Robalino.

El texto que aparece aquí es el de José María Vargas (y de I. Robalino). Es la primera vez que la obra aparece en castellano, reunida en un solo tomo. El título original no ha sido traducido literalmente, no solo por resultar demasiado largo, sino por las resonancias que podría tener en nuestros días. Cuanto al contenido se supone que las personas que emprenden la lectura están en condición de tener en cuenta que ha pasado casi un siglo desde que la obra fue escrita: sobra decir que debe ser leída con la óptica de aquel tiempo: el imperialismo europeo (especialmente inglés y francés) estaba en plena expansión, el etnocentrismo europeo no conocía la menor sombra de crisis o de duda, la literatura conectada con los viajes de exploración estaba de moda... Ninguna persona inteligente se va a admirar si el misionero Francisco Pierre ve y juzga las cosas de cierta manera.

La duda puede surgir acerca de la oportunidad de publicar en 1983 un libro de este tipo. Dando por descontado que hay que leerlo con discernimiento, es indudable que se trata de una mina de noticias

interesantes. Mucho queda por investigar para reconstruir la historia de la Amazonía Ecuatoriana: todos los aportes deben ser aprovechados.

Los descendientes de los “Canelos” y los “Jívaros”, que en estas páginas no son tratados precisamente con deferencia, pueden encontrar aquí un excelente material para un estudio antropológico de la mentalidad occidental que los sigue sitiando con fuerza siempre mayor y frente a la cual oscilan entre la admiración y el rechazo.

-Nota de presentador-
Juan Bottasso
1983

EL AUTOR

El Segundo Concilio Provincial Quitense, celebrado en enero de 1869 se planteó el problema de las misiones religiosas en el Oriente ecuatoriano. Su organización se juzgaba urgente, tanto por el aspecto de evangelización como de defensa del patrimonio territorial. Como solución acordó encargar a la Compañía de Jesús la Misión en toda la región oriental de la República, con la obligación de establecer por de pronto cuatro residencias, a saber: en el Napo, Macas, Gualaquiza y Zamora; dejándole en libertad para designar el número de operarios que pudiera establecer en cada residencia.

Para el sostenimiento de los misioneros se impuso una contribución económica al personal del Cabildo, a los párrocos, a las Comunidades religiosas, incluso a los monasterios. Para la recaudación de este impuesto se encargó, por parte del Concilio al Doctor Rafael María Vázquez, y por la de la Compañía, al Padre Francisco Javier Hernández, Superior del Instituto.

Monseñor Francisco Tavani, Nuncio Apostólico en el Ecuador, observó oficialmente que la contribución señalada por el Concilio era molesta a los contribuyentes, y que correspondía al Gobierno el sostenimiento de las Misiones, de acuerdo al Concertado, celebrado entre el Gobierno ecuatoriano y la Santa Sede.

En esta coyuntura se hizo presente en el Convento de Santo Domingo de Quito una delegación de los indios de Canelos, para pedir al superior que los dominicos reanudaran el servicio a la Misión de Canelos, que hasta no hacia mucho había atendido el Padre Leandro Fierro.

A la cabeza de la Provincia se hallaba entonces el Padre Pedro Moro, nombrado recientemente Vicario General, en lugar del Padre José María Larco, fallecido pocos meses antes. El Padre Moro, a instan-

cias del Gobierno, se propuso hacerse cargo de la Misión de Canelos y para llevar a cabo este propósito escribió al Maestro General, Padre Vicente Alejandro Jandel, solicitando licencia para explorar el territorio de Canelos y personal para atender a la Misión.

El 12 de diciembre de 1871 contestó el Padre Jandel al Padre Moro en los términos que siguen: “No sé cómo explicarle el gran contento que me ha causado el celo apostólico que inspiraba a su carta y que estoy tan poco acostumbrado a encontrar en nuestros religiosos: *apparent rari*. Pido a Dios que le aumente este celo y lo comunique a sus religiosos.

El día de San Francisco Javier hable con el Rvmo. General de los Jesuitas sobre la misión de Canelos; él me aseguró que ha debido aceptarla después de haber dejado pasar 4 o 5 años, por las instancias que le hizo el mismo S. Padre y que va a enviar religiosos para dicha misión. Confiésole que disponiéndolo así la Divina Providencia, es ésta una medida de nuestro propio interés ya que actualmente es imposible para nosotros pensar en la misión”.

Por lo visto los Padres de la Compañía se habían hecho por entonces cargo de la Misión de todo el territorio oriental. El deseo del Padre Moro de reanudar la Misión dominicana de Canelos quedó diferido para más tarde.

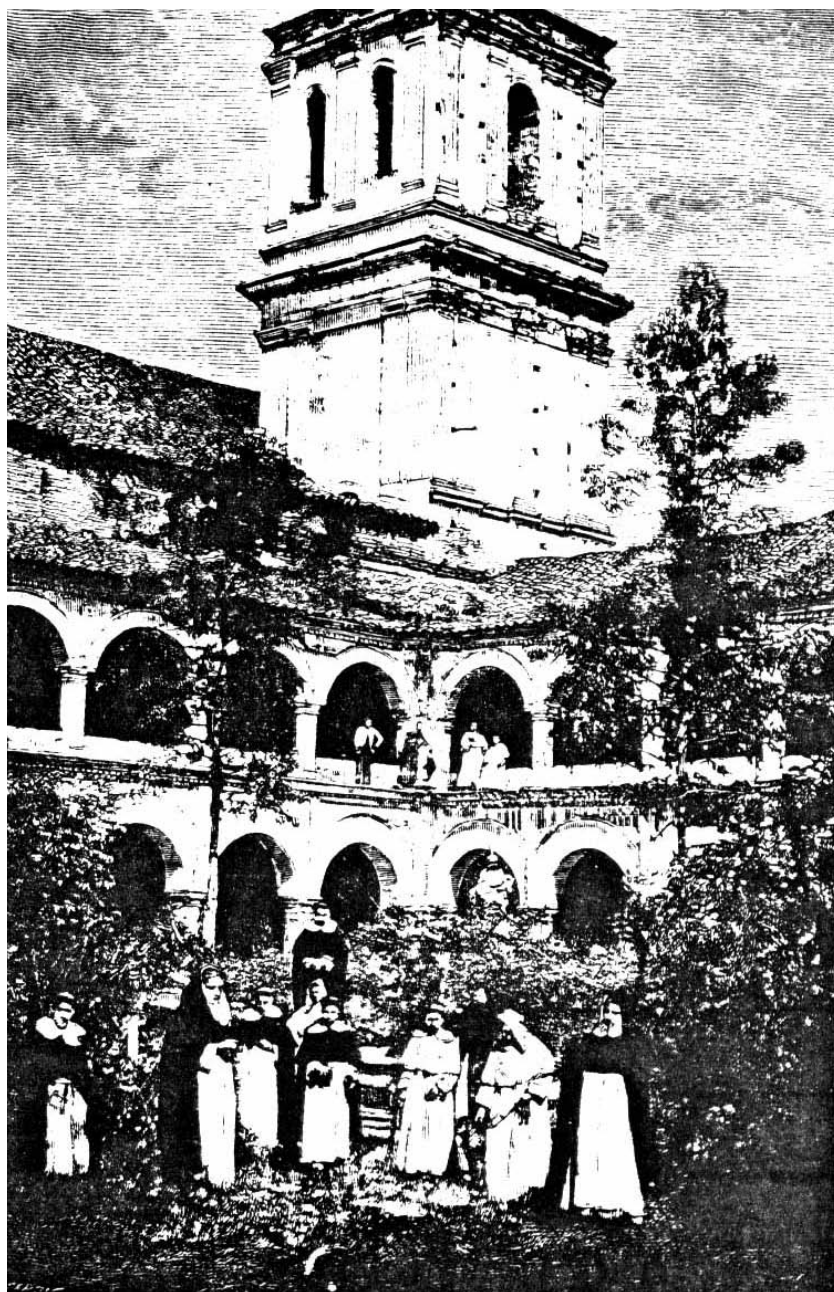
Pasados quince años del intento del Padre Moro, pudo realizarse la empresa de la Misión, gracias a las diligencias del Padre José María Magalli, Provincial de Dominicos, quien había concurrido al Capítulo General, celebrado en Lovaina en Setiembre de 1885. Concluido el Capítulo el Padre Magalli pasó a Roma se entrevistó con el Papa León XIII para pedir que se dignase asignar a la Provincia dominicana del Ecuador la zona meridional de la Misión del Napo que atendían los Jesuitas.

La respuesta fue favorable. En consecuencia, el 4 de Octubre de 1.886, Monseñor Benjamín Cavicchioni, Delegado Apostólico en el Ecuador, expidió en Quito el decreto, mediante el cual erigía la Misión Dominicana con los siguientes límites: de las diócesis de Loja, Cuenca, Bolívar y Quito.

Las condiciones de la concesión eran las siguientes: 1º. la nueva Misión tendría por sede Canelos o Macas, según convendría a los religiosos; 2º. el Superior de la misión, con el nombre de Prefecto, sería el Provincial, el cual gobernaría mediante un delegado; 3º. concluido el provincialato, continuaría el gobierno su sucesor con las mismas facultades, con la condición de conseguir de la Santa Sede la renovación del cargo de Prefecto; 4º. los religiosos destinados a la Misión quedarían bajo la jurisdicción del Provincial y conservarían su asignación conventual con todos sus derechos; 5º. el número de religiosos asignados a la Misión sería por lo menos el de cinco, debiendo en caso de disminución conseguir la licencia de la Santa Sede; 6º. la posesión de la nueva Prefectura debía realizarse el 1.º de Agosto de 1887.

El 9 de Octubre de 1.886 el Padre Magalli dio a conocer a la Provincia el texto del Decreto del Delegado Apostólico, considerando el hecho como un acontecimiento notable en y para la vida de la Provincia.

La empresa de la misión requería personal y fondos económicos. El Capítulo Provincial de 1.887 había oficiado al Congreso de ese año, solicitando la devolución de diez mil pesos que había incautado al Convento de Quito el General Veintimilla. A esta suma se añadieron mil seiscientos francos, enviados providencialmente desde Holanda para el establecimiento de la Misión. Además, con el objeto de asegurar los recursos, el Padre Magalli pidió a Monseñor José Ignacio Ordoñez la adjudicación de la parroquia de Baños a la Provincia, para que sirviera de escala a los misioneros y de ayuda económica a la Misión. Esta petición, dirigida el 12 de Julio de 1.887, tuvo una respuesta favorable y contó ya la Misión con un fondo seguro para subvenir los gastos. En la contestación del 15 de Julio imponía el Arzobispado las condiciones siguientes: la entrega de la parroquia por inventario, la prohibición de enajenar enseres ni terrenos, la reversión de la parroquia a la Arquidiócesis en caso de abandono de la misión y la contribución tasada para el sostenimiento del Seminario. Como la parroquia estaba entonces servida por un cura propio, debía esperarse que él consintiera el traslado a otro beneficio.



Convento de los dominicos de Quito

Tan solo dos meses transcurrieron en cumplirse las condiciones; pues en Octubre del mismo año el Padre Magalli nombre de párroco de Baños al Padre Tomás Cornelio Halflants, quien desde entonces fue el padre y protector de la parroquia. En el Capítulo Provincial hizo constar el Padre Magalli la denuncia relativa al restablecimiento de la Misión de Canelos a cargo de la Provincia¹. Consignaba ahí el dato de que, a insinuación del Padre General, se había brindado como misionero el Padre Lector Fray Francisco Pierre. Presente este religioso en Quito emprendió de inmediato un viaje de exploración al campo misional. Por la vía de Papallacta llegó a Canelos y salió por Baños, en un recorrido de tres meses. De vuelta al Convento Máximo, ponderó a Padres y coristas las posibilidades de apostolado que ofrecía este nuevo campo de acción. Fruto de esta experiencia y primer contacto con los indios fue el libro intitulado: “Viaje de exploración a las tribus salvajes del Ecuador”, que vio la luz en París el año de 1.889.

El 6 de octubre de 1.887 llegó de Roma la confirmación de las Actas del Capítulo, con la aprobación del Segundo Provincialato del Padre Magalli, quien no tardó en cumplir su ideal de conquista misionera. El 3 de Noviembre envió al Padre Pierre con el Padre Guerrero Sosa y el Hermano Simón Hurtado a tomar posesión de Canelos. Poco tiempo permaneció el Padre Pierre en la misión. Con el propósito de publicar su libro en París, se despidió de los religiosos de Quito y se trasladó a Francia.

La obra del Padre Pierre es una relación interesante y pintoresca, que contiene datos de carácter geográfico y etnológico de la zona oriental y principalmente de la Provincia de Canelos, hasta su salida a Baños. Fue traducida por primera vez y publicada en la revista de El Oriente Dominicano.

Se presenta ahora en su texto integral gracias a la diligencia del benemérito Padre Juan Bottasso, Misionero Salesiano.

Fray José María Vargas, O. P.

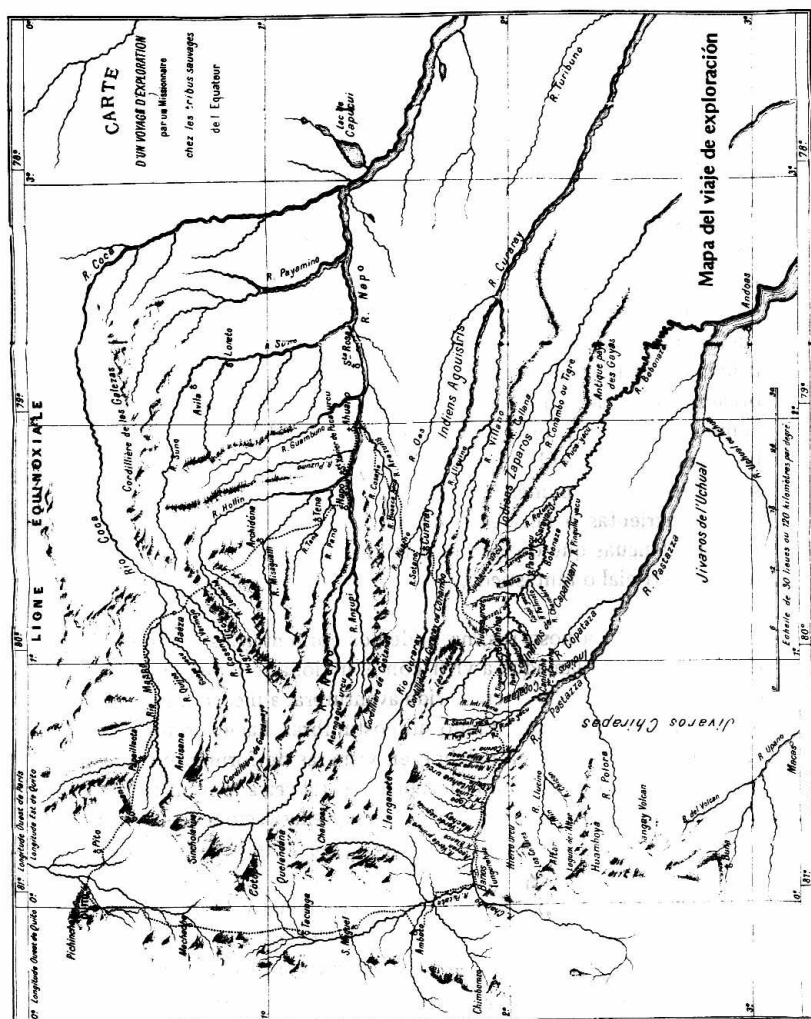
INTRODUCCIÓN

Nadie se admire del título: Viaje de exploración.

Las comarcas situadas al este de la Cordillera son, ahora mismo, poco menos conocidas que el centro de Africa o los desiertos glaciales del polo. Verdad que algunos viajeros han franqueado la distancia inmensa que, en esta parte de América, separa los dos Océanos; pero ha sido al vuelo, por una vía fácil y conocida ya, y por consiguiente sin mayor utilidad para la etnografía y la ciencia. El Napo, navegable casi desde su origen, les condujo al Amazonas y el Amazonas al Atlántico. Llevados como flecha por la piragua del indio, apenas han visto de la selva sino las riberas del río, cubiertas de verdor. Más de los seres vivientes que allí se mueven, de los numerosos pueblos que en ese lugar habitan, de las escenas sangrientas o burlescas que por esas regiones pasan, de las razas y de las lenguas que dividen esos territorios, ¿qué podían decir que no fuese superficial o fantástico?

En cuanto a nosotros, no podemos contentarnos con una exploración a la ligera. Llamados a vivir con el indio, a recorrer con él el dedalo de la selva, a tomar parte en su vida aventurera, a incorporarnos en cierto modo en cada tribu, adoptando sus costumbres, haciéndonos a sus caprichos; hallándonos en una palabra, en vísperas de formar una misión, habría sido exponernos a duras decepciones, tal vez a la ruina total de obra y operarios, el aventurarnos a ciegas en aquellas regiones, tenidas por impracticables y entre pueblos renombrados por su ferocidad.

El Muy Reverendo Padre Magalli, Provincial y Prefecto Apostólico de la Misión, se dignó, pues, en enviarme en calidad de explorador, el próximo pasado Abril. Es esta la circunstancia providencial que me ha facilitado poder iniciar a mis lectores en los misterios que ocultan esas soledades.



Primera parte
DE QUITO A ARCHIDONA

Capítulo I

DE QUITO A PAPALLACTA

La cadena oriental de la Cordillera de los Andes se extiende de norte a sur de la República, como una gigantesca muralla, como una fortaleza inexpugnable. Es tan formidable la frontera, que no sin motivo uno se pregunta, si estas dos mitades de una misma nación, infinitamente se paradas una de otra, llegarán alguna vez a fundirse en una misma unidad política.

Al oeste, sobre elevadas mesetas, en valles fértiles situados entre los dos brazos de la Cordillera; más allá, sobre planos inclinados que de la cadena occidental descienden al Pacífico, se encuentra la parte civilizada del país, las provincias con sus capitales, Esmeraldas, Guayaquil, Cuenca, Ambato, Quito, la reina de las ciudades.

Al este se halla el dominio de la barbarie. Dejemos por ahora la civilización, que hoy en muchos puntos se da de mano con la barbarie, y entremos, de lleno, en las regiones orientales.

¡De lleno! La cosa no es tan fácil como parece. Frente a nosotros se levantan las montañas de cinco a seis mil metros de elevación. El arte aquí no ha venido aun en auxilio de la naturaleza; inútil, pues, buscar un camino, un sendero, un algo que nos recuerde las pintorescas veredas que facilitan al turista europeo la ascensión de los Alpes y Pirineos.

Para entrar en este mundo nuevo, el viajero no encuentra otra puerta, que las obras que en la montaña hacen los ríos que, en cascadas espumantes, se precipitan de las nevadas cimas del Cayambe, del Antisana, del Cotopaxi, del Sangay.

No hay mas entrada que la garganta estrecha y profunda, que sirve de lecho al torrente. Reducida, oscura, húmeda y fría en su origen, la garganta se ensancha poco a poco, a medida que se aleja de la Cordillera, se alegra luego, el sol la baña, se transforma en fin en un ancho y magnífico valle. El impetuoso torrente, aprisionado en sus murallas de piedra, se expande placentero, sintiéndose feliz al respirar después de un tan prolongado encierro. Los obstáculos vencidos durante su enloquecido curso, las rocas desprendidas y deshechas, los árboles arrancados de cuajo, despedazados, llevados como briznas de paja, los saltos prodigiosos de cascadas le dan derecho a un nombre más glorioso: no es ya solo un torrente, es un río, es el Coca, el Napo, el Curaray, el Bobonaza, el Pastaza. Ved aquí los nombres de los principales ríos que encontraremos en el curso de nuestra exploración.

Nos resolvimos penetrar en la comarca india por el río Coca. ¿Y por qué? Porque, se nos decía, que por ésta parte serían menores los obstáculos, porque el Archidona se hallaba en esta dirección, y el Archidona, centro de la Misión de los Reverendos Padres Jesuitas, en el norte del Napo, me ofrecía en perspectiva días de fraternal y religiosa hospitalidad. Allí haría mi provisión de víveres, recibiría un mundo de indicaciones sobre los territorios y las poblaciones, y lo que es más, encontraría un guía experimentado, que me acompañase hasta Canelos. Por mi relación se verá cómo la Providencia satisfizo mis deseos y cumplió mis esperanzas.

El río Coca, llamado en su origen el Maspa, desciende por arroyuelos mil, de los nevados de Antisana. Casi en la cumbre de la pendiente oriental de la cordillera, a una altura de cerca de cuatro mil metros y al extremo de la extensa garganta de Guamaní, que une el Oriente con el Occidente del Ecuador, se encuentra un vasto depósito de agua, abierto por la naturaleza, cuyas cristalinas linfas forman uno de los más preciosos, de los mejor situados lagos, el lago de Papallacta, junto al villorrio indígena de este nombre.

Las aguas desbordadas del lago se derraman por una larga brecha abierta en la roca: es el Maspa que se anima, se abre curso y se pre-

cipita atronador y a saltos por las pendientes rápidas de la Cordillera de Guacamayo. Por un momento atenúa su paso, como para tomar aliento, en la verde meseta sobre la cual se encuentra el pueblo de Papallacta; se divide luego, toma en la pradera mil figuras caprichosas, se tuerce en mil sinuosidades, se recoge de nuevo en la profunda y estrecha garganta de Guacamayo, recibe los afluentes del Quijos, Vermijo y de Cosanga, que descienden también de las nevadas cumbres del Antisana, se transforma ya en un gran río, el río Coca.

Me dirigí, pues, hacia la garganta de Guamaní y Papallacta.

Tres días a caballo hasta para llegar al caserío.

A la tarde del segundo día, me encontré a la entrada de la garganta en un lugar salvaje, denominado el corral del Inga. Ya las tinieblas cubrían el valle y busqué inútilmente un lugar cualquiera para allí preparar mi frugal pitanza para la noche.

Di ciertamente con un establo abandonado; más el tejado destruido había dado paso a las lluvias de los días precedentes, de modo que los estercoleros removidos por el agua lo volvían inhabitable. Grande fue mi perplejidad al notar a unos cien metros de distancia una ligera columna de humo, indicio cierto de habitación humana; había sido una cabaña de carboneros.

Estas buenas gentes me acogieron con cariñosa cordialidad, poniendo a mi disposición su miserable choza, con tal generosidad y delicadeza llenaron mi alma de emoción. Al centro de la cabaña chisporrotea una gran fogata; eché bonitamente sobre el suelo un puñado de hierba seca, y como hacía frío, me instale lo más cercano posible al fuego.

Entretanto que una cocinera, mujer desgredada y sucia, de color negruzco, de robustos miembros, con su cabellera flotante al viento, se ocupa en aderezarme un poco de arroz, hago yo el inventario de nuestro rústico palacio y entablo conversación con mis hospederos.

¿Cómo es nuestra cabaña? Una cubierta de paja cuyos extremos tocan casi al suelo; un vallado de cuatro metros de cerco, formado por una paliza, al través de la cual sopla reciamente el viento. Ni puerta, ni chimenea; el humo se busca salida por entre las ranuras de la techumbre, nos ciega y nos sofoca con sus negros torbellinos. El mobiliario interior, muy semejante al de la edad cuaternaria, se compone de cuatro ollas de barro y algunas escudillas de madera. Ni silletas, ni bancas, ni mesas, ni nada de lo que en Europa cuentan los hogares más miserables, ¡ni siquiera un lecho!

Con todo, existían allí dos familias de carboneros: hombres, mujeres, niños ¡total trece personas! Tres robustos perros hacían de centinela alrededor, prontos a defendernos de los lobos, que casi cada noche, descienden de la cumbre a merodear los valles.

- Amigos míos, ¿por qué no os construís una habitación más espaciosa y cómoda?
- ¡Ah! señor, ¡si dependiera de nosotros!...
- Pero, ¿no hay acaso tanta madera en el bosque?
- ¡Sí, señor, pero no es nuestra!

¡Siempre este terrible nosotros, este terrible nuestra! Existen, pues, seres tan desnaturalizados que niegan a estas pobres gentes el espacio que ocupan, ¡el aire que respiran!

El pájaro se fabrica un nido para sus polluelos, un nido espacioso, blando, entre guirnaldas, lo coloca a los rayos del sol, al borde de una fuente límpida. La fiera de las selvas, se busca una guarida, se provee de una cueva en la espesura del bosque. Todo en la naturaleza tiene lo suyo, un espacio independiente y libre, desde las esferas que se mueven en los espacios celestes hasta el átomo que vibra en el seno de la materia: leyes inquebrantables impiden la usurpación de los unos a los otros; ¡solo el hombre es tan infortunado que halla otro hombre que le rehuse y niegue el aire y el espacio y los materiales necesarios para la construcción de un nido en que albergar a su familia!

Me he encontrado entre los indios, entre esos indios del interior de la República, a quienes se quiere llamar civilizados, seguramente porque habitan en un medio civilizado: raza embrutecida, degradada, una de las más maltratadas, ¡de las más infortunadas que existen debajo del sol! Ya más de una vez, mi corazón se había conmovido al oír lamentar su triste suerte; ¡pero no hay comparación al dolor, que sentí durante esa noche de torturas físicas y morales que pasé en medio de ellos! Medio asfixiados por el humo, titiritando de frío a pesar de la chispeante llama, sin lecho, sin cobijas, les vi cenar algunos granos de maíz tostado, luego acostarse sobre el suelo, como los animales de un establo, ¡en la más repugnante promiscuidad!

- Amigos míos, ¿no pensáis en encomendaros a Dios?
- ¡Tiene razón, señor!

Entonces juntos rezamos el Rosario. Intenté luego persuadirles a que se confesaran, pero sin conseguir mi intento.

¡Es pues un hecho que hay esclavos en América!

Esta República del Ecuador, tan renombrada por su fe, tan celebrada por la suavidad de sus costumbres y la cultura de sus habitantes, ¿no será caso de excepción en el número de las naciones civilizadas?

No, si se atiende a sus leyes; si, si se consideran los hechos.

¡El indio es libre en derecho; en la realidad es esclavo!

¡Es un artículo mercantil, un objeto de comercio que se vende, que se compra, que se recibe en herencia, que se toma de un deudor moroso, como al caballo o al mulo! El indio es libre en derecho, así es, la ley garantiza su libertad; pero la misma ley autoriza también su servidumbre y opresión.

La ley permite venderse para pagar una deuda, para vivir, para casarse, para obtener un pedazo de terreno, para levantar un albergue para su familia. Se concluye el infame pacto, se depositan los pocos reales, desde entonces el pobre hombre es un esclavo, su mujer y sus hijos



Indio cargador de agua en Quito

son esclavos y los hijos de sus hijos y así indefinidamente, hasta la compleja solvencia de una deuda que su miseria y la miseria de sus hijos volverá insoluble para siempre. Se le construye una choza al estilo de la descrita, se le concede a uso algunas varas de tierra, y vedle ya anexo a la gleba, más estrecha, más despiadadamente que el esclavo de los tiempos feudales transformado en bestia comprada, muy peor alimentado que el caballo o el asno de su dueño y menos bien tratado. ¡Se llama por aquí concierto este odioso pacto; es el término consagrado por el uso! ¿No es verdad pobre concierto?

Lúgubres acordes aquellos en que la voz fuerte y autoritaria del patrón que manda se mezcla a las agudas notas del mísero oprimido, en que el silbido del látigo y el chasquido de las varas hacen acorde con los gemidos y sollozos de las víctimas torturadas; concierto muy semejante al que hizo de Abel la víctima de Caín y puso sobre la frente del fratricida una mancha que jamás se limpiará.

El lunes, a las seis de la mañana, estuve ya sobre mi cabalgadura. Mis hospederos me rodearon todos para despedirme: les agradecí, les hice una limosna, y me separé con ternura.

La garganta de Guamaní no tiene nada que atraiga la vista, ni excite la emoción del viajero. Es un largo e interminable barranco en que los vientos soplan con ímpetu. A medida que se avanza en la estrecha vía y se trepa por estas pendientes abruptas, la vegetación amortigua su savia y pierde su vigor. Luego no se ven mas que arbustos lacios de hojas betosas y brillantes¹; presto desaparecen aun estos arbustos y no se encuentra ya otra cosa que yerbas descoloridas de largo y fibroso tallo, muy semejantes al esparto. Es ya el desierto, con su soledad y su desolación.

Siempre en dirección al este, y siempre ascendiendo, que esta es la tarea, continuó mi camino, consultando de tiempo en tiempo mi brújula y lleno de confianza en los estribos de acero de mi caballo. El noble animal hace verdaderos prodigios de gimnástica, escalando (no es exagerado el vocablo) rocas inaccesibles, arriesgando por pendientes tan resbaladizas que le obligaban a encogerse y apoyarse para no de-



Cruzando la cordillera a caballo

jarse arrastrar hacia el abismo; atascado a menudo hasta el pecho, pero siempre infatigable, siempre con paso firme. No se puede tener en Europa ni siquiera idea de lo que es capaz un caballo en estas regiones las más montañosas, ¡las más inaccesibles del globo!

Todo a mi alrededor era tan triste y tan sombrío; el cuadro que se desplegaba ante mis ojos respiraba tal melancolía; el cierzo glacial que azotaba mi rostro contenía un no se que tan enervante y engañoso; veía en las gigantescas murallas de rocas cubiertas de ramas duras e inflexibles algo tan abrumador y desesperante, que fatalmente y sin darme cuenta me sentí como una misma cosa con esta naturaleza desolada.

Gracias a Dios la Providencia me deparó en este mismo trance un compañero de viaje; lo encontré sobre el borde de un bache, con las patas en el agua; me miró con el único ojo que le quedaba, pero con una mirada tan dulce, tan suplicante y desesperada, que salté al momento de mi caballo y lo tome entre mis brazos.

Era un pobre animalito, un perrito, muriendo de hambre, perdido en la montaña, herido tal vez por alguna fiera, un ser abandonado, hecho presa de la muerte.

Pobre animal, tan desgraciado me pareció, que desde luego le favorecí con mi amistad.

¡Perico, Perico! ¡No has de morir, amigo mío! To, to, toma esto para que te alientes!

Y acariciándole le doy pan y algunas golosinas. Perico, es el nombre de una cotorra de azuladas alas. ¿Cómo así llamé “Perico” a mi nuevo amigo? No sabré dar razón de ello, fue completamente espontáneo. Contentísimo con mi hallazgo, lo envuelvo en mi poncho de montar, lo coloco por delante de la montura, y adelante, prosigo con alientos mi camino, haciendo a mi perrito mil caricias y muestras de cariño. ¡Nunca perro alguno fue más querido y mimado como lo fue Perico! Durante los dos meses que recorrimos juntos el bosque, varias veces

me vi sin tener lo necesario, pero a Perico no le faltaba su ración. Siempre tenía conmigo algunos restos, algunos relieves de la víspera, para reanimar sus perdidas fuerzas, y calmar su hambre. Fue así que el pobre animal me cobró tanta afición, que jamás, ni de día ni de noche, se apartaba de mi lado, siguiendo junto a mí, como el perro del ciego. Sucedió así, ¡hasta el día eternamente nefasto en que una fiera devoró a mi Perico!

Al caer de la tarde, llegué a la cumbre del vasto anfiteatro, a cuyo fondo reverberaban, como la arena dorada de un circo, las apacibles aguas de Papallacta. Desciendo las gradas de verdor, tapizadas de espesos matorrales de mimosas y de fucsias salvajes, desde donde se destacan, semejantes a las columnas de un circo antiguo, los gruesos troncos de centenarias. Luego, deslizándome como sombra sobre los bordes silenciosos y tranquilos del lago, me interno en el estrecho y oscuro sendero que conduce al villorrio.

Cinco horas y media después y entraba en Papallacta.

¡Papallacta! Es un pueblecito de indios, situado como jinete en la cuchilla en que se unen las dos vertientes, los dos mundos, el mundo salvaje que se encuentra al este y el mundo civilizado que se extiende al oeste. El carácter del indio de Papallacta se resiente naturalmente de la topografía de su población: es un ser híbrido, es un salvaje injertado en una cepa civilizada; pero predomina en él la savia amarga del salvaje y sus frutos son de extremada aspereza al paladar del viajero.

Desconfíe usted, se me había dicho mil veces, desconfíe usted de Papallacta, ¡es una cueva de ladrones! Y en efecto, todas esas chozas suspendidas a los flancos de la montaña, aisladas las unas de las otras, apoyadas a las rocas que se alzan sobre el valle, se parecen mucho a cuevas de ladrones. ¡Valgame Dios, he aquí que salen de sus madrigueras! El instinto es infalible; han percibido una presa y toda una cuadrilla de indios cae a mis espaldas. ¡Se oyen gritos, me hacen gestos, me amenazan ya, heme aquí con un tumulto y confusión inexplicables! Se disputan evidentemente entre ellos el honor de hospedarme, de guiarme al través del bosque, de llevar mi maleta... y sobre todo ¡se disputan por



Estribaciones de la cordillera

mi plata! Para calmar esta tempestad y salir sano y salvo de semejante tumulto alzo naturalito una de las faldas de mi poncho y dejo asomar mi hábito blanco. Bastó ello, los caciques me rodearon con respeto, los buitres trocados en palomas, bésanme las manos y me prometen un mundo de maravillas... ¡y todo a precios moderadísimos!

Digamos en su descargo, que estos rudos indios no son tan rudos, sino porque no se toma empeño en educarlos, estos piratas del desierto no esperan sino una cosa para devenir hombres leales y fervorosos cristianos; necesitan sacerdotes que se consagren a instruirlos, a vivir en medio de ellos. ¡Que presto se despojarían así de su natural dureza y se dejarían educar por un sacerdote prudente y de paciencia! ¡Qué de súplicas, qué de instancias no han hecho ellos para obtener un maestro y un sacerdote! Pero hasta el presente el maestro les ha sido rehusado y el sacerdote no ha acudido a su demanda sino muy raramente, durante las últimas semanas de cuaresma.

El día que siguió a mi llegada lo empleé en hablar con los indios, en negociaciones con los cabecillas, en compra de víveres, en preparativos de toda suerte. No conozco gentes más suspicaces, más pleitistas, más bribonas, ni más tramposas que esos indios; verdadera junta de mochuelos a órdenes de un Fatasmón, de aire insinuante, de mirada oblicua, de voz chillona y mordaz; frío, egoísta, después del negocio tanto más implacable cuanto más uno se ha puesto a merced de su omnipotencia. Si alguna vez llegáis a tratar con ellos guardaos bien de hacer ninguna concesión, porque entonces ¡estáis perdidos! toda concesión es un nudo que os ponéis voluntariamente al cuello; su exigencia crece al compás de vuestra debilidad y terminarán por extrangularos.

Comprendí presto mi situación; así que volviendo ligero sobre mis andadas y recobrando de golpe el terreno perdido, me planté delante de ellos como hombre que manda para ser obedecido.

- Ya comprendo: ¿No queréis un sacerdote? Pues bien. ¡Ninguno pondrá el pie jamás en vuestro pueblo!

Esta amenaza venció luego su resistencia. Se decidió, pues, que me darían cuatro indios para acompañarme hasta Archidona conviniéndose cada uno en el precio de tres sucres. La partida se señaló para el lunes a las seis de la mañana en punto.

Libre ya de esta trampa de pájaro, empleé las últimas horas de la tarde en reconocer el valle para visitar las aguas termales que brotan allí con profusión. Nadie se cura de utilizar estas fuentes, cuya elevada temperatura y olor fuerte de sulfuro señalan su energía y eficacia; las aguas corren sin ser aprovechadas a aumentar el caudal del Maspa. Se dice que ésta vertiente de la montaña es abundante en minas de sal gema: el hecho es que brota un chorro de agua de tal modo saturada de sal, que los indios se sirven de ella para sazonar los alimentos.

Está situado el villorrio al pie del cono nevado del Antisana, a la entrada de la garganta de Guacamayo; aprisionado en una especie de bodoquera cuya única salida va a dar a los nevaderos. Así que todas las tempestades de agua o de nieve que se originan en el Antisana desahogan allí su furia; no existe clima más húmedo, más frío y desapacible en todo el Ecuador. ¡Y ello a dos leguas del edén que forma el lago de Papallacta y a la entrada misma de la selva virgen! .

Nota

- 1 Capparis indifolia de los botánicos.

Capítulo II

ROPA DE VIAJE - LA PARTIDA

Dijimos ya, Papallacta hace el punto de transición entre la civilización y la barbarie, entre el occidente y el oriente del Ecuador. Un paso más y ya se encuentra uno en plena selva en un mundo absolutamente nuevo; no se crea poderse dar este paso así como quiera, es preciso antes sujetarse a ciertas formalidades desagradables si, pero esenciales. ¡Ante todo, imposible viajar a caballo por la selva virgen!

¡Adiós mi valiente rucio! Fue ya un milagro que el pobre animal hubiese podido conducirme sano y salvo hasta Papallacta. Un robusto indio se encargó de volverlo a Quito.

Venga pues mi vestido de viaje, el uniforme de circunstancia, un arreo pintoresco y en extremo divertido. Los diarios de modas de París no me ofrecen palabras adecuadas para el caso; trataré de describirlo como pueda.

Un panamá de ancha falda, algo así como un parasol o paraguas, digámosle una sombrilla. Sufrirá ciertamente muchas rasgaduras al atravesar las espesuras erizadas de espinas; no pocas veces, despechado, fastidiado vendrá la tentación de arrojarlo contra el suelo. ¡Pero cuidado con hacerlo! No tendréis con que defenderos de los ardientes rayos de un sol de fuego, al atravesar los ríos y caminar por las costas. ¡Válgame Dios! He comenzado por donde debía terminar; pero no importa, pasemos al vestido. Es preciso usar de tela blanca, corta y que cuadre perfectamente al talle: sería una cosa ideal una blusa de cazador. Es indispensable además un largo ceñidor de cuero; de lo contrario ¿cómo entregarse a esa gimnasia violenta, a esfuerzos casi continuos para trepar, para saltar, para mantenerse en equilibrio, a las heridas internas

que necesariamente se seguiría, de no estar estrechamente ceñidos los riñones y el abdomen?

¡Adiós hábito, sotana blanca, pantalón vulgar! Véngame un calzón de baño algo corto y ligero, que pueda secarse presto al sol, después de una lluvia o de un baño forzado. Ni medias, ni polainas, ni botines de cuero, basta un par de sólidas alborgas. Dejad pues vuestras botas al ropero, si no preferís dejarlas en los baches; es preciso que el pie se encuentre libre y pueda moverse en todo sentido, sin ningún estorbo; de lo contrario es segura la pérdida del equilibrio.

Proveed vuestros bolsillos más bien de una excelente brújula y de un barómetro, una y otro os procurará el placer de hacer de cuando en cuando algunos estudios geográficos. No pocas veces, si sois listos, podéis dar a los indios preciosas indicaciones sobre la dirección que convenga seguir; porque en este dédalo infranqueable, aun el indio se ve en apuros con frecuencia.

Tampoco olvidéis vuestro revolver, ni lo apartéis un instante de vosotros. Hacedos asimismo de un buen fusil de caza, de una arma de tiro rápido y largo alcance, así tendréis una defensa contra las fieras y un medio de conseguir el sustento en caso de necesidad.

¿Qué más?... Nada más, esto mismo ya es bastante, porque es precisamente ahora cuando conviene evitar todo recargo y estorbo.

Llegó el día de la partida, me levanté a las tres de la mañana para decir la santa misa, felicidad de que debía verme privado por largo tiempo y para hacer los últimos preparativos.

A las seis estuve ya en uniforme de marcha, mis cuatro indios haldas en cinta no esperaban sino la señal. Adelante, pues, y ¡Dios sea con nosotros! Al instante, mis astutos compañeros caminan aceleradamente. Por más que aligero mi paso, por más que les suplico y amenazo, no oyen nada: en un abrir y cerrar de ojos atraviesan el valle, se internan en la selva. Todo buen papallacteo sabe de esta táctica y nunca les sale mal. Así se apartan gran trecho del infortunado viajero, revisan

su maleta y se sustraen lo que les viene en gana. Yo me hallaba ya sobre aviso, así que acelerando mi paso, resbalándome, tambaleando, rodando en ésta pendiente rápida y lodosa pude no obstante llegar a sorprenderles precisamente en el momento en que, examinaban su presa y se disponían a recoger los frutos de su robo.

¡Pedazos de ladrones! ¡Cómo os dejasteis sorprender! Esto no es conmigo; ahora ¡pagareis vuestra picardía!

Tomo al instante mi fusil por el cañón y con la culata les endilgo un golpe tan acertado en cierta parte de la anatomía, que al momento todos pierden el equilibrio y caen de narices en el lodo. Medida extremadamente dolorosa. Mas, ¿qué hacer? Es el único argumento que comprenden estos rudos indios, porque la fuerza es la única ley a que obedecen. Así probó el efecto, pues, lejos de llevar a mal mi proceder, mis indios se levantan sonreídos; luego me besan las manos con respeto, toman mis maletas y continúan el camino, mansos como un cordero.

Debo confesar, en honor de ellos, que desde entonces me guardaron fidelidad a toda prueba y que más de una vez se sacrificaron a si mismos para salvarme. Mi energía les había amansado. ¡Qué extraños secretos tiene el corazón humano!, ¡y quien osara después de esto gloriarse de conocer sus pliegues y escrutar sus profundidades!

Capítulo III

CÓMO SE VIAJA EN LA SELVA VIRGEN

Para llegar al término de mi viaje, no tenía, en la elección de ruta, el menor embarazo. El único camino que se me presentaba era la garganta que sirve de lecho al torrente. No había más partido que tomar, sino introducirse con el río en esas profundidades, donde los rayos del sol penetran apenas a raros intervalos. En los trechos en que la ribera es accesible, hay que seguir por ella, agarrándose a los árboles, raíces, bejucos y parte sobresaliente de las rocas, para no descender al abismo que brama a nuestros pies: no pocas veces se ve uno obligado, para continuar la marcha, a despejar con el machete, rompiendo de derecha a izquierda la red inextricable de cañas, bejucos y palmeras de tallos espinosos.

En ocasiones, son también las riberas muy escarpadas, y por consiguiente, inaccesibles. De uno y otro lado del río se alzan como elevadas murallas, lisas, perpendiculares, sin más vegetación que las escolopendras capilares y helechos enanos; murallas que vierten agua, tapizadas de musgos y de mohos de variados colores. En casos semejantes, sin vacilar hay que descender con valor al mismo torrente, procurar pasarlo eligiendo para esta peligrosa travesía la línea de blanca espuma de los bajos, donde el furor del agua es impotente por falta de profundidad. Asentad vuestro largo bastón en los intersticios de las piedras, apoyaos fuertemente a el y adelante. Si el ruido atronador del torrente, las gotas de agua que saltan a los ojos, los movimientos violentos que os causan, ocasionan vértigos, rodea la cabeza y tiemblan las piernas, entonces, gritad, pedid socorro. Si tarda el indio un momento, estáis perdido.

Este accidente me sucedió dos veces, durante el trayecto de Papallacta a Archidona. Pasamos por vado dos terribles corrientes de agua: el Cosanga, afluente del Coca, y el Jandache, tributario del Misagualli. Una creciente súbita nos sorprendió en medio del río, y el agua impetuosa me subió de golpe al pecho, y fui arrebatado por ella, como una ligera pluma lo es por el torbellino. Gracias a Dios, mis fieles indios, aquellos que el culatazo había súbita y radicalmente transformado, me vigilaban; y tomándome por los pies me condujeron a remolque a la orilla, con peligro de su propia vida, seguramente agradecidos de que les cedí voluntariamente las cosas robadas de mi maleta, mostrándoles algunos manjares que se habían resbalado y complaciéndome de su júbilo y glotonería.

Cuando el río da numerosas vueltas, obstinarse en seguirle, sujetarse a su caprichos, sería perder el tiempo y exponerse a una aventura peligrosa. Abreviad el camino, atravesando una o muchas cordilleras laterales y después de andar así algunos kilómetros descended al río, que sirve de fiel conductor. Las cordilleras no se pueden subir fácilmente; hay que escalar valiéndose para ello de las manos y los pies, y avanzar, unas veces, a fuerza de brazos y arrastrándose sobre las rocas viscosas, otras suspendiéndose de los bejucos, como los monos, o mas bien como los marineros a las jarcias de su navío.

Y si encontráis, tendido sobre el suelo e impidiendo el paso, uno de esos árboles gigantescos, caído bajo el peso de los años o arrancado de cuajo por la violencia del ciclón (esto es lo más común), es un suplicio inexplicable. Perdido en ese caos vegetal, preso por los bejucos, obligado a atravesar por encima de ramas que la caída formidable del gigante ha despedazado, ramas que acaban de romperse con vuestro propio peso, descendéis con ellas a lo más profundo de esta confusa aglomeración de ramas; raíces y parásitos de toda especie, y salís de allí contusionado, herido, desfigurado.... En fin, se ha conseguido ascender la cordillera, pero la costa de cuántos trabajos y dolorosas pruebas! Mirad ahora vuestros pies y manos lastimados, cubiertos de sangre, las piernas magulladas y vuestros vestidos hechos pedazos. Los musgos, líquenes, hojas podridas y mohos de todos matices, sobre los que habéis

caído tan violentamente, han teñido los vestidos, ¡impregnándoles de su tintura! ¡Vamos, vamos, cerremos los ojos y continuemos nuestro camino!

No obstante, cuando la montaña se transforma en colina, y las pendientes abruptas se suavizan y deprimen hasta la llanura, el viaje cambia de aspecto y se hace menos penoso: ¿será agradable?

Ya no hay que escalar montañas, es cierto, pero si chapotear horas enteras en el agua y en el lodo. No encontrando salida suficiente, las aguas de las lluvias permanecen en estos terrenos bajos, donde se acumulan y pudren mezcladas a los detritus vegetales, y forman pantanos, lodazales infectos de color verdoso o azulados, saturados de gases tóxicos y nauseabundos, en los cuales se agitan multitudes de insectos y de animales de formas extrañas y repugnantes. Menester es, sin embargo, atravesar estas cloacas, introducirse en estas inmundicias, que muchas veces suben a medio cuerpo, causando languidez y principios de asfixia. Si la barraca es muy profunda, el indio coloca en ella una larga caña que sobrenada, y por esta caña movediza y sumergida en el agua, pasaréis haciendo prodigios de equilibrio. Un falso movimiento, un susto, la mudanza de lugar de la balsa cilíndrica que os conduce, una sacudida de aquel que precede o del que sigue, os hacen ir de barriga a la hoyada, chapuzar como un pato y salir de allí viscoso y desaseado de pies a cabeza como una anguila. Esto despierta la hilaridad del indio, y ríe estrepitosamente hasta desternillarse y da hurras tanto más frenéticos cuanto más digno de lástima, triste y consternado quedáis.

Esos charcos son el sitio de predilección de los zancudos; pero se los encuentra por todas partes en tal abundancia, que forman nubes y no os dejan en reposo el día ni la noche. La música infernal os exaspera y enloquece: cuando acometen a alguna persona lo hacen por millares, cubren sus piernas, manos y cara produciendo una picazón y escozor insoportables, que es preferible ser devorado por un león antes que picado de aquellos bichos. Parece que una prolongada costumbre de sufrir sus picaduras, debería volver al indio menos sensible a ese suplicio, y, sin embargo, cuantas veces los he visto revolcarse por el suelo, con verdaderos accesos de rabia y levantarse cubiertos de sangre.

Y si la lluvia, una de aquellas torrenciales como suelen caer aquí, viene a añadirse también a los suplicios anteriores ¡oh! entonces no hay situación más lamentable. El indio viaja casi desnudo¹ y los aguaceros solamente se deslizan por su piel, la que se seca apenas se despeja el tiempo; no sucede así con el misionero que va vestido, cuyo vestido cuele el agua hasta la piel, manteniendo en ella una humedad pernicioso. Cualquiera que sea la elevación de la temperatura, después de dos o tres horas de esta hidroterapia y contratiempo, siente frío, tiemblan sus miembros y castañean sus dientes. Si Dios no le ayuda, o no llevan en el fondo de su saco algún cordial energético que provoque la reacción, se declara la fiebre.

A pesar de estos inconvenientes, se ha terminado la primera jornada. Son las seis de la tarde y hemos andado desde las seis o siete de la mañana.² Supongamos que hemos descansado dos horas: hacen, pues, lo menos diez horas de marcha.

Nos detenemos cerca de un arroyo, por lo común en medio de palmeras.- “Vamos, hijos, ligero el fuego, y un tambo”. Y los indios se esparcen por el bosque en busca de partículas de madera seca y hoja de palmera que nos servirán de abrigo por la noche.

Mientras los indios se ocupan en esto, desciendo al arroyo para lavarme. Mis alpargatas están hechas pedazos, pues las más fuertes duran apenas dos días. Las arrojo al agua; pero haré otro tanto con mis pies y piernas que se hallan hinchados, llenos de magulladuras, lastimados hasta el extremo de intranquilizarme seriamente. Los lodazales infectos que hemos atravesado, han causado dos llagas. Doyme un baño en el agua clara del arroyo, rocío después con ácido fénico las llagas y me froto todos los miembros con aguardiente alcanforado. Siento muy buen apetito: he aquí el mejor agüero. Cualesquiera que sean las contusiones, si el apetito persiste, el mal es superficial, no hay por qué temer, pues en el fondo, el organismo está sano.

-“José (es el nombre del indio cargado de los víveres) prepara pronto el arroz”-. Pero en vano sopla José, desde hace tres cuartos de hora, la candela; sus mejillas se inflan como un balón y dejan escapar

un aluvión de viento, pero no consigue encender el fuego. En el bosque todo se encuentra mojado; allí de diez días, llueve siete. La habilidad del indio para encender lumbre es extraordinaria, como lo es en cualquiera otra empresa en que vosotros escollaríais irremediablemente. Comienza por derribar un tronco viejo de palmera carcomido, lo divide luego, y en la parte hueca del árbol, en el canal medular que necesariamente no ha sentido los efectos de la lluvia, busca las astillas de madera que la savia ha abandonado, redúcelas a fragmentos del grueso de una paja y saca de su shigra³ el carbón guardado de la víspera y el pedernal que le sirve de eslabón, e inmediatamente que saltan las chispas el carbón se enciende. Si, pero ¿cómo comunicar la llama a la madera mojada? Esto es más difícil y demanda dos o tres horas de tiempo; mientras tanto, el viajero se arma de paciencia aguardando el resultado de la operación.

El indio conductor del vestuario se encarga de construir el tambo, es decir, el abrigo donde pasaréis la noche. Lectores, no penséis que sea semejante a la cabaña de Robinson, o a la choza de carbonero, no, ese lujo es imposible. Nuestro tambo es un sencillito techo de ramas de palmera; uno de sus lados reposa en el suelo con el que forma ángulo recto; el otro levantado a la altura como de dos metros, está sostenido por dos estacas fijadas fuertemente en la tierra, de manera que se encuentra descubierto hacia adelante y a los costados. Echanse algunas hojas de palmas o caña en su reducido recinto, y sobre ellas extendéis vuestra camilla.

Todo va bien, si hace buen tiempo; pero si hay lluvia o viento durante la noche, o el huracán se desencadena, entonces el viajero es digno de la más viva compasión: el ligero techo que le abriga es arrebatado como una débil hoja. En vano intenta poner en orden sus cosas bajo las trombas de agua que le sorprenden en profundo sueño; en vano trabaja por recoger las piezas esparcidas de su equipaje en medio de densa oscuridad; en vano llama a sus indios: los silbidos del huracán, el crujido de las ramas que chocan entre sí, se rompen y caen con estrépito; el chasquido de la lluvia sobre los árboles y de las innumerables goteras en el suelo, ahogan la voz. Por otra parte, esos buenos in-



Puente natural en la selva virgen

dios que se hallan en igual conflicto, por más interés que por uno tomen, serán incapaces, en circunstancias semejantes, de darle el menor socorro. No obstante tan espantosos crujidos, se deja oír un ruido sordo, pero formidable, tal como el de una montaña que se desploma.

“Ha caído”, murmuran los indios -Pero qué, ¿qué cosa? -Jatuny-ma, el grande árbol-. Designan así a uno de aquellos árboles gigantes-cos, que tienen de altura lo menos sesenta metros, y cuya base, rodeada de aristas a manera de cuñas que le sirven de estribo, mide mas o menos de veinte a veinticinco metros de circunferencia. ¡Si, ha caído! Ha caído bajo el peso de siglos acumulados sobre su cabeza y a impulsos del huracán; pero al caer, ¡qué horribles estragos no ha hecho! Este rey destronado no se deja vencer sin resistencia: a sus pies y alrededor de su cadáver yace, postrado en el polvo y muerto, el pueblo entero de sus vasallos. Este tronco monstruoso ha pulverizado, aplastado, hecho entrar de nuevo en la tierra aquello que encontró ante él.

Con sus ramas, verdaderos brazos gigantes-cos, se ha agarrado, enganchándose de los árboles vecinos. Proyectado en el espacio, como las jarcias de un bajel abandonado, silbando como furiosas serpientes, sus innumerables bejucos se envuelven y anudan entre sí. Las desgraciadas víctimas de este egoísta señor feudal, se agarran a los árboles que las rodean, y renovándose igual escena de vecino en vecino, de árbol en árbol, todo un espacio del bosque se precipita y hunde en las tinieblas de la noche. Cuando la aurora asoma en el horizonte, los indios os conducen al lugar del siniestro y os quedáis atónito ante ese espectáculo grandioso.

Hemos presenciado, durante nuestro viaje de exploración, sucesos semejantes, cuatro o cinco veces, cada ocasión que el huracán nos sorprendió en medio del bosque. Habitado a esos trágicos acontecimientos, el indio tiene esmerada prudencia en elegir el campamento. Lo veis introducir la punta de su lanza en todos los árboles cercanos a él, para asegurarse si están sanos; no se deja llevar por las apariencias, ni por los fútiles adornos que cubren los árboles, porque sabe que ese lujo de vegetación, es conjunto de parásitos de brillantes flores, ese fon-

do engañoso, es comúnmente el indicio cierto de su falta de vigor y de su vejez amenazadora. Prefiere descansar a la sombra de las palmeras, cuyo tronco robusto y flexible al mismo tiempo, libre de toda vegetación parasitaria, no le reserva ninguna sorpresa desagradable. Nosotros, por el contrario, alucinados por estos árboles gigantes, nos inclinamos a posar bajo los bóvedas que la naturaleza misma ha formado en su base. ¿Por qué obstinarse en construir esos miserables tambos, encontrándose otros tan atractivos y agradables? Pero los indios me indicaban la conveniencia de separarme de estos peligrosos aposentillos. -“Padre, Padre, serías mordido por las víboras o aplastado por el huracán”-. Efectivamente, además del peligro ya mencionado, hay el de las víboras. Entre las raíces de los grandes árboles forman de ordinario sus guaridas y desgraciado del que les perturba en sus moradas; hombre o animal montés pagará muy caro su audacia.

Si el huracán os deja en calma, las hormigas, alacranes, ciempiés, mil insectos alados o rastreros se empeñan en perseguiros. ¡Oh las hormigas! ¡es el suplicio de los suplicios! Ellas se introducen por todas partes, en vuestros víveres, en vuestras camas y vestidos. Ciertas especies, de hocicos enormes hacen heridas tan peligrosas que, además del dolor agudo que ocasionan, causan adormecimiento y aun un principio de parálisis, en los miembros atacados.

Y ¿qué decir del vampiro, de ese vagabundo nocturno y bebedor de sangre? No se crea que es raro aquí: se lo encuentra también como el zancudo por todas partes. No hay noche en que deje de hacer numerosas víctimas; cuantos niños y animales mueren de extenuación a consecuencia de sus mordeduras. Atacan de preferencia a los animales, por ejemplo, a los perros; pero si no hay animales a la mano, el viajero es el que sufre la mordedura de sus horribles mandíbulas. Los pies, manos, cara y todas las partes visibles del cuerpo forman el objeto de su codicia: las chupa sin compasión y no se retira sino cuando está repleto de sangre. Casi cada noche fuimos víctimas del vampiro; apenas recostados sobre nuestros lechos de follaje, nos rozaban la cara sus alas sucias; el primer vencido por el sueño recibía su visita y comenzaba el festín. Al levantarse se notaba quien había sufrido sus mordeduras, por el

semblante abatido, por el desaliento al andar y por su mal humor. Gracias a Dios, ese animal horroroso no me hizo ningún daño; debo a Perico el haber sido preservado. Mi compañerito se extendía infaliblemente a mis pies, y sufría él todas las heridas; me pagaba, pues, con su sangre el servicio que yo le había hecho: así es como la Providencia recompensa una buena acción.

Lector amigo, nada diré del tigre, ni del leopardo, ni de la multitud de animales feroces, que llenan el bosque de carnicería. No pocas veces encontramos sus pisadas, más nunca sus amables personas; muy pocos viajeros han tenido esta buena suerte; y veo en esto una especial protección de la Providencia. La fiera que me arrebató a Perico, lo hizo con ligereza tal, que los mismos indios la vieron pasar como un relámpago; las huellas tan solo nos dieron a conocer el crimen. Por lo demás, viajamos siempre con extremada prudencia, sin separarnos jamás del grueso del grupo; por mi parte, tenía cuidado de colocarme por la noche, en el centro de mi equipaje, teniendo a la mano mi fusil, mi revólver y un machete largo como un sable.

La levantada en el bosque es siempre triste; porque habéis dormido mal y descansado peor. Todo se halla mojado a vuestro alrededor; os es menester volver a tomar los vestidos de la víspera y cubriros el cuerpo con esos andarajos desaseados y húmedos. Os falta el ánimo, que se echa de ver en vuestro mal humor, silencio y en el entorpecimiento general de vuestra persona. ¡Vamos, *sursum corda* y adelante!

Notas

1. El indio no lleva sino un calzón de lienzo, muy corto y estrecho, el cual se quita con frecuencia al pasar los ríos.
2. En el Ecuador el sol se levanta invariablemente a las seis de la mañana y se pone a las seis de la tarde.
3. La shigra es un saco de tejido de red, especie de bolsa que los indios llevan en sus correrías.

Capítulo IV

EN CAMINO A ARCHIDONA

Ahora que conocemos de una manera general las pruebas y los peligros que nos aguardan, que tenemos ya una idea de lo que significa viajar en el bosque virgen, no perdamos un solo instante, marchemos a Archidona.

Y desde luego, salgamos de la garganta estrecha, por la que corre el *Maspa*. Estamos allí como en el cuello de una botella, sin horizonte, ni perspectiva: uno allí se ahoga y padece una especie de decaimiento a consecuencia de la humedad penetrante que se desprende. Es la mansión predilecta de las colas de caballo, helechos arborescentes, musgos de todos matices y formas, en una palabra, de todas las criptógamas, amigas de la sombra y la humedad. Encontramos apenas algunas palmeras rústicas (del género *chamoecrops*) las únicas que pueden desarrollarse en esta atmósfera demasiado templada. Sin embargo, de tiempo en tiempo, cuando la ribera se aplanan y permite al sol bañar con sus rayos esa espesa vegetación, la escena se ameniza: los ricinos ostentan a la luz sus bayas color escarlata y los matorrales de heliotropo nos regalan su exquisita fragancia. Reconocí la *datura* (*datura arbórea*) por sus flores blancas, tubuladas, semejantes a campanas de cristal, las begonias por sus anchas hojas multicolores; y las hay tan admirablemente matizadas, que, vistas de lejos, os producen la ilusión de flores diapreadas con primor. El rey de esta región húmeda y sombría es, sin género de duda, el helecho arborescente, rival de la palmera por la ligereza y elegancia de su estirpe y la aguda punta de sus hojas. El indio, que nada sabe de las clasificaciones de Jussieu y no se guía sino por sus sentidos, ha colocado el helecho arborescente en la categoría de las plantas que el denomina chontas, y de las cuales la palmera es el tipo

más perfecto. El tronco del helecho es tan largo y fuerte que frecuentemente nos servimos de él como de puente para pasar los torrentes.

Al salir de la garganta de Guacamayo, encontramos a Baeza, situada sobre un promontorio, al cual, como de una muralla, lo ciñen con sus agua tres poderosos ríos; el Maspa, el Quijos y el Bermejo. En la antigüedad fue una ciudad floreciente, la capital de la Provincia de Quijos, que abrazaba entonces todos los territorios comprendidos entre el Pastaza y la cordillera del Putumayo. Confesamos que el tropel de aventureros españoles que tomaron posesión de este pedazo de tierra privilegiada, tenía una mirada y un instinto de conservación sorprendentes. Además de la hermosura del sitio y proximidad de numerosos ríos auríferos, es también una posición defensiva de primer orden. Y, sin embargo, a la primera noticia de las represalias ejercidas por los jíbaros contra las ciudades populosas de Logroño, Valladolid y Sevilla de Oro, fue tal el pánico de los habitantes de Baeza, que todos huyeron a la sierra, abandonando sus plantíos y sacrificando sus fortunas, Buen número de indios tímidos les siguieron en su precipitada fuga, y pienso que Papallacta debe su existencia a algunos de estos emigrados, como lo confirma la no interrumpida tradición conservada hasta ahora entre los indios.

Pasaba esto en 1599¹ a los cuarenta y un años solamente de fundada la ciudad. Hoy, Baeza no pasa de ser una aldea; no encontramos allí sino tres cabañas de indios.

De las espléndidas plantaciones que la mano del hombre había creado en esas soledades, no ha quedado mas que la granadilla (*passiflora edulis*), la naranjilla (*solanum quitense*), el aguacate y la manzana canela. Su vigor primitivo les ha permitido resistir a la invasión de las plantas silvestres. Todo lo demás ha sido ahogado y reemplazado por la vegetación, exuberante pero improductiva del bosque virgen.

Baeza señala el punto de partida de una nueva etapa.

Hasta aquí hemos avanzado constantemente en la dirección del Este, porque las cordilleras laterales no nos permitían tomar el camino



Indios del interior: mujer vendedora de hierba

más corto y continuar nuestro viaje en diagonal de Papallacta a Archidona. Más de repente, en ésta parte el suelo se torna menos desigual, las prominencias se deprimen, las pendientes se suavizan; de manera que inclinándonos rápidamente al Sur, atravesamos, no sin gran peligro, el Cosanga y el Jondachi y partimos directamente a Archidona.

Cómo describir las escenas maravillosas que se suceden delante de nosotros y que nos hacen olvidar fatigas y heridas. No es ya la garganta sombría y húmeda la que tenemos a nuestra vista; es el valle risueño iluminado y ataviado como para una fiesta. Allí corre el río rápido todavía y cubierto de blanca espuma, sin embargo ha calmado su impetuosidad y apaciguando sus bramidos. Ya no socaba los cimientos y arranca las rocas con su violento esfuerzo, sino que las une y acaricia con mil suaves remansos; ciñe su frente de una blanca espuma como la nieve, deposita a sus pies las verdes hojas y floridas ramas que los arbolillos han dejado caer en su seno o que el mismo las ha cogido al paso ¿y por qué su furor no ha de resistir a tan arrolladores encantos ante tan espléndidos aprestos? ¿No parece que toda esta pompa de la naturaleza es únicamente en atención a él? Árboles gigantescos, sinfonías (siphonia elástica) y algodoneros que bordan sus orillas, descienden formando mil festones floridos. Innumerables arbustos cargados de flores y perfumes se inclinan sobre las aguas como para cortejarle, para matizar sus reflejos, retratarse en ellos. Los brazos inmensos de los grandes árboles se buscan uno a otro, extiende su mano de una orilla a otra, enlazan su follaje, unen sus brillantes adornos: brazos robustos y encantadores de los que penden infinitos brazaletes enredaderas y trepadoras de multicolor follaje, con flores purpúreas, con finos artesonados, delicados y pulidos como filigrana, con espirales magníficos.

Fórmanse arcos de verdura, festonados, engalanados de todo el lujo de una vegetación sin rival; y bajo estos arcos avanza el río con paso de vencedor.... Sentémonos por unos instantes y gocemos aquí de este espectáculo encantador. Contemplamos las grandes mariposas de alas azules, sobre las cuales centellea un polvo más resplandeciente que el oro, que el diamante y todas las piedras preciosas. Pasan lentamente de una orilla a otra, describiendo mil curvas caprichosas; para seguir-

las en su carrera no hay necesidad de levantar los ojos; basta mirar sus imágenes en el espejo de las aguas del río.

Los colibríes llenan los matorrales floridos; es el susurro de las alas comparable al de un enjambre salido de una colmena. Hay blancos, verdes, azules, brillantes como el oro fundido; pasan y repasan delante de nuestros ojos como proyectiles inflamados. ¿Qué paleta mágica vertió esos colores sobre este tan chiquito pájaro? ¿qué hada, qué genio ha provisto de alas a estas piedras preciosas animadas, lanzando en el espacio estas turquesas y esmeraldas, hecho brotar estos rubíes?

La vida de estos pájaros-abejas se pasa en chupar el jugo de las flores; se los ve revolotear de una a otra y hundir el pico finamente afilado; más nunca asentar en ellas sus patas. La glotona abeja se revuelve en el cáliz de las flores; sale de ellas entorpecida, medio embriagada, toda ella manchada de polen: el colibrí aspira la sustancia; pero no recibe su contacto; es el único pájaro que no teme la presencia del hombre, ni si quiera se digna advertirlo. Pasan tan cerca de vosotros, que sus alas rozan el rostro; podéis, pues, asistir sin temor a sus evoluciones, a sus maneras de proceder a sus trabajos y no se esquivará si tendéis la mano para cogerlos. Encontramos un nido de colibrí; un nido tan pequeño, tan bonito, que en su comparación el del abadejo parece un Luvre, algún monumento famoso.

En vez de ser redondo, como lo son generalmente los nidos de los pájaros, este tenía una forma elíptica. Por dentro estaba guarnecido de fino musgo, de briznas de hierba y de hilachas de algodón; se diría una valva de conchilla con reflejos nacarados. En esta cunita reposaba un solo polluelo; jamás tiene el colibrí más de dos. En lugar de espantarse de mi presencia, de volar con aire inquieto dando gritos de alarma, habituales en los pájaros en caso semejante, el padre y la madre continuaron tranquilamente el servicio de su nutrición, llevándole la comida, arreglándole la naciente pluma, componiendo su nido.

¡Cuántas bellezas ha escondido la Provincia en el seno de los bosques! Y para quien sabe leer en este libro inspirado por el amor del Criador; cómo, en la naturaleza, todo es materia de observación, ense-

ñanza para el espíritu, puro gozo para el corazón, adoración, reconocimiento, amor para el alma iluminada con las luces de lo alto.

Una sensación penosa, la del hambre, nos sacó presto de las contemplaciones y emociones, que excitaban en nosotros las escenas grandiosas y a la vez encantadoras, que se ofrecían a nuestra vista. Nuestras provisiones se habían corrompido; saladas y enteramente secas a la partida, las carnes estaban ya alteradas, bajo la doble influencia de la humedad y del calor. ¿Qué hacer en este desierto en el cual, a despecho de lo que se ha dicho, ni la leche ni la miel corren a torrentes, donde los árboles no destilan sino una savia amarga, donde los frutos son raros y se encuentran a alturas inaccesibles? No estábamos sino a tres jornadas de Archidona, pero era necesario alimentarse esos tres días so pena de caer de fatiga y morir de inanición. Resolví recurrir a la caza; la cual me permitió apreciar la habilidad e instinto de los indios.

Nos pusimos al acecho en un matorral por el que atravesaba un arroyo de agua clara; al instante mis indios imitan ya los gritos del mono, ya los cloqueos de las pavas monteses; éste brama como un ciervo, aquel hace oír los gritos roncós de los papagayos y mangos. Todos los bípedos y cuadrúpedos de la cercanía se dejan engañar; pues, en menos de cinco minutos, monos, papagayos y pavas cubrían, gozosos y garruleros, los árboles que dominan el matorral donde estábamos agazapados ¡plin! ¡plin! hago dos descargas; y dos pavos y un mono de gran talla (un *atelesrufus*) caen pesadamente al suelo.

Es indescriptible el gozo de mis indios. Brincan, gritan, saltan con locura, atruenan el aire con sus exclamaciones imposibles de referir. En un abrir y cerrar de ojos, despluman las aves, les sacan las entrañas: a guisa de asador les pasan de parte a parte el cuerpo con una larga varilla de chonta (madera de fierro) y helos listos para la cocción.

¡Y el mono! ¿Cómo describir los preparativos al festín del mono? Agarrarle de las manos, le tiran la cola, le cogen la barba, lo sacuden violentamente, vociferando todas las injurias que los indios han acostumbrado prodigar a sus enemigos muertos en el campo de batalla. Después, le cortan la cabeza, la colocan en la punta de una pica y pa-



La entrada en la selva virgen

seánla con algazara al rededor de la hoguera. Se apoderan de las manos, de las cuales tiran fuertemente los tendones y contraen los músculos. Evidentemente, mis papallacteños vuelven al estado de barbarie; las escenas de antropofagia de sus antepasados bullen en sus cerebros y exaltan su imaginación. Era esto un juego peligroso, porque su insolencia tomaba ya proporciones inquietantes; así que resolví cortarla cuanto antes. Tomando al animal por la cola, manifesté resueltamente que quería tener mi parte en el festín. Esta declaración inesperada suspendió en el acto su alegría salvaje y sanguinaria; quedaron visiblemente desconcertados, viéndose las caras, como que no comprendieran lo que se les decía, o no quisieran llevarlo a serio. Más, cuando me vieron, machete en mano, proceder al despojo del animal, cesó entonces su incredulidad y me ayudaron tranquilamente en la desagradable tarea que me había impuesto. Me apropié de los dos brazos; ellos se apoderaron del resto. La cabeza, las manos, el tronco, los intestinos, nada, absolutamente nada, se escapó a su apetito de caníbales. Y sometieron, después, la piel a un fuego prolongado y devoráronla enseguida con sus cerdas quemadas y nauseabundas.

Más de una vez me fue imposible disimular mi repugnancia; pero cuando les vi meter sus manos sucias y ensangrantadas en los sesos humeantes del mono y arrojarlos como animales feroces sobre los cartílagos de la cabeza y cara, mi disgusto no reconoció límites y estallé en imprecaciones contra esta raza de buitres y chacales. Ellos satisfechos y repletos, se extendieron rudamente sobre el suelo, y, por toda respuesta, se abandonaron al pesado sueño de la boa que digiere su presa.

Después del Cosango y del Jondachi, atravesamos el Mondayacu y algunas otras corrientes de no mucha importancia. Aquí las desigualdades del suelo son casi imperceptibles; evidentemente, pues, nos hallamos en la llanura. A medida que avanzamos, la vegetación adquiere proporciones grandiosas y se obstruye más y más el camino, resistiendo a nuestros esfuerzos por romper las malezas espesas e intrincadas. Nos encontramos medio sepultados en lodazales pegajosos que cubren el suelo en esta parte del bosque, y aun podemos decir, que aprisionados en las canas y otras gramíneas leñosas que rivalizan en altura con



Los indios del interior en un velorio

los árboles y palmeras. Hay además solanáceas, borragíneas, malváceas y una multitud de plantas que se han vuelto leñosas, cuando las mismas familias, en los países templados, no contienen sino especies bajas y herbáceas. Armados de machete, segamos a derecha e izquierda cuanto se opone a nuestro paso; pero las malezas cortadas y holladas se envuelven en nuestras piernas, vengándose cruelmente de la poda a que las sometimos.

Las víboras, sorprendidas en sus guaridas y en sus hábitos, se escapan de allí silbando. Algunas, las más atrevidas, esperan con fiera, levantando el cuello, listas para lanzarse hacia adelante; pero el indio, ligero como el rayo, se arroja armado del machete y hace pedazos a su terrible adversaria. Las grandes especies, no son las que más teme el indio: las mira, las escucha, se da comúnmente el tiempo para ponerse a salvo o alistarse para el combate. Las especies pequeñas son más bien las más peligrosas: silenciosas y astutas, agazapadas en la espesura de la hierba, bajo la rama podrida o en las hojas secas que cubren el suelo, se hallan en acecho. Desgraciado del indio que asienta su pie desnudo cerca del enemigo; la víbora clava sus agudos colmillos y el pobre hombre cae en tierra dando lamentables gritos. Con todo, no pierde su sangre fría. Comienza por matar al animal traidor que le ha mordido; homeópata sin darse cuenta, se sirve de la carne de la víbora para componer el antídoto que expulsara de sus venas el veneno; obligando a devolverle la vida a la que le inoculó la muerte. Entretanto, aplica sus labios trémulos a la herida para chupar el veneno. Vuelto a su cabaña, compone el ungüento cuya fórmula hemos copiado, y de ordinario se cura perfectamente.

Nota

1. La primera ciudad importante fundada por los españoles en la comarca salvaje fue Quijos sobre la orilla Sur del río del mismo, a 0° 30' de latitud Sur y 0° 45' de longitud Este. La ciudad, que fue la primera capital de la rica provincia de Quito, no tuvo sino una existencia efímera; pues fundada en 1552, desapareció en 1558, y fue reemplazada por Baeza. La inconveniencia del sitio primitivamente elegido, fue a no dudarlo, la causa de su ruina.

Capítulo V

ARCHIDONA

Estamos, por fin en Archidona. Han pasado ya diez días de andar y dormir a campo raso, recibiendo aguaceros, batiendo lodazales, dejando en los zarzales girones de nuestros vestidos y no pocas veces ¡ay! pedazos de carne... ¡Dios mío, qué largo me ha parecido esto!

-Hijos míos, ¿dónde esta el pueblo? Mostrádmelo.

Por toda respuesta, los indios me enseñan con el dedo una larga casa cubierta de hojas de plátano y cercada por una estacada de palmeras: es la iglesia. Muy cerca de ella, me indican, una choza construida por el mismo estilo, detrás de la cual se extiende un terreno cultivado con plátanos y cañas de azúcar: es el convento de los Padres jesuitas.

Este convento habría sido para mi la última bicoca del mundo; pero en la situación lamentable en que me encontraba, después de tan dura etapa, se me presentó mejor que un oasis, mejor que un edén: fuéme como una isla afortunada para el desdichado náufrago. Entré en él como una tromba, cual si temiera que se me escapase y se desvaneciese a mis ojos como un sueño.

Grande fue la sorpresa de los religiosos al verme; pues nadie sabía nada acerca de mi persona: grande fue también su gozo. Todos, Padres y Hermanos, acuden en torno mío, me interrogan, me felicitan y se apresuran a servirme. Como en los días de la hospitalidad patriarca, tan divinamente descrita en la Odisea, se me trae agua para el baño y vestidos para reemplazar los harapos horrorosos y sucios que me cubren. Dos jóvenes indios me prestan estos servicios, con todas las precauciones que exigen las magulladuras de mi cuerpo. Abren mi equi-

paje y sacan de él todo aquello que han respetado el agua de los ríos y las lluvias y el lodo de los cienos. En seguida, me presentan frutas refrigeradas, y en grandes copas el jugo perfumado de las ananás, licor que bebo con delicia.

Es menester pasar lo que había yo pasado, sufrir lo que había sufrido y haber vivido en esta soledad espantosa, para comprender el indecible gozo que se experimenta al volver a ver, en medio de los bosques, tan lejos del mundo civilizado, un rostro humano, un rostro inteligente y amable que os acoga con la sonrisa en los labios. Aunque se viniese de los más opuestos polos por el origen, por la educación o la política; aunque se tuviese el espíritu lleno de prejuicios, todo desaparece, todo se funde en un cordial abrazo, como la nieve bajo los rayos de un sol ardiente, y la fusión de los corazones se opera como por ensalmo. Pero, mis huéspedes eran hermanos míos en el apostolado, hermanos primogénitos; una misma vocación nos juntaba en el fondo del desierto; desde entonces, nuestro encuentro tomó un carácter de intimidad que no olvidaré jamás.

Mientras se preparaba la comida, los Padres me hacen sentar en un largo banco colocado en las galerías de bambú que rodean el Convento, y sirve al mismo tiempo de corredor y de lugar de paseo. La casa está orientada del Este al Oeste: su fachada principal da sobre la plaza de la iglesia y mira al occidente: sentados allí gozamos de los últimos rayos del sol poniente, para contemplar las líneas austeras de la gran Cordillera que se dibuja en rayos sombríos bajo un sol de fuego. Abrazamos de una sola mirada toda la espesura montañosa, cuyas pendientes habían descendido para llegar a las llanuras de Archidona; desde la arista poderosa que sirve de centro a esa multitud infinita de montañas secundarias y colinas, hasta las últimas ondulaciones del suelo que desaparecen en el llano. Los montículos, gotas escapadas de un mar de fuego, cuyas olas enfriadas dieron origen a la inmensa Cordillera, semejan a apacibles corderitos muellemente recostados junto a su madre, sobre la hierba de la pradera. El paisaje de Archidona tiene algo de encantador y agradable: el viajero, debilitado por diez días de marcha en caminos cenagosos llenos de espinas y guijarros, descansan allí con

complacencia; como al salir del cardo en que por desvío torpe se había asentado, reposa la abeja en una fresca y perfumada rosa.

Sin embargo de hallarme encantado con el espectáculo de naturaleza tan hermosa, estaba preocupado. A donde quiera que dirigía mi vista, no encontraba, sino montañas; oía, al mismo tiempo, el ronco bramido del Misaguallí, que corre a unos cien metros de la iglesia; pero no divisaba ninguna habitación de indios, ni los vestigios de algún pueblo.

-Padre, ¿dónde están los indios, dónde el pueblo?

-Bien sabe usted que no los hay.

No, por cierto, no lo sabía. En efecto, lector, tanto Archidona como Canelos y todos los pretendidos pueblos, cuyos nombres se pueden leer en gruesas letras itálicas en una carta geográfica del Ecuador, son pueblos sin habitantes. Archidona no tiene habitantes: os sorprende esta afirmación; sin embargo, es la verdad. El indio vive solitario en el bosque, a distancia de dos, tres, ocho y aun quince días de la iglesia, que sirve de centro a la reunión. Hasta hoy han escollado todos los esfuerzos de los misioneros para inspirar a sus neófitos, el gusto por la vida social. Si se recorre el inmenso territorio que, desde las márgenes del Amazonas y fronteras del Brasil, se extiende hasta la Cordillera; si se exploran las últimas profundidades del bosque; si se examinan las sinuosidades de innumerables ríos que riegan ésta región, no se encontrará el más ligero bosquejo de la vida social, ni aun dos cabañas colocadas juntas.

Para edificar su tambo, el indio escoge un lugar solitario, donde nadie pueda verle, ni oírle, ni espiarle en su vida de familia, ni turbarle en sus orgías. Lo coloca a la proximidad de un arroyo, y si le es posible, cercano a un río navegable.

Una vez escogido el sitio, fija en la tierra las columnas de su edificio, que son troncos gruesos de chonta (madera de fierro), y sobre estas columnas tiende un techo de ramaje sostenido por travesaños de

caña. Si es vecino a alguna tribu feroz con la cual se encuentra en guerra, rodea su tambo de una alta y sólida estacada; si no, lo deja abierto por todos sus lados. En torno a la choza se halla la chacra, es decir, la plantación de yuca, de plátano y maní. Cuando el indio es todavía gentil, no sale de su morada sino para la caza y la pesca y se junta con los miembros de la tribu solamente en los grandes acontecimientos, como la guerra, la rapiña y las fiestas sangrientas o ridículas que la tradición ha consagrado. Si es ya convertido y algún misionero se encuentra por allí, se le llama con facilidad para la asistencia a la Santa Misa, durante los ocho o quince días de la reunión.

El fondo de estas naturalezas recelosas, es un amor exclusivo a la libertad: no sufre que nadie vea y sea testigo de sus actos: esta máxima de salvaje independencia resume todas sus aspiraciones.

Capítulo VI

LOS INDIOS: SU PARTE FÍSICA Y MORAL

El día siguiente, que fue Domingo, tuve ocasión de ver a los indios. Vinieron al pueblo cerca de trescientos; fácilmente se puede suponer su sorpresa al divisarme. No bien se presentaron en la plaza, donde me paseaba en compañía de un Padre, contemplan mi hábito blanco, cosa que jamás habían visto, y reciben tal pánico, que las mujeres y los niños vuelven a internarse precipitadamente en el bosque y los hombres quedan inmóviles como clavados en el suelo. Para sacarles de su temor y regresarles, el Padre me toma por la mano y nos dirigimos juntos al encuentro de ellos. No duró mucho su miedo; bastó que se les dijera que soy Padre, para que se portaran con una familiaridad natural pero algo molesta para mí: me tocan las manos, acarician mi barba, quieren saber de que madera es el rosario, preguntan si mi hábito es de piel de algún animal... Se apoderan, en seguida de mi capilla y escapulario, cuyas formas les sorprenden, y la revuelven en todo sentido. Su descomedimiento llega hasta introducir las manos en mis bolsillos y mangas y hacerme las preguntas más ridículas y chocantes: evidentemente que tengo que habérmelas con niños grandes. Sin aguardar más y para poner coto a una inquisición tan minuciosa e indiscreta, me refugio en mi cuarto; pero ellos me siguen a la carrera y heme aquí preso en medio de un avispero. Todo mi equipaje es registrado, revuelto y esparcido; el menor objeto, una hebra de hilo, un botón, un alfiler, es materia de exclamaciones y de prolijo examen... “¡Ah! ¿queréis verlo todo? Pues bien, aguardad: he aquí mi fusil.” -Y sacándolo de la funda lo pongo sobre la mesa. Mi celda queda libre como por encanto, los indios se precipitan en masa hacia la puerta, con peligro de llevar en su carrera el frágil tabique de caña, y quedo, por fin, solo, para arreglar algún tanto mi habitación.

En realidad, los indios son niños grandes, niños por la inteligencia, por el carácter y los hábitos; pero no por las pasiones. Cuando una de estas agita su corazón; cuando la cólera o la venganza inflama con resplandor siniestro sus pupilas; cuando el libertinaje los vuelva desconfiados o los humos de la chicha suben a la cabeza, es menester aproximarse a ellos con extrema prudencia, evitar, sobre todo, inquietarlos en sus costumbres, extraviarse por los espesos matorrales donde se levantan sus tambos; porque en casos semejantes, no son ya niños sino fieras. Van pasados diez años que la Compañía de Jesús ha tomado posesión de las Misiones de Archidona; durante este período muchos misioneros se han sucedido sobre las playas de Misaguallí, del Coca y del Napo. ¿Y habrá siquiera uno que no haya tenido que sufrir los más graves ultrajes, que no haya sido amenazado por el machete o la lanza del indio? Un día el R. P. Pérez quiere obligarles a la vida social; intenta sacarlos del bosque y establecerlos al rededor de la iglesia. Al momento, cuarenta brazos armados de largos machetes se levantan sobre su cabeza, y escapa de la muerte como por milagro. Podría citar muchos hechos análogos.

A pesar de esto, el indio de Archidona y el Napo pasa por tímido y resignado, y es la verdad, si se lo compara con aquellos de las tribus belicosas y feroces que viven al sur del Napo. La ausencia de vecinos peligrosos, la profunda seguridad de que gozan han atentado poco a poco sus instintos guerreros y modificado su carácter. Pero no hay que hacerse ilusión, su resignación es mas aparente que real. Por poco que se les contraríe en sus prejuicios y se los oponga en sus inclinaciones, al instante la bestia salvaje reaparece agresiva y cruel; su cólera se altera, pero no llega a la ferocidad. Más disimulado que el indio del Sur, es, por lo mismo más temible; la prudencia aconseja estar siempre sobre aviso, siempre a la defensiva; si estáis fuertes os respeta, si débiles y desarmados, os inmolará sin remedio.

-“Matemos al Padre”-, se decían los unos a los otros, un día que navegaban en compañía del P. Frozi sobre el río Napo.

-“Sí, sí matadlo- exclamaban las mujeres, siempre más ebrias de sangre y carnicería que los hombres, cuando vuelva la espalda para saltar de la piragua a la playa será el momento más oportuno. Lo mataréis a golpe de remo y nosotras arrojaremos su cadáver al río”.

Todo esto se decían en medio de risas, con el tono más alegre, con el de una sencilla broma.

Su éxito hubiera sido tanto más seguro, cuanto que el Padre no habría podido comprender el complot infame; recientemente llegado a las Misiones, no hablaba aun el quichua, que es el idioma de los salvajes... Si, más por desgracia de ellos, les comprendía. Armándose de su carabina que imprudentemente había colocado en el fondo de la piragua, se levanta terrible. Todos los indios se arrojan al agua; zambullendo y volviendo a zambullir, evitan las balas, ganan la playa opuesta y se escapan a través del bosque.

Cuando el misionero esta prevenido, su vida pelagra menos; pero si sus cobardes asesinos lo tienden una emboscada sacrílega, le asaltan al pie del altar, si de improviso el machete cae sobre su cabeza o las lanzas le atraviesan el costado, todo esta perdido, mejor dicho, se ha ganado todo, porque este horrendo crimen le conquista la palma del martirio.

El indio de Archidona no se parece en nada al indio del interior, cuyo tipo primitivo se ha desfigurado en tres siglos de servidumbre y malos tratos, cuyo andar se ha entorpecido, empequeñecido el tallo, atenuado y falseado el carácter. Patrones sin entrañas le han transformado en bestia de carga, obligándole a transportar enormes pesos con la frente ceñida por la banda que sostiene el fardo a sus espaldas; su cuerpo se ha desviado fatalmente del tipo primitivo y perdido sus proporciones. Una gruesa cabeza sobre anchas espaldas; un busto enorme sobre piernas de enano; he ahí al indio del interior. En su fisonomía, en su actitud, en su porte, en el sonido de su voz, hay un no se que tan dulce y tan humilde y al mismo tiempo desconfiado, hay tan poca espontaneidad y libertad en sus movimientos, que el pobre indio inspira naturalmente compasión. Habla poco y ríe menos: su lengua no se desa-

ta, su faz no se anima, ni se extienden sus músculos, sino cuando embriagado, lo cual sucede con frecuencia. Ríe si con gusto en presencia de la muerte, que lo libra de la dura esclavitud de esta vida. Entonces manifiesta su desprecio a la vida, con una explosión de poesía, latente en su alma. A la vista de la muerte a su pobre choza, a la llamada de aquella a uno de los suyos, convoca a los arpistas y flautistas, invita a sus parientes y su cabaña se llena de armonías. Todos festejan, se entregan todos a la alegría; uno de los cautivos ha roto sus cadenas, justo es que sus hermanos esclavos celebren su libertad.

Volvamos ahora nuestra vista a su hermano de las montañas, libre en el fondo de las selvas: que diferente lo encontramos. A no ser por ciertos rasgos idénticos e indelebles, signos distintivos de la raza, difícilmente se podría tenerlos por parientes.

Es generalmente el indio de talle más que mediano, y no obstante ser pequeño, parece grande. En las felices proporciones de su cuerpo, en su actitud, en el porte derecho y garboso de su cabeza hay un resorte secreto que agranda su estatura y nos alucina. En él todo es naturalidad, espontaneidad, vida y movimiento, toda exuberancia, originalidad, hasta excentricidad. Cuando habla o discute, su voz toma una entonación viril, se anima su rostro, sus ademanes se aligeran; todo su cuerpo entra en ejercicio, los ojos lanzan rayos, la larga cabellera se sacude como una melena; no es ya la cabeza de un hombre la que os habla, sino la de un león.

Dos tipos acentuadamente caracterizados podemos distinguir al tratar de esta interesante raza. El uno de cara larga y aplastada, de juanetes salientes, de nariz recta y ancha, de cabellera lisa y de un color negro mate, es el tipo que parece que domina en Archidona y Napo, el menos inteligente y simpático. El otro; de rostro ligeramente combado, de nariz chata, reforzada de potentes orificios. La cabellera no tan abundante ni de un negro tan pronunciado, pero con los tonos tornasolados de la seda y cae en largos bucles sobre las espaldas. Este es el tipo del indio por excelencia, que habita en Curaray, Canelos y en las orillas del Bobonaza, tipo que en nada cede al europeo. Por lo demás, estos dos ti-

pos están mezclados y se los encuentra en todo el Oriente, así que no intentamos manifestar más que un carácter predominante. En ninguna parte hemos hallado ese pragmatismo facial, esas bocas trompudas que algunos etnógrafos atribuyen a la raza indígena. Ciertamente que las cabezas disecadas por los terribles jíbaros, y que en número considerable han sido vendidas en Europa, presentan todas un pragmatismo bastante acentuado. Pero hay que tener en cuenta que esas cabezas no conservan la osamenta que determina las proporciones; porque las manos de los jíbaros las deforman, para reducirlas al tamaño de una naranja.

El nombre de Piel roja con que se llama a los indios podría inducir a creer que su piel tiene por lo menos los reflejos del cobre. Nada de eso, nuestros indios son morenos, pero de un moreno que no podrían dejar de reconocer por suyo ciertos pueblos del mediodía de Europa. El nombre de piel roja proviene, a no dudar, del achiote con que se pintan el cuerpo, del tatuaje que les es familiar.

Todos los indios, hombres, mujeres y niños practican el tatuaje, ésta es su vanidad, a la que se mantienen obstinadamente fieles. Los granos rojos el achiote (*Bixa orellana*) les proveen los colores; tritúranlos en la palma de la mano, mezclan luego con un poco de saliva; su índice, entonces, les sirve de pincel, para pintar en la cara y en el cuerpo las más peregrinas y fantásticas figuras; todo ello para darse el aire de fanfarrones y espantados. Corridos de no tener barba se dibujan bigotes enormes y muchos se pintan de negro a la mandíbula inferior.

La ausencia de barba es evidentemente uno de los rasgos característicos de la raza indígena. En el curso de nuestro viaje tuvimos ocasión de ver un número considerable de indios de diversas tribus, sin embargo no hallamos el más ligero indicio de barba en esas caras enteramente lampiñas. Con añadir a sus pinturas los adornos de que se sirven, las coronas de plumas de loros y colibríes, los tocados de piel de mono adornado con alas de coleópteros de reflejos metálicos los collares de dientes de mono o de tigre, los brazaletes de piel de culebra, y otras chucherías, como conchas, cuernos de frutas, despojos de animales, que cargan a las espaldas, se podrá tener una idea casi completa de su ridículo traje.



Indígenas de Archidona

Por lo demás, no hay ley fija, ni costumbre nacional; cada cual se pintarraja y emperejilla a su talante. Es preciso contemplar todo este aparato en una reunión de gala, es menester verlos en la iglesia los días de fiesta, para formar concepto de lo que es capaz la pobre imaginación humana, abandonada a su fantasía.

El indio católico del Curaray, Napo y Archidona se casa generalmente muy joven, los varones a los catorce años, las hembras a los doce. Los misioneros han introducido esta costumbre moralizadora, cuyo efecto inmediato es el aumento considerable de población y luego la disminución no menos considerable de crímenes, provenientes de vicios inveterados de los indios. Ojalá esta costumbre se hubiese implantado en todas las partes donde se predica el Evangelio, así nos hubiéramos ahorrado de deplorar los crímenes horribles, de que hablaremos más tarde.

Así que, a los quince años, el indio es ya generalmente padre de familia. ¿Lleva su autoridad paterna a lo serio? ¿Tiene conciencia de la responsabilidad y graves obligaciones que provienen de su nuevo estado? Es en lo que menos piensa. Esta falta no hay que imputarla a su menor edad, porque lo que es a los quince años, será también a los cuarenta; el indio del Napo que se casa joven, vale tanto como el de Bobonaza que se casa en edad madura. Todo depende de la deplorable ligereza de su carácter, de la inconsecuencia inherente a su naturaleza. Ama a sus hijos, los ama hasta el delirio, pero no pasa de esto su cuidado: no se ocupa de la formación moral; de la educación ni la represión. El indio adolescente se cría en toda libertad, como el ave, como el animal salvaje: el mismo se es maestro y director. Puede impunemente ensayarse en los crímenes que cometerá más tarde, ausentarse del tambo semanas enteras, recorrer el bosque tras una aventura: ni el padre ni la madre se molestan en advertirlo; su regreso no causa incidente alguno.

Es, pues, en supremo grado un hijo mimado. ¿Se sigue de aquí que, según dice el proverbio, sea un hijo ingrato? De ningún modo, el indio es el hijo más cariñoso, reconocido y piadoso; lo cual descubre las excelentes cualidades que existen en germen en estas ricas naturale-

zas. Puede el padre llegar a viejo; nunca entristecerán su vejez la miseria, ni el abandono e ingratitud de sus hijos; tendrá siempre a su disposición la chicha, la yuca, los pájaros de brillante plumaje y todo cuanto desear. Después de haber mimado a su hijo, viene a ser el mismo un niño mimado, a quien se paga lo que de él se ha recibido. La lengua es el intérprete de los sentimientos de un pueblo: ahora bien, en todo el diccionario indígena no se encontrará un término más tierno, más cariñoso y significativo que la palabra *rucu*, con que se llama a los mayores.

No existe, pues, la autoridad paterna entre ellos. En cambio, la autoridad conyugal no es un mero vocablo: los hijos son libres pero su madre esclava. Su pesado trabajo comienza desde el canto del gallo, con la preparación de la chicha de yuca o de chonta, para el servicio de su autoritario dueño y patrón, que no sufre un minuto de retardo. Apenas se sienta en el lecho, se despiertan sus apetitos voraces: su vientre hambreado no pide ni desea otra cosa que la chicha.

Su mujer no espera que se la pida; de presto se halla junto a él teniendo en las manos dos grandes escudillas con el licor que rebosa; sus hijas la siguen por detrás, con no pequeños jarros de la preciosa bebida, metiendo las manos en ellos para agitar y volver espesa la chicha, desmenuzando cuidadosamente todos los restos de chonta o de yuca que sobrenadan.

Con frecuencia se apodera el mismo indio de la escudilla y sorbe con sus labios sedientos la chicha que desciende a su estómago como un chorro de agua en el vacío: la bebe con tal ansia y glotonería, que labios, nariz, quijada y pecho quedan manchados y mojados.

A intervalos, descansa como para tomar aliento, luego sin decir nada ni mirar a nadie, extiende sus manos nuevamente, toma otros dos jarros y comienza a beber, como si su estómago estuviese aun vacío. Bebe hasta seis piningas y no se satisface. He visto a los indios absorber hasta ocho, diez, doce vasijas de chicha, algo así como diez o doce litros y no cesar sino cuando su abdomen hinchado y extendido como un tambor, amenazaba reventar por dilatación tan violenta.

Ahora si nuestro indio está alegre, la chicha le ha puesto de buen humor, se ha desarrugado su frente y sus ojos se han abierto benévolos y grandes: salta ligero de la cama, armase de su lanza, toma sus flechas o su red y marcha a cazar en los bosques o a pescar en los ríos. De ordinario se acompaña de sus hijos; en cuanto a las hijas, permanecen en la casa juntas con su madre, para ser las compañeras de su servidumbre y asociadas en su dolor. Entre estos pueblos bárbaros, donde impera solo la ley de la fuerza, la mujer ha nacido para servir, el hombre para reinar.

Son, pues, estas pobres mujeres quienes se ocupan en los trabajos domésticos, en el cultivo de las chacras y demás quehaceres del hogar. Se las ve cargar a las espaldas los troncos de los árboles destinados al fuego, torcer las fibras de la pita (agave americano) o la chambira (palmera mauricia); fabricar, con una simple paleta de madera, los utensilios necesarios para la cocina, barnizándolos con el jugo de ciertas plantas, y pintándolos con líneas brillantes sin forma regular alguna. Pero la ocupación principal, la que es como su razón de existir a los ojos de su amo egoísta y glotón, es hacer la chicha. Aquí debemos iniciar a nuestros lectores en la naturaleza de esta bebida, cuyo solo nombre de chicha, les dará tal vez arcadas; preciso es que conozcan este licor, esta bebida nacional peculiar a todos los indios de la América del Sur.

Toda materia amilácea sometida a la fermentación puede producir la chicha. La cebada y el maíz dan excelentes resultados; más como estos dos cereales no crecen sino con dificultad extrema en estas regiones tropicales, los indios prefieren, con razón, la raíz tuberculosa de la yuca (jaspwpha manioc) o los frutos de la chonta (palmera orcodoxa), ambos son muy ricos en fécula de un sabor exquisito. Después de pelar las raíces de la yuca, las lavan y someten a cocción a vapor de agua en una grande olla. Luego las extienden en inmensas hojas de plátano o de caña, y es preciso confesar que nada hay tan apetitoso como la yuca así preparada; excede con mucho a las patatas más finas, y diríamos que es igual al pan, si el pan pudiese tener igual. Comienza entonces la operación delicada y decisiva: las ninfas y las diosas de estas soledades

encantadas se sientan en círculo a rededor de los montículos de yuca y proceden a la elaboración de la ambrosía destinada para los dioses, es decir, para sus padres, y hermanos y maridos.

Se apoderan de las raíces, las aplastan entre las manos, luego... las llevan a la boca, las impregnan de saliva y las arrojan así insalivadas en un inmenso recipiente de madera, dispuesto para ello: eso es el todo, la chicha esta ya hecha, lo que falta es de poca monta: basta en adelante remojar en agua esta pasta blanca y viscosa.

La operación capital, esencial, está, pues, en la masticación, porque la saliva es el único fermento, la sola levadura de esta repugnante bebida. Pero necesario es confesar que es una levadura muy activa, pues la fermentación se produce casi instantáneamente: luego es ya tomable y todo el mundo quiere beberla.

Ahora tomad, si os resiste el estómago; que en cuanto a mí, no quiero ni probarla. La prudencia del pueblo no permite que se diga: fuente, yo no beberé tu agua. No contradigo al proverbio, tan solo me contento con exclamar: chicha, yo no probaré tu saliva. No, jamás: prefiero pasar por todos los suplicios de Tántalo, o como Agar caer de debilidad en el desierto .

Tal es la bebida nacional del indio, su bebida de preferencia, por no decir su único preferido plato, porque le sucederá pasar semanas enteras sin tomar otro alimento. Aunque disponga de los más succulentos potajes y de los más deliciosos pescados, todo será nada, si le falta la chicha; por carencia de esta se le ve languidecer, entristecerse, y pensar tanto en ella, que cae enfermo de debilidad. En sus grandes cacerías, en sus expediciones militares, en sus emigraciones, se contenta con llevar, cuidadosamente envuelta en largas hojas, la pasta masticada y fermentada. Cuando le atormenta el hambre o la sed en el camino, se sienta junto a algún arroyo, recoge agua en una calabaza, mezcla con la pasta y tiene la chicha, que la bebe con delirio hasta quedar fresco y dispuesto a continuar su expedición .

Mas de una vez en nuestro prolongado y penoso viaje, nos encontramos sin víveres y el indio compadecido nos ofreció su bebida favorita. Extenuando por el hambre, nos animábamos con la bella apariencia de este licor blanco y espumoso, como leche recién ordeñada, aproximábamos a los labios la escudilla desbordante, un esfuerzo más y todo estaría concluido. Si, pero el recuerdo de las manos negras y desaseadas que han preparado esta pasta y batido esta bebida, el fantasma de las mujeres feas que la han mezclado con su saliva, excitaban mis nervios, mis labios se cerraban convulsivamente, se removía mi estómago: ¡Oh no, no puedo tomar! En vano mis indios me suplicaban poniéndome delante la muerte por el hambre, ponderándome la bondad de la chicha y sus efectos mejores que el aguardiente. Todo podría ser, pero la saliva acababa por vencerme. . .

Este hombre tan materializado, tan dado a placeres los más groseros, recibe a la muerte sin inmutarse. Siempre en lucha con las fieras o con sus semejantes, expuesto día y noche a las mordeduras de las serpientes y de innumerables insectos venenosos, presa de las enfermedades que le ocasionan su destemplanza y falta de higiene, se abate cuando menos piensa y muere como ha vivido, sin inquietudes, sin remordimientos de conciencia, ni terror ninguno. Es tan vaga su fe, son tan limitados sus horizontes, sabe tan poco de Dios, del alma, de la eternidad, que es mucho si hace la señal de la cruz. Cada año el misionero vuelve a enseñarle, para que lo olvide luego. Después de la visita del misionero, después de la oración hecha en común en la pobre iglesia, su alma no ha levantado a Dios una sola mirada de amor, de adoración, de reconocimiento: él, ni su mujer ni sus hijos han doblado nunca la rodilla para orar. Parte, pues, hacia ese desconocido formidable, que está más allá de la tumba, con la misma negligencia con que se aventuraba poco antes en las corrientes de los ríos, en los torbellinos y saltos de los torrentes.

No obstante, si la muerte lo halla personalmente insensible a su propia suerte, no le encuentra lo mismo cuando le arrebatara uno de los suyos. Este hombre viejo atolondrado, se sumerge en un dolor profundo e inconsolable con tal abatimiento, que es imposible levantarlo. Su

desesperación es entonces tan violenta que a veces le conduce al suicidio¹.

En nuestro viaje del Archidona al Napo, tuvimos que pasar por Tena, en cuya iglesia presencié la escena conmovedora que voy a referir.

Se anuncian los funerales de un tierno niño y a poco contemplamos entrar en la iglesia una joven madre, llevando en sus brazos el cadáver de su recién nacido. Avanza paso a paso, muda de estupor, con la cabeza caída sobre su caro difunto: en el lugar señalado se detiene y deposita sobre la desnuda tierra ese cuerpecito sin vida. Entonces de sus ojos, como de un océano combatido por mil tempestades, se desborda un diluvio de lágrimas, prorrumpe en suspiros y deja escapar de su corazón atribulado, la más conmovedora elegía que se ha producido en lengua humana. Pero, ¿cómo traducir al español, a esta lengua tan armoniosa y acompasada tan ajena a los saltos bruscos, como traducir la energía sublime y salvaje, la pasión delirante, la poesía dura y candorosa de estos gritos desgarradores?

¿“Oh dueño de mi ser, hijo de mis entrañas, esposo de mí corazón, padrecito mío, mi amor, ¿por qué me has sido arrebatado?... Para tí, cada día se llenaban de leche caliente y dulce estos pechos, con los que jugabas con placer... ¡Ingrato! ¿he olvidado una vez siquiera de inclinarme sobre ti para dártelos a mamar?... Ay, desgraciada de mí, ya no tengo quien libre mi seno de la leche que le oprime”... -Y la infortunada, desecha en lágrimas aproxima a su seno esa boca muda y lívida, entreabre con violencia apasionada esos labios sellados por la muerte... luego deja caer a su hijo sobre el suelo y torna a su lamento.- “Yo que esperaba que tu, crecido y robusto, irías al bosque para cazar para tu madre pájaros de brillante plumaje!... ¿Quién me cuidará ahora en la vejez?... Ay, voy a morir de hambre... Respóndeme, taitico mío, esposo de mi alma, mira, mira si, a tu pobre madre; no me dejes morir, no me abandones sola en la montaña!...”

Luego, irritándose ante la inmovilidad e insensibilidad de la muerte, exclama: “Ingrato, verdugo, hiéreme el corazón, mata a tu ma-

dre: quiero acompañarte al país de las almas... Oh, ¡no me dejes sola en la montaña!”.

Todo esto acontecía, mientras nosotros recitábamos las cortas plegarias de esta ceremonia fúnebre. No pocas veces, nos vimos obligados a interrumpirlas: ¡tan viva era nuestra emoción, tan abundantes las lágrimas, que nos hacía verter esta escena sublime de deliberante amor! Luego uno de los indios toma al angelito y lo lleva al borde de la tumba, que se la ha cavado en la misma iglesia: allí lo deposita y lo cubre con tierra. De rodillas, junto a este sepulcro que va a guardar a su hijo, los ojos fijos en el suelo y las manos convulsivamente cerradas, la pobre mujer está sin voz, todo su ser esta anonadado: su alma desciende a la tumba junto con el cuerpo de su hijo. Apenas echado el último puñado de tierra, la madre se deja caer contra el suelo y queda extendida sobre este lecho fúnebre, ¡qué espectáculo tan desgarrador!...

Tal es el indio, así de Archidona y Napo, como de Coca, Curaray y Canelos. No pretendemos haber señalado todos sus rasgos ni manifestado sus cualidades todas; los vacíos los iremos llenando a medida que avancemos en nuestro viaje por la selva; asimismo, al pasar de una tribu a otra, procuraremos anotar sus diferencias². Por ahora, nos encontramos todavía en Archidona y este domingo no se nos pasa sin que sucedan nuevos incidentes.

Después de la misa, recibimos la visita de las autoridades; se nos presentan con aire de ceremonia, primero el cacique, luego los capitanes: todos traen en la mano las insignias de su dignidad, una especie de bastón de mariscal guarnecido de blanco; luego se sientan con majestad y con tono muy grave me proponen las cuestiones más candidas y ridículas. El cacique es el jefe de la tribu, con una autoridad que los indios hacen y deshacen a su talante, sin más fuerza ni extensión que la que la voluntad individual de cada uno de ellos le quiere buenamente conceder: respetada por punto general en Archidona, Napo y Curaray, no goza de ningún prestigio en Canelos. El Capitán tiene el papel de conducir a los hombres al combate entre las tribus pacíficas del Napo, su oficio se limita a secundar al cacique en el gobierno de la tribu. En-

tre los indios católicos, el Padre misionero influye como el que más en la elección del cacique; esta manera de investidura añade siquiera algo de prestigio a una autoridad tan frágil y desconocida en la práctica.

Muy luego quedamos solos; la curiosidad de los indios había pasado presto, de modo que al salir de la iglesia ni siquiera se dignaron volverse para mirarnos: hombres, mujeres, niños, todos tomaron su camino y se dispersaron por el bosque, como una bandada de estorninos perseguidos por el gavilán.

A la tarde, acompañándonos un hermano coadjutor, tomamos un fusil y penetramos en la montaña en busca de algún tambo. Ardíamos en deseos de sorprender a los indios en su albergue, de asistir, testigos invisibles, a sus regocijos de familia. Unas pisadas que seguimos nos condujeron al borde de un arroyo y ya nos disponíamos atravesarlo cuando sonidos de tambor y gritos llegaron hasta nosotros. El hermano coadjutor, perfectamente enterado de los usos y costumbres de los indios, nos aconsejó a no avanzar más, añadiendo que estos gritos discordantes de hombres y mujeres eran de mal augurio, ya que el sonido del tambor indicada con claridad que se hallaban en bebelonas y que acababa de suscitarse entre ellos un altercado. Pudiendo más nuestra curiosidad que los consejos prudentes del hermano, dimos algunos pasos más y nos disponíamos a seguir adelante, cuando miradas de fuego en la sombra espesa de la selva nos notificaron que estábamos espiados y descubiertos por los mismos a quienes pensábamos sorprender. Al mismo tiempo, una cabeza cabelluda asoma por entre las malezas y luego un enorme jayán se para delante de nosotros, con la lanza en la mano y el rostro amenazador.

Como es natural, juzgamos prudente tomar la retirada; pero nos hicimos a ella lentamente, deteniéndonos a menudo para coger una flor, para mirar a un pájaro, riéndonos y charlando con animación, a fin de probar a nuestro adversario que no era el miedo que nos hacía retroceder, sino el respeto a su libertad. Y en verdad, armados como nos encontrábamos, no había razón para temer; más hubiera sido crueldad e insensatez provocar la efusión de sangre por un motivo tan

fútil, como el que por entonces nos moviera. Por lo demás, el indio no trató de perseguirnos; nos había alejado de su tambo y ya no quería más: volvió, pues, a su chicha y reanudó la riña.

El tambor del indio no suena sino en la embriaguez y la lujuria; forman éstas el flaco de esas pobres almas, impelidas por la destemplanza y la impureza a toda suerte de bajezas y de crímenes. Cuando resuena en el bosque este son siniestro, en acorde con las rasgadas voces de la orgía y los agudos gritos de los combatientes, al Padre misionero se recoge prudentemente a su convento. Conoce bien que su intervención sería de más daño que provecho, que comprometería su autoridad y pondría a riesgo su propia vida, sin utilidad para la de sus infortunados.

El tambor es el único instrumento musical del indio; no que no sepa hacerse otros; trabaja hermosas flautas atravesadas a intervalos por huecos, pero ninguna resuena mejor a su oído que el tambor. El mismo es el artista y lo hace con una resonancia tal, que nos es difícil explicar, dadas sus pequeñas dimensiones: los tambores más voluminosos no tienen dos decímetros de diámetro. Es un cilindro de madera de cedro, ahuecado en la misma rama y reducido al espesor de un medio centímetro: encima tienden una piel de mono, por lo general del mono Guarribas³. ¿Por qué dan la preferencia a la piel de Guarribas sobre cualquier otra? Por una razón sencilla. Tiene el Guarribas una voz estentorea, su grito en la selva es para helar la sangre en las venas y hacer creer que todas las trompetas del juicio final atruenan los oídos con sus notas agudas y terríficas. Pues bien, filosofando profundamente, forma el indio el siguiente raciocinio: Entre todos los animales, el Guarribas tiene la voz más fuerte y estridente; por consiguiente su piel tiene la mayor resonancia, y por lo mismo, la que mejor conviene a nuestros tambores... Y después de esto, se osará decir aun que el indio no vale más que un bruto, que no sabe elevarse de los efectos a las causas, que su lógica es nula y su razón sin consecuencia y sin alcance.

Su manejo es de lo más simple; no se sirven más que de una va-

rilla delgada: jamás hay un cambio de sonido; tres golpes desiguales constituyen el todo de su tono. Este se repite horas de horas, día de días, sin que le fatigue este ruido monótono, sin cadencia ni gracia ninguna. Esas naturalezas tan vivas, tan ágiles y mudables en todo, se quedan encantadas y como hipnotizadas por esta música estúpida. Sería pasable este fastidioso ruido si se le emplease como acompañante, para indicar una cadencia o distinguir el ritmo de alguna parte cantada o tocada: pero el canto es desconocido entre los indios. Las tribus tienen sus guerreros, pero no conocen ni la armadura ni la música.

Nuestra permanencia en Archidona duró unos ocho días, que los empleamos en curarnos de las heridas y sobre todo en estudiar, en sus mínimos detalles, la organización de la misión.

Se debe a García Moreno la resurrección del apostolado entre los indios del Ecuador: fue uno de sus primeros actos establecer en el Oriente a los Padres de la Compañía de Jesús. Se trató sobre esto también con nuestra Orden con la esperanza de que se comprometería en esta obra; pero la Provincia Dominicana del Ecuador, recientemente restaurada, luchaba por entonces con dificultades, que nunca faltan en toda reforma religiosa y así hubo de declinar estas ofertas que en cualquiera otra circunstancia las habría aceptado con placer.

Fue creado un Vicariato Apostólico, que abarcase todos esos territorios. Era menester una legión de Apóstoles para satisfacer las exigencias de un apostolado tan extenso como complicado, que comprendía pueblos tan numerosos, tan extraños los unos de los otros y que tampoco hablaban la misma lengua. Así que los Padres de la Compañía aceptaron al instante agradecidos la oferta que últimamente les hicimos de volver a tomar a nuestro cargo nuestra antigua misión de Canelos y ensayarnos de nuevo en la conquista pacífica de los terribles jíbaros. Llevado en este asunto a Roma por el Señor Delegado Apostólico se resolvió favorablemente. Se decretó la creación de una Prefectura Apostólica Dominicana, que extendería su jurisdicción sobre todos los territorios comprendidos entre el Curaray al norte, el Napo al oeste, el Amazonas al Sur. El norte de la provincia de la Cordillera, del Putuma-

yo al Curaray, quedaba con la Compañía de Jesús. Se nos otorgó, pues, las dos terceras partes de esta inmensa región, es decir, las tribus más belicosas y temidas. La cristiandad del Napo (así llamaremos en adelante la misión de los Padres Jesuitas) consta mas o menos de diez mil católicos, de los cuales tres mil se hallan en Archidona. En cuanto a los indios que se nos ha confiado, apenas se cuentan unos mil doscientos entre innumerables tribus.

Cuando dieciocho años ha, los Padres de la Compañía de Jesús tornaron a las riberas del Napo, de donde los había expulsado la persecución impía que se suscitó en España a fines del siglo pasado, se produjo en todo el Ecuador un entusiasmo indescriptible. Los primeros años de la misión hacían presagiar un brillante porvenir. El vigoroso impulso que García Moreno daba a todas sus obras; los abundantes recursos con que había dotado particularmente a esta, y, sobre todo, el celo admirable, el espíritu práctico y la inteligencia de los hombres de Dios que habían aceptado este ministerio heroico no permitían dudar que el día de salvación había por fin lucido para estos pueblos tan abandonados: se pensaba en abrir vías de comunicación y crear escuelas. El gran reformador había resuelto internarse él mismo en las selvas, recorrerlas guiado por un Padre, observar detenidamente estos territorios y estos indios absolutamente ignorados de sus compatriotas. Todos estos proyectos iban a llevarse a cabo, cuando cayó herido por el puñal de un sectario. Así desaparecido, sus ideales duermen con él en la tumba, esperando, para realizarse, que la Providencia suscite a este grande hombre un heredero de su genio y de su fe.

Privados de todo apoyo humano, sospechosos al nuevo gobierno, calumniados bárbaramente por el partido liberal, los misioneros no han continuado en su obra civilizadora, fundando nuevos centros de misión luchando con energía infatigable hasta con peligro de su vida, por sacar a los indios de su vida salvaje y nómada y reunirlos en pueblos. ¡Ah! si se les hubiese dejado formar escuelas, amparar a estos indiecitos, tan vivos, tan inteligentes y simpáticos, acostumbrarlos al trabajo y la virtud antes que influya en ellos el medio bárbaro en que viven, el problema estaría resuelto. Esas inmensas soledades se halla-

rían ahora pobladas de centros cristianos y hospitalarios; el número de la población se habría acrecentado, y la República encontrado allí un emporio de juventud y de riquezas sin cuento.

En el tiempo que pasé con los Padres, me prodigaron de las más cariñosas atenciones. Olvidaron que eran pobres y faltos a veces hasta de lo necesario, para tratarme con regalo. Veteranos en el apostolado, aguerridos por mil combates, conocedores del bosque tanto como el indio y del indio mejor que nadie, quisieron con la mejor voluntad poner al servicio de un bisono recluta, extraño a su Congregación, todos los tesoros de su experiencia, iniciándonos en los secretos de esta táctica maravillosa de conquistar las almas. En fin, para colmo de beneficios, nos confiaron el día de la partida, a la solicitud del Venerable Padre Pérez, a quien dieciocho años de apostolado y de persecuciones soportadas con heroísmo, habían envejecido y cubierto de canas, aunque no enfriado su ardor, ni disminuido su celo. Se me dio, pues, al Padre Pérez por guía y por Mentor: y en sus manos me abandoné como en una segunda Providencia, como el joven Tobías a la dirección sobrenatural del ángel Rafael.

Notas

1. El suicidio no es conocido sino en Archidona, y aun aquí es muy raro. En las otras tribus es completamente desusado. El suicidio es un efecto de la civilización, que supone espíritus pensadores y nervios desequilibrados, cosas que no se conocen en nuestros bosques.
2. Señaladamente no debe confundirse a los jíbaros con las tribus, cuya fisonomía hemos presentado aquí, pues, merecen un estudio aparte.
3. Es el *rimia Belsebuth* de los naturalistas. Sus aullidos espantosos dependen de una configuración especial de la laringe en la glotis cartilaginosa.

Segunda parte
DE ARCHIDONA A CANELOS

Capítulo VII

EL MISAGUALLI - EL NAPO

El viaje de Archidona a Canelos se lo considera tan peligroso, sobre todo en la estación de lluvias, que hasta los indios rehusaron acompañarnos; sin que les hicieran salir de su negativa ni el cacique, ni los capitanes, ni las promesas, ni nada que les valga. A duras penas consintieron algunos pocos seguirnos hasta nuestra primera etapa. Su respuesta invariable era: “Padre, si te acompañamos, moriremos de hambre al borde de los ríos, para no volver nunca a nuestros tambos”. ¿En qué consistía, pues, este tan temido peligro? En las innumerables corrientes de agua que surcan esta región. Si los ríos crecen por las lluvias, se hallan uno expuesto a morir de hambre o a perecer presa del tigre, porque el bloqueo puede durar semanas enteras. Tornar atrás es imposible; pues los ríos más o menos numerosos, atravesados ya, se vuelven invariables, crecidos con las lluvias.

Si el hambre acosa al viajero del bosque y resuelve, cueste lo que cueste, arriesgarse a la aventura de una travesía, los indios cansados por sus importunidades, construyen una balsa, lo más sólida que pueden con troncos de árboles ligados por travesaños. Tan grande, pesada y resistente es esta máquina náutica y los indios la maniobran con tal destreza, que evidentemente nada podrán contra ella las corrientes. Esta, pues, vencido el obstáculo; así parece, pero luego los torbellinos que aprisionan la balsa, la retienen cautiva durante algunos segundos, para lanzarla presto de su órbita, imprimiéndole una fuerte desviación; ya desde entonces el barco boga a merced de la corriente, que la arroja contra los escollos y rompientes, que levantan al aire los travesaños, arrebatando las vigas la violencia de las aguas. Los indios no esperan esta catástrofe final: se echan ligeros al agua y nadando al sesgo van a

tomar orilla, algunos centenares de metros más abajo. Pero el imprudente que ha desafiado al peligro, se ve como hipnotizado por el peligro mismo y sin poder salvarse a nado, parece sin remedio.

En los días que duró la ruda etapa de nuestro viaje de Archidona a Canelos, vadeamos más de ciento cincuenta brazos de río, algunos sumamente largos y correntosos. Fue una Providencia especial de Dios no hallar ninguna creciente, hecho sin precedente en una estación lluviosa y muy raro aun durante el verano. Así que, Padre e indios no pudieron menos que ver en esto una prueba evidente de la protección del Cielo.

El primer río que se nos ofreció al paso fue el Misagualli y lo vadeamos a cosa de dos horas del Archidona. Ahora bien, el Misagualli, que no es sino un río de tercer orden, es más grande que el Sena y de una corriente tan rápida, que ni los mismos indios se aventuran en él en canoa. Su lecho, ahondado desigualmente por las crecientes, cubierto de piedras redondas y resbaladizas, erizado de numerosos arrecifes, no presenta fácil acceso. A cada instante hay peligro de perder el equilibrio y si no está a tiempo un indio para salvarlos o recogerlos cuando os arrebatara la corriente, esta os arrastrará al Napo, cuyo tributario es el Misagualli, como los miles de hojas que flotan y se arremolina en su superficie.

Antes de desembocar en el Napo recibe el Misagualli dos afluentes de alguna importancia, el Hollin a la izquierda y a la derecha el Tena, río de aguas verdes y transparentes y de sinuoso curso.

Las orillas de estos ríos están cubiertas de palmeras, cuyo largo follaje recortado, se deja ver por todas partes y sus verdes y elegantes penachos. Aquí se encuentran representadas casi todas las especies conocidas en esta región, desde las palmas y palmitos, cuyas largas hojas se inclinan hacia el río, hasta la chonta gigante, que desliza su recto y desnudo tallo al través de la espesa enramada y ostenta su verde cabeza cargada de sabrosos frutos, balanceándose en una atmósfera de luz.

La palmera más común es ciertamente una de las menos decorativas, el tarapoto, cuyo ahusado esípite descansa sobre un cono de raíces espinosas, de las que se sirven los indios como de rallo, para reducir a pulpa la yuca y los plátanos.

No seguimos al Tena y Misagualli hasta su desembocadura. Abandonando la dirección sud-este que hasta entonces habíamos seguido, después de hacer una ligera estación en el caserío del Tena, nos dirigimos hacia el Napo, situado a la orilla del río de ese nombre.

Llegamos al pueblo a la caída del sol, a la hora en que las sombras de la noche descendían lentamente sobre el bosque, donde el discreto y dulce gorjeo de las aves que se duermen, sucede a los agudos y discordantes gritos que dejaban oír durante el día. Hacia ya más de una hora que escuchábamos el sonido majestuoso del río: ahora, desde la cima de la orilla en que se levanta la iglesia, lo entreveo a través de las ramas, con templo reverberar sus aguas en los reflejos últimos del día.

Imposible sustraerse a un atractivo semejante; después de una corta visita a la miserable choza que sirve de iglesia, dejo al P. Pérez a cargo de la cocina y desciendo al río.

No cabe duda, el Napo es un río verdaderamente real. Así lo llaman los ecuatorianos que lo consideran, si no como a rival, al menos como al principal afluente del Amazonas. Es rey por la opulencia de sus aguas, por la extensión de su curso y por el número e importancia de los ríos que le rinden sin cesar el tributo de su caudal. Lo es también por la magnificencia de sus riberas: ¡Qué decorado más encantador el que le ofrece la selva virgen, que verdes y floridas islas, las que rodea el río con sus poderosos anillos! Los altos matorrales de olorosas guiras, las flores centelleantes de las enredaderas y espinosas pasionarias, la variedad infinita de follaje, las graciosas espesuras siempre en movimiento de los largos bambúes, los entrelaces sin número de las lianas y plantas trepadoras cubren los bordes de este río de un adorno más precioso que la púrpura de Tiro. La orilla derecha más variada y pintoresca, es digna de mayor atención. Desde la cima de la ribera en que se asienta el inhabitado pueblecito del Napo, se descubre en primer término,

las numerosas ramificaciones de la cordillera del Cotopaxi, cuyos últimos levantamientos vienen a aplanarse en las llanuras del Napo. Son precisamente las entrañas de esta cadena secundaria, donde el río ha abierto su lecho y de donde también atrae el polvillo de oro que arrastra mezclado a la arena y limo, para depositarlo a sus orillas y en sus islas, después de cada uno de sus remansos. En el confín opuesto, se divisa en la penumbra, la línea indecisa de la cordillera de Castañas, cumbre de las dos vertientes, de las dos cuencas opuestas del Curaray y del Napo. Esta línea se eleva al horizonte como una enorme marejada, que un viento furioso levantara ante sí. A medida que se aleja de su centro, las olas reverdecidas decrecen poco a poco, sus ondulaciones se uniforman y terminan por abatirse, hasta venir a deshacerse sobre la orilla derecha del Napo.

Este río es considerado aquí, no sin razón, como el manantial del porvenir de esta inexplorada y salvaje comarca, como el camino que desde Europa debe conducir, por el Atlántico y el Amazonas, como la arteria surtidora de la vida intelectual y social, por mil ramificaciones secundarias hasta lo más profundo de las selvas. Tomando origen en los neveros del Cotopaxi y Sincholagua, recorre un espacio por lo menos de mil doscientos a mil quinientos kilómetros, recibe a la derecha, el Anzupi, el Araguno, el Huiririma, el Curaray etc.; a la izquierda, el Misagualli, el Guambuno, el Suno, el Coca, el Aguarico; desemboca en el Amazonas por un desagüe tan ancho, con una masa de aguas tan importante, que soberbio e indomable hasta en su caída, camina paralelo a su orgulloso soberano, por el espacio de más de ochenta leguas, sin desdeñarse a mezclar sus claras aguas, con las amarillentas y cenagosas del Amazonas.

¿Comprenderán algún día los extranjeros el partido que podrían sacar de este río y sus afluentes para el comercio y para la industria? Parece que sí, porque el pueblo de Iquitos, situado en la desembocadura del Napo precisamente, se ha tornado, a vuelta de poco tiempo, en importante centro comercial donde Brasileños y Peruanos, Americanos del Norte y Europeos se han dado cita para explotar a esta tan fecunda tierra así como a sus cándidos pobladores. Barcos ligeros surcan ya por

la parte baja del río, cargados de mil curiosas cosillas, para retornar repletos de cacao, caucho, vainilla, canela, quinina, zarzaparrilla, en una palabra, de los innumerables productos de esta tierra todavía virgen. Todo ello, depositado en los puertos de Iquitos, luego en los de Pará a la desembocadura misma del Amazonas, es transportado a Europa por los transatlánticos.

El mismo movimiento se echa de ver en la desembocadura del Pastaza, sirviendo el San Antonio de centro del comercio. El Pastaza desempeña, en el sur de esta feraz comarca, el mismo papel que juega en el norte el Napo: uno y otro están llamados a igual porvenir.

Hacia las siete, cuando los postreros rayos y reflejos de sol se fueron apagando poco a poco detrás de las montañas, pudimos apreciar, en toda su grandeza y esplendor, un espectáculo, cuya magnificencia y poesía no nos habían permitido contemplar, los estrechos horizontes en que hasta entonces se había espaciado nuestra vista. El río y sus orillas se iluminan de repente de innumerables luces que circulan al través de las ramas y que tomando vuelo de los matorrales, describen, al atravesar el río, parábolas semejantes a las de los bólidos y estrellas errantes. Diríase que se trata de una lluvia de estrellas, o mejor todavía, de un juego artificial en que se lanzarán sin interrupción innumerables cohetes. ¿Quieren, por ventura, los genios invisibles de las selvas regalarnos al ocaso con una fiesta nocturna? Si así lo intentan, no van des-caminados; confieso no haber visto jamás nada más poético ni más grandioso: una fiesta, sin el ruido de voces humanas, sin el tumulto de una muchedumbre alborotada que aturde y arrebató la mitad del placer; una fiesta silenciosa, recogida, solemne, que habla al alma mejor que a los ojos; en una palabra, una fiesta cual solo la naturaleza sabe disponer para sus confidentes y amigos.

Todas estas estrellas errantes y resplandecientes no eran más que los cocuyos, no las luciérnagas europeas, que desde la espesura de la hierva en que se acurrucan no os envían sino un pálido resplandor, sino las luciérnagas americanas, que miden hasta cinco centímetros y cuyas fosforescencias conllevan como bombillas eléctricas. Se me ha-



El cacique del Curaray con su mujer

bían presentado muchos ejemplares en Archidona, donde pude estudiarlos detenidamente. Pero, antes de nada, conviene que manifieste como me moví a interesarme en el examen de este curioso insecto.

Una tarde, mientras me paseaba tranquilamente por la galería de bambúes de la residencia de los Padres Jesuitas, divisé la celda del R. P. Salazar iluminada por una claridad inusitada. Guiado por la curiosidad entré adentro y encontré al Padre sentado junto a su mesa de trabajo, leyendo a la claridad, parece ficción, de una botella, si, de una botella. Cerca de su libro estaba un frasco de vidrio blanco del que salían sin interrupción rayos titilantes: era un cocuyo que desempeñaba el papel de llama y que estaba royendo un pedazo de caña de azúcar que el Padre había introducido dentro del frasco.

La luciérnaga americana no es más que un coleóptero del género llamado vulgarmente topin. Sus elitros son de un moreno brillante y surcados de profundas estrías. El coselete, de un negro muy oscuro, lleva en cada extremidad del borde superior un punto fosforescente del tamaño de una cabeza de alfiler, punto oscuro durante el día y luminoso por la noche. Se me ha dicho que existe un otro cocuyo americano cuyos ojos son fosforescentes; pero no he podido comprobarlo por mí mismo.

Capítulo VIII

EN CANOA - DEL NAPO AL CURARAY

Al amanecer del día siguiente, tres indios del vecindario estuvieron a visitarnos. Como nos abandonaran ya los de Archidona, recibimos a estos a nuestro servicio y les rogamos nos condujeran en canoa hasta el Aguano, pueblo situado a la ribera izquierda del Napo, casi enfrente de la desembocadura del Arajuno.

Era la primera vez que ponía el pie en una canoa y confieso que no lo hice sin algún recelo. Abandonarse a la corriente de un río como el Napo, afrontar sus rápidos oleajes, desafiar los puntos salientes de sus arrecifes en una tan frágil piragua, era un trance peligroso, en el que más de un blanco ha perdido la vida. Como quiera que sea, el Padre Pérez ha hecho preparar la embarcación que se balancea suavemente sobre su quilla, hundiendo y levantando su proa alta y afilada. Es esta un tronco de cedro que los indios han rajado con el hacha, luego carbonizado y revestido de una espesa capa de betún; mide quince metros de largo por uno de ancho: júzguese si esta desproporción volverá inestable el equilibrio y facilitará las zozobras.

A la señal dada por el Padre, los indios cortan las lianas que nos sujetaban a la ribera, toman el remo y nos llevan por lo más rápido de la corriente y volamos como flecha. Extendido en la canoa, la cabeza recostada sobre mi maleta, las manos apoyadas en los bordes, veo desfilar los matorrales y gigantescos árboles y toda la selva, como los espectros de una visión fantástica. Paréceme que nosotros permaneceríamos inmóviles y que es el bosque el que huye a nuestra vista. No obstante, como si recelaran la aproximación de un enemigo, los indios se han parado a los bordes de la piragua y atisbado el horizonte con mirada inquieta; luego firmes en esta posición incómoda, continúan en

remar con furia. De repente la piragua recibe un fuerte golpe, presto reanuda su carrera, se hunde y se levanta como una bomba elástica, sobre las rocas que chocan violentamente con su quilla. Nos vemos a las veces en medio de torbellinos y de escollos, cuya espuma y chisguetes de agua nos inundan y nos ciegan. Los indios entonces dan de mano al remo que aquí no sirve y armados de un tallo de bambú lo avientan a derecha e izquierda para impedir que la piragua se sumerja en el abismo o se haga pedazos contra los arrecifes. La canoa se encabrita como un caballo furioso, gira sobre sí misma, cediendo a la atracción de las corrientes opuestas que se la disputan. Veámosla que vacila y se hunde, ya a la derecha, ya a la izquierda, sufrimos golpes de agua que nos inundan y nos sumergen: ¡mi Dios, vamos sin duda a zozobrar!... No, la piragua se endereza; los indios con una energía salvaje la dirigen por el único canal accesible: torna a tomar su vertiginoso curso y escapa triunfante de estos terribles escollos.

Desde el Napo hasta el Aguano tuvimos que atravesar como unos diez ríos; todos ellos temibles, pero dos más que los otros. Los indios mismos hablan de ellos siempre con pavor, y por poco que un río haya crecido con las lluvias, no se atreven a pasarlo. Cuando los atravesamos nosotros, el Padre Pérez se descubrió, se santiguó y continuó rezando, mientras duró el peligro. También yo le imité; no podía ser de otra manera, puesto que en ello nos iba la vida.

A nuestro paso por la desembocadura del Misagualli, saludamos a la pobre iglesia de San Javier de Puca—Urco, pueblecillo fundado recientemente por los Padres a la desembocadura misma del río y continuamos nuestro viaje náutico, contorneando las islas más encantadoras que se puede imaginar, verdaderos cestillos de flores suspendidos sobre las aguas. Innumerables pájaros se desbandan a nuestra aproximación; otros, más flemáticos, cual la garza blanca, nos ven pasar junto a ellos, sin pestañear. Este verdadero tipo de pescador de caña permanece melancólicamente plantado sobre su una pata, con su largo cuello replegado, el pico metido sobre el buche y los ojos fijos sobre las claras aguas: paciente, resignado, poco exigente, filósofo de alma.

Después de incidentes mil, los unos agradables, dolorosos los otros; después de mil emociones diversas, llegamos por fin al Aguano. Eran las seis de la tarde. Saltamos ligeros a tierra y transportamos con rapidez todos nuestros bagajes y nos trasladamos todos a la choza de bambú, destinada para los Padres. No permanecemos en este caserío desierto más del tiempo estrictamente necesario para renovar nuestras provisiones de yuca y plátano y enganchar algunos indios de buena voluntad, que nos acompañaran hasta el Curaray.

Permanecer solos en el Aguano, en una cabaña sin puertas y protegida por una endeble paliza de bambúes, hubiera sido exponernos voluntariamente a ser visitados por los tigres que merodean esta región, cebándose en innumerables víctimas. Cada noche sus rugidos hacen estremecer la selva. Partimos, pues, lo más pronto, escoltados por seis indios.

Las primeras horas del viaje se pasaron sin contratiempo: una piragua nos condujo por sobre la orilla derecha del río y luego por la ribera izquierda del Arajuno. Muy luego dimos de mano a la piragua e internándonos en el triángulo cenagoso comprendido entre el Arajuno y el Curaray, nos fue preciso viajar por en medio del barro de los pantanos y del agua torrentosa de los ríos que esguazamos. Una vez realizado así el paso, nos vimos muchas veces en la necesidad de tomar como al asalto las riberas escarpadas de los ríos, riberas bastonadas de rocas enormes y perpendiculares, erizadas de matorrales espinosos y cubiertas de una vegetación espesa y densa.

El Cosano, desde el primer día, comenzó a hacer fisga de nuestros esfuerzos, por el espacio de tres largas horas. Las aguas límpidas de este río habían tomado un tinte amarillento y su volumen se nos ofrecía ya con proporciones inquietantes. para resistir a la impetuosa corriente, cuyo impulso nos amenazaba hacer perder el equilibrio; nos agarramos de las asperezas de la roca, de las ramas de los arbustos, de los haces de lianas que corren de una orilla a otra, como las jarcias de un navío. Mas las lianas acaban por ceder, sus cordeles mal enlazados se deshacen y dividen como una madeja de hilo, como el cable de

una máquina mal sujeto, y nos abandonamos a la corriente por el espacio de veinte a treinta metros, teniendo siempre en la mano el bejuco traidor que por fin se endurece y resiste a la violenta tracción a que le hemos sometido. Nuestros indios no se preocupaban sino de su propia vida, abandonándonos a merced de nuestra desventurada suerte; pero ello, resultó una bendición.

Un árbol se encontraba tendido al través de la ribera como un puente de salvaguardia, a la altura de dos metros mas o menos, del que pendían innumerables parásitos, lianas y sarmentosas de tejido cerrado como las mallas de una red. Los indios se asieron de ellas y a fuerza de brazo consiguieron hacer pie sobre esta plataforma verdaderamente providencial. Helos, pues, allí. “Padres, nos dicen enseguida, Padres soltaos de los bejucos, dejaos arrastrar de la corriente y nosotros os daremos la mano aquí”.

La idea era, en verdad, feliz y nos disponíamos ya a llevarla a cabo cuando de repente se oye un estridente resquebrajo: el árbol sobre el que están nuestros indios se dobla, se rompe por la mitad y los dos enormes troncos caen en el río con un ruido espantoso. Pasamos unos instantes de un pavor horrible. Por mí, confieso no haber distinguido nada en esta espantosa confusión hasta el momento en que el más decidido de nuestros indios, Francisco, nos llamó con alegría, afirmándonos que todos estaban salvos y sanos y que habían dado por fin con un sendero.

Fue ello una verdadera resurrección. La alegría nos comunicó fuerzas y valor; nos desasimos de las lianas y nos lanzamos a nado hacia nuestros indios, que entre tres nos aguardaban junto al árbol nefasto y llegamos a sus brazos. Los dos pedazos del árbol gigantesco, retenidos a la ribera por sus extremidades, resistían aun a la corriente, que se esforzaba por arrebatarlos: esta particularidad me explica por que nuestros pobres indios no habían sido despedazados o sumergidos.

No obstante, tres de ellos habían recibido heridas bastante graves, que demandaban inmediata cura.

El sendero descubierto por Francisco no pasaba de ser más que una escotadura tallada al vivo en la ribera izquierda del río, una especie de excavación practicada por las aguas. No trepamos largo tiempo por esta pendiente resbaladiza. Nos decidimos a pasar la noche a cosa de unos cincuenta metros del Cosano; los sufrimientos de los heridos y el estado lamentable de nuestras cargas hacían necesario este descanso. La cena fue triste, si, muy triste: nuestros víveres inundados empezaban a cubrirse ya de moho; lo cual nos presagiaba días de hambre y de angustia.

Al día siguiente y en los posteriores, tuvimos la dicha de celebrar la Santa Misa. Cada mañana los indios preparaban un dosel de ramaje, bajo el cual instalábamos el altar portátil del Padre Pérez. Luego hacían la guardia alrededor del desmantelado santuario; serios y recogidos, todo el tiempo de rodillas, parecían interesarse vivamente en el misterio que se realizaba ante su vista. Ello era grande en su misma simplicidad. Nunca, bajo las bóvedas de una catedral, en medio de las pompas de mayor magnificencia, había experimentado una emoción religiosa mas profunda: se creía uno tornar a los primeros días del cristianismo, cuando los divinos misterios se celebraban en el silencio de las catacumbas y los desiertos .

Derramar la sangre del Salvador sobre una tierra infiel y manchada con toda suerte de crímenes era, por lo demás, tomarla en posesión a nombre de la Pasión, y establecer auténticamente en ella el reinado de la Cruz y el Evangelio; llamar allí a Jesús era expulsar al demonio. Aunque el misionero no hiciera más que celebrar los sacrosantos misterios en el seno de los pueblos, en las comarcas donde Satán reina como dueño, realizaría ya el acto más sublime, no solo en si mismo, sino en su maravillosa fecundidad en efectos sobrenaturales; acto esencial, por consiguiente, en la obra de regeneración que persigue.

Y ¿dónde podrá el misionero encontrar una fuerza comparable a la que halla en esta entrevista tres veces santa con su dulce Maestro, que consciente en seguirlo al través de tremedales y precipicios, y hacerse su viático, su pan de cada día? La sangre puede correr por mil heridas,

más no brotará ni siquiera una lágrima de los ojos. Cuando todos los elementos de la tierra y de los cielos se desencadenen y causen mil estragos: ¿qué importa? En la compañía del Salvador, hasta el martirio deja de ser martirio.

Después de haber atravesado el Huascayacu, otro afluente del Arajuno, abordamos a la Cordillera de Castañas, cuyas primeras pendientes empezamos a trepar. Pasamos ya una vida mejor que la de anfibios que ya tres días hemos sobrellevado; los pulmones se nos dilatan en esta atmósfera más pura y menos húmeda. Algunas plantas especiales llaman desde luego nuestra atención. Y primeramente el cacao que abunda en estas regiones, sobre todo el cacao blanco. No hay para que decir que los indios desdeñan la almendra, que se utiliza en Europa para hacer el chocolate: lo que ellos más apetecen es la pulpa blanca y azucarada, especie de placenta que rodea a la almendra: son tan golosos de ella, como los monos sus compadres.

Sucedió un día que sorprendimos el festín de una manada de monos, que se regalaban con esta placenta. Irritados por verse descubiertos y molestados en su comida, nos comenzaron a mirar al soslayo, dando señales de cólera, que no pudieron menos que inquietarnos. Eran en tan gran número, que muy bien podían darnos un mal rato.

Tomamos pues, la ofensiva y tiro sobre tiro, descargamos contra ellos nuestra artillería, Fácil es comprender su derrota general. Toda la línea de batalla se desbandó en medio de agudos gritos, de brincos y ademanes cómicos. Muchos de ellos, en su pánico, habían abandonado las cápsulas de cacao de que estaban sirviéndose, y mis indios triunfantes se precipitaron sobre este inesperado botín y continuaron el convite comenzado por los monos.

El copal, el campeche, la quina no pasaron, desde luego, por desapercibidos. La madera resinosa del copal nos sirvió desde entonces, cada tarde, para nuestro hogar improvisado, lo cual simplificó en gran manera las fatigas de nuestros indios. Dejando el campeche para los fabricantes de vino, nos abalanzamos, no es exageración, sobre las corte-

zas amarillas de las quinas, proveyéndonos de un buen cargamento de ellas.

Entre los arbustos que tapizan el suelo de la vertiente sur de la Cordillera de Castaña, no es para ser echado al olvido el ágave americano, cuyas largas hojas lustrosas y cortantes impedían con frecuencia nuestra marcha. Esta es una de las más hermosas plantas de la selva, junto con la palma llamada chambira (palma mauritia), acaso la más utilizada por los indios. Las fibras largas y resistentes de la pita y la chambira se prestan a todo los usos del cáñamo, cuya finura y solidez reemplazan ventajosamente. Su preparación es por otra parte de lo mas simple. Para separarlas de la celulosa los indios se contentan con someter las hojas a una prolongada cocción. La pita y la chambira les sirven para sus redes, sus hamacas y sus shigras, especie de bolsas que llevan terciados. Tan solo por ignorancia y por pereza no fabrican también tejidos.

Prosiguiendo nuestro viaje por la vertiente sur, encontramos caobas y el laurel llamado vulgarmente torvisco. ¡Cuántas maravillas descubrirían los naturalistas en estas comarcas inexploradas, y cuanto siento yo, no disponer de tiempo ni poseer las cualidades suficientes para enriquecer mi mente de conocimientos nuevos y la ciencia de preciosos descubrimientos!

La fauna y la flora se desarrollan en todo su esplendor a las riberas de los ríos y a los bordes de los cursos de agua, donde el aire circula y resplandece la luz con mayor abundancia. Allí todo es vida y movimiento, zumbido de alas, cantos y perfumes. Sobre la arena brillante, en medio de pedernales que titilan, a los rayos del sol, circulan innumerables insectos, cárabos y cicindelas, coleópteros de todas formas y matices. Grandes escarabajos de alas encendidas revolotean a través de las ramas asoleadas que se inclinan sobre las aguas. Los indios los persiguen para aprovecharse de sus elitros como de adorno. Con aire de triunfo me presentan algunos escarabajos hercúleos, muy conocidos de los entomologistas y sin embargo buscados con afán, tanto por su enorme talla como por su forma peregrina. ¿Cómo no hablar de la araña gigante?

Por su longitud y anchura, la hembra con sus patas desplegadas, tiene las dimensiones de la mano de un hombre. A su lado, forma triste contraste el macho, cien veces más pequeño que su compañera. Es infalible hallar la araña, donde se encuentra una presa vida. Muchas veces toparon nuestras cabezas con su tela, gruesa como un hilo y resistente cual un tejido. Los indios la temen y huyen como de un ser venenoso, sin duda porque la confunden con la araña de sus tambos, de hinchado abdomen, venenosa como los escorpiones.

Nuestro viaje a partir de la cordillera de Castañas, a través de la red inextricable de ríos que conducen al Curaray, no fue sin algún provecho. De cuando en cuando nos detenemos a los bordes de un arroyo y mientras los indios preparan y beben su chicha, yo me ocupo en cazar insectos y recoger flores. Hasta ellos no se desdeñan en ayudarme alguna vez en mi recolección, que les parece tan peregrina y ridícula como deliciosa su chicha. Muchas ocasiones me sirvo de ellos para procurarme orquídeas parásitas, cuyas hermosas flores diviso sobre las ramas superiores de los grandes árboles.

Nada más curioso que verlos trepar por los enormes troncos, andar por sobre esas ramas resbaladizas, divertirse en esas alturas vertiginosas, charlando y riendo con los que están al pie del árbol. Pero este mi interés por las orquídeas estuvo a punto de hacerme perder en su opinión.

Porque, cada vez que venía a mis manos un ejemplar de esta preciosa planta, desgajaba la flor y la arrojaba al suelo, por serme inútil para no conservar sino la papa y la raíz, y era esto ocasión de exclamaciones, sacudimientos de hombros, risas interminables, capaces de confundir y sepultar al mismo Linneo y Jussieu. En vano me esforzaba por hacer comprender a esta asamblea de niños viejos que, con la bulba y la raíz, tenía también la flor, pudiendo hacerla renacer cuando me viera en voluntad: es lo que precisamente no comprendían.

Ya cuando tratamos de ponernos en marcha fue otro cantar, pues nadie quería cargar con estas plantas mutiladas. Había recogido como unas cien algunas sumamente raras y de una belleza maravillosa y me

veía en la cruel necesidad de abandonarlas todas, sacrificándolas a la ignorancia estúpida y a la inconcebible testarudez de estos indios.

-“Francisco, Pachito de mi alma, tu si que no tendrás la crueldad de atravesarme el corazón; tu has sido siempre el más cariñoso y fiel de los indios.... Toma, Francisco, te ofrezco dar todo lo que quieras: anzuelos del porte de tu dedo, alfileres del tamaño de tu brazo, hilo, agujas, cintas, todas las maravillas de la civilización, si, todas, absolutamente todas”.

Movido por un discurso tan patético, mi buen Francisco se inclina sin decir palabra, recoge lentamente, una a una todas las orquídeas, con un aire tan contrito y humillado, que deja traslucir al vivo el esfuerzo heroico que le cuesta. Le animo entonces, le acaricio, pongo yo mismo la preciosa carga a sus espaldas; ahora si, adelante... ¡por fin se salvaron mis orquídeas!

Lector amigo, no habíamos andado aun un kilómetro, cuando ya Francisco estaba con sus espaldas libres.

-Francisco ¿dónde están las orquídeas?

-Padre, éstas se han burlado de mí.

-¡Qué! ¿las orquídeas? Estas loco, Francisco: ¿dónde están las orquídeas, te pregunto? ¿qué has hecho de las orquídeas?

-Padre, éstas se han burlado de mí, me responde el pobre indio, cada vez más confuso y desconcertado.

Al instante nos rodean los demás indios riéndose y festejándose como si hubieran alcanzado un triunfo. Comprendo inmediatamente, por estos pillos, de que el pobre Francisco, hastiado de sus mordacidades, hecho el blanco de toda la reunión, había en un acceso de mal humor, arrojado al río mi depósito precioso...

Atravesamos también el Sótano, el Sardina yacu, el Nusino y muchos otros ríos, afluentes todos del Curaray. El hambre nos daba alas,

pues hacía dos días que no teníamos sino lo estrictamente necesario; es decir algunas yucas enmohecidas, negruzcas, incomibles. Los indios que suponíamos, y no sin fundamento, habían arrojado al agua gran parte de nuestras provisiones, nos ofrecían su chicha, pero inútilmente; el recuerdo de la saliva nos la hacía intomable.

Nos hallamos por fin en el pueblo del Curaray, al cual tenemos siquiera, el consuelo de haberlo encontrado con habitantes y lleno de vida. Debemos al Cacique del Curaray esta sorpresa.

Lo encontramos en las riberas del Napo donde cazaba y hacia su pesca en compañía de un indio de su tribu. Tan pronto como tuvo conocimiento de nuestro itinerario, tomó la delantera y enviando mensajeros en todas direcciones, pudo, cosa incomprensible, reunir a toda su tribu, en menos de cinco días.

Capítulo IX

EL CACIQUE DEL CURARAY

El cacique del Curaray es un gran cristiano. Todo fue vernos y correr y echarse a nuestros brazos: sus ojos húmedos y su robusto abrazo nos manifiestan, con mayor elocuencia que sus palabras, el ardor de su fe, su amor en verdad filial, su profunda veneración a los ministros del Evangelio. Siéntase a nuestros pies, mezclándose con los niños que nos rodean. En atención a su mayor edad y a su carácter le invitamos a sentarse a nuestro lado, sobre un mismo banco, como un amigo, pero no podrá resolverse. Sus grandes ojos, tan dulces y tan santos, permanecen fijos en nuestro rostro en una muda contemplación: de cuando en cuando, como para desahogar su corazón que sube hasta sus labios para desbordarse de cariño y gratitud, se acerca sin decir palabra, nos coge las manos y las cubre de besos.

Nuestro Señor tiene sus santos en todas partes, así en el seno de la barbarie como en los centros más civilizados, así en el fondo de las selvas como en la soledad de los claustros: su gracia obra en el corazón sencillo del salvaje y presto este torrente se desborda, se explaya por los pliegues más íntimos de estas almas jóvenes y penetra en las profundidades de esta tierra virgen. Donde muy luego se desarrollan los gérmenes de las más robustas y heroicas virtudes, como los árboles de la selva, sin arte, sin estudio, sin plan premeditado y llegan a una altura y revisten un vigor y una gracia, que no poseen en igual grado ni las más cultivadas virtudes de los claustros.

El cacique del Curaray pertenece al número de estas almas privilegiadas: muchas las encontramos en nuestro viaje, pero ninguna nos impresionó más que la de este indio. Frisa en los sesentiséis años, la edad ha respetado su talle erguido y alto, sus anchas espaldas, su vigor

varonil. Tan solo su andar revela la edad avanzada; sin ser precisamente tardío, no tiene ese no sé qué de desenvuelto y airoso que se nota en los indios adultos.

En vano se buscaría en esta cabeza venerable un solo cabello blanco o una arruga sobre esa frente tan pura. El indio, por lo demás, no encanece jamás, sus preocupaciones son tan escasas como sus pensamientos. Tan solo su gravedad denuncia su edad madura, como también esa especie de imponencia y majestad, esa dulzura y recogimiento que añade la vejez al rostro del hombre virtuoso; crepúsculo de una vida sin nublados y aurora de un día que comienza para la eternidad.

Contra la costumbre universal de las gentes de su raza, no utiliza pintura alguna, ni ningún tatuaje ridículo y desaseado. Ello no lo hace seguramente por singularidad; tampoco, a lo que nos parece, le mueve lo que hay de indecoroso en eso para la dignidad humana, no, su filosofía no se extiende a tanto. Nuestro indio es santo sin saberlo el mismo: nunca acaso se ha preguntado lo que querría decir: ser santo; menos aun ha descubierto en sí ningún mérito superior al de sus hermanos, y esta preciosa ignorancia, esta divina sencillez, esta humildad que no reflexiona sobre una santidad que no se conoce no es el menor encanto de su virtud; al contrario, es su principal salvaguardia.

Pero lo que él no conoce, lo conoce la gracia que obra en el fondo de su corazón. Ella, sin duda, le habrá dicho que el cuerpo del hombre y sobre todo el cuerpo del cristiano no debe tener otro adorno que la belleza serena y expresiva de su alma, que no es decente suspender de su frente o de su cuello los sangrientos trofeos de sus combates, ni hacer alarde de la sangre cuya efusión no podía excusar sino una cruel necesidad .

Si se ha cubierto con un velo de pudor más ancho y largo que el adoptado por la generalidad de los indios, ha sido por seguir las inspiraciones de la gracia, esa gracia de pureza que se trasluce con un suave resplandor a través de sus ojos, y se desborda del corazón por medio de los labios con discursos tan nobles en su misma sencillez.

En la Iglesia, no tiene sitio reservado, pero es tal la veneración con que le miran sus indios que nadie osa aproximársele demasiado. Es verdad que ni ellos se dan cuenta de lo que es un santo, pero un secreto instinto les advierte que en su cacique existe un no se qué de grande y venerable, que podría mancharse con su contacto.

¿Tiene nuestro buen indio conciencia de la sencilla admiración de los suyos? Nos parece que no; es tan profundo su recogimiento y como grande su ignorancia de sí mismo. Durante el santo sacrificio, permanece de rodillas, el cuerpo inclinado un tanto hacia adelante, apoyado sobre su bastón de mando; sus ojos fijos en el altar, la animación de toda su fisonomía nos demuestra el ardor de su fe y la intensidad de su oración. Ciertamente, no queremos decir que su espíritu pueda entrar en la profundidad de los misterios, sino que su corazón se sumerge en ella y en ella se pierde.

Pero, por otra parte, ¿será verdad que sea tan grande su ignorancia en su salvajismo? ¿El fuego interior que consume esta alma, no envía ningún rayo de luz a su inteligencia?

Cuando el Padre, después del santo sacrificio, comienza la explicación del catecismo y propone a estos pobres de espíritu los primeros elementos de la fe, son de ver las interrogaciones llenas de sentido y a su vez las respuestas tan sencillas y juiciosas que da esta ignorante bajo la influencia de la gracia. Este anciano, que no sabe leer ni escribir, este záparo convertido de la infidelidad, este salvaje confinado en lo más profundo del bosque, que no tiene nadie con quien conversar de cosas santas, que no ve al misionero sino apenas una vez cada dos años, explica sin errar verdades difíciles, y con frecuencia inaccesibles a la sola razón. Hácelo simplemente; el término, la fórmula no son cosas que le preocupan: ni aun sabe lo que querrán decir las palabras definir ni distinguir: ve todas las cosas materialmente. Pero sorprende como la idea resplandece a través de los colores pintorescos con que la reviste. Hace hablar a los grandes árboles y a los ríos, saca de las flores, de las aves y de las bestias salvajes ejemplos y comparaciones que vuelvan concreta la idea hasta tornarla visible y palpable. Un murmullo de

aprobación se deja oír en toda la reunión; los indios que no entendían nada de las explicaciones tan abstractas dadas por el Padre, han comprendido a su cacique. Por lo cual a toda pregunta que se les hace, por más sencilla que sea, contestan con una respuesta tan invariable como su ignorancia:

-“Padre, pregunta al cacique, él debe saber”. Y lo sabe, en efecto, para ellos y para si propio: el es su catequista y su apóstol.

Creo no ofenderé a los Padres con repetir aquí lo que ellos mismos me han afirmado muchas veces y es que si esta tribu del Curaray, tan alejada del centro de la misión, tan cercana a los infieles, con quienes, por decirlo así, esta mezclada, ha sabido conservar su fe, aumentar considerablemente el número de sus neófitos; si su dulzura, su hospitalidad y su moralidad le han hecho célebre entre todas las tribus; si se ha constituido como el centro de una propaganda que se extiende por sobre las dos riberas del Curaray hasta el Lliquino, todo ello se debe al ascendiente de su cacique, a la influencia de sus buenos ejemplos, al atractivo irresistible de su santidad, al celo que despliega por la conversión de los infieles mas que a la corta visita que de vez en cuando hace el misionero a esas inabordables playas.

En la apariencia, la vida de este santo hombre no difiere de la de los de su tribu. Se lo ve, como a ellos, la lanza a la mano, la cerbatana al hombro, terciado el machete, recorrer los bosques en busca de una presa. Y como, por otra parte, es guapo, hábil, buen cazador, regresa ordinariamente a su tambo cargado de un rico botín. Pero el botín de su preferencia, es algún niño de corta edad que ha logrado arrebatar a los záparos infieles: su esposa, la buena Emilia, sin tener su santidad, le ayuda voluntariamente en su piadoso proselitismo. No habiendo tenido sino un hijo, que se ha desposado ya y que es un excelente cazador como su padre, acepta con voluntad el oficio de madre, aunque sea como Sara, en su vejez, para dar a Dios y a su esposo esta posteridad espiritual de hijos convertidos. Recibe, pues, a todos esos indiecitos en su choza, los alimenta, los instruye, después los hace bautizar y cuando tienen ya la edad de catorce años les busca un decente acomodo en su tribu.

No es, pues, de admirar que un hombre de este temple haya conquistado un ascendiente único, no solo sobre su tribu sino aun fuera de los límites de su tribu. Esos corazones tan indóciles, tan variables, se han dejado subyugar por esta excesiva bondad, esta posesión de sí, esta paciencia inalterable; esos hombres soberbios, tan celosos de su independencia se dejan conducir como mansos corderos por este pastor tan prudente, tan equitativo en sus juicios, tan santo en todo su proceder. Conocedor de estas naturalezas desconfiadas, jamás les impone su voluntad. y es precisamente el medio de triunfar sobre ellos. Se guarda bien de tomarles la delantera, menos de inmiscuirse en sus altercados: espera que ellos acudan a él y demanden voluntariamente su intervención. Van pasados ya cuarenta años de su gobierno y no hay una queja, una murmuración, nada que le demuestre hastío o procure el cambio. ¿Cuándo una autoridad tan frágil, la menos reconocida en el mundo, la de un pobre indio cacique, ha visto días más largos, más felices y más prósperos que las soberanías reputadas por inquebrantables y las monarquías que se tenían por eternas?

¿Y cómo habían de resistir los hombres al atractivo conmovedor de su santidad, si hasta los mismos animales se habían sometido a su imperio? Cuando lo encontramos, hallábase seguido de un tapir, animal bravío temido por los indios y cuya caza no se verifica sin numerosos incidentes. En su inquietud en su oración. Los indios están convencidos que no hay pájaro remontado ni animal feroz que no se amanse a la dulce voz de su cacique. Estas inteligencias limitadas contemplan todo ello, pero no les pasa por el pensamiento el investigar la causa de un hecho tan prodigioso: ¿Y, sin embargo, será posible no ver en ello un fenómeno algo más que natural? ¿Bastará la sola habilidad del hombre para explicar esta seducción irresistible, sobre todo cuando este hombre no se sirve de ninguno de esos artificios tan en uso entre los domadores, cuando no se lo ve jamás ni pegarlos, ni quitarles la comida, ni aprisionar a los huéspedes amables de su soledad? No cabe dudar; es el amor el que los mueve y no el temor; ceden a una fascinación que no a una violencia.

Cuántas cosas admirables, ignoradas de los hombres, pero conocidas de los ángeles, no tendríamos que contar, si se nos hubiera dado

vivir en la intimidad con este santo, penetrar los misterios de su corazón tan simple y a la vez profundo, sorprender los sencillos coloquios de esta alma virginal con Dios. Y no se crea que él nos haya contado nada de las maravillas de su vida íntima y mística: ¿ha pensado siquiera alguna vez que difiere del resto de los hombres?

Cuántas escenas conmovedoras, llenas del encanto de una poesía divina, han debido contemplar los bosques, que los ha recorrido ya más de sesenta años, sobrenaturalizándolos con solo su presencia.

Valles del Curaray, árboles inmensos y abundantes ríos, flores encantadoras, arroyuelos límpidos, y todos vosotros huéspedes animados, que alegráis éstas soledades con vuestros trinos y gorjeos: decidnos, si, decidnos lo que anhelamos saber y conocéis solo vosotros: que de veces, al paso de este hombre de Dios, se habrán iluminado vuestros abismos, con la luz sobrenatural que reflejaba de su persona; y vosotras, florecillas, habréis inclinado vuestras frentes humedecidas y seductoras, para luego regar al aire vuestros más suaves perfumes.

Todo esto nos lo diréis un día, oh santos ángeles, cuando, desde este bosque esmeraldino emprenda esta alma predestinada su vuelo hacia los collados eternos del Paraíso, y se nos muestre revestido de los encantos infinitos de su simplicidad e inocencia, resplandeciendo con las llamas ardientes de su caridad; cuando su humildad confunda nuestro orgullo, cuando su dichosa ignorancia oscurezca nuestra pretendida ciencia; cuando, al recibir esta existencia oscura las aclamaciones de todo el universo, nos veamos obligados a confesar, a una sola voz y un solo corazón, que no hay cosa más hermosa ni fecunda como las virtudes ocultas que forman a los elegidos y a los santos.

Capítulo X

LOS INDIOS DEL CURARAY LOS ZAPAROS, LOS AGUSIRES

Tres días tan solo permanecemos en esa bendita tierra del Curaray, donde, a depender de nosotros, habríamos quedado por mas tiempo. Desde el día siguiente a nuestra llegada nos ocupamos en bautizar a los niños. Se nos presentaron como unos cincuenta, a los que les aplicábamos las aguas del bautismo, inmediatamente después de Misa. Padrinos y madrinas, padres y madres, comenzaron a llegar adornados de plumas, conchas, granos de caoba y estoraques labrados como cuentas de un rosario; pintarrajeados y untados con bija y achiote, formando líneas como las de la cebra, del tigre o la pantera, mil veces más grotescos que los tragaldabas y soldados de sable de las fiestas de pueblo de la vieja Europa, que hoy nos son tan chocantes. La mayor parte de las mujeres se pintan de negro y se parecen más diablos que criaturas racionales. Solo nuestro buen cacique es una excepción en este ridículo tatuaje: atraviesa las filas apinadas de sus indios, pone un poco en orden esta confusión e impone silencio a los más turbulentos: luego procura que se acerque uno tras otro cada grupo y presenta el mismo a cada niño. El santo viejo se siente transformado: diríase que también él renace espiritualmente con cada uno de los nuevos bautizados, que resplandece sobre su frente la gracia inicial de su bautismo. Por lo demás, en estas ceremonias, obra más como actor que como testigo, pues sus indios dudarían tal vez sobre la validez de su bautismo si no tomara parte activa su cacique. Es costumbre preguntar a padrinos y madrinas sobre las verdades más elementales de la fe cristiana; y así lo hacemos con cada grupo que nos presenta un niño. Pero, por toda respuesta, lanzan estas criaturas una mirada significativa a su cacique, y el bondadoso anciano responde por ellas con calma y modestia, sin ma-

nifestar enfado ni asombro. Durante toda la ceremonia esta junto al sacerdote para asistirle, a lado del querubincito para contemplarlo. ¡Qué hermoso cuadro ofrece la dulce cabeza del viejecito inclinada sobre la carita del niño, la larga cabellera del anciano haciendo sombra a la inocencia que sonríe por la gracia bautismal, de la que nuestro cacique parece tener visión! Recibe de manos del sacerdote al niño bautizado, lo tiene en sus brazos, lo aplica a su corazón, lo cubre de caricias antes de entregarlo a las ternuras maternas.

Este santo anciano es, por decirlo así, la vida de esta tribu del Curaray; le debe en cierto modo su existencia; porque el los ha juntado y reunido todos los elementos de que se compone. La mayor parte de los hombres de esta tribu son záparos convertidos, como lo demuestra su fisonomía franca e insinuante. La población, es decir, la iglesia está situada a la ribera izquierda del Curaray, a un día de camino de la fuente misma del río.

Esta proximidad a su origen no impide que el Curaray sea ya un curso de agua de bastante importancia y accesible a la canoa, a pesar de sus numerosas corrientes. Sus orígenes son fogosos como todos los de los torrentes. Cae, por una serie de cascadas, del bosque montañoso del Llanganate, destrozando enormes rocas y arrastrando algunas veces un peñasco, que sus aguas han estado minando silenciosamente. Abrese a través de la roca viva un profundo lecho que perfilan dos gigantescas murallas tapizadas de plantas trepadoras y coronadas de palmeras. Salido a penas de las sierras graníticas del Llanganate forma una capa considerable de agua, corta luego en zig-zag y a través el vasto y espléndido valle situado entre las cordilleras de Culaurco y del Curaray y se pierde en el Napo después de una carrera como de unas ciento ochenta leguas. Es uno de los ríos de esta región más rico en peces; bajo este respecto solo se le podrían parangonar el Coca y Bobonaza. Además del Llusino, su afluente de la ribera izquierda y del que hemos hablado ya, recibe a la derecha un río de primer orden, el Villano, cuyas numerosas ramificaciones encontraremos luego.

El Curaray es, por decirlo así, el río de los záparos: sus tambos se divisan sobre las dos riberas. Estos záparos se dividen en dos fracciones

importantes; la una, la más numerosa, se compone exclusivamente de infieles y habita en la embocadura misma del río, al norte, entre el Curaray, el Napo y la parte inferior del Arajuno, y al sur, en el espacio comprendido entre el Curaray, el curso inferior del río Tigre: la otra, la menos importante, es la que tiene por centro la población del Curaray, al cual podemos decir que pertenecen los tambos de infieles diseminados sobre las riberas del Lliquino.

Los záparos son los indios más dóciles, hospitalarios, y sensibles a las verdades evangélicas: forman una mies dispuesta naturalmente, que no espera sino la acción de los operarios apostólicos. Se me presentaron muchos de estos salvajes; todos me pidieron, y algunos con vivas instancias, el bautismo: pero me vi en la necesidad de diferirlo, porque me obligaba a ello su absoluta ignorancia de las verdades de nuestra santa religión.

Entre estas dos fracciones de la tribu zápara y sobre la una y otra orilla del Curaray y del Napo, se encuentran los agusires. Estos forman hordas terribles en extremo, apartadas del trato de las demás tribus, aun de las infieles, entregadas a la rapiña y al asalto, y, si hemos de dar crédito a testigos oculares, abandonadas a la antropofagia. La vecindad de estos salvajes y sus frecuentes incursiones por los dos grandes ríos, cuyas orillas infestan, tornan extremadamente peligrosa la navegación. Es preciso estar en acecho, de día y de noche. Desgraciado el viajero, a quien la violencia de los vientos, o la fuerza de la corriente han arrojado a estas inhospitalarias playas: será irremediablemente víctima de la lanza de pedernal o de chonta o de la flecha emponzoñada de los agusires.

Nos ha referido el cacique del Curaray que él mismo se había escapado de ser víctima de su implacable ferocidad. Un día que bajaba al Napo con los indios de su tribu, le sorprendió una borrasca horrible, que hizo añicos su piragua y le arrojó a la costa con sus compañeros. Extenuados, pereciendo de hambre, se aventuraron en la montaña en busca de una presa o de frutas silvestres. Pero los agusieres los atisbaban: una banda infernal dio sobre ellos de improviso, llevando uno la vanguardia con gritos de destrucción y de matanza, sin que sus vícti-

mas pudieran ni siquiera darse cuenta. Sobrecogidos los záparos ante este repentino ataque, quieren darse a la fuga; pero su valiente cacique los llama a la revancha, se arroja lanza en mano, sobre esos bárbaros, mata a tres de ellos y derrota completamente a los demás. Espantados ante este suceso los agusires buscaron refugio en sus tambos; mas la victoria da alas a los záparos, se precipitan detrás de sus pasos, los asaltan en su misma fortaleza, y los desalojan después de haber muerto a cinco. Dueños del campo de batalla, se reparten el botín: la fortuna los favoreció cuando menos lo esperaban con un tambo provisto de víveres. -“Vaya, hijas y mujeres de los vencidos, manos a la obra Necesitamos víveres, carnes, chicha, yuca y ligero-. Mas muertas que vivas, las desgraciadas tienden a los pies de sus rudos vencedores el festín preparado para sus maridos y hermanos: ponen sobre el suelo inmensos pundos, de los cuales se alza un exquisito perfume.

Vaya, ahora si que están contentos nuestros záparos: retiran con grosería a esas mujeres que lloran y tiemblan de miedo, se apoderan de sus ollas desbordantes y vierten su contenido en una artesa de madera... ¡qué horror! las ollas contenían miembros humanos: pies, manos, cabeza, todo se encontraba allí... A vista de esto, el furor de los záparos estalló como un rayo y rápidos asimismo como un rayo se dispararon contra esas horribles fieras que habían preparado y cocido carne humana: iban a triturarlas y despedazarlas como la carne repugnante de su criminal guisado, cuando el cacique, pronto como un relámpago, se interpuso entre esas infortunadas hembras y sus terribles agresores: tranquilo, sublimemente sereno, mira de frente a sus indios. -“Chicos, les dice, queréis dar muerte a estas mujeres, hacedlo en buena hora; pero habéis de matar primeramente a vuestro cacique”-. Con esto se termina todo; se aplaca la cólera de los salvajes, sálvanse las mujeres, los záparos saquean el tambo y su chacra y emprenden camino del Curaray.

En la tarde de la vigilia de nuestra partida, se presentaron nuestros queridos indios, precedidos de su cacique, para ofrecernos el mitayo, es decir el diezmo de los productos de sus chacras y cacerías, consistente en cabezas de plátanos, yucas recientemente cocidas o tostadas

al fuego, pescado y pedazos de venado. El cacique nos ofrenda un no pequeño lomo adobado de tapir, solomillos de puercos del monte secos y medio asados. No habíamos estado acostumbrados a una abundancia así; los indios del Napo y del Aguano no nos habían tratado tan regiamente, ni carne ni pescado recibimos de ellos, sino tan solo yucas y algunas cabezas de plátanos. Para agradecer a estos generosos indios les distribuimos mil bagatelas de que estábamos bien provistos, como anzuelos, espejillos de vidrio, retazos de tela para vestidos, etc., etc. A las mujeres les regalamos medallas, las que se apresuraron a suspender al cuello mezcladas a las mil naderías y objetos ridículos, que tienen en costumbre llevar como adorno.

Al día siguiente, a las siete, las dos campanas suspendidas a la puerta de la iglesia, anunciaban tristemente la partida de los Padres, y acudieron a su sonido los hombres, las mujeres y los niños para despedirse. Todos nos ruegan que los bendigamos y algunos nos presentan a sus hijos enfermos, suplicándonos les impongamos las manos. El P. Pérez se ocupa en esta buena acción, bendiciendo a estos moribundos.

En fin el cacique señala los guías y cargueros que deben acompañarnos hasta Canelos y ocho robustos indios se adelantan al instante, toman nuestras cargas, las suspenden a su frente y sus espaldas con una faja de corteza y todos descendemos hacia la orilla. La tribu entera nos acompaña, los hombres hasta el río y las mujeres que se detienen en la ribera agitan sus brazos en señal de adiós. El viejo cacique nos precede sin decir palabra y se sienta furtivamente en la canoa preparada para recibirnos. Pensaba seguramente que no caeríamos en cuenta y, que una vez en marcha, no tendríamos la crueldad de hacerlo regresar y que así podría acompañarnos hasta Canelos. Grande fue su pesar, cuando, tomándole por la mano, le obligamos a no exponer su ancianidad a las fatigas y peligros de un tan penoso viaje. -“Ah! Padre!... Padre!...” No pudo decir mas, tan viva era su emoción. Brillaban gruesas lágrimas en sus ojos, que, al besarnos las manos, cayeron en ellas como un suave y divino rocío, irrevocable testimonio de su tan emocionada ternura. Mi sentimiento no era menos profundo que el de este santo

hombre: mis ojos permanecieron fijos en su celestial figura, en tanto que la canoa nos alejaba de su presencia.

Agradecía a Dios por haberme hecho encontrar en mi camino un tipo tan acabado de la perfección evangélica, un tipo tan sencillo a la vez que grande, tan robusto como blando, tan de la tierra como del cielo, verdadera flor del Paraíso, abierta en el seno de esta barbarie, para purificarla y santificarla con sus perfumes celestiales.

Capítulo XI

DE CURARAY A CANELOS

Nuestra navegación no duró más de una hora; pronto dejamos la canoa para penetrar en las gargantas, cada vez mas estrechas, por donde se abre paso al Curaray. Es preciso que, al caer la tarde, lleguemos, cueste lo que cueste, a la fuente misma del río. Empresa difícil, en verdad: el río ondea más que una serpiente, describe mil curvas, se hunde en profundidades vertiginosas, nos rodea y aprisiona en sus innumerables anillos. Tuvimos que vadearlo nada menos que veinticuatro veces. Los guijarros y cascos de rocas que arrebatan en su impetuosa corrientes nos hieren violentamente las piernas, sacándonos sangre y causando dolor insoportable. Los indios caminan a nuestro lado para levantarnos si caemos y ayudarnos y detenernos cuando la corriente nos vence y nos arrastra. Nos dejamos, en fin, conducir como máquinas, sin experimentar sentimiento alguno; el abismo nos engulle sin arrebatarnos un grito ni causarnos emoción. Se necesita haber pasado por trance semejante, para comprender en que consiste esta especie de postración. Al llegar a estas alturas, cuya ascensión nos había costado tantas fatigas y heridas, nos sentamos abatidos, junto al manantial del río, sin poder gozar de su hermosura, que en otras circunstancias, nos habría dado sin igual placer. La cena preparada por los indios reanimó las fuerzas y concluimos por reír de nuestro abatimiento y figuras peregrinas y desmadejadas.

A la mañana del día siguiente nos despedimos del río que nos había maltratado tanto y, descendiendo por la vertiente opuesta, dimos en una región cubierta de colinas y surcada por numerosos cursos de agua. Eran los afluentes del Lliquino y del Villano, ríos sin importancia, pero de una poesía encantadora. Sus aguas, cristalinas y murmurantes,

doras, corren por debajo de la bóveda inmensa, que forma la enramada espesa de gigantescos árboles que se apinan a sus orillas. Diríase que caminan bajo innumerables pechinas, como adornos resplandecientes de una iglesia. A veces esta vegetación robusta y majestuosa forma preciosísimos paisajes. Las escarpas desmontadas por el huracán o por las aguas que han arrancado de cuajo y arrebatado los más grandes árboles, se han cubierto de matorrales de lauríneas y vernonias tapizadas de canacoros y palmeras enanas. Aquí y allá se divisan lechos de verdura, comparable a redes artísticamente formadas. Sobre tejidos de lianas, que de una a otra orilla, se han cruzado entreverándose, la climática florida y mil plantas trepadoras han tendido sus cortinajes. Sus tallos entrelazados, cubiertos de graciosas ramas, caen a menudo hacia adentro, como orlas de un encaje; sus extremidades, finas y delicadas cual hebras de seda, se bañan en la corriente, que traviesa juega con ellas. De repente, sobre una de estas glorietas formadas por la naturaleza, divisamos un bicho. Con las patas en el agua fresca de la corriente, el hermoso animalito se alimentaba tranquilamente con los tallos de sacha, maíz y llantén de agua, que crecían en esta atmósfera tan fresca. Apenas nos vio, saltó sobre los taludes y se escapó precipitadamente en la espesura. No nos causó tristeza el que se escapara así de la saeta de nuestros indios: ¿cómo inmolarse a este inocente e inofensivo animalito sin profanar esta mansión encantadora, donde reinaban la paz, el recogimiento y el misterio?

Asimismo en parajes como estos encontramos a un muchacho záparo, niño de diez o a lo más doce años, con su cerbatana al hombro y cruzado la aljaba. Conocía sin duda a nuestros indios; porque en vez de huir como el animalejo, se dio la vuelta y nos esperó de pie. Llamamos la atención su aire resuelto, su fisonomía franca y vigorosa. -¿A dónde vas, amigo mío?- A la caza. -¿Cómo! ¿a la caza? No tienes miedo de aventurarte solo en medio del bosque? Tu no has llegado a los doce años-. ¡Yo!, nos responde con fiereza, he cazado ya al tapir y al jabalí. Y sin decirnos más, desapareció de nuestra vista. ¡Oh! si estas naturalezas, suaves y enérgicas al mismo tiempo, recibieran una educación cristiana, si alguien los sacara de ese ambiente de barbarie que las corrompe y corrigiera por una hábil disciplina la salvaje independencia que

han recibido con la leche materna, que hombres y que cristianos fueran. Inteligentes y ávidos de instruirse, de temperamento ardiente y de carácter amable y dulce, simpáticos en supremo grado, no hay nada de que no sean capaces, así en el bien como en el mal.

No bien hubo desaparecido nuestro mozo cazador, escuchamos un ruido sordo, como el de un rayo que cae en lontananza. La tierra parecía temblar bajo nuestros pies. Los indios se aprestan sin decir palabra, depositan su carga junto a un árbol corpulento y se arman de sus lanzas. Perico que jamás se apartaba de mi lado, se puso entre mis rodillas, como entre bastiones de una fortaleza, ahullando y temblando como en el día eternamente memorable que lo encontré en los lodazales de Guamaní. Ibamos a tener que habérselas con un adversario temible. El ruido infernal que nos había ensordecido era el trabajo subterráneo de estos hambrientos que cavaban la tierra, hasta dar con las raíces de gigantescos árboles, para alimentarse de ellas. Los indios estaban muertos de gusto y confieso que también yo, confiado en su prodigiosa habilidad, me tenía por afortunado de asistir a una caza con indios, a una caza de jabalíes y aun tomando parte activa en ella.

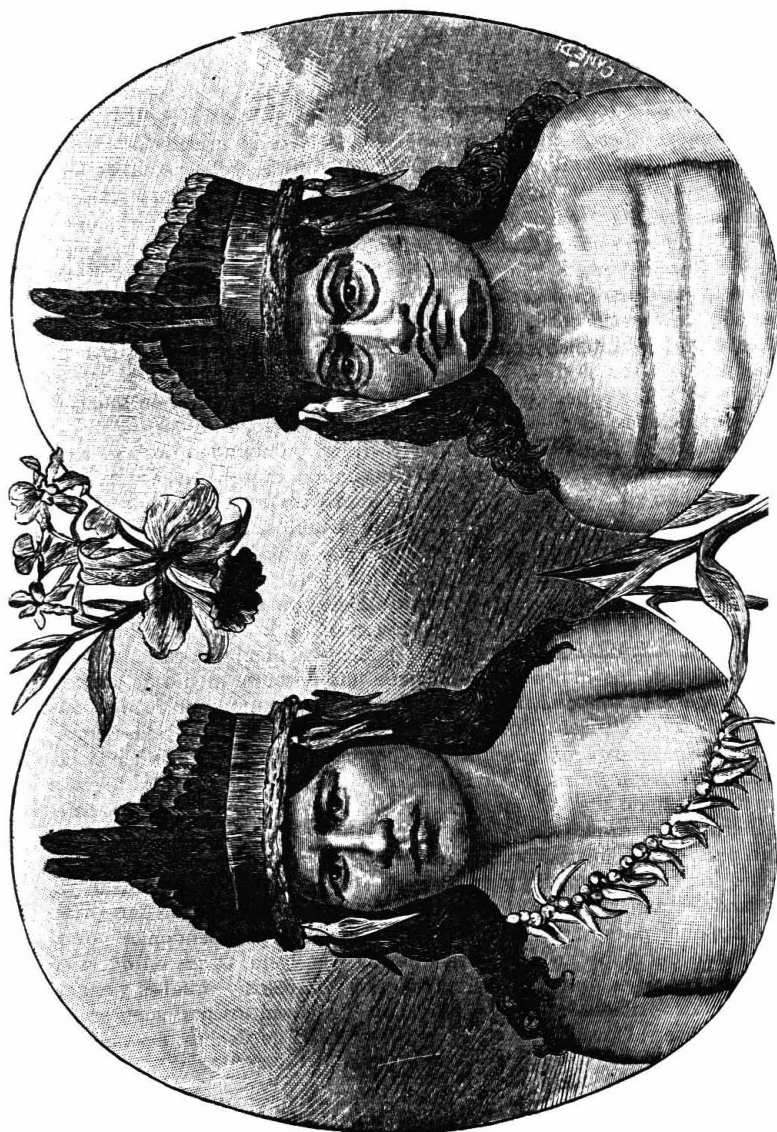
Así que antes que el Padre Pérez, que se había atrasado unos cincuenta metros, se junto con nosotros, armo mi fusil y trato de lanzar a Perico a la pista de los jabalíes, a fin de atraerlos en nuestra dirección. Pero Perico, este modelo de valientes, oculta su rabo entre las piernas y responde a mis reproches y amenazas rodando en el suelo con sus patas al aire. Bien comprendo lo que con esto me quiere decir el animal: “Señor mío, nunca olvidare el servicio memorable que me has hecho, y por esto consiento voluntariamente en participar de tu yuca, tus viandas y todas las golosinas que te pluguiese darme. Por lo demás, el olor de la presa me repugna; yo no he sido acostumbrado a las luchas y combates. En cuanto a ti, libre eres de dejarte quebrar las rodillas o partir el abdomen por estas pérfidas bestias: que por lo que a mi se refiere, prefiero guardar intacto el único ojo que me resta todavía y reparar las fuerzas que me han hecho pasar largas privaciones.”

Una lluvia de epítetos injuriosos descendió sobre Perico, sobre su ingrata y miserable figura; pero en vano. Los indios, convencidos de

que nada conseguirían de este animal cobarde, se disponían a lanzarse a la ofensiva y despistar por sí mismos a sus terribles adversarios, cuando llegó el Padre Pérez. Néstor de nuestra entusiasta pero imprudente armada, nos dirige el siguiente discurso, cuyo tono es sin duda alguna más elevada que el de Perico, aunque la conclusión práctica, idéntica: “Muchachos, dice a los indios, si sois vosotros jóvenes y robustos, olvidáis que yo soy viejo, y minado ya por los años. Desbandada la manada de jabalíes, vosotros os pondréis a salvo de sus colmillos, trepando a los árboles y suspendiéndolos de los bejucos, como vuestros congéneres y amigos, los monos. Pero ¿qué será entonces del Padre Pérez? Solo y desarmado, sin tener ya la fuerza muscular ni la agilidad de hace veinte años, me veré asaltado, triturado, hecho pedazos por estos crueles Troyanos. Y ya no volveré a ver las riberas primaverales del Misagualli ni el Archidona, tan fecundo en hombres apostólicos y valerosos. Mi sangre, la sangre del anciano Néstor, que se derramó en mil heroicos combates, rociará estas tierras estériles y no tendrá mi cuerpo otra tumba, que las entrañas de estos carnívoros.” Al oír éstas palabras, un murmullo de aprobación se dejó sentir en la comitiva. Perico, vuelto ya de su terror y cambiando la postura humillante que hasta entonces había conservado, ensaya extender su rabo. Como si hasta los jabalíes se hubiesen convencido ante esta sabiduría, hija de Júpiter, apagan como por encanto su tumultuoso ruido. Los Ajax y los Aquiles deponen sus terribles armas. Los indios cargan sus sacos a la espalda, y tras las pisadas de su prudente Néstor, tuercen a la derecha, evitando así el encuentro con sus enemigos.

El Lliquino no es notable sino por la multitud de peces y serpientes que abundan en sus aguas. Sus riberas enmarañadas, disgregadas por sus frecuentes crecientes, cubiertas de pedazos de rocas y de árboles de cactus, nos obligan a largas desviaciones.

Nos hallamos en país plenamente záparo, sin embargo no parece que nos rodea sino el silencio y la soledad más aterradoras. Más fácil sería dar con el nido de una ave rapaz o con la guarida del tigre, que descubrir la pajiza choza del salvaje. Puédese pasar junto a su cabaña sin sospechar siquiera su existencia. Si el indio, que os espía y os sigue



Los hermanos Santi (Canelos)

con sus miradas mientras le buscáis, no os detiene para notificaros su presencia, fatigaréis en vano vuestros ojos y piernas, antes que despreciar a estos seres desconfiados y fugaces. Y sin embargo, casi todos sus tambos están situados sobre el borde de los ríos y arroyos que acabamos de atravesar, pero están de tal modo escondidos entre cercas de matorrales espinados, que no podrá atravesarlos sin dolor quien tiene su epidermis hecha a las blanduras de la civilización. Las canoas, sacándolas del agua, las han transportado a sus chozas o escondido en la espesura. Han procurado borrar sus pisadas, sin dejar ni una huella de su paso. Este ser sociable, al decir de los filósofos, emplea todo su ingenio en huir de la sociedad, todo su tiempo no lo gasta en otra cosa, su vida toda se ocupa en parapetarse de barreras que le pongan a salvo del ataque de sus semejantes, que le oculten a sus miradas y le aparten de su presencia.

Henos, lector amigo, sobre las orillas del Villano y el corazón me late con tal fuerza, que le haría violencia con ocultarte mi emoción. Esta ribera magnífica sirve de baluarte al territorio de Canelos, y los divide al norte, de la región de los záparos, como el Pastaza lo separa de los jíbaros al suroeste. Canelos, si no es toda la misión, si no es más que una partecilla de ella, es su perla, su puesto más avanzado, su provenir. Este rincón de tierra montañosa, ésta tribu valerosa y fiel encierra todos los recuerdos y esperanzas de la Orden de Santo Domingo. Por llegar a esta orilla, con tanto ardor deseada, había yo emprendido tantos trabajos y pasado por peligros tantos. Y cuando me parecía aun lejana, cuando desesperaba hallarla, he aquí que con pasar este río y llegar a la orilla opuesta, me despierto como de un sueño ya en Canelos. Mi primer acto, al pisar por primera vez en esta tierra, conquistada por nuestros antepasados, sublimada por su heroísmo, rociada con su sangre, fue caer de rodillas para agradecer a Dios de haberme conducido sano y salvo a través de tantas vicisitudes, y pedirle perdón de mi cobardía, de mi nulidad ante la obra colosal que íbamos a emprender e implorar su gracia que forma apóstoles y hace mártires. Cuando el pobre desterrado torna, después de mil vicisitudes, al país que lo vio nacer; cuando vuelve a ver los lugares casi olvidados y por lo mismo tan queridos de su corazón, donde joven y lleno de esperanzas, jugaba con los com-

pañeros de su edad; cuando a través de la enramada de los grandes árboles que cubren la colina, divisa el humilde techo que abrigó su infancia, el campanario de la iglesia que anunció su nacimiento y lloró la muerte de su padre o de su madre entrañablemente amados, los tejos y cipreses que dan sombra a sus tumbas veneradas; cuando atraviesa los campos y praderas, mudos testigos de sus juegos inocentes, y contempla en los matorrales las mismas flores y el mismo pájaro sobre la rama de moral, entonces se detiene, tiembla de emoción y pasan en tropel por su cabeza y corazón todos los recuerdos de la infancia. Esta evocación, ésta resurrección de un pasado tan dulce y querido, produce un efecto de espejismo: la atmósfera luminosa que le rodea se llena de fantasmas y asoman seres que no existen ya. Si; aparecen seres de ultratumba con sus rostros amables y sonrientes, con sus voces tan suaves y cariñosas...

Algo de semejante experimento yo, al contemplar, desde las riberas del Villano donde estoy sentado, el bosquecillo de esmeralda, la colina de la canela, donde se alza la pobre y diminuta iglesia de Canelos, al considerar que llego solo a esta tierra de nuestros abuelos, abandonada tantos años hace. Todos los recuerdos famosos de la conquista, las empresas atrevidas de nuestros Padres, sus ímprobos trabajos, sus sufrimientos y triunfos; el amor tres veces secular de nuestros neófitos que se obstina en adherirse a nosotros, queriendo que no sean otros sus apóstoles sino estos hombres de hábito blanquinegro, los mismos que plantaron los primeros la cruz entre sus bosques; todos estos recuerdos alientan mi espíritu y conmueven mi corazón. Los hechos y hazañas de nuestros Padres recobran forma y vida, sus personas venerables resucitan a mis ojos y pasan y repasan por mi memoria, asisto, como testigo conmovido al gran drama que parece realizarse todavía ante mi vista.

A la vanguardia de esta legión de hombres apostólicos, se nos presenta el ilustre Padre Gaspar Carvajal. Vaya nuestro saludo de admiración a este hombre de Dios, explorador intrépido, émulo y compañero de Gonzalo Pizarro y de Orellana. Es el primer apóstol, primer dominicano, primer sacerdote, que plantó la cruz y roció con la sangre

del Salvador esta tierra infiel. No es pues extraño que lo mencionemos en primera línea. Carvajal era capellán y jefe de la armada expedicionaria que, bajo la dirección de Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, y luego de su lugarteniente Francisco Orellana, avanzó hasta la embocadura del Amazonas, siendo el primer descubridor de este inmenso río. Pizarro salió de Quito en Diciembre de 1539, descendió la garganta de Guacamayo, de que hemos hablado al principio de esta relación, pasó el río Cosanga y llegó, en fin, a la célebre cascada del río Coca. El estado de la armada se encontraba en condiciones tan desfavorables, que le imposibilitaban continuar en marcha: el hambre, las fatigas del camino, las flechas de los indios, mil obstáculos imprevistos la habían reducido a una situación desesperante. ¿Qué partido tomar en semejantes condiciones? Decíase, es cierto, que más abajo, a las orillas de los ríos, había poblaciones importantes y víveres en abundancia. Pues a explorarlo todo se lanzó Orellana con cincuenta hombres, armados de arcabuces y con ellos el Padre Carvajal. Se improvisó una embarcación y una vez en ella se lanzaron todos en pos de la misteriosa región, cuya existencia había llegado a su noticia. Los días sucedieron a los días y las tales poblaciones no asomaban. El hambre los acosa hasta el punto de obligarles a comer el cuero de sus zapatos. Helos ya en la embocadura del Coca y luego en la del Napo. De improviso un ruido desacostumbrado les saca de la languidez a que los había reducido el hambre, ocasionado por el tambor de los indios que anunciaba una fiesta en medio de los bosques. A este ruido descienden a la tierra, se aventuran por entre la arboleda de la selva y pillan a los indios en medio de sus bebidas y sus danzas. Los indios, de carácter apacible, los acogen con cariño y convidan su comida y proveen de maíz. Con esto, se rehacen de sus perdidas fuerzas: su nuevo estado trae a su mente el pensamiento de sus infortunados compañeros de la armada de Pizarro. ¿Van tal vez a acudir en su auxilio, como para ello recibieron orden? Imposible, porque los indios que al principio los habían acogido y provisto de víveres, los han abandonado ya, dejándoles tan solo con lo estrictamente necesario para algunos días. Se impone, pues, continuar la marcha y a ella se abandonan por la corriente del Napo en una piragua hecha a la ligera. Desde entonces su expedición no es más que una sucesión de combates y pruebas y angustias indescriptibles. Nubes de indios los envuel-

ven, los persiguen en sus canoas, hacen llover sobre ellos una tempestad de flechas. En vano los arcabuces causan mortandades sin número en las filas enemigas: las filas se renuevan y los indios continúan implacables en su persecución.

El Padre Carvajal recibe dos heridas, una de las cuales por su gravedad pone en peligro su vida, pues una flecha se prende en un ojo y se introduce tan violentamente en la órbita, que la punta atraviesa el cráneo y va a salir debajo de la oreja. El Santo Varón se humilla delante de Dios, ofrece su sangre y su vida por la salvación de sus compañeros de infortunio y la conversión de los infieles. Entretanto el bergantín avanza rápido. Llegan por fin al Amazonas. Aquí hasta mujeres se arman y se encarnizan contra los extranjeros: lo que da margen a la leyenda de las Amazonas, leyenda recibida por todos las tribus salvajes de esa época, aceptada por Orellana y Carvajal sin pruebas suficientes y que ha sido ocasión para que el primer río del mundo lleve por siempre el nombre de Amazonas.

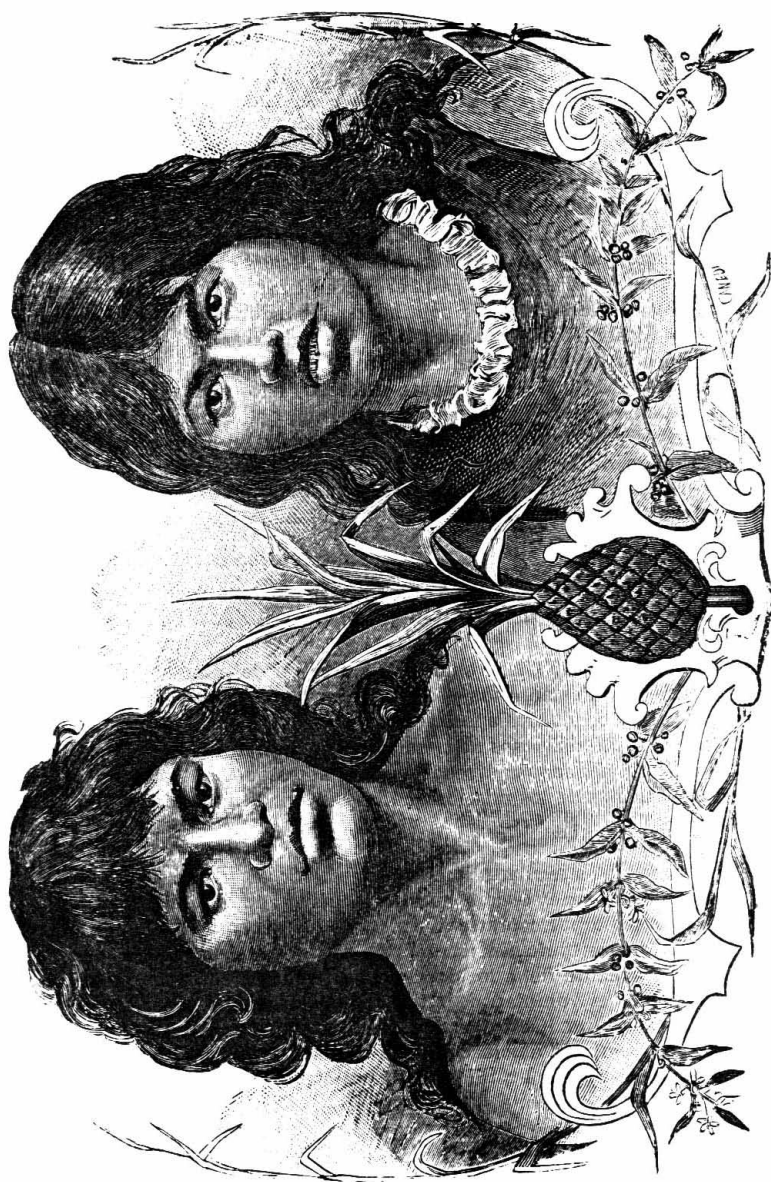
Por fin, después de la navegación más rica en incidentes que haya habido jamás, llegaron los españoles a la embocadura del Amazonas y por su curso se lanzaron al Atlántico. Su intento era llegar al Mar de las Antillas y desembocar en Cuba. Efectivamente así sucedió a través de mil contrariedades. Lo que llamaban bergantín no pasaba de ser una barquilla mal construida y peor equipada. Todos eran marinos improvisados: no había uno solo que tuviera algún conocimiento o práctica del mar; ni siquiera contaban con una brújula; así que anduvieron largo tiempo errantes, a merced de los vientos y corrientes, y si llegaron a Cuba, fue por un milagro, y naufragaron en el puerto.

Es preciso leer el mismo Carvajal, quien relata día por día y, como si dijéramos, hora por hora, todos los hechos notables de esta memorable expedición. Es menester leer la memoria que escribió para formarse una idea del heroísmo desplegado por este puñado de hombres y de la fe ardiente que los sostuvo en medio de sus pruebas y les garantizó el triunfo definitivo en una empresa, bajo todo aspecto, superior a las humanas fuerzas¹. Nada conozco que mejor vindique a

Orellana de las graves acusaciones que le hacen numerosos historiadores. Los que han dicho que Orellana traicionó a Pizarro y que el móvil de su marcha fue un sentimiento de ambición, tanto más culpable cuanto que debía infaliblemente ocasionar la ruina de la armada expedicionaria, no han sin duda leído estas páginas tan sencillas y conmovedoras, escritas por un santo, acreedor de la admiración de la posteridad; monumento histórico de primer orden, por ser escrito por un testigo ocular; por un actor y víctima de este drama palpitante. Tampoco lo han leído, quienes han pretendido que el Padre Carvajal, indignado de la conducta de Orellana, rehusó guiar a éste en su marcha de avanzada, y abandonado solo, en las riberas del Napo, en la embocadura misma del Coca, se había juntado a Pizarro y con él regresado a Quito. Esto es una invención, lo demuestra así la relación del Padre Carvajal.

En tanto que nuestros audaces exploradores descendían, al norte, por las gargantas y valles del Napo, otros no menos intrépidos exploraban al sur, las maravillosas playas del Pastaza, se lanzaban en el dédalo de los ríos situados a la ribera izquierda y ascendían las colinas perfumadas donde florecían los Canelos. Ya por entonces el capitán Gonzalo Días de Pineda había aparecido allí en 1536. Pero, así como la expedición de Pizarro al norte, no había tenido la de Pineda ningún resultado, bajo el punto de vista político. Era preciso combatir en retirada a los terribles jíbaros, que habitaban esa región. A lo menos no se encuentra aquí vestigio de gobierno ni traza de Apostolado hasta el año de 1581.

La primera misión creada en las regiones salvajes del Ecuador, en los territorios situados al Este de la Cordillera, fue la misión de Canelos, y los primeros apóstoles de esta misión fueron los religiosos de la Orden de Santo Domingo. Cuatro religiosos del Convento de Quito se consagraron simultáneamente a la difícil creación de esta cristiandad, cuya historia veremos luego. Y, sin embargo, la gloria de esta creación, se atribuye especialmente al Venerable Padre Sebastián Rosero², sin duda por haber sido el que coronó la obra iniciada por sus colaboradores y estableció esta naciente cristiandad sobre el territorio que ha siempre ocupado desde entonces y defendido tantas veces a costa de su sangre.



Indígenas del Napo: hombre y mujer

El Padre Rosero murió en olor de santidad. Sus primeros colaboradores fueron escogidos para sucederle en la dirección de esta misión. Se nos presenta desde luego el Padre Valentín de Amaya y enseguida el Padre Diego de Ochoa

Desde su fundación, en 1581, la Misión de Canelos no ha cesado de pertenecer a la Orden Dominicana. Con el auxilio de los Archivos y de las antiguas crónicas de nuestros Conventos no nos será difícil seguir las pisadas de nuestros Padres por las riberas del Bobonaza y del Pastaza y hacer revivir los hechos notables que han ilustrado su apostolado. No cabe duda; las contrariedades no les faltaron nunca; desde el primer día hasta el último, desde el Padre Rosero hasta el Padre Fierro, la vida de estos varones apostólicos fue un martirio continuado. Abandonados frecuentemente por sus vagabundos e inconstantes neófitos; perseguidos por los jíbaros, pereciendo de hambre, calumniados feamente por los blancos que no se acomodaban a la severa moral, predicada a los indios y sobre todo a la protección que se los dispensaba, tuvieron que experimentar todas las pruebas y contrariedades que pueden acrisolar al corazón humano. En la rebelión de los jíbaros, acaecida en 1590, gran número de misioneros recibieron la plama del martirio. Su muerte, lejos de acobardar a los llamados a este ministerio sublime los inflamaba más en un nuevo y santo ardor.

Los misioneros se sucedían sobre las riberas ensangrentadas igual que antes de la persecución, sin interrumpir un instante su apostolado.

Tan solo en 1867 la Provincia Dominicana del Ecuador renunció definitivamente a esta misión y creyó deber llamar a los Padres Espinosa, Boya y Fierro, últimos apóstoles que por entonces trabajaban. El número reducido de religiosos no permitía proseguir en una tan grandiosa obra. Prefirióse abandonar y ceder a otros, antes que contemplar decaer y perecer a manos de los mismos que habían criado y sostenido a costa de tanto celo.

Los sacerdotes seculares que nos sucedieron en esta empresa tan difícil no pudieron hacer olvidar nuestro recuerdo, no obstante que

trabajaron con empeño por captarse el cariño de los neófitos: los indios recibían sus presentes, pero sin retribuirlos con su corazón, que lo mantenían obstinadamente fiel a los dominicanos. Pensose entonces que ganarían fácilmente la voluntad de estos obstinados indios con cambiar la sotana negra con el hábito blanco tan querido para ellos: pero este subterfugio sirvió para alucinar tan solo a sus autores, que tuvieron luego que renunciar ante la hostilidad cada vez mayor de los indios.

Cuando García Moreno empuñó las riendas del mando, esta misión, como todas las demás, estaban en la más completa decadencia. Nuestra orden no tenía ningún representante misionero y el clero secular rehusaba encargarse de un ministerio tan riguroso y ajeno a sus aptitudes. El gran reformador llamó entonces a los jesuitas; y como hemos dicho, fuimos también nosotros invitados a compartir con ellos el honor y los peligros del apostolado misional.

Esta nueva aparición del hábito blanco del Hermano Predicador en las riberas del Bobonaza iba a ser el principio de grande alegría y señal de triunfo para la fiel y valiente tribu de Canelos; iba a realizarse su más acariciado deseo, su más ardorosa demanda. ¡Cuántos viajes habían emprendido estos indios para llevarnos a su seno, cuantas solicitudes humildes y conmovedoras, bastantes a enternecer aun los corazones menos sensibles y resueltos! Muchas veces se habían dirigido a los Poderes Públicos, al Presidente y Arzobispo, suplicándoles vencieran nuestra obstinación y les enviaran a Padres de hábito blanco. A pesar de todo los Padres no iban. ¿De qué medio servirse en coyuntura semejante? Pues de si mismos. Con efecto, se junta toda la tribu y quince de los mas inteligentes y decididos emprenden viaje, conducidos por el capitán Palate. No es posible olvidar este rudo y memorable viaje.

Era preciso atravesar la cordillera, vivir en medio de los blancos para ellos execrables, ausentarse de la selva por lo menos durante cinco o seis semanas: por lo visto se trataba de una empresa de heroísmo jamás vista entre los indios. Pero nada era todo ello ante una embajada, que no olvidaran nunca los Padres que la presenciaron. De improviso un día se llena de tumulto nuestro Convento de Quito: los indios

penetran en nuestra habitación, se dispersan por los claustros, las galerías y las demás partes de la casa. Sorprendidos por el ruido, salen los religiosos de sus celdas y se encuentran cara a cara con estos hombres de larga cabellera, aire marcial, estridente voz y piel pintada. Fácil es suponer su sorpresa. Verifícase entonces la escena más conmovedora que se pudiera imaginar: los indios se echan a los brazos de los Padres, por quienes habían tanto tiempo suspirado. Y, se abrazan, para nunca más separarse de ellos; así pues de bueno o mal grado tendrán que acompañarles a las selvas. “Quien bautizará a nuestros hijos”, dicen “no queremos otros sino a vosotros, sí, solo a vosotros”. Y luego los colman de caricias, en medio de una alegría indescriptible. En resolución, se postran a los pies del Superior, le besan las manos y le suplican, a nombre de lo que les es más querido, darles misioneros. ¿Qué corazón de roca no había de conmoverse a la elocuencia a la vez sencilla y conmovedora de estos niños viejos, ante esta fidelidad tres veces secular a la Orden Religiosa cuyo recuerdo se obstinaban en conservar, en vista de este amor tenaz en corazones tan inconstantes, con esta expresión tan verdadera, pintoresca y desnuda de artificios? Les dimos, pues, nuestra palabra de consentimiento, y a ésta palabra, a Dios gracias surgió a nueva vida nuestra misión dominicana .

Entregado a mis recuerdos, había dejado al Padre Pérez y los indios organizar el campamento. Solo sobre esta desierta orilla, que las primeras sombras de la noche rodeaban de silencio y de misterio, habría permanecido largo tiempo todavía en estas suaves y fortificadoras riberas, si no me hubiesen distraído los indios, llamando de repente mi atención hacia un fenómeno curioso.

Estos niños viejos se entretenían en cortar con el machete uno de esos árboles lecheros que se elevaban a los confines de la montaña, del cual se escapaba en chorros una leche viscosa y blanca. El licor corría con tal abundancia, que pudimos llenar muchos pilches sin agotar la fuente, que continuo en vaciarse hacia el suelo.

El árbol de leche no era pues un mito, un ser creado por la imaginación de los poetas o de los exploradores tan amigos de maravillas:

hallábame en presencia de este árbol peregrino y evidenciaba personalmente su existencia.

Con todo de lo que no podía hacer experiencia eran las cualidades nutritivas de esta leche vegetal. Los indios la consideran, y sin duda con razón, como un astringente de los más enérgicos, también se sirven de ella para componer una especie de alquitrán. En cuanto a nutrirse con ella, lo hacen rara vez y solo en caso de extrema necesidad. Esta savia blanca y viscosa, tan agradable a la vista y dulce al paladar deja un resabio desagradable. Puédesela beber sin consecuencia dos o tres veces; pero si se exagera en la dosis no tardarán en declararse serias contorsiones digestivas.

Aquí en las orillas del Villano descubrimos así mismo los primeros canelos, que no habíamos hasta entonces visto, árboles inmensos cuya corteza y flor, embalsaman el bosque.

Al día siguiente, después de una larga y difícil jornada, después de haber temblado mas de una vez encontrarnos en presencia del tigre, cuyas huellas recientes dieron la voz de alerta a Perico, llegamos por fin a Canelos a las siete de la noche.

Notas

1. La memoria del Padre Gaspar Carvajal ha sido publicada íntegramente la mayor importante Obra cuyo título es: Historia general y natural de los indios islas, etc., por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo, publica la real Academia de la Historia, por Don José Amador de los Ríos. (Tercera Parte, tomo IV). Madrid. Imprenta de la Real Academia de la Historia, calle del Factor, 9, 1855.
2. Véase el Memorial de la causa del Colegio de San Fernando por el Padre Fr. Ignacio de Quesada.- Roma, 1681.

Tercera parte

**ESTANCIA EN CANELOS
EXCURSIÓN Y PACAYACU Y SARAYACU**

Capítulo XII

CANELOS

La oscuridad nos obligó a buscar por largo tiempo la iglesia, a través de los matorrales y arbustos perfumados que cubren toda la superficie de la población. No pudimos distinguir la forma de estos zarzales, pero el exquisito aroma que de ellos se desprendía, vuelto más suave y penetrando por la frescura de la noche, nos decía bien que andábamos en medio de naranjos y limoneros. Dimos finalmente con la iglesia, desmantelado chozón, especie de tinglado, rodeado de una cerca de chonta y cubierto con hojas de plátano.

Encienden nuestros indios una vela de resina de copal y atravesamos la nave, vasto osario, en donde duermen todas las generaciones de cristianos bautizados desde la conquista. Henos ya junto al altar que a duras penas conseguimos distinguir a la pálida y humeante luz que nos alumbra, bastante clara, sin embargo, para dejar entrever en la penumbra el rostro, siempre grato a sus hijos, de nuestra Reina y Madre, la Virgen del Rosario.

El Padre Pérez no se da seguramente cuenta de lo que pasa en mi interior, a la vista de esta pobre estatua; no obstante, se acerca a mi con discreción y me dice estas sencillas palabras: “Fue traída por vuestros antiguos Padres”. Esta revelación excitó un mundo de sentimiento en mi corazón, que sería difícil manifestarlos hoy, pero que adivinaran sin dificultad, quienes saben de recuerdos y pueden reconocer los procedimientos delicados y conmovedores de la Providencia en los sucesos más insignificantes en apariencia. Así pues, encontré a nuestra Madre en el hogar abandonado por sus hijos; Ella sabía que vendríamos muy luego junto a sí, para hacernos cargo de su tribu preferida; ella nos esperaba desde el sitio mismo de este retiro para darnos la bienvenida,

renovar la antigua alianza, reanudar el hilo interrumpido de tradiciones, en cierto modo reinstalamos en este dominio, por tantos títulos nuestros. Ella continuaba allí para mantener el apostolado que nosotros habíamos interrumpido y conservar en el corazón de los salvajes el amor de las antiguas tradiciones. Si estos han persistido dominicanos, a pesar de todo, y célebres entre todas las tribus por sus proezas heroicas contra los infieles, es debido a la Virgen del Rosario, sin que nos quepa la menor duda.

Esta reliquia venerable de los tiempos antiguos no era la única que debía encontrar en este dismantelado santuario. Pero no nos anticipemos sobre los acontecimientos, y ya que nos encontramos en plena noche y medio muertos de fatiga, busquemos algo de reposo bajo nuestro techo: sí, nuestro techo, porque aquí nos encontramos en nuestra casa y nos darán licencia nuestros lectores para gloriarnos y ofrecerles nuestro gran palacio. Está junto a la iglesia y sin haber leído a Vitruve ni Viollet Leduc, trataré de hacer de él una descripción auténtica. Era una especie de gallinero de bambúes, plantado sobre troncos de chonta, gallinero al cual ascendemos por unas gradas, cuyos peldaños han sido abiertos con el hacha sobre un madero de cedro. Nada más rústico, primitivo y difícil como el escalar por estas gradas... En todo caso nos hallamos ya en hogar y gozosos porque es propio en esta tierra recorrida por nosotros como el judío errante; lo recorreremos a lo largo y a lo ancho los pocos metros cuadrados de superficie de esta miserable choza. Si queréis conocer su historia os diré en dos palabras: es siquiera una reliquia de los tiempos antiguos; la antigua habitación de nuestros Padres. Muchas veces nuestros sucesores rogaron a los indios la mejoraran con alguna casa mas espaciosa y cómoda, pero nada consiguieron de estos cabezudos que se contentaban con decirles, que “ese era el tambo de los Padres de Santo Domingo”, sin mas nada hacer. Les habríais quitado un brazo, mano o una pierna antes que conseguir pudiesen mano sacrílega en la casa de los Padres. Cada vez que la tempestad o las lluvias torrenciales aventaban la pajiza techumbre o derribaban los troncos, que le servían de apoyo, se apresuraban en reparar los daños, pero siempre sobre el mismo plano, sin variar ni en una tilde la casa de los Padres blancos.

Sin embargo, una idea luminosa se le ocurre al Padre Pérez. –“Padre, me dice, aquí debe haber tambos de indios en las cercanías, sobre todo la del cacique y del Capitán Palate descargue su fusil, y será para ellos una señal de alerta”-. Así habla mi elocuente Néstor, esta vez tan imprudente. Al infernal ruido producido por la doble detonación responden los zumbidos agudos, las trompetas guerreras de un enjambre de avispas que habían elegido domicilio bajo nuestro techo. Los batallones alados se precipitan, nos rodean de sus negros torbellinos, afilan sus terribles agujones y nos acribillan de picaduras todas las partes visibles del cuerpo. Los indios que presentan una superficie más considerable a los ataques del enemigo son naturalmente los más maltratados. Por espacio de cinco minutos se suceden gritos, alaridos, imprecaciones, saltos que conmueven hasta sus cimientos el frágil edificio y lo amenazan dar con el en tierra, lo que hubiera consumado nuestra ruina. Nuestro viejo Néstor se cubrió con su pañuelo, salvando así su nariz de los asaltos y profanaciones de sus irrespetuosos enemigos. Los indios, que no tienen pañuelos, saltan con la rapidez de la ardilla a tierra, se revuelcan desesperados sobre la hierba húmeda que tapiza el suelo. Solo sobre el campo de batalla y el blanco único de tan crueles adversarios apago tranquilamente le mecha encendida de copal, que alumbra esta desgarradora escena. El tumulto se amaina como por ensalmo, el enemigo se declara en retirada, y la oscuridad nos devuelve el silencio y la paz. Este azaroso encuentro me costó un medio frasco de amoníaco, con que rocié las heridas de mis hermanos y amigos, sin olvidar ni a mi infortunado Perico, cuyo hocico, hinchado como el de un dogo, acribillado como una esponja, habría enternecido corazones aun más duros que los nuestros. Al día siguiente, el avispero fue cogido con habilidad por los indios y exterminado con tal destreza, furia y crueldad que nos vengó suficientemente del desaguisado de la víspera.

La noche no nos proporcionó el descanso, al que teníamos legítimo derecho. No bien nos recostamos sobre la empalizada de bambúes, que nos servía de lecho, desatose de súbito la cerrazón de nubes acumuladas por la tarde. Diríase que todas las cataratas del cielo se precipitaban sobre nuestras cabezas.

Sacudida con violencia y removida por el huracán, no pudo contener las aguas la techumbre de pajas, que hacía muchos años no había sido reparada por los indios. Por más de dos horas recibimos una ducha de goterones tan precipitados y de un chorro tan continuo, que era para contentar al más exigente hidropata. Rechazados de nuestros lechos, nos refugiamos en las esquinas del chozón, donde pensábamos sería menor la infiltración. Pero muy pronto también los ángulos no nos pudieron proteger, obligándonos a esperar con paciencia el fin de este diluvio. A eso de la media noche cesó la tormenta y pudimos dormir profundamente hasta la madrugada, no obstante estar todo nadando en agua.

¡Ahora sí a ver Canelos! Tal fue el primer saludo que nos cruzamos el Padre Pérez y yo, apenas el sueño nos devolvió la conciencia de nuestro ser y la libertad de nuestros movimientos.

Si, lector amigo, vamos a ver Canelos, porque hasta aquí no lo hemos visto aun y persuadímonos nosotros, que tu curiosidad va en zaga de la nuestra.

Henos sobre la explanada inmensa, que se extiende delante de la iglesia y del convento, que así llamaremos en adelante a nuestra choza. Son las seis de la mañana. Los tintes rosados que colorean el cielo hacia el Oriente anuncian la cercana aparición del sol. Y, en efecto, muy luego el velo de vapor blanquecino que se cierne sobre el bosque, comienza a moverse como a impulsos de una mano invisible; sus pliegues delicados se agitan y estremecen; se entreabren luego como cortinas de un lecho principesco, para dejar ver al sol, que asoma brillante de hermosura y coronado de resplandores. Su aparición es saludada por toda la selva, que parece despertarse de su profundo sueño, a las primeras caricias del astro rey. La neblina se torna luminosa, reviste todos los colores del iris, se borda con los más delicados y fugitivos matices, se deshace, se evapora al soplo cálido del sol, como un perfume a la llama de un bracero.

Asómanse entonces a nuestra vista las majestuosas copas de gigantes árboles, destilando aun la lluvia de la noche, con gotas de

agua que resplandecían y titilaban a los primeros rayos del sol, cual cúpulas consteladas de diamantes y esmeraldas.

Los canelos en flor que cubren las colinas de las cercanías nos envían sus aromas y respiramos con delicia un aire fresco y perfumado.

Comienza al mismo tiempo el concierto de las aves; por todos lados las vemos emprender el vuelo de árboles y matorrales; guacamayos y tucanes, loros y pericos sacuden sus alas húmedas, componen su plumaje hermoso y entonan su canción de la mañana. Otras han ganado ya las copas de las palmeras y de los árboles frutales y con sus poderosos picos deshacen la corteza de las frutas para aprovecharse de la carne.

La niebla cubre todavía al occidente, y sin embargo allá se dirigen de preferencia nuestras miradas, atraídas por el paisaje encantador, maravilloso, único, que se descubre a las lejanías de la Cordillera. Pero no distinguimos sino apenas, a través de la bruma, las colinas adyacentes que sirven de murallón y como centinelas de Canelos. Tengamos, pues, paciencia y en el entretanto veamos de inspeccionar la plaza y sus contornos y examinar los matorrales que nos estorbaron ayer tarde.

La plaza esta situada al extremo oeste de la planicie que corona esta colina, a diez minutos del Bobonaza, es un cuadrilátero de cien metros de lado. Se encuentra cercado por un cordón de árboles de ancho y nudoso tronco, cubierto de caprichosas ramas de peregrino follaje, y cuya corteza gris y dividida se parte fácilmente en fragmentos escamosos. Son árboles de calabazas, que proveen a los indios de su ajuar de casa: sus frutos ovalados, partidos por el medio, les sirven de escudillas y de vasos en que aderezan y beben la chicha. Nada tienen de hermosos y decorativos estos árboles casi ahuecados, y solo el mérito de la utilidad justifica su presencia en el centro de la población.

El resto de la plaza que sirve de asiento al pueblo desaparece cubierto por espeso bosque de naranjos, limoneros y guayabos: a trechos asoman arboledas de palmeras cargadas de racimos de chontaduros, plantas de papayas, cuyas carnosas frutas presentan el aspecto y ofre-

cen el sabor del melón, árboles de pan, con un follaje que no reconoce rival en toda la montaña.

En lo más profundo de estos tupidos bosques han ocultado los indios sus nidos, quiere decir, sus tambos, porque es preciso que cada uno cuente con un abrigo, cuando acude al pueblo para la Misión. Si bien se observa, puédese afirmar que existe un tambo allí, donde brillan las cápsulas escarlatas de la bija o corre un arroyuelo de agua límpida.

Recorriendo este jardín de delicias, y contemplando estos corpulentos naranjos cuya altura pasa de diez metros, no se puede menos que admirar el espíritu verdaderamente práctico de nuestros antiguos Padres: porque a ellos se deben estas exuberantes plantaciones; ellos han transformado este rincón de montaña en un Edén, donde debían suavizarse los corazones mas broncos; ellos son los autores de este centro de atracción para estos solitarios obstinados. El medio ambiente en que nos hallamos, los paisajes y horizontes que nos cercan, ejercen a la larga una influencia profunda sobre nuestro ser. ¿Y no es ya un axioma científico que la habitación transforma poco a poco al individuo, modifica su temperamento y, por ende, su carácter, y sin cambiar los elementos esenciales de su naturaleza, crea en él nuevas inclinaciones, o desenvuelve las que existían ya en germen? Por más libre que sea el hombre no puede prescindir de esta ley universal de evolución: su misma impresionabilidad, su naturaleza misma no le dejan independizarse del medio en que vive.

El misionero que tiene en mientes renovar el espíritu de un pueblo no debe alejar de su espíritu esta verdad.

No cabe duda que se trata de un simple medio material de asegurar su influencia benéfica tornando los corazones más dóciles a su acción; pero como quiera que ello sea, es preciso tenerlo en cuenta. El idealismo exagerado no sirve para nada; lo mejor y lo mas sencillo es tomarlo al hombre, tal cual es.

Sin embargo, Canelos continuaba desierto, y cansados ya de aguar dar al cacique y a los indios que se obstinaban en ignorar nuestra presencia, no obstante las salvas de artillería de la víspera, nos dispusimos a celebrar la santa misa. De repente, los indios del Curaray prestaron sus oídos y su atención; no nos permitió dudar de que se trataba de algo inusitado: enseguida se lanzaron echando agudos gritos y desaparecieron como liebres por el sendero que desciende al Bobonaza. El Padre Pérez y yo nos miramos atónitos sin saber que pensar en esta coyuntura. Felizmente no duró mucho nuestra inquietud; porque enseguida se dejaron oír hurras frenéticos que repercutían a lo lejos, desde el valle, y luego se presentó a la plaza una numerosa tropa de indios pintados y peregrinamente vestidos, que se arrojaron a nuestros brazos. Habían sido nuestros canelenses, indios bizarros, apuestos, hermosos, de gallardo talle y aire marcial. El principal de todos ellos, el cacique, se adelanta y deposita a nuestros pies un buen troncho de tapir y plátanos y yuca. Los demás le imitan y cada uno de ellos nos presenta su regalo. Pero nos conmueven infinitamente más que sus obsequios, sus atenciones, sus caricias, la alegría infantil que brilla en sus ojos e ilumina su fisonomía. Todos hablan al mismo tiempo y con tal ligereza y con ademanes tan rápidos y confusos, que nos sentimos aturcidos: lástima que no pudimos entender sino algunos de sus cumplidos y expresiones. Los nombres de Santo Domingo, de mama Virgen del Rosario, y del Padre Fierro, último dominicano que los evangelizará, acuden sin cesar a sus labios. Luego con aire de triunfo nos enseñan la vetusta iglesia y el convento, afirmándonos que es la iglesia y la casa de los Padres blancos. Con estas cosas, llevaban camino de no acabar nunca. Tomad a un niño del regazo materno y volvedselo después de largas privaciones y tendréis una idea de la satisfacción y de los transportes inocentes y conmovedores de estos grandes y amables niños. No pudimos sustraernos de sus brazos, besaban nuestro hábito, se disputaban mi rosario:

-Mirad, mirad, se decían entre ellos, este es el rosario de Santo Domingo, el rosario de mama Virgen.

¿Pero de dónde habían acudido tantos indios? Eran por lo menos treinta. ¿Cómo estas criaturas, que viven tan apartados del pueblo habían podido juntarse tan presto?

- Cacique, ¿quien te ha dicho que estábamos aquí nosotros?

- El cacique del Curaray, Padre.

- Y a vosotros, chicos, ¿quién os ha hecho saber nuestra llegada?

- El cacique del Curaray, Padre.

De manera que, no contento con haber reunido a su tribu, había además puesto en movimiento a todas las tribus circunvecinas: sus emisarios habían recorrido el bosque del Villano al Bobonaza y del Bobonaza al Rotuno. Canelos, Pacayacu y Sarayacu conocían ya la llegada del Padre blanco, y cuando creíamos hallarnos solos, se disponían todos los habitantes de la selva, para recibirnos y agasajarnos.

No nos cansamos de mirar a nuestros queridos indios, de admirarlos, de significarles nuestro gozo y nuestro amor. No habíamos tampoco visto antes de ahora apostura, vivacidad y desparpajo que igualaran a los de estos salvajes. Todo en ellos inspira simpatía, todo revela la impetuosidad de su carácter, su afición a la guerra, su pericia en los combates: el talle, la marcha, el vistazo escrutador que jamás se equivoca, la larga y pesada lanza que nunca la abandonan, que la afirman a la tierra siempre que la conversación se anima o quieren hacer hincapié en alguna frase. Si dan un paso, diríase que van a lanzarse hacia adelante; hasta su reposo reviste aire de energía: el pie izquierdo ligeramente adelantado, la rodilla derecha estirada hacia atrás, como en disposición de lanzar el cuerpo hacia adelante: en postura de un soldado que no aguarda sino la señal de marcha para volar contra el enemigo.

Y todo ello lo hacen naturalmente, sin premeditación ni estudio, porque se han desarrollado así. La primera vez que han asentado su pie en el bosque, han visto a sus padres y hermanos caminar con precaución, deslizarse arrastrándose al través de la espesura, humear como el tigre y la pantera prestando minuciosa atención a la hoja que se mue-

ve, a la rama que se agita, descifrando los jeroglíficos escritos sobre la arena o el carrisal por el pie del jíbaro o la huella del tigre, escuchando con el oído al suelo, las vibraciones cuyo sentido conocen ellos solos.

Han venido luego las emboscadas, los asaltos nocturnos, las escenas de masacre, iluminadas al fulgor de los incendios, los alaridos de rabia de los jíbaros sorprendidos y vencidos, las mujeres desesperadas que demandaban gracia, degolladas a pesar de sus gritos, los desvalidos inocentes pisoteados o traspasados por la lanza, como si fueran responsables de los crímenes de sus padres... Educados así, como fieras, siempre en alerta, dispuestos así al ataque como la defensa, no es de admirar que hayan copiado sus instintos, imitado sus posturas, adquirido sus cualidades y defectos, su saña y su destreza, su bravura y ferocidad.

Pero no tengáis miedo; que ésta apariencia temible se halla revestida de una gracia incomparable. Estos seres peregrinos al mismo tiempo que os atraen, os mantienen a distancia, todo en ellos os cautiva pero inspirándonos una especie de pavor.

No queremos hablar aquí precisamente de esa gracia tan solo plástica, que se halla en las felices proporciones del cuerpo, en la regularidad de los músculos, como quiera que todo esto lo posean en grado eminente. Nos referimos mas bien al encanto de la expresión, a esa gracia que se manifiesta en la frente, en los ojos y en los labios y que forma su fisonomía; gracias que no es sino el reflejo del alma al través de su envoltura corporal y que comunica al talle, al andar, a todo el ser humano, un no se qué de amable y atrayente, que es lo que llamamos belleza.

No negamos que esto se verifique muy rara vez entre los salvajes. En medio de estos pueblos bárbaros, todo es material y terreno, hasta los pensamientos, hasta la misma alma. Se trata, pues de un fenómeno. Nótese, sin embargo, que nos encontramos delante de una raza única, de una tribu verdaderamente rara, de hombres en quienes se encarna una idea grandiosa, idea de que ellos tienen conciencia y por la cual verterían gustosos hasta la última gota de su sangre.

Canelos desde hace tres siglos, es el seguro para todas las cristianidades establecidas al norte y noreste del Pastaza. Si el indio pacífico del Curaray, del Napo y del Coca duerme tranquilo a la sombra de sus palmeras y sus plátanos y si el grito de los jíbaros no le pone en sobresalto, es porque el canelense está en vela día y noche, con la lanza en mano y dispuesta la saeta. Si la flota terrible y devastadora que destruyó en otro tiempo las célebres poblaciones de que hemos tratado arriba, no barrió con estas cristiandades poco aguerridas, débese a que Canelos esta aquí, a la vanguardia, para contenerla y arrojarla hacia las costas del Pastaza. El día en que cede o desaparezca este dique, el bosque no será sino un campo inmenso de carnicería y los ríos arrastrarán al Amazonas los cadáveres mutilados y sangrantes de innumerables mártires. Los jíbaros no cuentan de enemigos sino con esta raza valerosa, intrépida, en la brecha siempre, luchando uno contra diez y siempre invencible. No son los blancos los llamados a reprimir su audacia enardecida por tres siglos de impunidad, por represalias cuyo solo recuerdo hace temblar a las pacíficas poblaciones del Ecuador. Los jíbaros se ríen de las charreteras y las carabinas. ¿No se les ha visto aun últimamente atacar e incendiar muchas haciendas en presencia mismo de los piquetes enviados para combatirlos, recibir entre risas, estridentes burlas, las descargas de las balas e internarse después en el bosque, cargados de botín y bañados de sangre? Pero los jíbaros saben por experiencia que no les va lo mismo con Canelos: saben que aquí las mujeres luchan como los hombres y éstos como leones. Por esto, de Gualaquiza a Méndez, de Méndez a Macas, del Santiago al Pastaza, Canelos es para ellos un fantasma.

Siempre que se pregunta a los jíbaros por lo que están haciendo, responden que preparándose contra Canelos. No es pues de admirar que soldados con un ideal tan grande y generoso y cruzados de una causa tan santa, se manifiesten tales hasta en su fisonomía. Esto les distingue del bruto, del jíbaro asesino y asolador, que mata por matar, o mata para robar. No quiere esto decir que no sean salvajes, groseros e ignorantes y viciosos como todo bárbaro; pero son salvajes héroes, héroes cristianos, eso es lo que se nota al mirarlos, lo que se desprende de su manera de ser, lo que les rodea de una especie de aureola. Por otra

parte, tienen temperamento de verdaderos soldados, comunicativos, joviales, animados, llenos de ostentación cuando narran sus hechos de armas, y de simplicidad cuando los llevan a cabo; terribles a los infieles hacia los cuales sienten odio implacable, adorados de las tribus cristianas que se complacen en celebrar su superioridad intelectual, su buen humor y valentía.

Imagínese si no habremos deseado vivamente ver por fin al Capitán de esta valerosa tribu, al célebre Capitán de esta valerosa tribu, al célebre Palate, cuyo nombre había ya oído tantas veces.

Palate, el hombre de genio incomparable para el salvaje; el tipo del valor, de la generosidad y hasta de la excentricidad para los blancos que tuvieron el honor de tratarlo. Y para nuestra mala suerte Palate no estaba allí: en vano lo buscamos entre los primeros que asomaron; Palate, cuyo tambo se hallaba a dos pasos de la plaza, tan dominicano de corazón y fiel obstinado a la Orden, el ingrato Palate ¡se ha dejado vencer por otros!

Lector amigo, consolémonos de esta decepción y vayámonos a la santa Misa. El mismo gran Palate nos hará olvidar este desengaño. ¿Quién nos dice si esta tardanza no se deba a la pompa con que viene y a los honores que nos prepara? Un gran hombre no se presenta como simple mortal. ¿Qué se pensaría de la tribu de Canelos, si su capitán, el más ilustre hombre de guerra de la nación quichua no tuviera más adorno que las vulgares plumas de pájaro y las sartas de pepas de árboles? Quien nombra a Palate, espera más pompa y dignidad.

Capítulo XIII

EL CAPITÁN PALATE

No creo faltar a la verdad al decir que era honda la emoción que sentía en el altar. Esta Misa, la primera que iba a celebrar en Canelos, se revestía a mis ojos, de una importancia excepcional: con ella tomaba posesión de la Misión; en ella debía poner toda mi alma. Los indios, gozosos de asistir a la Misa del Padre blanco, se habían agrupado junto al altar, de rodillas y en la más edificante actitud. Las lanzas se hallaban, reunidas en haces a la entrada de la iglesia. Las habían colocado allí, para tenerlas a la mano y caer sobre el enemigo, en caso de que este les asaltara en la celebración de las ceremonias religiosas, como no pocas veces les habían sucedido ya.

No bien termine la lectura del santo Evangelio, suscítase un movimiento, cuya causa se me ocultaba desde luego: ruido de pasos, después cuchicheos, que terminaron en gritos de voces estridentes como el sonido de una trompeta. Mis indios, tan tranquilos hasta entonces, se han levantado para ir a colocarse abajo en la nave. Sobreponiéndome a todo, me acerco al medio del altar para el ofertorio y me vuelvo al pueblo, para el *Dominus vobiscum*. Lector amigo, aunque viva novecientos años como Matusalén, jamás se borrará de mi fantasía el espectáculo que vi entonces. A dos pasos de distancia, junto a la angosta grada que conduce al altar, en el sitio ocupado antes por los indios, contemplo al ser más peregrino, extravagante y apayasado que se pueda imaginar. Su vista me impresiona fuertemente: ¿es acaso un sueño? ¿tengo tal vez ante mi una aparición diabólica, al terrible Apanchi de los indios, que viene a asaltar la misión en sus mismos comienzos? Nada de todo esto; es simplemente el gran Capitán Palate; ¿no os decía yo que este grande hombre haría de las suyas, dándonos una sorpresa?

Palate quiere ser visto; con este fin ha ordenado a los indios de despejarle el sitio; para ponerse frente a mi. Palate es de pequeña estatura, pero ha suplido este defecto con buscarse un enorme taburete, sobre el cual se ha colocado, como estatua sobre pedestal. El gran hombre esta en su lugar; nada de su augusta persona se oculta a mis miradas: ni la cabellera que trenzada a la china y adornada a trechos de plumas de colibrí, la ha echado a las espaldas, ni los ojos que, en medio de un cerco de líneas rojas, centellean como llamas; ni los largos palillos que, atravesando las orejas, avanzan hasta la nariz, cual defensas formidables de un jabalí; ni el triple collar de dientes de tigre, con amuletos flotantes; ni las pinturas fantásticas; ni en fin, el embarnizado chillón, con que se ha pintado de pies a cabeza.

Pero todo esto es nada; no pasa de ser sino bagatelas y juego de niños; muchos otros indios se pintan y aderezan de igual manera. Palate, como todos los hombres célebres, debe distinguirse de los demás por alguna insignia, algún atributo, en una palabra, por algo que haga reconocer a primera vista su augusta persona. Y ¿cuál será este distintivo? ¿Tal vez el famoso capote gris de Napoleón? No; Palate no lleva capote; que es demasiado prosaico. ¿Acaso, penacho blanco, como Enrique IV? Tampoco; Palate no usa sombrero, ni penacho, que es por demás afeminado. ¿Pues entonces, un casco como Alejandro? Imposible; Palate no carga casco, que es demasiado molesto. ¿Seguramente anda a llevar un sable bayoneta, cuyo puño estrecha con su diestra y con cuyo filo nos amenaza atravesar? De ninguna manera, el sable bayoneta pasó ya de moda, con la antigua armadura. Pero ¿qué puede ser entonces? ¿Queréis saber qué? ¡Un paraguas y una corbata! El paraguas de alpaca que tiene bizarramente con su mano izquierda y lo despliega y hace girar como una aureola sobre su cabeza; la corbata colorada cuyas franjas arrugadas le caen sobre el pecho: he ahí lo que no se ha visto ni verá jamás entre los indios. Esto es lo que coloca a Palate muy por encima de todos los grandes hombres, presentes, pasados y futuros y lo que le vuelve inconfundible para la posteridad.

¡Mi Dios, que espectáculo! un hombre desnudo con una corbata y un paraguas! Este fantasma me persigue durante toda la Misa; por

más que hice, no pude sobreponerme. Concluida la Misa, me pongo frente a frente de Palate, el que siempre serio e imperturbable, se digna bajar la punta de su sable y cerrar el paraguas.

Pero, ¿dónde o como este ridículo original se ha hecho de un paraguas? ¿quién le ha inspirado la peregrina idea de tenerlo como el signo distintivo de su dignidad? La explicación es fácil. Palate, que es muy inteligente, gusta de instruirse y como nada instruye más que un viaje, tiene pasión por viajar. Es el más intrépido andarín y boga de su raza: de norte a sur y de este a oeste ha visto y recorrido todo. Conoce donde vive tal tribu, cual es su idioma y cuales sus costumbres; cómo se llama tal río, de dónde nace y en dónde desemboca. Ha explorado todos los desfiladeros de las montañas, y conoce sus serranías, sus senderos y menores veredas. Todo se halla como estereotipado en su vasto cerebro: Palate es una geografía viviente. Conoce el Amazonas, tanto como el Napo y el Pastaza: se le ha encontrado infinidad de veces descendiendo por el río hasta Iquitos, hasta las fronteras del Brasil o surcando hasta el Huallaga en las tribus salvajes del Perú y siempre con el anhelo de ver y saber todo. Por una insignificancia, irá a Bolivia, a Patagonia, hasta la Tierra de Fuego.

Pues bien, en todas sus cortesías, Palate confiesa no haber visto cosa mejor que Iquitos, y en Iquitos, lo que más le han llamado la atención son las factorías europeas y peruanas, y en estas factorías; lo que más le han entusiasmado, lo que le ha parecido el non plus ultra de la civilización y del progreso, y la muestra categórica e incontrastable del genio inventivo de la raza blanca, es el paraguas. ¿Y cómo no? Una cosa que se abre y se cierra con una precisión matemática, que se desliza y enrolla con tanta gracia al rededor de una caña incrustada de cobre o de acero, guarnecida de un punto transparente como un cristal, que se despliega en un tan gran círculo, poniéndose en juego tantos resortes, articulaciones, piezas metálicas y tantos jirones de tela: una cosa que os corona cual de una diadema y os cubre como un dosel... Vamos, vamos, blanco execrado, toma todo mi oro y dame esta maravilla. Y el pobre indio sacando de su *siagra* todo el polvo de oro que ha recogido en varios años, compra con todo este tesoro el codiciado paraguas.

Y henos con Palate sobre las riberas del Bobonaza: su regreso con el paraguas es de eterna memoria: forma pagina gloriosa en las fastos de Canelos. Orgulloso como un pavo real, más altivo y desdeñoso que todas las Majestades de la tierra, Palate se presenta a ostentar su paraguas; su paraguas le vale más que cetro y diadema y manto regio y bastón de mariscal. El cacique no cabe en sí de soberbia y de desprecio, pero la tribu prorrumpe en exclamaciones y gritos frenéticos de admiración. Calmado un poco el entusiasmo, Palate coloca su alhaja en un estuche espléndido y lo suspende en la parte más visible y clara de su tambo, para no exhibirlo sino en circunstancias solemnes y nunca fuera de ellas.

Por lo demás, si queremos formar concepto claro de la personalidad del ilustre capitán, vamos a la plaza, delante de la iglesia: allí nos espera Palate con sus indios. Apenas me vio el gran hombre, se arrojo a mis brazos, a estrecharme ajustadamente y con emoción, con riesgo de echar a perder su aderezo, embadurnando el tejido de mi hábito, con sus pinturas frescas todavía. Nada le importa su arreglo y sus pinturas, ante el placer de estrechar entre sus brazos al Padre blanco: váyanse a pastar chirores, oropeles, sable, bayoneta y paraguas. El Palate charlatán se ha esfumado y desaparecido: el que tenemos ahora es el verdadero Palate, es decir, el más valiente de los hombres y más fiel de los amigos.

De ésta manera la alegría de que está llena su alma se traduce bajo todas formas, sin que el tampoco intente disimular. Pero lo que anhela saber es cómo hemos podido volver a apoderarnos de Canelos, a pesar de los Jesuitas. “Ah la batalla ha debido ser terrible; encarnizada. Sin embargo; como se explica la presencia del Padre Pérez? Porque tú le has conducido cautivo desde la fortaleza de Quito”. (El viejo Néstor apenas si sonríe entre labios). En vano me esfuerzo por hacer comprender a Palate que no se ha librado batalla alguna, que entre religiosos, los asuntos se arreglan de otro modo que el usado entre los Canelos y los jíbaros; que entre Jesuitas y Dominicanos existe la más estrecha amistad: pero esto no puede comprender Palate y torna a hablar de las esto-cadas y las luchas que han debido librarse, de parte a parte, entre los conquistadores de Canelos.

Sin poder vencerse, emocionado de entusiasmo, se dirige a sus indios y les narra minuciosamente el combate que han sostenido las filas de Santo Domingo contra las de San Ignacio, batalla terrible que ha devastado, a sangre y fuego, toda la ciudad de Quito. La victoria favoreció a los Padres blancos y el Papa ha ordenado a los Jesuitas darse a la retirada y no aventurarse a pasar del Curaray. Todo esto dice Palate con tanto ardor y tantos gestos que no parece sino que ha tomado parte notable en este drama decisivo. Los indios le escuchan estupefactos y luego estallan sus aplausos: ¡Así, Palate, así; todo ha debido pasar así!

Ante este espectáculo no pudimos contener la risa el Padre Pérez y yo.

Capítulo XIV
**ALGO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
SOBRE LOS CANELOS Y LOS JÍBAROS**

Mientras Palate, con su elocuencia y accionado, entusiasmaba a sus oyentes, el sol alzándose poco a poco por sobre el horizonte había disipado el vapor de agua, que nos ocultaba la vista de la Cordillera. Muy luego nos encontramos en presencia de un panorama espléndido de montañas, como jamás hubiéramos podido imaginar. Toda la Cordillera oriental, con sus picachos, volcanes y nevados, se descubren a nuestras miradas. Podemos seguir el perfil dentado y almenado desde el Sangay y el Altar, al sud-oeste, hasta el Cotopaxi, al nor-este. Los nevados, al recibir de frente la luz del sol, resplandecen como chorros de lava incandescente. Dos volcanes, los más activos del globo, el Sangay y el Tungurahua lanzan al cielo torbellinos de un humo café oscuro, que azotados por el viento se esparcen como serpientes, ora lanzándose arriba ora descendiendo sobre el cráter, en forma de nube preñada de agua. Diríase que nos hallamos de improviso en los orígenes del planeta, cuando las montañas, recién lanzadas hacia el espacio por los empujes formidables del fuego interior, no equilibradas todavía, vomitaban a torrentes las materias en fusión.

Todo el espacio que nos separa de estas montañas, ocupa el bosque virgen. Dividida por innumerables colinas, cuyas cimas cubiertas de verdor se empinan y se aplanan como las olas del mar, y cuyas ramificaciones caprichosamente serpenteadas se extienden en todas direcciones, esta selva semeja un océano de verdura surcado por gigantes cascas nubes. Al oeste, algo a la derecha del Tungurahua, distinguimos perfectamente la triple cima del Abitahua; la sombría montaña del Llanganate se muestra al nor-oeste: al norte se divisan los cerros de

Castañas y el Curaray y al sur y sud-oeste, las Cordilleras del Copataza y del Pastaza. El horizonte de Canelos es, pues, de una magnificencia sin igual. Debemos, además parar la atención sobre este admirable sitio, considerándolo desde un punto diferente de vista, es verdad, pero que la proximidad de tribus infieles no nos permite pasar por alto. Canelos es una posición defensiva de primer orden.

Recostada a las faldas del Huagua-urcu, o pequeña cordillera a cuyos pies corre el Villano, la colina de Canelos está rodeada por todos lados por el Bobonaza, formando una como isla. De donde quiera que vengan los enemigos, y por cualquier parte que intenten atacar, tendrán que verse en mil peligros. Si se presentan por el norte, les es preciso hacer largos rodeos, vadear el Bobonaza o el Villano, para quedar aprisionados entre dos caudalosos ríos y sus innumerables afluentes. Esto explica por que no se han aventurado hasta ahora por este sitio; pues, de hacerlo, se verían obligados a batirse en retirada y cercados de mil peligros, tendrían que aventurarse en las corrientes de los ríos, los cuales crecidos, causarían gran desastre. No les queda, pues, sino el sur, el este y el oeste para atacar al Canelos y todavía a condición de atravesar el Bobonaza, que de ordinario está crecido. Una vez vencido el río para el ataque, no hay seguridad que lo será en el momento de la retirada, siendo tan inciertas sus bajas y crecientes. Los jíbaros se verían entre dos fuegos antes de pasar este río ancho y correntoso. Además no es solo este río el que deben atravesar; hay muchos afluentes que le sirven como de retaguardia y reserva de defensa; entre otros el Tinguiza y Pacayacu que desembocan cerca de Canelos, complican mas y mas la dificultad de poder salvarse.

Muchas ventajas reunidas hacen, pues, de Canelos un sitio inmejorable; por lo cual no debamos pensar que solo el acaso ha hecho elegir este sitio para la valerosa tribu. Ante todo es preciso ver aquí la mano de Dios. Su Providencia que se preocupa hasta del nido del pájaro, de su cuna de musgo oculta en el follaje, ¿cómo iba a desentenderse de todo un pueblo, abandonándole a su capricho en una cosa tan grave, cual es la elección de territorio? En el orden de las causas humanas, nada puede más influir o empecer el progreso de un pueblo, como su te-

territorio: genio, carácter, instituciones, todo nos liga con mil lazos al suelo que hallamos con nuestros pies, a la configuración material de la patria, a su posición geográfica, a los pueblos que la rodean. Ahora bien, la predestinación de esta tribu; su misión providencial era la de ser el amparo de las cristiandades futuras, asegurándoles la tranquilidad al precio de su sangre; la de ser el flagelo de Dios contra el jívaro renegado y homicida y reprimiendo a este ser vengador del nombre cristiano. Para todo esto érale preciso una posición, al mismo tiempo cercana al enemigo para vigilar sus operaciones y alejada, para no dejarse influir por su contacto desmoralizador e impuro. Dios, en su amor, le destinó, pues, esta colina; cuya posición geográfica y la distancia solo de cuatro o cinco leguas del Pastaza, debían facilitar el cumplimiento de muchos planes providenciales.

El bautismo fue la primera bendición de Dios que recibió la tribu de Canelos; pues fue la primera en ser bautizada entre todas las tribus indias del Ecuador. Acontecimiento tan notable se verificó en 1581¹, cincuentidós años antes que los primeros Franciscanos² aparecieran en las riberas del Putumayo, del Aguarico y Napo, al norte; cincuentitrés años antes de la conquista del Alto Amazonas por el capitán Don Diego Baca de la Vega y de la creación de la célebre Misión de Mainas³ por la Compañía de Jesús.

Cuatro Dominicanos del Convento de Quito, los padres Valentín de Amaya, Baltazar Quintana, Diego de Ochoa y Sebastián Rosero, a impulsos de la gracia que forma apóstoles, descendieron simultáneamente por las riberas del Pastaza y se dispersaron por el bosque en busca de infieles. El Padre Amaya pasó a la orilla derecha y el Padre Quintana continuó en seguir la ribera izquierda, atravesando los afluentes que encontraba a su paso; en cuanto a los Padres Ochoa y Rosero se aventuraron, el primero en las montañas de Penday el segundo en las de Poya (probablemente Puyu).

Dios no tardó en recompensar su celo y bendecir sus trabajos. Cinco familias de Gaes o Gayes, que habitaban la ribera derecha del Pastaza, fronteriza a la planicie de Barrancas, se presentaron al Padre

Amaya e imploraron la gracia del bautismo. Después de instruidos, recibieron del Padre las aguas regeneradoras de este sacramento, siendo esta tribu el germen de la cristiandad de Canelos. El Padre Quintana, apenas supo este acontecimiento, aceleró su marcha prosiguiendo su viaje por la inmensa planicie de Barrancas. No tardó en dar con la reducida tribu de los Inmundas, a la cual, catequizando, consiguió convertir a la fe cristiana.

Por su parte el Padre Ochoa conquistó pacíficamente a los Huallingas. Las crónicas antiguas no los presentan descendiendo desde Punday, por las riberas del Pastaza, a la cabeza de sus neófitos, fusionando luego a estos con los Gayes y fundando sobre la orilla izquierda del Pastaza, a la embocadura del Pindo, la primera población cristiana, de que se hace mención en los anales de esta comarca, con el nombre de Caninche. Por ese mismo tiempo, el Padre Rosero, presentóse a la cabeza de la tribu de los Santes o Santis, trayendo además los pocos sobrevivientes de la tribu de los Inmundas, azotada y disminuida por las viruelas, y engrosó, con este nuevo contingente, el número de los pobladores de Caninche. Todos, de común acuerdo, decidieron en llamarse los Canelos, porque, según rezan las crónicas, había muchos árboles de canela, en ese sitio. Tal, la circunstancia que influyó para considerar al Padre Rosero como el fundador de Canelos.

Esta primera fundación de Canelos no duró por largo tiempo. Los jíbaros le declararon guerra tan pronto como se dieron cuenta de su existencia, guerra sin tregua ni piedad y que, supuesta la inferioridad numérica de los neo-bautizados, debía terminar en un masacre. Los canelenses salieron, pues, en busca de una tierra más hospitalaria y vinieron a detenerse, después de algunas jornadas de camino en la colina de Chontoa, a poca distancia del Bobonaza, donde fundaron la segunda población de Canelos.

No obstante, esta nueva fundación adolecía de un defecto, que movió a abandonarla a sus mismos fundadores y era el de hallarse no tan cercana al Bobonaza que facilitase a sus moradores la vigilancia y manejo de sus canoas, atracadas a la orilla. Para remediar estos incon-

venientes decidieron establecerse a las riberas mismas del río, pero el sitio era malsano y fue así que una fiebre palúdica diezmó luego a la desventurada tribu.

Como última resolución, se determinaron a atravesar el río y ascendiendo la colina de enfrente, hacer pie en la cima. Era esta una vasta altiplanicie cubierta de canelos, en cuyo centro se alzaba un montículo, desde el cual se podía divisar, hasta lo lejos, las sinuosidades todas del Bobonaza y dominar, en toda su extensión, los menores altibajos de la planicie.

Los Padres Misioneros, que presidían a todos estos cambios, hicieron desmontar el cerrado bosque, para reemplazarlo con la maravillosa arboleda, de que hablamos antes. No se necesitaron muchos días para edificar la desmantelada iglesia, el convento y los tambos de los indios. La Virgen Santísima del Rosario, que había acompañado, por mejor decir, dirigido a su tribu desde las riberas del Pastaza o Chontoa y de Chontoa a Canelos, fue depositada con amor en el humilde santuario, donde la encontramos a nuestra llegada. Tal fue el origen del actual Canelos, de Canelos destinado por Dios a la tribu de este nombre, la cual lo ha defendido y salvaguardado hasta el presente, con verdaderos prodigios de valor.

La tribu de Canelos es, pues, de procedencia jíbara; sus primeros pobladores habitaron la orilla derecha del Pastaza y en la zona adyacente, sobre la cual los jíbaros han siempre dominado sin disputa.

Por lo demás, cuando los historiadores traten de propósito sobre este asunto, no lo hallarán difícil, puesto que la fisonomía tan parecida de estos dos pueblos no dan resquicio para la duda. Como sus vecinos jíbaros, los indios de Canelos tienen los ojos vivos y ágiles, aquilina la nariz, los labios habitualmente cerrados, que se ponen trémulos con cualquiera emoción, el aire altivo y hasta un tanto arrogante. Poseen igual velocidad, la misma charla estridente y precipitada, el talle parecido, igual la fuerza física, semejante la habilidad en el manejo del arco y de la lanza, idéntico el valor y ¿por qué no decirlo? hasta la misma crueldad. La regla de su conducta es la máxima judía: “ojo por ojo y

diente por diente”. “Los jíbaros asesinaron a nuestras mujeres y a nuestros hijos, nosotros también asesinaremos a sus mujeres y sus hijos”; y comienza el exterminio. No obstante su habilidad y valor en la guerra, son algunas veces astutos y desleales. Como los jíbaros les han con frecuencia faltado a la palabra y echado lazos en que ha caído su buena fe, concluyen que, contra ellos, todo les es permitido, que todas las armas son de buena ley y que las traiciones peores entran en las reglas de una sana táctica. En una palabra, la bondad del fin que pretenden y la justicia de la causa que vindican, les ciñe a menudo, de excusa en la elección de los medios que para ello emplean. No faltarán filósofos que los absuelvan, ni políticos que los aclamen, sin embargo la moral cristiana no puede menos que reprobar estos procedimientos bárbaros y desleales.

Su cristianismo, por otra parte, por más sincero y valeroso que parezca no se halla sino en el estado de instinto y de fuerza inconsciente: todo lo que saben de religión se reduce a muy poca cosa y cuando se trabaja por enseñarles los primeros rudimentos, manifiestan una pereza, una indolencia y mala voluntad que desesperan. Los niños forman una halagadora excepción: inteligentes, dóciles, amables, simpáticos, son la delicia de Canelos. Los adultos nos harán derramar lágrimas amargas, no así los niños que serán nuestro consuelo y esperanza.

En suma, estas naturalezas salvajes no muestran gusto sino para la caza, la pesca y la guerra. Todo trabajo les es pesado e insoportable: basta que el Padre les pida el más fácil e insignificante servicio, para que se les cambie el semblante, se arruguen sus frentes y estalle la crítica: si se insiste en rogarles, tomarán las de villadiego y desaparecerán en los bosques. El frío y cruel egoísmo que caracteriza a los jíbaros se encuentra pues, bien arraigado en su corazón.

A pesar de lo dicho, es preciso no confundir nuestros canelenses con sus salvajes enemigos. Si bien su transformación deja aun mucho de desear, ha influido ya lo bastante para que nada los desprecie y asimile en todo a esa raza odiosa. Porque han ya repudiado las prácticas inmorales que hacen de los jíbaros un ser aparte, una categoría irreducible en el conjunto de las poblaciones indígenas. Jamás el indio de Ca-

nelos se excede hasta pisotear y profanar sus víctimas, mucho menos a cortarles la cabeza, para llevársela como trofeo. El jíbaro si acostumbra cortar las cabezas de sus enemigos para disecarlas; mata por matar, sin otra razón aparente que su capricho; mata con sangre fría, quita la vida con lentitud. Si el cristiano no es el blanco de la punta de su lanza, lo es alguno de su tribu, un ser inofensivo un pariente, un amigo; una de sus mujeres, su anciana madre. Cuando la sed de sangre le calienta la garganta y carcome las entrañas, no se para en obstáculo para satisfacerla, ni se detiene ante la muerte o el exterminio.

Si no es posible hallar pueblo más sospechoso desconfiado y dividido que el jíbaro, en cambio no existe tribu más unida, más hermanablemente llevada, ni que mejor guarde mutua solidaridad, como la de Canelos. El robo, la traición, ni la venganza se desconocen en las orillas del Bobonaza. La tribu no forma, por decirlo así sino una sola familia, de la que el mío y tuyo se hallan desterrados; a cualquiera hora del día y de la noche se puede entrar en el tambo del vecino, instalarse allí como en casa propia, recoger la yuca y los plátanos de su chacra: esto es muy natural: nadie repara en ello; entre canelos todos son hermanos. Estos buenos indios permiten igual libertad a los indios católicos de otras tribus al pasar por su territorio: si se portan duros, es con los blancos; si terribles, con los jíbaros. La poligamia, tan arraigada entre los jíbaros no encuentra adeptos entre nuestros indios. Si se casan entrados en edad, si no se puede todavía conseguir un temprano matrimonio que proteja su moralidad, por lo menos guardan escrupulosamente sus leyes, una vez que han tomado estado; aceptan el matrimonio con todas sus consecuencias y observan una fidelidad conyugal rigurosa. El día que obtengamos el que se casen más jóvenes, por ejemplo a los catorce o quince años de edad, como la hacen en el Napo y Curaray, habremos suprimido todos los crímenes y renegado a esta tribu. El infanticidio, tan común por desgracia en esta región, no tendrá más razón de ser. No se verán a indias jóvenes sin entrañas abandonar o echar al río a sus hijos, hábidos de ilícito comercio.

Además, puédesse indudablemente reprochar a estos indios por la deplorable educación que dan a sus hijos, la ausencia absoluta de vi-

gilancia y reprensión, su falta de cuidado: defectos comunes a toda la raza indígena. Con todo, están muy lejos de otros desórdenes abyectos que degeneran a las familias jíbaras.

La familia jíbara es una escuela de todos los vicios, un receptáculo de todas las torpezas, un lupanar donde la más abyecta intemperancia se practica sin pena ni vergüenza, donde los instintos más depravados se manifiestan sin velo ni moderación. Las mujeres están sujetas a dura servidumbre: son nada mas que esclavas y esclavas para el placer, esclavas para el trabajo. Y deben complacer, si no, la lanza esta a la vista y hay de ellas si desagradan a sus amos. La mayor parte de ellas son presa de conquista armada, ganada por la fuerza y no por el amor. Casi todas las guerras que emprenden los jíbaros y los más de los asaltos que cometen no tiene más fin que adquirir nuevas esposas y aumentar su serrallo.

El niño nace y crece en este ambiente malsano; desde su más tierna edad es testigo de las orgías a que se entregan, en que se pasan y a que se abandonan sus padres. Aprenden desde el principio a despreciar a su madre, al verla víctima de los insultos y malos tratos del bárbaro que se dice esposo, siendo su verdugo.

Al regreso de las emboscadas, de las expediciones militares, de las luchas a mano armada, el padre se presenta ante los suyos, cargado de cabezas lívidas que aun chorrean sangre, y comienza en su choza la alegría, hasta el delirio: mujeres y niños rodean estos horribles trofeos y quieren contemplar con detención, tocar por si mismos, insultándolos y cubriéndolos de salivazos.

El hijo ayuda al padre en la horripilante labor de disecar estas cabezas, suspirando por el día en que pueda también el cortarlas a sus enemigos. Cuando la tribu celebre la fiesta de estas cabezas mutiladas, cuando se las exhiba en público como trofeo de ignominia, cuando una turba sedienta de sangre prorrumpe en maldiciones contra esta insignia de barbarie, también el hijo concurrirá entonces, testigo de estos saturnales de que se correrían el tigre y el chacal.



Jíbaro con atuendo de gala

No cabe duda que no todos los jíbaros merecen estas graves acusaciones; pero tampoco es posible poner en duda que todos son polígamos, aunque no todos igualmente crueles, cínicos y desleales.

En nuestra descripción hemos tratado de presentar sobre todo a las tribus que habitan las regiones de Macas, Gualaquiza y Méndez, las que se hallan en la parte superior del Pastaza, del Morona y del Santiago, las que, renegando del bautismo que habían recibido hacia la segunda mitad del siglo diecisiete, se enseñaron contra la raza blanca, en las represalias horribles que menciona la historia.

A lado de estos brutos con rostro humano, hállanse tribus de jíbaros más morales, pacíficos y tratables, que, lejos de ser hostiles a los canelos, buscan su alianza y se honran con su amistad. La historia nos refiere que hasta una de esta tribus se salvó de una ruina total. Hacia 1775, una epidemia de viruelas infestó toda esta comarca, diezmando la población. En esta coyuntura fatal los jíbaros, siempre en acecho, se han dado cuenta de la desgracia y se presentan de improviso y en masa frente a Canelos para acabar con los restos de la valiente tribu. El Padre Mariano de los Reyes, encargado de la misión en este momento crítico, temblaba por sus neófitos. El desaliento se apoderó de su alma al presentarse junto al pueblo una tribu no muy numerosa de jíbaros venida de las orillas del Pastaza, con sus lanzas y tambores. Puede suponerse el temor y alarma de la población de enfermos recién convalecientes.

Sin embargo se adelantan a la multitud, delegados revestidos con las insignias de paz, que se llegan hasta el Misionero.- “¿Qué queréis hijos?” les pregunta el Padre. A lo que los indios responden: “Pedimos para nuestra tribu el favor de habitar Canelos y hacernos cristianos”. El suceso tiene visos de un milagro increíble. Sin embargo también se presenta el cacique a expresar igual deseo, disipando con esto toda duda y llenando a todos de alegría. La fusión de las dos tribus es un hecho, acordado en pública sesión: Canelos está de plácemes.

El Padre Reyes, transportado de gozo, escribió sin pérdida de tiempo al Sr. Presidente y Superintendente de la provincia de Quito. La

emoción que se sintió, con tal nueva, en las esferas de gobierno fue tal, que el Lugarteniente Gobernador de Ambato, Don Pedro Fernández Cevallos, recibió la orden de partir inmediatamente a Canelos para informarse en persona del negocio y dar una relación escrita al Gobierno. El Gobernador púsose, pues, en camino, en compañía del Padre Predicador General José Norona y del Padre José Andosilla, enviados en auxilio del Padre de los Reyes.

El viaje duró mucho tiempo, no sin que faltasen muchos accidentes en su curso. Uno de los guías fue arrebatado por las corrientes del Suna y arrojado por las olas contra los arrecifes, salvado medio muerto, otro se ahogó al pasar el Bobonaza, a dos pasos no mas de Canelos. A pesar de todo, nada arredró a la valerosa caravana, que llevó a término su empresa, informándose por si misma, del acontecimiento anunciado por el Padre de los Reyes. Los neófitos fueron agraciados con nuestros regalos, y se dirigió una larga e importante relación al Gobierno de Quito.

Una alianza, estrecha y lealmente guardada por una y otra parte, une hasta el presente a los Canelos con los jíbaros del Uchual. Estos tienen sus tambos al sud-oeste, entre el Bobonaza y el Pastaza, casi al frente de Sarayacu. Esta alianza, acercando a los dos pueblos y destruyendo las barreras mutuas que los separaban, facilitará grandemente la predicación del Evangelio a los infieles. Algunas chozas de estos jíbaros aliados se alzan ya sobre las riberas del Bobonaza; las hemos visto también entre Pacayacu y Sarayacu y, lo que es más significativo todavía, en la ribera izquierda del Bobonaza. Todo esto es ya un buen augurio, y nos promete neófitos en un futuro no lejano.

Estas alianzas manifiestan la inminencia del peligro de parte de los jíbaros de Macas y de sus aliados del Sur. El peligro es de todos los días y de todas las noches; es una guerra sin tregua ni cuartel, en la que perecen el inocente y el culpable, en la que el fuego concluye la destrucción iniciada por la lanza: guerra de panteras y de tigres entre el bosque, masacre en que tribus enteras desaparecen en una noche. Donde quiera que se encuentre, el indio de esta región está siempre armado;

jamás abandona de sus manos la larga y pesada lanza de acero con el mango de chonta, ni deja su cerbatana con su carcaj de flechas emponzoñadas. La destreza de nuestros indios en el manejo de armas es verdaderamente extraordinaria. Muchas veces los he hecho maniobrar en mi presencia, para darme el espectáculo de una guerra.- “¡Alerta muchachos, contra los jíbaros, caed sobre esos infieles”.- Un grito formidable resuena luego, brillan las lanzas, apoderándose de sus largos escudos de madera incorruptible: todos se precipitan hacia adelante, hacia el borde de la plaza, para defender la entrada del pueblo, para arrojar al enemigo al río. Dan saltos de furia, gritos de rabia, rugidos y asaltos tan rápidos y furiosos, que la jauría más encarnizada y bravía no puede dar idea del frenesí de los indios en el combate.

Vuelan las lanzas, arrojando rayos en el aire; sus golpes son tan violentos y certeros que parece imposible que el enemigo pueda ponerse a salvo. Basta, se les obliga a cesar en su acción y hurras frenéticos celebran su retirada. Sin embargo no está consumada su derrota, los indios no renuncian del todo a la lucha. Rechazados de la plaza se dispersan en cuadrilla por la espesura del bosque, se ocultan en los matorrales y tras los troncos de los árboles. Nuestros Canelos se lanzan a su persecución, pero acogidos por una tempestad de flechas se ven obligados a batirse en retirada y modificar su táctica. Por largo que sea su escudo no bastaría a defenderlos ni cubrirlos y toda herida sería mortal. ¿Qué medida, debes, tomar? A una señal, todos se arrodillan en la tierra, elevan su brazo izquierdo y colocan el escudo por sobre su cabeza. Es nada menos que el célebre broquel tan usado en las guerras de la antigua Roma. Con una defensa así, aunque los jíbaros disparen todas las flechas de su carcaj, éstas, describiendo una parábola vendrán a embestir en la dura y brillante, superficie de los escudos.

Están ahí, agazapados como fieras, dispuestos a dar el salto, acurrucados, cual comprimidos por el resorte; los ojos fijos en el adversario para reservar todos sus movimientos. Si el enemigo da la cabeza o descubre el pecho o las espaldas por desgracia sale de su escondite, parece indudablemente. La terrible lanza del canelense vuelve silbando como un dardo, a clavarse en el blanco. He visto a los indios acertar, a

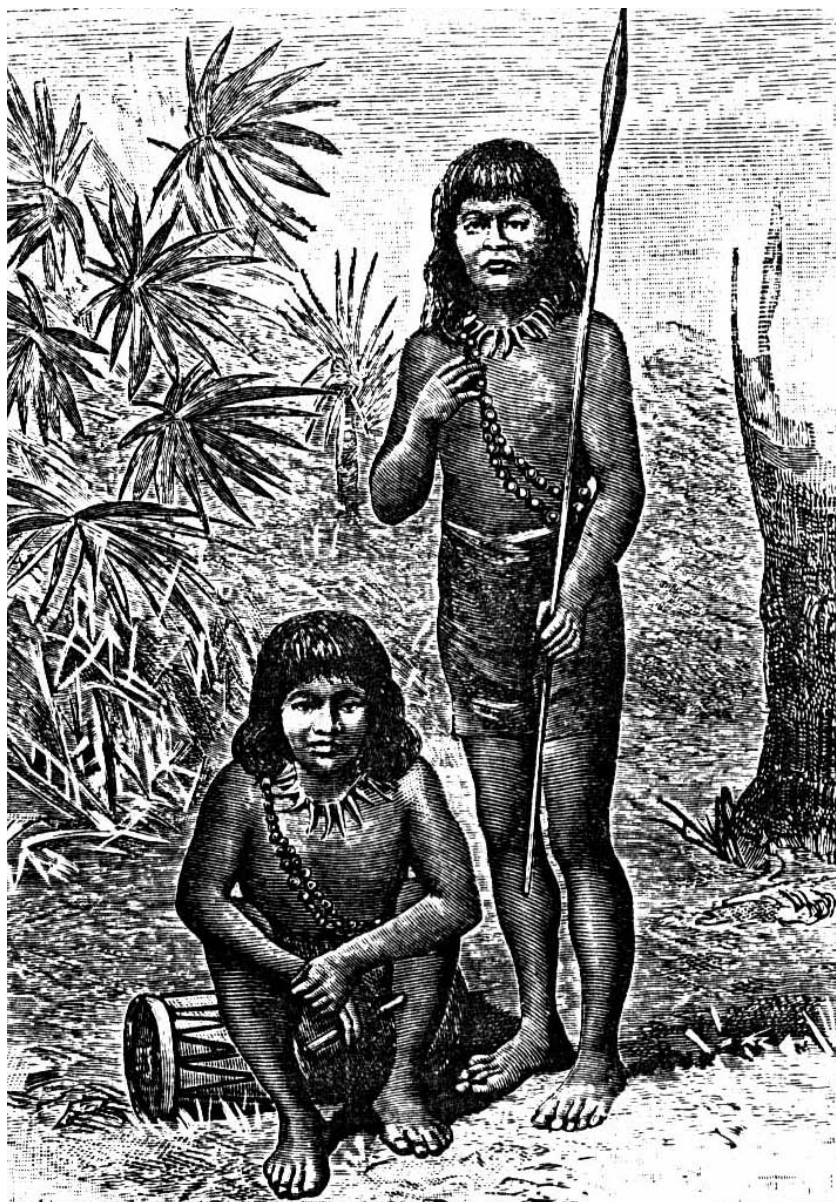
quince o veinte metros de distancia, con el punto señalado por mi en el tronco de un árbol, sin embargo de que no pasaba de las dimensiones de un medio real. La lanza se clavaba con impulso tal, que costaba después esfuerzo sacarla.

Por fin el enemigo, asaltado con tanto vigor, se declara en retirada. No hay tiempo que perder: los gritos de los canelenses atruenan en su derredor: su mira es cortar la retirada para arrojarlo al Bobonaza. El pánico se apodera del vencido que, arrojando las armas, se precipita al valle...

No se trataba indudablemente sino de un simulacro de guerra, pero he podido ya darme cuenta de lo que son las horribles luchas que ensangrientan estos bosques. La idea de la guerra en estos pueblos indios se mezcla a todo y todo lo domina: es una idea fija en toda la fuerza del vocablo, todo se encamina a fomentarla.

En tambo del canelense y del jíbaro es una plaza de armas, una fortaleza hecha toda para defensa. Tiene por lo general, espacio para contener buen número de gente, y esta dividido en dos o tres departamentos con empalizadas de chonta. La pared del contorno es asimismo una empalizada que se alza hasta el techo. También las puertas, generalmente dos, no son sino tiras de chonta movibles. Nada las distingue del resto de la empalizada. Para abrirlas y entrar o salir del tambo basta sobreponer una a otra tira y estrechándolas practicar una abertura. El enemigo si, al atacar, y de noche como pasa de ordinario, no podrá dar fácilmente con la puerta, lo que no sucedería si esta fuese de cuero o con tablas. Hasta que examine la empalizada para dar con la entrada, ya la familia sorprendida tendrá tiempo para despertarse y disponerse para la lucha.

Por sobre el techo y encima de los pilares de bambú, se extienden largas planchas que van de la una a la otra extremidad de la choza. En estas plataformas están colocadas vasijas inmensas repletas de agua. Cuando los jíbaros, ocultos en los matorrales vecinos, arrojan sus flechas alevosas y las estopas incendiarias prenden fuego al empajado de la cubierta, y mientras los hombres armados de su lanza y sus alja-



Indígenas Canelos

bas luchan a las puertas y a lo largo del tambo asaltado; las mujeres acudirán a las vasijas a apagar el incendio por la parte amenazada.

En cada choza hay tres, cuatro y hasta seis ajuares de familia. Estos servicios constan de una sola cama: al pie del lecho, las armas y el fogón. La cama es una empalizada de cañas de bambú sostenidas por palos de chonta; el fogón lo componen tres piedras movibles que se las acerca o retira a voluntad, para servirse como de trebedes.

Al pie de la cama están las lanzas, las cerbatanas y el carcaj siempre provisto de flechas emponzoñadas. Los tambores penden de los potros de bambú; generalmente dos o tres en cada choza.

Toda esta clase de armas ha sido fabricada por el indio en persona, que es maestro en el arte de hacer lanzas de chonta, con la agudeza y casi resistencia del acero.

Las cerbatanas, largos tubos cuya embocadura se asemeja a la de un clarinete, se componen de dos medio cilindros de chonta unidos y pegados. Algunos tienen de tres a cuatro metros de largo. Un puntito blanco incrustado en la punta, sirve de mira. Soplando por este tubo el indio lanza sus flechazos más certeros y mortales. Las flechas no pasan de ser simples palitos de madera prolijamente afilados, de apenas un decímetro y medio de largo. La extremidad del palillo esta guarnecida de una envoltura de algodón muy sedoso, sacado del árbol de ceibo. La punta la remojan en un veneno de rara violencia. ¿Será tal vez el curare? Algunos así lo afirman. Los indios lo llaman *ticuna*, del nombre de una tribu que ha sabido mantener el monopolio de la fabricación hasta el presente. Los *ticunas* habitan el Amazonas, desde donde viene hasta Canelos esta terrible ponzoña de destrucción. Cada año los canelenses emprenden viaje para conseguir este veneno, a fin de distribuir entre las demás tribus cristianas. La violencia de la ponzoña es asombrosa. En los pájaros, monos y cuadrúpedos pequeños el efecto es instantáneo; en las fieras y cuadrúpedos de grande talla, se deja sentir después de ocho o diez minutos de prolija agonía. Una sola gota de este líquido le basta al indio para emponzoñar muchos centenares de flechas.

La cerbatana es el fusil del indio; fusil cuya alma son los pulmones del cazador y cuya fuerza impulsiva depende de su soplo; fusil que llega al blanco con una precisión matemática y sin el menor ruido. El avance de la cerbatana depende de su largor y del soplo que se emplea al disparar. Un indio robusto y armado de una larga cerbatana puede avanzar fácilmente hasta la cima de los más grandes árboles, donde sus ojos de lince descubren al colibrí que caerá indefectiblemente herido por la inexorable flecha.

Capítulo XV

EL CAPITÁN CHARUPE

Ambos pueblos enemigos, Canelos y Jíbaros tienen cada uno su capitán. Conocemos ya al de Canelos, al ilustre y original Palate; nada hemos dicho todavía de Charupe, Capitán de los jíbaros. ¿Qué decir de este hombre, tan célebre por sus fechorías, cuyos crímenes y villanías le han merecido el comando de su tribu? Una sola palabra lo resume todo y todo lo explica, y es el odio atroz que siente para con todas las tribus cristianas, cuyo exterminio ha jurado, y es el orgullo feroz y estúpido que le vuelven insoportable hasta a sus mismos súbditos, y es el fraude, medio favorito de sus actos, y es finalmente, la crueldad fría y salvaje con que trata a sus enemigos: en resolución, es un renegado. Casi todos los jíbaros de la región de Macas, Méndez y Gualaquiza son descendientes de renegados: la apostasía de sus antepasados se remonta a la famosa revuelta de 1599. Sacudieron de un solo golpe dos yugos; el de los Españoles que era duro e injusto y el de Dios que era todo dulzura y caridad, pero que los indios no pudieron distinguirlo del primero. Charupe tenía, pues, en sus venas la sangre de un apostata y quiso manifestar que con la sangre también tenía los sentimientos en su corazón.

Los habitantes de Riobamba no han seguramente olvidado aun las pomposas fiestas que acompañaron al bautismo de Charupe. Decíanse maravillas del joven neófito; celebrábase su inteligencia, su docilidad, su piedad; todo el mundo veía en él al apóstol de los jíbaros. Su bautismo no era sino el primer germen de una nueva mies, cuya importancia nadie ponía en duda. Lo había bautizado el Obispo en persona y el neófito recorrió las calles de la ciudad montado en un caballo ricamente enjaezado.

Pero no bien hubo el bribón recibido las aguas del bautismo sobre su frente de reprobó y recogido las preciosas ofrendas que le obsequiaron algunas piadosas damas, cuando, riéndose de la candidez de quienes lo habían considerado tanto, despojándose de sus ropas, salió de Riobamba para Macas y de Macas fue a parar en el bosque.

Una vez en la montaña sus instintos de jíbaro no se pudieron con tener y fue su primer paso el procurar el lujo de un serrallo. Desde entonces, dos odios se han dividido la posesión de su corazón inquieto; el odio a los blancos sus benefactores y el odio a los cristianos que redimieron su alma. A satisfacer estos odios se encaminan todos los recursos de su espíritu maravillosamente inventivo y los resortes de su prodigiosa actividad.

Charupe ha logrado concentrar y exaltar en su persona todas las aspiraciones de su raza, se ha hecho el campeón y representante de su tribu; lo cual explica el ascendiente que goza entre los suyos, quienes aun que no le amen, le guardan temeroso respeto.

Palate es noble y grande parangonado con este miserable apostata. Es cierto, Palate es vanidoso, pero su vanidad es infantil, como de un salvaje que no ha visto mundo civilizado. En su fondo es sencillo, recto, afectuoso, caballeresco; a lo menos así nos pareció cuando lo tratamos con intimidad. No obstante su implacable y legítimo odio al jíbaro homicida y renegado, Palate se compadece de los huérfanos de sus enemigos victimados, los recoge en su hogar, los trata con amor de padre, como si fueran sus verdaderos hijos. De esto podemos dar testimonio, lo hemos visto rodeado de jíbaros, preparándolos para el bautismo, con manifestaciones de entrañable afecto. Nos ha prometido formalmente no matar a los niños, dármeles para educarlos, y no dudamos que cumplirá su palabra empeñada.

Desde que Charupe es el absoluto señor de la ribera del Pastaza, la guerra se ha recrudecido con furia entre jíbaros y canelos; los dos pueblos se han declarado un duelo a muerte. Los jíbaros tienen las ventajas del número que asciende como a diez mil varones aguerridos, la ferocidad que los distingue, la felonía que es su tácita favorita. Los ca-

nelos se distinguen por su fe ardiente aunque vaga, su valor y la protección de aquel por quien combaten: su número avanza apenas al de cinco mil combatientes y eso con sus aliados del Uchual.

Sin embargo de la notable desproporción en el número de gente armada, han fracasado hasta aquí todos los ataques de los jíbaros a los canelos: hecho que no hay que atribuir a la falta de habilidad de los infieles. Estos, en vez de diseminarse por el bosque para buscar las chozas del enemigo y destruirlas una por una, lo que en verdad dispersaría sus fuerzas, o, en lugar de atacar en masa, lo que retardaría su acción dando al enemigo oportunidad para unirse y hacerlos frente, esperan que la misión reúna a los indios en el pueblo: saben bien que es entonces el tiempo en que los enemigos hacen sus fiestas con bebidas y con danzas, en que pierden la razón y hasta los sentidos. Es pues el tiempo preciso para los jíbaros; se acercan con cautela hasta las cercanías de la población; la suerte les es propicia si hallan canoas amarradas en el río: aunque este crezca desproporcionadamente, su salvación esta a las manos. Para mayor seguridad ponen atento oído para cerciorarse si el tambor suena aun guiando sus monótonas danzas, porque su sonido es indicio de que no es tiempo todavía: si beben y danzan pueden defenderse. En espera del instante de ataque, se acurrucan en los matorrales como panteras. Al silencio del tambor se sigue el silencio profundo de la población dormida. Es ya tiempo de acometer: las fieras se aprestan: sus ojos de chacal y el olor provocativo de la carne viva les guía como vereda segura y dan sobre los enemigos dormidos y comienza la matanza.

Canelos fue asaltado en esta forma varias veces; pero Dios no permitió jamás que las previsiones de los jíbaros, al parecer, fundadas, tuviesen su cumplimiento. Nuestros indios, a quienes creían casi muertos, se arrojaron sobre sus enemigos con tal impetuosidad, que apenas les dieron tiempo para descender volando la colina y echarse a las canoas, dejadas por desgracia en el río.

El último ataque se verificó en pleno día, cosa inusitada entre los jíbaros y que tampoco tuvo buen efecto. A la primera voz de alerta, na-

die quedo en su choza: los hombres se pusieron al habla, concertaron la defensa y se reunieron en la plaza con la lanza en la una mano y el escudo en la otra: las mujeres y los niños acudieron a la iglesia con la cerbatana al hombro y cruzado el carcaj y comenzó la batalla. El enemigo que ignoraba este apresto de fuerzas se lanzó de improviso desde los matorrales que cercan la iglesia por el lado del oriente.

De presto una lluvia de flechas emponzoñadas atraviesa la empalizada de chonta y siembra el terror y la muerte entre los atacantes. Los canelos que de ello se dan cuenta, se arrojan, lanza en mano, contra el enemigo, obligándole a dar pie atrás y precipitarse al río. Este se hallaba bajo y facilitó el paso, que de lo contrario, ningún jíbaro habría salido con vida.

Por desgracia, no sucedió lo mismo con los pueblos establecidos cerca de Canelos y que hacían como de vanguardia. De entre ellos Pacayacu y Pindo quedaron literalmente aniquilados. La ruina de Pacayacu sucedió veinte años ha; no relataré este suceso desgraciado para no hacerme pesado. Por lo demás, el pueblo ha sido restablecido por una colonia de canelenses y los hallamos ya restaurado a nuestro paso.

La destrucción del Pindo es reciente; no se remonta a más de cuatro años. La llaga esta todavía sangrante en la memoria de los canelos; merece que la recordemos, dejando que el mismo Palate tome la palabra.

Palate que no me abandona un segundo desde nuestra famosa entrevista al pie del altar, me señala con el dedo, hacia la dirección oeste, una de las altas colinas a cuyas faldas corre el Puyuyacu.- “Padre, el hecho sucedió allá. Presta atención a lo que te voy a decir, porque me trasladé allá y lo vi todo. Todos los indios se habían juntado para la fiesta y habían bebido un mundo, hasta caer tendidos como brutos. tu sabes como todos eran jíbaros y muchos de ellos no habían recibido aun el bautismo y deseaban recibirlo. Esta circunstancia precisamente encolerizo a Charupe, quien acompañado de su tribu había estado agazapado entre los matorrales, afilando las unas como tigre. A la media noche llegan todos al poblado, penetran en las chozas y ¡da terror decir-

lo! ni uno solo escapó de la matanza. Hombres, mujeres, niños, todos fueron asesinados y los tambos reducidos a ceniza”.

Luego, corrigiéndose:

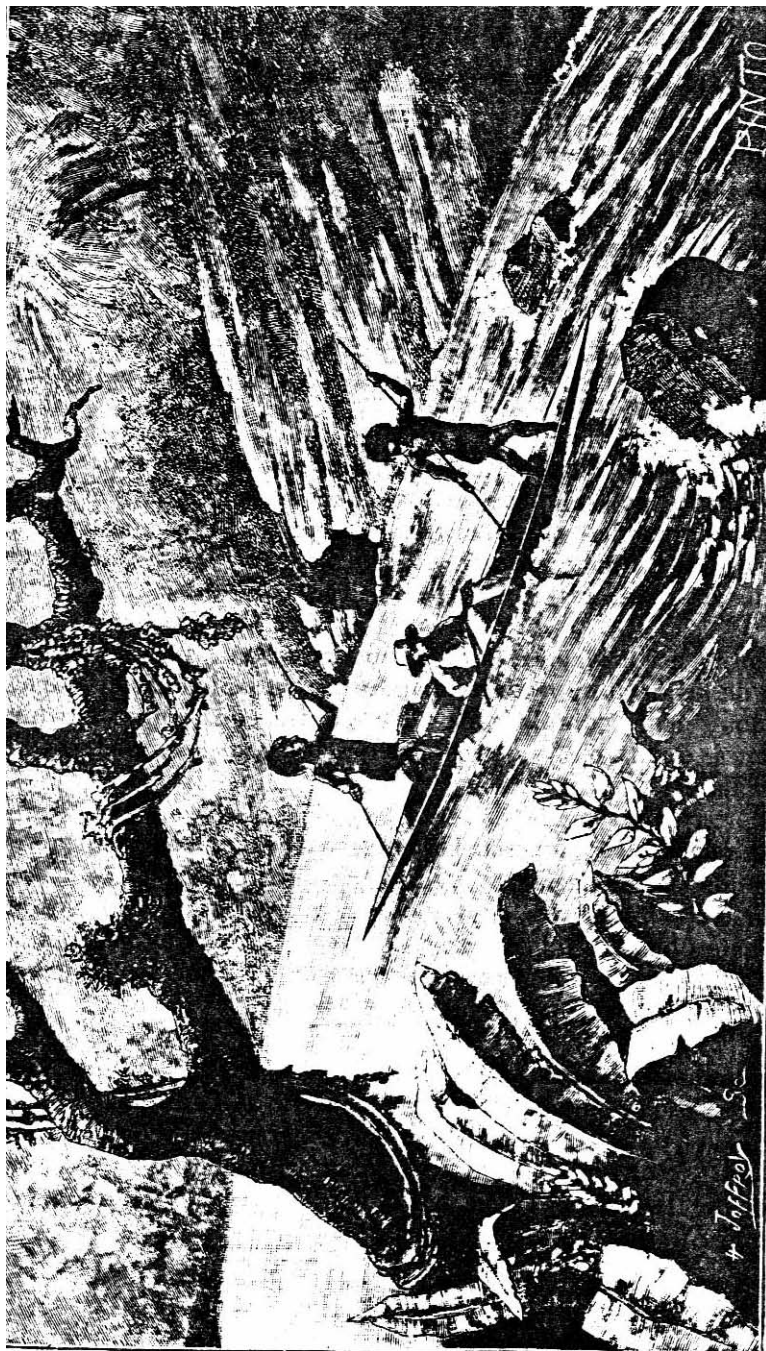
-“Me engañó, Padre, uno solo ¿qué te parece? solo éste pudo salvarse del masacre” y me presenta un indio como de treinta años, de aire tímido y desconfiado.

-“Padre, y todavía es infiel, pero tu le has de bautizar, ¿no es cierto”?

-Si, Palate, si, pero continúa tu relación.

-“Bueno. Este precisamente vino al vuelo a darme la terrible nueva. Aquí las fiestas estaban ya terminadas y no nos hallábamos sino trescientos hombres en el pueblo. Ya puedes figurarte, Padre, la lanza bailaba en nuestras manos y había hiel en nuestros corazones. ¡Muchachos valerosos, dije, a las armas, que nadie falte, al Pastaza, al Pastaza! Anduvimos día y noche, corrimos, volamos, la venganza nos dio alas: henos en el Pindo. ¡Ay, Padre, que espectáculo! Los cadáveres estaban tendidos, hacían un montón, todos despedazados, perforados por la lanza, sin cabeza, sin pies, sin manos. Sabes ya como las cabezas las llevaban para disecarlas: en cuanto a los pies y las manos, los habían comido, como perros, como tigres. Si, Padre, como me oyes. Encontramos aun los desperdicios de su horrible festín. ¡Oh Charupe! ¡Charupe!... Nos lanzamos como el rayo.

¡Compañeros, al Pastaza! al Pastaza! -Seguimos las huellas. Padre, los cobardes habían sido como dos mil. El río bramaba como huracán ¿Qué importa? sujetamos las lanzas a nuestra larga cabellera, nos tendimos sobre nuestros grandes escudos y nadando con pies y manos avanzamos hasta la región de los jíbaros. Padre, no vas a creer: todos los tambos estaban desiertos, nadie se había atrevido a hacer frente a los canelos, habían huido a ocultarse en la espesura de la montaña. Ellos eran dos mil y nosotros trescientos. ¡Qué cobardes! Padre. ¡Ah! Charupe! Charupe!...”



El paso por na chorrera

-Bueno Palate y que hicieron ustedes en ese país desierto?

-“¡Ah lo que hicimos! Tambos, chacras, canoas, todo, absolutamente todo, lo incendiábamos. Tres muchachos que habían abandonado sus padres fueron despedazados por mis indios. Regresamos a Canelos, bien tristes por no haber podido hallar a Charupe y repasando el Pindo, enterramos los cadáveres de nuestros aliados.

Mientras así hablaba Palate, la espuma le subía a los labios, los ojos le salían de las órbitas, y confundiendo, sin duda, los árboles de calabaza que nos cercan, con Charupe, daba contra ellos golpes tan furiosos con la lanza, que la punta de acero se quiebra y vuela en pedazos... ¡Oh, valiente Palate!

Esta relación es, desgraciadamente, verídica en todos sus pormenores. Esta cristiandad naciente fue destruida por Charupe: las cabezas de las víctimas serán vendidas, como otras tantas, en los mercados de Macas. Porque habrá blancos tan necios y desnaturalizados que pagarán treinta o cuarenta sucres y habrá museos, que con el pretexto de la ciencia, compraran las tzantzas para exhibirlas al público.

Seguramente muchas otras cristiandades establecidas por nuestros Padres y de que hacen mención nuestros archivos, como las de Santa Rosa del Penday y de la Palma, habrán corrido la misma suerte. Al presente no hay vestigio alguno de ellas, ni siquiera su recuerdo se conserva en la memoria de los indios. Palma había sido fundada en 1775 a raíz del acontecimiento que venimos relatando.

Además de la guerra verdaderamente épica entre los dos pueblos, débese también tener en cuenta el duelo declarado entre Palate y Charupe. Los dos campeones se vigilan el uno al otro, se buscan, se hacen guerra sin tregua ni cuartel: sus espías se han multiplicado en todas direcciones. Charupe menos valiente que Palate, no aspira sino a sorprender desarmado a su enemigo y dar cuenta con él antes de darle tiempo de defenderse. Del todo diferentes son los sentimientos de Palate, no busca el ataque sorpresivo, querría una victoria en regla, un combate de arma blanca. Toda vez que su adversario se obstina en

ocultarse. Palate mira para desenmascararlo en su propia choza y obligarle a combatir. Nunca se vio audacia semejante. Se aventura casi solo hacia la ribera opuesta del Pastaza; a lo más ocho indios le acompañan para hacer el papel de espías y conducirlo hasta el tambo de Charupe.

Cuando anuncian al Capitán que no se hallan mas que a dos kilómetros de la morada del enemigo, todos procuran asediar al jabalí en su guarida para conocer la plaza: se ocultan tras los matorrales, y avanzan gateando con el silencio y la prudencia de las serpientes. Pero todo en vano. Charupe ha logrado divisar al enemigo, se ha levantado, empuñando su lanza, reunido a sus indios más valientes y huido al bosque. Sus mujeres y sus hijos tuvieron que pagar la cobardía de estos indios que no pudieron defenderse: treinta fueron asesinados, los tambos reducidos a cenizas y las chacras devastadas.

Esta escena de salvaguardia se renovó hasta tres veces; Palate, implacable, puso fuego sucesivamente a tres tambos que se construyó Charupe, pero siempre con igual suceso: pues el tigre de Macas no pudo hacer frente jamás al león de Canelos.

Capítulo XVI
**¿TIENEN LOS INDIOS INFIELES
UNA RELIGIÓN?**

Después de oírnos hablar de los jíbaros, no pocos de nuestros lectores querrán seguramente saber si estos seres desnaturalizados tienen alguna religión. No dudamos en afirmar que no tienen ninguna a despecho de los filósofos que han repetido siempre que no hay pueblo, por salvaje y estúpido que sea, que no haya tenido siquiera una apariencia de religión, un vestigio siquiera de sacrificio. Si, a pesar de todo, sostenemos que los jíbaros, indios indudablemente valientes, industriosos e inteligentes, no tienen ni sombra de religión. No cabe duda que tienen idea de un ser superior que, imaginado a su fantasía, es el genio del bien y del mal, el mungi, pero es una idea tan genérica y tan especulativa, que no se manifiesta por ninguna observancia, no toma cuerpo en ningún rito, ni reviste ningún símbolo.

Nada en su vida privada ni pública, induce a suponer que tenga alguna religión; sus fiestas son saturnales en que la borrachera, el desorden y repugnantes orgías forman cortejo a las cabezas mutiladas, que se las pasea entre gritos y denuestos, sin idea alguna de religión.

El único acto en que parece intervenir un sentimiento sobrenatural es la famosa escena de la brujería, o por mejor decir la truhanería, que de ordinario decide la paz o la guerra entre estos pueblos bárbaros. El cacique o curaca, transformado en oráculo de la tribu, se hace administrar la infusión de la hayahuasca que tiene por efecto producir la alucinación. Para este hecho, se convoca a los miembros principales de la tribu quienes rodean a su jefe, para estar en expectativa de lo que el genio del bien o del mal dicte por sus labios, insinuando su voluntad.

Con frecuencia el cerebro del pobre indio se llena de fantasmas; la bebida le trastorna la cabeza, pervierte la sensibilidad y sustituye mil objetos fantásticos a la visión de la realidad que le rodea. Con los ojos inyectados de sangre, con el semblante demudado, el visionario se retuerce, se agita, cripa todos sus miembros como un poseso, hace esfuerzo para librarse de los espíritus imaginarios de que se cree perseguido. Comienza por dar gritos que se escapan de su garganta contraída por el miedo, prorrumpe luego en voces inarticuladas, ininteligibles pero que revelan ya la presencia del genio inspirador. Es entonces el instante propicio; sus asistentes se arrojan sobre él y se adueñan de su persona y ya con ruegos o amenazas le obligan a hablar.

Es preciso que hable, que diga lo que ve, que manifieste lo que conviene, sea la paz, sea la guerra. El energúmeno despliega los labios y responde a las preguntas que le hacen, insinuando la guerra, casi siempre. Ni puede ser de otra manera, ya que la guerra es su idea fija, su preocupación habitual. En esto consiste toda la religión de los jíbaros.

Pasando a las otras tribus, ¿son más ilustradas en materia de religión, llevan a la práctica sus enseñanzas? ¿tienen una idea más cabal de la divinidad y un sentimiento más profundo de sus deberes para con Dios? Diríamos que no: en todas partes damos con el nihilismo religioso. Bajo este respecto, los jíbaros del Uchual y del Copataza, las tribus esparcidas sobre las riberas del Pastaza y del Morona, en nada se distinguen de los jíbaros de Macas; los Záparos viven en la misma ignorancia e indiferentismo práctico que los Agushires; si, hasta los Záparos a quienes todo parece predisponerlos para la religión; la sencillez de sus costumbres, la rectitud de su juicio, el vago instinto que les atormenta e inclina a buscar a los misioneros del Evangelio por propia iniciativa. Aun más hasta diríamos que este nihilismo esta más arraigado en los Záparos que en las tribus sanguinarias de Macas. En efecto, por mas desgraciados que sean los jíbaros de Macas, los Chirapas, como los llaman nuestros indios, han conservado, de las enseñanzas cristianas que les han sido dadas en el siglo XVI, un vago recuerdo, alterado y debilitado por sus vicios, pero no extinguido.

Han podido renegar de su bautismo, pero no borrar de su memoria todas las palabras que acompañaron al sacramento. Saben aun después de tres siglos, que hay un genio del bien y otro del mal, es decir, un Dios que es el de los cristianos, y Satanás del cual se consideran y no sin fundamento, víctimas irremediabilmente. En cuanto a las otras tribus, puédesse afirmar que ni siquiera esto conocen.

El sol, la luna y las estrellas no tienen, pues, adoradores en nuestros bosques, si suponemos que alguna vez lo hayan tenido. Porque es preciso no olvidar que estos pueblos jamás han estado sometidos a dominio alguno extraño; ni los Españoles, ni los Incas del Perú, ni los Shiris de Quito han podido nada contra ellos y por consiguiente las observancias religiosas de estas tribus invasoras no han podido implantarse en estas selvas. Nos hallamos, por lo mismo, en presencia de pueblos nuevos entre quienes se han conservado sin alteración la lengua, las costumbres, en una palabra, todo lo que constituye la individualidad de una nación: pueblos sin relaciones ni contacto entre si, hablando idiomas que parecen irreductibles, y hallándose por ende en la imposibilidad de comprender y cambiar sus ideas. Además del inca o quichua, que es la lengua de los canelos, hay el záparo, el jíbaro y un número considerable de idiomas sin antecedentes conocidos. En la importante memoria dirigida al Rey de España en 1735, el Gobernador de la Provincia de Mainas, Comandante general de la Provincia de Quijos y de Macas, don Francisco Requena y Herras, reduce a dieciocho los idiomas hablados por los salvajes, siéndole desconocidos muchos más. Indudablemente que un estudio profundo de estas lenguas hará posible dar con algunos tipos primitivos, pero la sola necesidad de un estudio semejante manifiesta mejor las divergencias que existen entre ellas. A mi modo de ver, la filología conseguiría descubrir el origen de estos pueblos múltiples, el punto de partida de sus migraciones a través del mundo, mejor que todas las hipótesis de los etnógrafos historiadores y que los estudios, por lo demás, importantes, de los antropólogos. Sabríamos así si son Mongoles o Arianos, si sus antepasados han venido del Oriente o del Occidente.

El mismo Gobernador, en su memoria, confirma el nihilismo re-

ligioso de las tribus infieles; no hay vestigio alguno de idolatría ni de rito religioso alguno, circunstancia que facilita singularmente la predicación del Evangelio, por no tener el misionero que luchar contra doctrinas y supersticiones ya arraigadas.

Sería de gran utilidad hacer hincapié en este hecho al cual le da importancia considerable su mismo carácter de universalidad¹.

Cuadro comparativo de los Idiomas quichua y jíbaro

QUICHUA	ESPAÑOL	JIBARO
Capac apu	Dios	Jussa
Yaya	Padre	Aparu
Mama	Madre	Nukuru
Huauqui	Hermano	Itsuru
Yacu	Agua	Yumi
Chacra	Plantación	Aha
Lomo	Yuca	Mama
Aicha	Cuerpo	Achiyachi
Huacha	Espaldas	Tundupe
Ricra	Brazo	Kundu
Maqui	Mano	Mahue
Chaqui	Pie	Nahue
Longa	Soltera	Natza
Huarimi	Mujer casada	Nuatakama
Huahua	Niño	Uchi
Churi	Hijo	Uchimera
Huasi	Casa	Hela
Yura	Arbol	Kumbula
Rumi	Piedra	Kaia
Pishco	Pájaro	Kingi
Yacu	Río	Enza Kanoia
Chalua	Pescado	Namaka
Yanacpacha	Cielo	Nayalembi
Inti	Sol	Etsa
Quilla	Luna	Nantu
Puncha	Día	Lauanda
Huatan	Año	Chonta
Munina	Querer	Uakerahe
Cuyana	Amar	Vi anendahe
QUICHUA	ESPAÑOL	JIVARO
Zuzicnina	Odiar	Nakitahe
Asina	Reir	Chiahue

Huacana	Llorar	Yatuhue
Puñuna	Dormir	Kanaru
Purina	Andar	Uhehahe
Callpana	Correr	Kuranda uhehahe
Huiñana	Nacer	Sakarahe
Auca	Enemigo	Schuara
Yurac	Blanco	Puku
Sumac	Hermoso	Pengera
Suní	Grande	Asarama
Shuc	Uno	Ichiquite
Ishcai	Dos	Kimara
Qimsa	Tres	Menendgu
Chuscu	Cuatro	Aendsu

Nota

- 1 Descripción del Gobierno de Mainas y misiones en él establecidas por el Coronel Don Francisco Roquefia y Herrera, Gobernador de Mainas, Comandante General de su Provincia y de la de Quijos y Macas.—1785.

Capítulo XVII
DE CANELOS
A PACAYACU. EL BOBONAZA.
Una Francesa cuyo nombre merece pasar
a la posteridad. Encuentro de Marcelino

No habíamos estado sino algunos días en Canelos el Padre Pérez y yo, cuando una buena mañana me sorprende Palate con un aire de recelo.

-Padre, si quieres dar crédito a mis palabras, tu no permanecerás aquí.

-Y ¿por qué? ¿estás ya cansado de mi, con cuatro días que he permanecido entre vosotros?

-No me he dado a comprender. Debes saber que nadie está cansado de ti y que si alguien se permitiera decir alguna impertinencia, le haría yo pagar muy caro. Bien ves que la tribu no está aun reunida; apenas la tercera parte de la población esta presente. Los indios del Villano, del Lliquino y del Rotuno no se reunirán antes de unos doce días. Pues bien, aprovecha para hacer una paseo por el río; podemos ir a Pacayacu y Sarayacu, a fin de que te conozcan todos nuestros guerreros. Todos saben ya la estancia del Padre Blanco en Canelos y estarán con ganas de verte.

-Está bien. Palate, ¿cuándo será la partida?

-Ahora mismo; mi canoa esta dispuesta, es la más grande y hermosa de Canelos y me costó tres meses de trabajo. La del cacique nos seguirá detrás, porque, como ves, queremos acompañarte a todas par-

tes para presentarte por nosotros mismos a las tribus aliadas. En cuanto a los remeros están aquí, y diciendo y haciendo me presenta tres mozos tan robustos y de un aire tan altivo y decidido, que me sorprenden con su sola vista. Este es Elías, casado con la hija de mi hermano Ponciano. Si quieres saber noticias de los Chirapas éste te las puede dar muy frescas, que acaba de hacerles la guerra y es un valiente muchacho (sinchi runa). Estotro es Teolo, mi yerno, quien también acaba de venir de la guerra y su lanza ha quitado la vida a más de un chirapa. Sin embargo, tiene un gran defecto que es preciso que lo sepas y es que pega día y noche a su mujer, que es mi hija, y la pobre se queja hasta inspirar compasión. Ve, huambra, acércate y besa la mano del Padre blanco y promete tratar bien a tu mujer, que es mi hija.

El indio, en vez de acercarse a besarme la mano, comienza, ardiendo en cólera, a hacer un requisitorio en forma contra su mujer, y luego dirigiéndose al suegro:

-A vos ¿qué te importa? Una vez que me la has dado y ella es mía, ¿no soy libre de pegarla, cuando me venga en gana?

La discusión iba tomando proporciones sucesivamente y llevaba camino de acabar mal: de las injurias de palabra a los golpes no media sino un paso, y ya Palate, fogoso como un león se disponía a ir a las manos, cuando tomándole por el brazo le dije:

-Palate, me dices que la canoa esta lista, pues bien, manos a la obra.

A estas palabras, los indios recogen nuestro bagaje y descendiendo a paso ligero las pendientes que conducen al Bobonaza, llegamos al río en menos de cinco minutos. Palate tenía razón en ponderarme su canoa; jamás he visto piragua más larga, más elaborada y elegante. Una especie de dosel, que los indios llaman pamacari había arreglado en la canoa para protegernos contra los ardores del sol. Todo estaba dispuesto para la partida y así nos instalamos el Padre Pérez y yo bajo el sencillo techo de verdura. Palate se sienta atrás, para gobernar la embarcación y partimos alegres charlando y haciendo bulla como una bandada

de loros o de guacamayos. La segunda canoa, la del cacique, nos sigue atrás; en ella va Basilio, hermano de Palate con cuatro robustos indios.

¿Qué decir del Bobonaza? merece la pena de que se lo mencione con especialidad? ¿puedesele comparar con el Napo, o el Curaray? Me nos caudaloso sin duda que el Napo, pero tan considerable como el Curaray es, a mi modo de ver, más poético que ambos, cosa que va a sorprender a nuestros lectores.

Tiene su origen en el Llanganate y desciende al Pastaza por una serie de pendientes que podría compararse con la gradería de una escalera gigantesca. Cada grada es una fuente de aguas claras, tranquilas y profundas como las de un lago. De una a otra se desciende por chorreras y caídas que abundan a cada paso: de Canelos a Sarayacu, en tres días de navegación, conté como ochenta y cinco. Esto ocasiona un peligro permanente y tan solo al indio le es dado arriesgarse en estas corrientes engañosas. Está uno navegando con perfecta seguridad, sobre este lago apacible, manso, silencioso, resplandeciente cual una plancha de plata bruñida, como transportado por el movimiento suave y cadencioso de la canoa y la belleza de los panoramas que desfilan lentamente ante la vista, cuando de improviso las fauces del monstruo, quiere decir, de la chorrera, amenazan engullir, los dientes de piedra de sus arrecifes muerden la débil embarcación y arrojan al rostro su baba inmundicia y cuando menos se piensa, esta uno ahogándose en los copos de su espuma: entonces son los sobresaltos, el mareo, el balancear de la canoa como en una danza infernal; sin darse cuenta se da saltos en el fondo de la piragua y así hay que continuar el viaje, que viene a ser de sobresaltos y sorpresas desagradables.

Es indudablemente una navegación peligrosa; pero cuanto la compensa la poesía de encanto de estos sitios de maravilla. Cuando celebraba las bellezas del Napo y manifestaba al Padre Pérez las gratas impresiones que sentía a vista de este río de majestuosa corriente y de riberas de hermosura incomparable: -espere; me decía el Padre, Ud. no ha visto aun el Bobonaza.

Y hoy lo tengo ya ante mi vista: contemplo sus riberas de margas brillantes, riberas resplandecientes como cubiertas con mármoles pulidos por las aguas, riberas que dan paso a la corriente de las cascadas y de los innumerables hilos de agua que atraviesan la red de multitud de plantas y van a rendir, con suave murmullo, su tributo al caudaloso río. Ciertamente, no se goza aquí de perspectivas inmensas ni de un horizonte en que se pierde la vista, como en el Napo; el curso accidentado del Bobonaza no se presta a esas lontananzas ilimitadas, pero la impresión de esta navegación nos suple ampliamente la falta de esos espectáculos de grandeza; cada variante de dirección del río ocasiona un cambio de paisaje; diríase que se trata del curso de otro río, porque todo aparece nuevo, el aspecto de las orillas, el color de las aguas, las flores y el follaje. En algunos sitios las dos riberas se aproximan tanto que parece que van a encontrarse. El río entonces semeja un estrecho canal de aguas sombrías; la densa enramada de matorrales con troncos flexibles como las sogas de un cable y los gigantescos higuerones forman una bóveda cerrada, que no deja pasar ningún rayo de sol. El misterio de esta soledad, el silencio, la oscuridad, la frescura de este retiro impresionan y conmueven el alma del viajero y le excitan suavemente a una especie de recogimiento, como el que se siente bajo las austeras naves de un templo.... Caminando un poco mas a impulso de nuestros remeros nos hallamos en un ancho remanso, en un lago de aguas tibias y centelleantes a los rayos de sol, estanque poblado de pequeñas islas, donde alegres retozan un sinnúmero de animales. Ruego a mis indios que me libren del pamacari, de la cubierta que me interceptaba la mirada, porque quería ver, quería darme cuenta de todo. Los indios me obedecen al instante y tiran hacia atrás el toldo que nos cerraba el horizonte. Que espectáculo, que visión, ¡que estremecimiento! Tenía a mi lado mi fusil: si quería hacer blanco de caza no tenía más trabajo que escoger. Pero ¿como disparar sobre los seres inofensivos, cuyas alegrías acabamos de estorbar? En estos momentos delicados, inexplicables se apacigua en el hombre todo instinto en amigo de toda la creación; llamaría hermano al reptil que se arrastra por el suelo, apellidaría hermana a la flor que se inclina sobre las aguas, estrecharía con cariño entre sus brazos a los robustos troncos de los árboles. En el fondo del corazón humano se encuentra algo así como un recuerdo, una reminiscencia del edén, una

vaga sensación de intimidad que reina entre el hombre y las criaturas: sacada al hombre del medio banal y ficticio que lo engaña y lo corrompe, transportadlo a un medio propicio a la eclosión del sentimiento innato que en él obra a su pesar, y al instante recuerda de su cuna y lágrimas de alegría corren por sus mejillas.

Para nuestros indios de Canelos, el Bobonaza es el gran río -jatun yacu-. Cada tribu y fracción de tribu se distingue de ordinario por el nombre del río a cuyas orillas están contruidos sus tambos. Así son los del Villano y del Rotuno, y así a los que habitan a las riberas del Bobonaza designan como indios del gran río: *jatun yacu runacuna*.

Este grande y poético, pero terrible río, que de la cima del Llanganate a Andoas, donde desemboca en el Pastaza, mide nada menos que doscientas leguas, fue visitado en el pasado siglo..., y ¿por quién?... ¡Por una francesa! Si, una francesa descendió por el Bobonaza hasta el Pastaza y por este hasta el Amazonas y luego hasta el Atlántico.

Nunca he leído cosa más trágica y conmovedora que la relación de este viaje. Creo un deber hacer mención aquí de esta mujer temeraria pero heroica, mención que no creo desagradará a ninguno de mis lectores ni mucho menos a mis lectoras. He aquí cómo esta infortunada viajera se vio precisada a realizar la inconcebible travesía. Era la heroína una señorita de la familia Grandmaison. Su esposo, Gondin des Onais era uno de los miembros de la expedición científica, encabezada por La Condamine. Negocios de urgencia le obligaron a embarcarse para la Guayana francesa. Su esposa que había quedado en Cuenca, sufría muchísimo por su ausencia y determinó juntarse a su esposo a costa de cualquier sacrificio. Seguir las costas de América era aventurarse a un viaje inacabable y como buena francesa quería llegar al término por el camino más corto. ¿No podría encontrarse un camino más directo? ¿sería del todo imposible atravesar la América en toda su extensión, para embarcarse en la embocadura del Amazonas y llegar hasta la Guayana? Tales habían sido las cuestiones que la Señorita presentara a su confesor, el Provincial de los Dominicos, quien le respondió que ciertamente un viaje así no creía imposible, pero si sumamente difícil

y que en caso de que lo quisiera realizar, los misioneros Dominicanos estarían listos para prestarle sus servicios en tan peligroso viaje: no necesitó más la francesita; pues inmediatamente concertó su viaje. Pero cedamos aquí la palabra a su esposo y escuchemos la relación que de esta aventura hizo a La Condamine¹.

“Mi esposa había partido en Octubre de 1769, con su hermano, algunos amigos y un cortejo de unos treinta y un indios para guiarle y conducirla el bagaje, porque Ud. sabe cómo el camino no es practicable ni aun a las bestias... Llegados a Canelos, los indios se mandaron a cambiar, cosa que no nos debe llamar la atención, pues también a nosotros, sin ningún pretexto nos abandonaron en montaña, en el curso de nuestras expediciones científicas. No quedaban en Canelos sino dos indios que habían escapado de la viruela que por entonces aquejaba a toda la tribu y aun estos ni siquiera disponían de una canoa. Con todo, se ofrecieron a construir una, para conducirla hasta la reducción de Andoas, distante cosa de unos doce días de navegación por el Bobonaza abajo, es decir, cerca de unas 140 ó 150 leguas de extensión. La Señora les adelantó la paga. Terminada la canoa, salieron de Canelos, bogaron ya por dos días y la noche del segundo se detuvieron a descansar. Al amanecer del siguiente día no asomaron más los indios. La infortunada comitiva tuvo que embarcarse sin guía y a Dios gracias caminaron sin accidente alguno la primera jornada. Al día siguiente más o menos a las doce, dieron con una canoa remada por un indio convaleciente, que consintió en acompañarles, gobernándoles la embarcación. Tres días más tarde al intentar coger un sombrero que cayó al agua, el mismo dio en la corriente y sin conseguir llegar a la orilla, se ahogó. Otra vez se vio la canoa sin piloto y dirigida por quienes no sabían maniobrar; así las cosas, pronto el agua inundó la embarcación y los viajeros tuvieron que desembarcar, para improvisar un tambo. No estaban ya sino a unos cinco o seis días de Andoas. Uno de ellos el Señor N., se ofreció avanzar al pueblo, y marchó con otro francés de su compañía y un excelente negro que la Señora Godin le habían dado para servicio. El Sr. N. al partir había prometido a la Señora y a sus hermanos que después de quince días estaría de regreso con una canoa e indios bogas. Esperaron los quince días, aun más aguardaron hasta

veinticinco, pero, perdiendo ya la esperanza de recibir el auxilio prometido, los viajeros construyeron una balsa en la que se embarcaron con algunos víveres y sus maletas. La balsa mal dirigida dio contra una rama y se abrió completamente: todo el bagaje desapareció en la corriente pero nadie pereció, gracias a la cercanía a la ribera. La Señora Godin, por segunda vez cayó al agua, salvándose por providencia de sus hermanos.

Reducida a una situación extremadamente lamentable, la insignificante comitiva resolvió caminar a pie, siguiendo la orilla del río. ¡Empresa arriesgada! Ud. sabe, Señor que los bordes de estos ríos, están cerrados por una multitud de hierbas, lianas y de arbustos, que es preciso abrirse paso con un machete a la mano y a costa de mucho tiempo. Fueles pues, imposible adelantar y se vieron así obligados a tornar a su tambo, del cual recogieron los víveres sobrantes y se pusieron a caminar a pie. Desde luego, el curso de la orilla les alargaba el viaje con las sinuosidades de la corriente y para abreviarlo, determinaron internarse en el bosque, en donde bien presto se hallaron perdidos completamente. Cansados con tanto andar, heridos los pies por las zarzas y las espinas, agotados los víveres, fatigados por la sed, no tenían más recurso que algunos granos monteses, frutas salvajes y acecas. Faltándoles al fin las fuerzas, se sentaron desmayados para no poder levantarse más. Esperaron por momentos la hora postrera y al cabo de tres o cuatro días comenzaron a morir uno tras otro. La Señora Godin, tendida junto al cadáver de sus hermanos y compañeros, permaneció dos días, extenuada de sed. Por fin, la providencia que miraba por su conservación, le inspiró valor para que arrastrándose, consiguiese la salvación que la esperaba. Hallándose sin calzado y medio desnuda, no tuvo más remedio que cortar los zapatos de sus hermanos para aplicarse a sus pies las suelas. Había faltado caminar nueve días, después de haber abandonado el lugar en que había visto a sus hermanos y criados exhalar el último aliento, para llegar a las orillas del Bobonaza. El recuerdo del prolongado y doloroso espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en este desierto, el temor a la muerte que la tenía presente a todas horas, hicieron tal impresión en su animo que en pocos días se le habían encanecido todos los cabellos.

A Dios gracias, al borde del río la encontraron dos indios, que movidos a compasión, la transportaron a Andoas”.

Felizmente, nuestra navegación no se pareció en nada a las aventuras por demás trágica que acabamos de leer; al contrario, nuestro viaje fue el más agradable que lo hemos experimentado jamás.

Mis indios, locos de alegría, daban saltos, se hacían bromas y concertaban juegos, que habrían comunicado el gozo al más sombrío espíritu. Elías, sin dejar de remar me narra los episodios de la última Guerra, el número de tambo incendiados, y de chirapas atravesados por la lanza. “Yo he muerto tres, me dice, pero habría matado a más, si Basilio no hubiese dejado oír un grito que dio a conocer nuestra presencia a los chirapas, que pudieron huir al bosque.

-Y ¿qué hiciste, Elías, de las mujeres y de los niños? Esta pregunta comprometedor le hizo bajar la cabeza y callar, pero su situación manifestaba a las claras los horrores que debieron cometerse durante esta expedición militar.

-Padre, dice Palate, que notó la impresión dolorosa que produjo en mi esta revelación, Padre no conviene dejar vivir los hijos de la víbora, porque crecerán más tarde y morderán como sus padres.

-Amigo mío, le replico con dulzura y con tristeza, los hijos de la víbora, nada tienen que ver con los hijos de los jíbaros; aquellos son venenosos por naturaleza e incorregibles, éstos, por el contrario, son susceptibles de educación y pueden venir a ser perfectos cristianos. Dime, los jíbaros muchachos que has conquistado en tus guerras, que has educado como a tus hijos en tu tambo, son menos buenos y menos fieles a la creencia que tus canelos?

-Es verdad Padre; pero, tu mismo ves como estos guambras no quieren oírme. Tienen indecible placer en sacar las entrañas a los cadáveres de las mujeres y pisotear a los niños. ¡Ah! si tu hubieses visto la matanza, te habrías llenado de horror.—Basta, Palate, basta.

Triste y pensativo contemplaba a estos indios mozos, apuestos, insinuantes y alegres, que me conducían en triunfo hacia sus aliados. Su crueldad, su inconstancia de veleta y sobre todo su perfidia éranme asunto de reflexión y me decía: ¡buen Dios, quien sabe si estos que me aclaman hoy no tornarán mañana las espaldas en este mismo hermoso río y acaso atravesaran mi cuerpo con sus lanzas! ¿Es por ventura imposible? El calvario está tan cerca del hosanna y la suerte del misionero es tan parecida a la de Jesús, que todo se puede temer del indio. Pero no; los animados juegos de mis indios me alejaron presto las ideas de tristeza. No bien pasamos por delante de la embocadura del Pacayacu, afluente de la ribera derecha y del Tzatzpiuchilla, tributario de la orilla izquierda, cuando ya mis guías comenzaron a pescar, a cazar y a hacer mil locuras. Uno de ellos se suspende a las ramas de un pacay², que se cuelga hasta la orilla y por una serie de ascensiones y columpios, que habrían dado en que pensar al acróbata más hábil, se eleva, en un abrir y cerrar de ojos, hasta la copa del árbol. Todos los frutos que encuentra a su paso, los coge y los arroja al agua, corre luego tras sus pacayes que dispersa la corriente y baja a depositarlos en la canoa. Son vainas enormes, habas gigantesas que miden hasta ochenta centímetros. Los indios las abren, arrojan los granos negros, duros y amargos, que no sirven para nada, y nos ofrecen la placenta blanca, dulce y perfumada que los rodea. Es de un gusto delicioso pero demasiado indigesto. Mientras nos servimos los pacayes, los indios continúan en sus juegos. Todos los de la segunda canoa se han arrojado al agua; dos de la nuestra los imitan y comienzan las escaramuzas. Todos se sumergen en el profundo remanso, suben, bajan, nadan a la redonda, se cruzan de lado a lado, caminando y haciendo torbellinos como las ruedas de una lancha a vapor. A intervalos asoman un instante en la superficie, como para tomar alientos, y luego se sumergen y se pierden. Los veo perseguirse unos a otros, caminar en todas direcciones, extender los brazos como para coger un objeto invisible, sacar la cabeza y abrir la boca como para devorar una presa. La masa de aguas se agita en su superficie, oleajes desde el fondo hacen balancear nuestras piraguas y van a chocar con ruido contra las piedras y arrecifes; el río todo se pone en movimiento.

-Realmente que es admirable, decía yo al Padre Pérez, la realidad sobrepasa con mucho a cuanto se pondera de su destreza; estos indios nadan como peces.

-Aún mejor que los peces, pues ni los peces pueden rivalizar con estos anfibios. Ya verá cómo sus canelenses son los primeros pescadores y cazadores del universo.

Cuál no sería mi sorpresa al ver a cada uno salir a la superficie con uno o dos pescados. Uno ha cogido a su presa por las orejas, otro sostiene su víctima de la cola, ajustándola entre sus mandíbulas. Dos de ellos que regresan con las manos vacías se acercan a la canoa y levantando al aire sus piernas dejan caer su presa a la embarcación, pues habían pescado con los pies, cosa que habían notado ya en otras ocasiones y ahora me confirmaba que los indios tenían el pie flexible como el mono. Cuando caminan por sobre las piedras resbaladizas de los ríos o las ramas húmedas y lisas de los grandes árboles, encojen sus pies y se sirven de ellos como de manos. No quiere esto decir que su organización sea diferente de la nuestra ni que haya un parentesco anatómico entre el indio y el mono. Una hipótesis así sería inútil y estaría en manifiesta contradicción con la experiencia. Todo esto lo explica fácilmente la costumbre que es una segunda naturaleza. Desde su infancia y por el hecho mismo de los ejercicios a que se les somete, los indios se acostumbran a manejar sus pies, como el payaso, como el acróbata se ejercita en las flexiones violentas de la columna vertebral, y en las posturas y movimientos enteramente contrarios a los que nos inclina la naturaleza.

Pero esto no era sino el ensayo de una pesca mucho más fructuosa. Después de unos instantes de descanso, mis nadadores tornan a arrojar al río, lanza en mano. Se dividen en dos bandos, el uno se dirige a la orilla izquierda y a la derecha el otro. Las riberas estaban cubiertas y como tapizadas de una trenza de raíces y de una innumerable variedad de plantas: los indios se hacen con una mano a las raíces y con la otra dan lanzadas en todas direcciones. Fácil es comprender esta táctica. Los peces perseguidos y ahuyentados del inmenso lago que los in-

dios habían explorado, se habían escondido en las abras de la orilla, entre las raíces de los árboles. Allí los querían reunir los indios. Efectivamente en menos de un cuarto de hora atravesaron con la lanza como a unos cincuenta peces, a los que trajeron a la canoa dando gritos de alegría.

A su vez Palate, que se había alejado solo con su red -Ilica- e ido a apostarse sobre uno de los arrecifes que se hallaban en medio de la corriente, regresa triunfante trayendo consigo un magnífico bagre, que mide nada menos que sesenta centímetros, y echando el pescado.

-Padre, me dice, todo cuanto Palate cazare o pescare será para ti.

-Mil gracias, valiente Palate. Pero dime ante todo, como se llaman esos diferentes pescados; este, por ejemplo, pregunto yo, mostrándole el bagre.

-Chalua, contesta sin ninguna duda.

Pero chalua es un término genérico que significa pescado y nada

-Y esto otro?

-Chalua.

-Y este otro de cuerpo negro, delgado y pegajoso como el de una anguila

-Chalua.

Lo sabía ya. Así son los indios; su lengua es vaga como su pensamiento, las más de las veces no conocen sino el nombre genérico de las cosas. Todos los peces son chalua; todas las palmas se llaman chonta; a todos los árboles del bosque denominan yura.

Basilio, que había notado que las flores me gustaban, me trajo un manojo de flores amarillas.

¿Cómo se llama esta flor, Basilio?

-Sisa.

Pero *sisa* quiere decir flor y nada más. Este lenguaje indeterminado es de los pueblos niños, y si mal no recordamos, fue también el nuestro. Recuerdo que, cuando niño, no conocía sino dos especies de árboles, la encina y el manzano y llamaba encinas a todos los árboles que no daban frutos, y denominaba manzanos a los árboles frutales, sin distinguir de otra manera ninguna planta. Es precisamente el caso de la chonta y yura de los indios.

De los pescados que nos ofrecieron, no reservamos sino el magnífico bagre del Palate; dejando para los indios los cincuenta y más chaluas que cubrían y ensuciaban el fondo de la canoa.

Este baño prolongado había refrescado los miembros y aflojado los músculos de mis conductores, que apoderándose con ligereza de los remos, guiaban las canoas como locos. Quien nos hubiese visto saltar y danzar y volar a través de las chorreras, se habría santiguado una y mil veces, creyendo que nuestras canoas fuesen guiadas por un brujo o dirigidas por algún fantasma. Llegamos sin embargo sanos y salvos hasta la embocadura de Tzatzapijatun, afluente importante de la ribera izquierda. Allí la corriente se abre en toda su majestad y forma un remanso centellante a los rayos del sol, uno de los lagos endémicos, que mencionamos no hace mucho. Al mismo tiempo que nosotros, pero a la opuesta ribera, asomaron tres canoas llenas de hombres, de mujeres y de niños con sus monos, sus loros, chirlecreses y pericos, que formaban una colonia completa. Palate se levanta al instante para mirar a los recién llegados.

-Padre exclama con asombro, es Marcelino, ¡si Marcelino, el viejo amigo de los Padres blancos! Oh si, ¡va a morir de gusto al verte!

¡Marcelino!... Este nombre evoca mis recuerdos. Me viene, en efecto, a la memoria el haber leído en la crónica antigua de la misión que Marcelino era el indio preferido, el hombre de las confianzas de los últimos misioneros dominicanos que evangelizaron esta tribu. Pero parece imposible que Marcelino pueda vivir aun. Entonces habla Palate con su voz estentórea:

-Marcelino, aquí tienes el Padre blanco, al Padre blanco te traigo yo. Una gran batalla se ha librado en Quito entre los Padres blancos y los Padres negros; los Padres blancos querían tornar a Canelos que ha sido siempre de ellos, porque Canelos ha pertenecido en todo tiempo a los Padres blancos, pero los Padres negros...

El anciano Marcelino no le da tiempo de concluir su arenga. Veo a un largo esqueleto cubierto de una pampalina como de cuero, arrojarse al agua y nadar en dirección de nuestra canoa, hasta echarse, estilando, en mis brazos.

-Marcelino, mi buen Marcelino, si, yo soy el Padre blanco, un Padre blanco como el Padre Fierro, como tantos otros que tu has conocido y amado.

Pero Marcelino no responde palabra: sentado al borde de la canoa, cabizbajo, el pecho anhelante, esta como fuera de si. Da luego un golpe sobre la frente con su mano izquierda, cual si quisiera volver a sus sentidos, como si hiciera esfuerzos para salir de una pesadilla y con su mano derecha toma mi escapulario y lo ajusta con frenesí y dos o tres minutos permanece en esta actitud; poco después levanta su cabeza, me mira de hito en hito y al fin exclama emocionado y entre sollozos.

-¡Ah Padre, nuestro Padre, sabía yo que tu vendrías y que el viejo Marcelino no moriría antes de volverte a ver! y dicho esto torna a sollo

-Pero, Marcelino ¿quién te ha dicho que yo vendría?

Dándose otra vez una palmada en la frente iba a responder, cuando Palate que había guiado la proa a una de las islas situadas en medio río, nos hizo desembarcar. Todo el mundo salta a tierra; Marcelino, que no ha suelto mi escapulario de las manos, se arrodilla en mi delante, junta sus manos sobre el pecho y mirándome ahincadamente, se queda como estático; luego se levanta, golpea las manos, da gritos de alegría y trata de danzar y dar saltos en la arena; pero sus piernas gastadas por los años no se prestan ya a estos movimientos juveniles.

Entretanto, su mujer y sus hijos, sus nietos y bisnietos me rodean con curiosidad, en número como de cuarenta y dos.

-Padre, te presento a Antonia, mi mujer y tu sirvienta; ella te ha de preparar la chicha como para el Padre Fierro y los demás Padres blancos. En cuanto al viejo Marcelino, él te acompañará a la iglesia y te acolitará la misa.

Y el buen viejo, juntando las manos y bajando los ojos, comienza a recitar al pie de la letra el Confitero dominicano. Luego toma, entre sus manos el crucifijo que yo llevaba al pecho.

-*Apunchic Jesu Christo!* dice con un aire de fe y de respeto que nos conmueve a todos -este es Nuestro Señor Jesucristo, besando al crucifijo con amor y dando a besar a su mujer y a sus hijos.

-Si, Marcelino, es Nuestro Señor Jesucristo, que murió por ti, por mi y por todos nosotros, el mismo que me envía hacia ti, hacia tu tribu para restablecer la misión de los Padres blancos. Por tercera vez entonces el buen anciano se golpea la frente.

Si, si, yo sabía bien que tu vendrías, sabía que vendría el Padre blanco y que Marcelino no habría de morir sin verlo.

-Pero en fin, Marcelino, ¿quién te ha asegurado que yo vendría?

-Escucha, me responde, Marcelino no era muy joven que digamos, pero el Padre Fierro era ya bien viejo: sus piernas no podían ya sostenerlo, todo su cuerpo estaba hinchado, su cabeza estaba ya desnuda como esta roca batida por las olas. Entonces nos dijo: Huambras, llevadme a Baños, que quiero morir en medio de mis hermanos, los Padres blancos; yo estoy ya muy viejo y no puedo bautizar a vuestro hijos.

Nos reunimos todos en la iglesia para la despedida y el Padre celebró su postrera misa. Yo mismo le acolité, sosteniéndole al tiempo que celebraba y ayudándole a moverse, porque si no, se habría caído el pobre viejo. Yo notaba que lloraba el Padre y apenas podía leer en el libro grande. También yo lloraba, porque me decía: Marcelino, esta es la

última vez que acolitas la misa del Padre blanco; en adelante ¿que va a ser de ti sin el Padre blanco, ni que va a ser de tu tribu? No habrá ya quien bautice a los niños, ni quien bendiga a los moribundos y vamos a morir en adelante como los perros e ir al infierno ¡como los chirapas! Terminada la misa toda la gente salió de la iglesia, y quedé yo solo con el Padre. Entonces arrodillándome y tomando sus manos con las mías, díjele entre sollozos: “Ah Padre, Padre nuestro, ¿por qué nos abandonas? Quédate, si, quédate. Nosotros te traeremos a nuestros hijos, te conduciremos acá a los moribundos, tu no harás sino levantar la mano para bautizarlos, para darles la bendición”. Pero el, sobreponiéndose y tomándome por las manos:

-Oyeme, Marcelino, óyeme, hijo mío; si, los Padres blancos se van de aquí, porque conviene que se vayan, porque Dios lo ha dispuesto así, Pero vendrá un día en que los vuelvas a ver en este grande río. Si, Marcelino, te aseguro que tu no morirás sin ver a los Padres blancos. Diciendo esto lloró otra vez y me bendijo. Después mis gentes lo cargaron a sus espaldas y lo condujeron a través de la selva.

Desde entonces yo me decía cada día: ¿cuándo vendrá el Padre blanco? ¿cuándo regresará el Padre blanco? Y me veía así envejecer e ir muriendo y preguntando siempre: cuando vendrá el Padre blanco. Y decía siempre a Antonia, mi mujer y tu sirvienta: “el Padre blanco no viene, Antonia; el Padre blanco ya no vendrá y Marcelino se muere ya de viejo”. Por ello respondía siempre: “Si, ha de venir, si, ha de venir. El Padre Fierro dijo: tu no morirás sin ver otra vez al Padre blanco. -Y esta es la razón por que el viejo Marcelino casi muere de gusto al volver a ver al Padre blanco en nuestro grande río”-.

Dicho esto, torna a querer danzar, dar saltos y batir sus manos. Se sienta luego en la arena y dice:

-¡Ahora si, amigos, siento que voy a morir, porque he vuelto a ver al Padre blanco!

Estaba yo sumamente impresionado de lo que estaba viendo y oyendo. En pleno siglo XIX me sentía transportado a la época patriar-

cal, y tenía ante mi vista uno de los testigos, uno de los ecos de una tradición ya lejana. Dios me lo había conservado para transmitirme la última palabra del Padre blanco, que me había precedido, para transmitirme la profecía de un anciano moribundo, para revelarme los destinos de esta misión. A nuestro alrededor todo el mundo estaba conmovido; hasta los más valientes, como Palate, escuchaban todo con religioso silencio.

En cuanto al padre blanco, las lágrimas se deslizaban silenciosamente por sus mejillas y, estrechando contra el pecho el Cristo que Marcelino acababa de besar, repetía las mismas palabras del respetable anciano, diciendo para sus adentros: “¡Mi buen Señor Jesús, que descubrimiento me hace tu providencia!”.

¿Cuál podía ser la edad de este santo hombre? Nunca había visto decrepitud semejante. La armadura del esqueleto estaba a la vista, se le podían contar todos los huesos; cuando andaba o ensayaba danzar, crujían las articulaciones como las tablas sueltas de un navío viejo; los ojos, tan brillantes y vivaces en los indios, estaban opacados y como ocultos bajo el arco de las cejas. Había perdido el color y la forma; sus mejillas reseca, surcadas de arrugas, que se replegaban unas sobre otras parecían los dobleces de un libro.

Además, él mismo acababa de confesar: cuando el Padre Fierro se vio en la necesidad de abandonar Canelos, Marcelino había salido ya de su juventud. La salida del Padre Fierro había sido cosa de más de veinticinco años. Por otra parte, el buen anciano, cuyos recuerdos se le vienen poco a poco a la memoria, evoca sucesos consignados hace ya mucho tiempo en los archivos; algunos religiosos de los que el hace mención, estuvieron en Canelos a fines del siglo pasado o comienzos del presente.

-Dime, Marcelino del alma, ¿cuál es tu edad? ¿Verdad que hace ya mucho tiempo que recorres los bosques y navegas este río?

-Tengo la misma edad que la palmera grande situada junto a tu tambo, a la derecha de la Iglesia. Mi padre me ha dicho repetidas veces,

cuando yo muchacho: Marcelino, tu naciste el mismo día en que el Padre blanco plantó la palma grande.

-Pero ¿cuál es la edad de esta palmera? ¿Cuál el Padre blanco que la plantó?

-Ah, *rucu, rucu, rucu!* ¡Este viejo, viejo, viejo! Evidentemente buen hombre no me respondía nada; cosa que debía haberlo yo previsto, sabiendo por experiencia que los indios son completamente nulos en materia de cálculo y computación de años.

El indio no sabe contar sino hasta diez y esto no se como. Ordinariamente, para contar se sirve de los dedos y, como no tiene sino diez, como cualquier hijo de Adán, imposible que vaya más allá. *Shuc maqui*, una mano, es decir, cinco; *ishcai maqui*, dos manos, que vale decir diez. Palate es el único indio que he encontrado que puede contar hasta ciento, *patsar*, y aun hasta mil, *huaranga*. Por esto pasa como un fenómeno a la vista de sus compatriotas.

Los indios cuentan los meses por el número de lunas, que las distinguen una de otra por las flores y los frutos que se presentan en el bosque. Los años computan según el número de floraciones de los árboles o según el número de chacras que han cultivado para su subsistencia, que es generalmente una en cada año. Cada vez que se nos presentaba un niño para bautizarlo, preguntábamos a la madre o a los parientes por la edad aproximativa del chico, a fin de consignarla en el Registro civil.

-¿Cuántos años tiene tu hijo? -Padre, desde que lo di a luz, la luna ha muerto tres veces.

Lo que equivale a decir que el niño tiene 3 meses; o de otro modo: la planta ha florecido tres veces, que quiere decir que el muchacho tiene ya tres años. Como es natural, después de cuatro o cinco años de una enumeración tan primitiva, se embrollan sus cuentas y no saben ya ni cuantas veces ha florecido la palma, ni cuantas chacras han cosechado, es decir que ya nada saben de su edad ni de la de sus hijos. Vi-

ven la vida como criaturas. El tiempo, ese implacable roedor de las existencias creadas, les carcome sin que siquiera se den cuenta; pasan de un edad a otra sin percatarse de ello, se envejecen y descienden al sepulcro sin haber jamas medido la distancia que los separa de la cuna. Aquello que atormenta y es la causa de la inquietud de tantas almas, no les hace ninguna mella. Su idioma no tiene término con que expresar el tiempo, lo que hace suponer que tampoco conocen la idea de tiempo y menos la voz y la idea de la eternidad.

-¿Cuánto tiempo crees que durará la eternidad? pregunté un día a un indio.

-¡Tres años! me respondió con todo aplomo.

En cuanto a las horas del día, las distinguen generalmente por el grito de algunos animales, que a la misma hora se reproducen invariablemente cada día. En Canelos, como en el Paraíso terrenal, mediodía es la hora de la brisa. Efectivamente, cada día, a las doce en punto, sopla de este a oeste un viento fresco, que pasa gimiendo por en medio de la enramada adormecida y refrescando la atmósfera, que una temperatura de 30 a 40 grados había calcinado como un horno encendido. No es pues de extrañar que, como todos sus congéneres, no sepa su edad nuestro Marcelino. Conoce que ha nacido el mismo día que la palma grande y esto le basta; cada floración del árbol gigantesco le hace subir un punto, adelantar un grado en el escabel invisible que van tejiendo nuestros años. En su pensamiento, estas dos existencias, la suya y la de su hermana la palmera, no forman más que una; ambas han comenzado el mismo día su ascensión al mismo cielo azul para, buscar en él la luz y las tibias ondas. Al contemplar a este patriarca rodeado de sus cuarenta y dos descendientes, a este hermano gemelo de la palmera del Padre blanco, se me vino naturalmente a la memoria este versículo del Salmista: *El justo florecerá como la palma y se multiplicará su prosperidad como los cedros del Líbano: Justus ut palma florebit, sicut cedrus Libani multiplicabitur.*

Entretanto, mientras estábamos conversando el buen anciano y yo, todos los indios, hombres, mujeres y niños estaban tomando su chi-

cha, es decir empleados en su ocupación ordinaria. Antonia, a quien su avanzada edad eximíale de la obligación de un tan fatigoso servicio, no estaba menos activa: un grupo de mujeres trabajaba a sus órdenes y las canoas en la orilla estaban en un ir y venir continuos. Llegaban los envoltorios de chicha, los que abiertos y preparados, daban comienzo a las libaciones. Jamás los dioses infernales recibirían sobre sus frentes chubascos semejantes de bebida fermentada. El espectáculo me era ya tan familiar que apenas se reparaba en él; pero por lo menos esta vez debía ceder de mi neutralidad. Con esto, cuando menos lo pensé, se acerca Antonia con sus piernas descarnadas y temblorosas y luego, asumiendo todas las gracias compatibles con su prehistórica figura, me dice con voz trémula:

-Padre, vas a servirte la chicha de Antonia. Te lo ha dicho ya Marcelino, soy yo la que preparaba la chicha para el Padre blanco.

Y diciendo y haciendo, recibe de manos de sus hijas una *mocahua* desbordante y extiende sus descarnados brazos para acercar a mis labios la bebida. ¡La chicha de Antonia! ...¿Qué te parece lector amigo? ¿Debo beber la chicha de Antonia?... Pero, anciana venerable, olvidabas que han pasado veinte lustros arrugando tu frente y que tus glándulas salivares... Estaba a punto de perder el equilibrio y caerme de espaldas.

-Antonia, hija mía y buena servidora, le digo con mal disimulada inquietud, tu chicha es excelente, blanca como la leche, espumante como el champagne; pero bien comprendes que estoy recién venido al bosque y, acostumbrado como me hallo al agua clara de los ríos, me sentaría mal éste licor embriagador.

La buena anciana, que no ha comprendido absolutamente nada de mi lenguaje, me mira con un aire de sorpresa.

-Pero, Padre, toma la chicha de Antonia, tu criada; es la chicha de los Padres blancos.

No encontraba salida alguna y la cosa llevaba camino de exasperar los ánimos, tanto más que el Padre Pérez, en lugar de ayudarme a

salir bien librado del apuro, se reía a mandíbula batiente. Los indios guardaban silencio y algunos daban ya señales de descontento...

En este estado, el mismo Marcelino vino a sacarme del embarazo.

Antonia, dice a su mujer, no insistas más. Te lo ha dicho ya el padre que esta recién llegado a la montaña y que ésta chicha de yuca le es muy agria y muy fuerte. Padre, cuando regreses a Canelos, Antonia mi mujer y tu esclava, te preparará la chicha de chontaduro, que es dorada como el vino de misa del Padre Fierro y dulce como la miel -*mish-quí*-; esa si has de beber ¿verdad?

Si, mi querido Marcelino, te prometo que lo haré.

Con esto, nos despedimos hasta volvernos a ver luego, ya que el buen anciano se dirigió a Canelos con su familia y yo debía volver allá mismo después de pocos días.

-Muchachos, exclama dirigiéndose a todos, arrodillaos para que el Padre blanco haga la señal de la cruz sobre nosotros, como lo han hecho todos los Padres blancos.

Le bendigo y me apresuro a embarcarme en mi canoa mientras el buen anciano tomándose por el brazo y acercándose a sí me dice:

-Marcelino no te ha dicho aun todo; regresa pronto a Canelos y allí conocerás mi secreto.

Se aleja luego Marcelino y desaparece con todos los suyos. Apenas había puesto yo el pie en la canoa, cuando el Padre Pérez dirigiendo sus ojos maliciosos hacia mí me dice:

¡Qué bien! ¿No es verdad que Ud. tiene que beber?

-¿Qué cosa? le respondo con humor.

-¡La chicha de Antonia! Esa chicha dorada como el vino de misa del Padre Fierro, dulce como la miel.

-Pero ¿por qué no bebió Ud. la chicha de Antonia? Porque, si mal no recuerdo, también a Ud. se la ofreció ella.

-¿Yo? ¡Imposible! Estaba riéndome demasíadamente.

-En cuanto a mi, no lo bebí porque me daba demasiado asco.

Sobre este punto, retractando el juramento imprudente que hice a Marcelino, juro y con sinceridad que jamás, si, que, jamás beberé la chicha de Antonia. ¡La chicha de Antonia! ¿Le parece bien a Ud.?

-Pues bien, mi querido amigo, Ud. hizo mal, me replica el Padre Pérez. Como San Pablo, el misionero por excelencia, debemos hacernos para todos, para a todos ganarlos a Jesucristo. Ahora bien, el mejor medio para ganar a los indios en la montaña es hacerse a ellos, como de su comedia, beber su chicha.

La chicha es su bebida natural, aceptarla es hacerse su amigo, rehusarla en declararse extraño a ellos. ¿No notó como los indios llevaron a mal su rehusa? A no intervenir Marcelino y conseguir que permitiera beber la chicha de chontaduro, todo el mundo le habría tomado roña y recelado ya de Ud.

-Y cree Ud. que cuando San Pablo, el modelo de misioneros, nos aconseja acomodarnos a todos, querrá también decir que hay que beber la chicha de Antonia? Sorber esta saliva sería exponerse a todas las enfermedades de que es portadora la saliva. Hacerse todo para todos, sacrificar cuerpo y alma por la salvación de estos desgraciados, soportar su rudeza y sus candideces, sobrellevar su terquedad y su ingratitud, correr en pos de ellos como el Buen Pastor, vadear la corriente de los ríos, atravesar los lodazales, sufrir el hambre y la sed, recibir los aguaceros y dormir al campo raso; aun más, hacerse salvaje para llegar hasta ellos, convertir a los bárbaros, hacerse pequeño con los pequeños, humilde con los humildes, ignorante con los ignorantes, pasé todo esto y mucho más. Pero beber la chicha de Antonia, introducir este veneno en las venas; no, mil veces no! y si el indio bebiese aguardiente, ¿me creerías en la obligación de seguir su ejemplo? Pues bien, yo considero

la chicha como una bebida mas perjudicial y repugnante que el mismo aguardiente. Me dirás que el indio verá un desprecio formal en la rehusa que hago de su bebida nacional. Yo mas bien creo que el indio quedará edificado de verme beber agua en lugar de su bebida que le quita el juicio. Tanto más que yo no le voy a decir que su bebida es mala o que no es aseada, sino que es demasiado fuerte, lo cual es bien diferente: de ello podrá admirarse el indio, pero no ofenderse. ¿Sabe Ud. lo que casi nos echó a perder? Indudablemente el descontento que manifesté con mis palabras, y la repugnancia instintiva que no pude disimular a tiempo, pero lo que más nos puso en peligro fue su risa homérica. Esta fue la que llamó la atención de los indios más que mi aire de desagrado, y la que dio ocasión a los reproches que nos lanzaron; sea de esto lo que fuere, Ud. predicador admirable, misionero ejemplar, Ud. ¡si que beberá la chicha de Antonia! ¿No es verdad?

-No será la primera vez que lo haga. Es verdad que hemos hecho este largo viaje sin que haya tenido que beber una sola gota de chicha; pero el culpable si cabe culpabilidad en esto, es Ud. con sus teorías execrables sobre los peligros de la saliva, que se mezcla con este licor que hasta ahora ha constituido mi confortante y causa de mi gozo. Que de veces lo he bebido en mis correrías apostólicas, salvándome por el del hambre y de la muerte. Lo he bebido siempre sin repugnancia alguna, sin notar en él todo lo que su mirada perspicaz ha descubierto, sin pensar siquiera en la saliva que lo hace fermentar ni en las manos negras y poco limpias que lo preparan. Al beberlo no he pensado sino en no morirme de necesidad.

-Pero, en fin, esta tardía repugnancia, esta visión retrospectiva de microbios y de manos desaseadas no conseguirían triunfar de una costumbre inveterada ya. Si la chicha no le hace ningún daño, es porque es inofensiva de suyo, o porque su constitución se ha connaturalizado ya con ella. De lo cual concluyo que...

-De lo cual concluye que debo seguir bebiendo. No necesitaba más, sino seguir bebiéndola, aun cuando me excomulguen todos los preceptos de la higiene y en todas las academias de medicina del uni-

verso, aunque se me trate de caníbal y de salvaje, y aunque Ud. se burle de mi.

En cuanto a Ud. si le parece bien, jure no más de nunca manchar sus labios chanceros con la chicha de Antonia; que, por lo que respecta a mi, juro que he de beber la chicha, siempre que se me ofrezca la ocasión y la he de beber de un sorbo.

Y diciendo y haciendo, mi buen compañero toma un mate, lo llena de chicha y se la bebe que es un encanto...

Eran ya las cinco de la tarde y apenas habíamos pasado la embocadura del Humucpi, magnífico río situado a la ribera izquierda, a tres o cuatro horas con dirección a Pacayacu. Nos era pues, imposible llegar al pueblo con la caída de la tarde. El tambo ahora solitario de Marcelino, se hallaba a poca distancia, a la derecha, en un lugar llamado, no se por qué, *aya playa*, la playa de la muerte. Nos resolvimos pasar allí la noche. Al día siguiente, a las nueve de la mañana nos hallábamos frente a Pacayacu.

-Palate, ¿has tenido cuidado de advertir a los indios de nuestra llegada? el pueblo esta completamente silencioso, diríase que esta desierto.

-Descarga tu fusil y verás lo que verás.

¡Pan! ¡Pan!... Un formidable clamor fue la respuesta a esta detonación. Al instante el tambor entona su plan retaplan; una larga hilera de indios, hombres, mujeres y niños, descienden la colina a la carrera y llega a las márgenes del río en el mismo instante en que desembarcábamos nosotros.

Notas

1. Relation abrégée d' un voyage dans l' interieur de L'Amerique meridionale, publiée, chez Jean—Edme Dyfour, en 1778.—Nous ne donnons qu' un abrege du recit de M. Godin.
2. Leguminosa mimosa Encontramos como cuatro o cinco especies en el solo curso del Bobonaza.

Capítulo XVIII
PACAYACU
LA CARIDAD POR AMOR DE DIOS

Todo el mundo está a su disposición: cacique, alcaldes y capitanes; los cascos multicolores, los penachos de picos de tucán, los capacetes se destacan majestuosos y sublimes como las cimeras de nuestros dragones, como las gorras de nuestros zapadores en día de revista. Los pechos resplandecen con las condecoraciones: sobre el fondo negro del tiznado, el rojo del achiote sobresale como las amapolas en un campo de trigo, como las estrellas en la bóveda sombría del firmamento. De presto hacen silencio los tambores, para que Palate tome la palabra.

-Escuchadme, les dice: ¡Un gran combate se ha librado en Quito entre los Padres blancos y los Padres negros!....

Siempre la misma cantinela, hasta tenernos fastidiados. Sin embargo esta palabra vibrante, esta elocuencia guerrera electriza a los indios.

-¡Ari!, ¡ari!; ¡chasna!, ¡chasna!; ¡si!, ¡si!; ¡qué bien!, ¡qué bien!

Y todo el mundo repite con entusiasmo la arenga de Palate acerca de los Padres blancos y los Padres negros y todos se acercan a felicitarme. En seguida, recogen nuestras maletas y ascendemos todos, al son del tambor, por las pendientes escarpadas que conducen a la iglesia y al convento.

Mientras caminamos, el Padre Pérez me dirige esta significativa pregunta:

-¿Cree Usted en la sinceridad de este entusiasmo?

-¡Vaya, Padre! Ni cabe siquiera preguntarme. Este entusiasmo me hiela la sangre en las venas: todo me parece bien ficticio y hasta falso. Hoy son los Padres blancos; ayer fueron los Padres negros: puede ser que mañana, ni a los Padres blancos ni a los Padres negros les sea dado viajar con seguridad a través de la selva. Quien nos dice que no debemos huir, ocultarnos, acaso morir, víctimas tal vez de la traición o de infames asechazas.

Demasiado pronto supimos desgraciadamente lo que debíamos pensar sobre este entusiasmo desbordante y sospechoso. Apenas asentamos el pie en nuestro tambo, se hizo el vacío en nuestro derredor. Avidos de popularidad y más aun de chicha, ansiosos de referir sus hazañas y procurarse adeptos para la próxima expedición militar, nuestros canelenses, con Palate a la cabeza, tocan a llamada, a cuyo eco dan todos media vuelta y se precipitan todos. No tardan en resonar las baterías siniestras de los tambores y los gritos desaforados de los bebedores; a lo cual sucede, como siempre, el tumulto de los combatientes.

Y nosotros dos estamos solos, completamente solos y sin víveres, sin agua, sin fuego, sin nada en absoluto: Hasta los niños, de ordinario tan apegados a los Padres, nos han abandonado por ahora. Apenas ha quedado uno con nosotros, acaso por la curiosidad de vernos o con la esperanza de un regalo.

-Chiquitín, ve a decir a tu papá o a tu mamá que los Padres están con hambre y no tienen nada de comer.

-Mi papá y mi mamá están bebiendo, nos responde con sencillez.

Lo que en buen quichua quiere decir: amigo mío, has escogido un momento inoportuno, porque mientras dure la bebezona, nada te darán esos seres egoístas.

Y por desgracia nuestra, la orgía no cesaba.

-Padre, son las doce, son ya las dos, las cuatro de la tarde; ¿cuándo acabará esta dieta absurda? Este desesperante y quejumbroso estri-

billo nos lo repetimos el uno al otro, en un tono cada vez más lúgubre y desalentado.

Figuráos que el Padre Pérez y yo no habíamos tomado desde la víspera ningún alimento sólido: todos los peces pescados por los indios, los habían ya devorado ellos mismos, en el tambo de Marcelino; en cuanto a la provisión de bagre, no obstante ser muy nuestra, toda la aprovechó Palate. Por lo demás, que íbamos a preocuparnos de nada, con la esperanza de llegar a Pacayacu, a Pacayacu, que a decir del Padre Pérez, era la tierra prometida, la tierra de los guineos y los plátanos.

-¡Verá Usted que frutos más espléndidos!

Por la mañana habíamos tomado, por todo alimento, una infusión de guayusa, planta amarga y estomacal que crece en libertad en la selva. La guayusa hace las veces de café, o mejor dicho de mata hambre del misionero que viaja por estos vericuetos y, en efecto, entretiene el estómago y le permite aguardar algunas horas el alimento que parece huir cada vez más. Pero hasta las cuatro de la tarde mal podía durar la influencia benéfica de la guayusa.

-Padre, son ya las cuatro, ¿hasta cuándo deberemos esperar a los indios?

-¡Ah, cierto! Perdóneme, exclama de presto el Padre Pérez, golpeándose la frente, perdóneme que no se me había ocurrido.

¿Que es lo que no se le ha ocurrido? Apostemos que doy con ello, si, con seguridad. Que si esto dura algunas horas más, yo perezco de hambre.

Pero el Padre Pérez, no hace caso de mis lamentos; lo que hace es coger su maleta y volverla y revolverla, escudriñándola en todas direcciones.

Por fin, exclama triunfante, sea alabado el Cielo, ¡contamos con algo todavía! Partamos, pues; o mejor, tómelo Usted todo. Usted practica su primera campaña; pero en cuanto a mi estómago, está ya hecho

a la hambre y demás privaciones y puedo perfectamente aguardar hasta mañana.

Y sin más preámbulos me presenta un pedazo de carne desecada, del tamaño de dos dedos, ni más ni menos.

Si, mi Padre, le acepto agradecido, pero no para mi solo. Si soy novicio en el arte de sufrir, hay mayor razón para ejercitarme en el padecer; así que, novicio y veterano, tenemos derecho a porción igual.

Sin perder tiempo, sometimos a una larga decocción esta carne hecha piedra y a las seis de la tarde dábamos cuenta con sus fibras insípidas y duras. Con esto nos recostamos melancólicamente sobre las ramas de bambú, que nos servían de lecho y no tardamos en quedar dormidos, no obstante la espantosa algazara que continuaban haciendo nuestros indios. Ahí, si hubiera tenido a las manos la chicha de Antonia, no se si habría resistido a la tentación; pero mejor es no hablar de ello, he dicho que no la beberé jamás.

Nos levantamos a las cinco de la mañana del siguiente día, despertados con las baterías de los tambores y los gritos de los indios que aun bebían. A esto de la media noche cesó el tumulto, lo cual nos llenó de esperanza, pensando que ya por fin desaparecería la borrachera y que nuestros descuidados indios se acordarían que sus Padres no habían comido desde la antevíspera y se moverían así a piedad de nosotros.

Ilusión que no duró por largo tiempo. Bien pronto comenzó con mayor entusiasmo la algazara. El día de hoy sería como el de ayer: buen Dios, ¿qué iba a ser de nosotros? Por lo que toca a mí, pensé en Palate, en sus halagadoras promesas, en sus enfáticas arengas y, novicios como era en el arte de sufrir, tuve que enjugar algunas lágrimas que se deslizaban silenciosamente por mis mejillas.

La santa misa nos proporcionó un tanto de fuerza y de valor. ¡Ah! Si el misionero no contase con este consuelo celestial, si no humedeciese sus labios con el cáliz de resurrección y vida de la sangre del salva-

dor, si esta fuente que del Calvario se derrama sobre el altar no llegara hasta su alma para cicatrizarle las heridas, excitarle las ocultas energías, su vida más que un martirio, sería un infierno anticipado.

Sin embargo, esto no podría durar por más tiempo; precisaba excogitar un medio de salir de una situación en apariencia sin salida.

El Padre Pérez, acostumbrado a tratar a su cuerpo como a cosa despreciable, lleno de tranquilidad y de paciencia, se había resignado a esperar todavía más; pero yo no era del mismo parecer.

-La pesada broma ha durado ya por largo tiempo; es preciso, pues, que termine.

-Pero, ¿qué intenta Ud. hacer? Ir a buscar a los indios ebrios y entrar a los tambos en que la orgía y el holgorio se desarrollan a sus anchas, es del todo imposible. Con ir hacia ellos, no conseguiría sino recibir insultos, escuchar palabras obscenas y quien sabe, si hasta a aguantar golpes y, sobre todo, presenciar escenas que el pudor veda describirlas. Padre, cuando estos están ebrios, los más tratables se tornan leones desencadenados; así que le ruego no se aventure sin motivo.

-No se trata de esto: es todo lo contrario lo que pienso hacer. Se trata de sacar al león de su cubil y no de provocarlo allí, de obligar a esta bestia salvaje a seguirnos y lamernos las manos como un tímido cordero .

-No doy con lo que Ud. intenta.

-Vaya a traer su acordeón y verá lo que verá.

-¡Qué bien! ¡qué bien! Ud. es el hombre del momento, mi querido amigo, ya voy a traérselo.

Y sin más decir, viene trayendo lleno de gusto su instrumento.

-¿Y ahora? Escúcheme. Son las nueve; hace ya cuatro horas que no ha cesado este alboroto infernal; por lo mismo, los tambores no tar-

darán en callarse. ¿Sabe por qué? Porque los tocadores, a su turno, querrán también beber y descansar, siquiera unos instantes. Entonces, entraremos nosotros en escena: Ud. toca y yo canto y asunto concluido: los indios fuera de si con la música, dejarán sus chozas y se precipitarán hacia la plaza; el resultado corre de mi cuenta.

Así fue en efecto: tan pronto como callaron, comenzamos con nuestra música.

Nunca nuestras plazas públicas de Europa escucharon concierto más armónico.

Principiamos por el prelude: zim, zim.... zam, zam. Luego entonces no sé que tono y el Padre Pérez canta no sé qué canto. Cantamos en todas las lenguas, en latín, en francés, en castellano, en quichua. Improvisamos todos los tonos, capaces de poner en cambriolas y volver locos a un Mozart o un Beethoven. A los primeros acordes de ésta música heteróclita, Perico se lanza por el bosque deshaciéndose en aullidos, pero no se trata de impresionar a Perico, sino de no morirnos de hambre. El Padre Pérez que ha sido un poco sordo (sea dicho con perdón de él), y que hace un ruido infernal con su instrumento, se queja de no oír mi voz .

-Cante más fuerte; si no, entono yo mismo.

Y, diciendo y haciendo, canta con estentórea voz un *sacris solemnii* español, mientras yo me desgañito con un *Marl-boroug s' en va-t' en guerre*.

¡Qué triunfo el que conseguimos!

No bien habíamos comenzado, cuando una turba de niños, iba a decir de loros, invade la plaza, saliendo de los matorrales, de todos los rincones; todos se acercan más, le rodean al Padre Pérez, cuyo acordeón les excita vivamente la curiosidad. Señalan con el dedo las teclas vibrantes, se alzan sobre las puntas de las pies para ver mejor esta armonía que les cautiva. Detrás de ellos acude todo un tropel de gente borracha, mujeres desgrefñadas, trascendiendo a chicha, con aspecto re-

pugnante. Sus rostros irritados, sus pasos vacilantes, sus ojos enrojecidos, sus labios sueltos, diciéndonos están que el día y la noche de ayer los han pasado en la intemperancia y en el libertinaje. Como quiera que sea, todos nos rodean, con la boca abierta, como encantados, fascinados, hipnotizados. Sus fisonomías embrutecidas con la chicha y sus ojos apagados comienzan a iluminarse poco a poco. Cuantas veces llamamos para respirar mejor, nos aturden con gritos de admiración, con aplausos y delicadezas indecibles.

-¡Ah! *¡sumac, sumac!* ¡Qué bonito, que bonito! *¡Astaun, astaub!* ¡Más, más!

Entonces tomando la palabra:

-Hombres y mujeres, valiente tribu de Pacayacu, si, la música es atractiva, sobre todo una música como la nuestra, como la del Padre Pérez, como la de vuestro servidor. ¿Qué saben vuestros tambores en comparación con esta maravilla? (Incontinenti les muestro el acordeón del Padre Pérez) ¿De qué sirven vuestros pífanos monótonos en parangón con mi voz soberbia de tenor? Si, la música es encantadora, pero las yucas son mejores. Dadnos yucas y os daremos música.

Luego, dirigiéndome a Palate, que avergonzado y arrepentido pretende esconderse detrás de un árbol, le increpo:

-Y tú, charlatán insigne, ¿me has traído acá para matarme de hambre? ¿De qué me sirven tus largos discursos? Más contento me estaría con un pedazo de yuca... En cuanto a vosotras, amigas mías, conviene que acabéis ya con vuestras bebezonas. Vuestros maridos se han vuelto como brutos: todo lo que saben es deber y beber hasta emborracharse y luego maltrataros. A Dios gracias, vosotras tenéis el corazón más blando y sabéis comprender mejor los deberes de la hospitalidad. Ved lo que se ha propuesto el Padre blanco: nosotros vamos a seguir tocando y cantando y vosotras vais a traernos inmediatamente tres ashangas de yuca, tres cabezas de plátanos, guineos, pescados, carne y todo lo que tengáis en vuestras chozas. ¿Entendido?

-¡Ari, ari! ¡Chasna chasna! Si, si. Bueno, bueno.

-¡Zim, zim!; ¡zam, zam! *Au clair de la lune, mon ami Pierrot...*

Después de instantes tuvimos provisiones, hasta no saber que hacer de ellas. Nuestro rancho resultó pequeño para contenerlas. Cercados de esta riqueza improvisada, llenos de hambre y de cansancio, nos pusimos a preparar la yuca y los plátanos para el almuerzo. Eran ya las doce del día, y hacia ya cuarenta y ocho horas que no habíamos tomado ningún alimento sólido; pues la conserva de la víspera no merecía el nombre de comida.

Palate, que había huido como si cien jíbaros le persiguieran a muerte, regresó por la tarde trayendo en sus brazos una magnífica lomucha, que había cazado con su propia lanza. La depositó a nuestros pies sin decir palabra, alejándose, luego, avergonzado todavía y confundido.

Pacayacu no es más que una tribu de poca importancia, que apenas cuenta con treinta familias. La verdadera tribu de Pacayacu fue literalmente aniquilada por los jíbaros, hace cosa de unos veinte años. Esta carnicería humana se la hizo, como siempre, durante la noche, sorprendiendo, en medio del pesado sueño que sigue a la embriaguez de los indios, que se dejaron estrangular como viles animales y tiñeron con su sangre las aguas del Bobonaza. Los canelos volvieron a poblar este territorio devastado y se han constituido en sus defensores. Pero el pueblo mismo de Canelos esta muy lejos y no sabemos lo que pasará con esta pequeña tribu, con este puñado de hombres, el día en que los jíbaros, enardecidos por este primer degüello, realicen un segundo asalto; sin duda los reducirán a escombros.

La población se levanta a la ribera izquierda a una altura de cien metros sobre la Bobonaza, aquí el río, obligado por un ligero promontorio de la orilla derecha a replegarse sobre sí mismo, se despliega a cada lado, como dos alas de un pájaro gigante. Es una posición encantadora, donde la pequeña tribu habitaría tranquila, como la primera pareja del Edén, si la serpiente jíbara no se ocultara entre el follaje para

turbarla en su descanso. Lástima que sobre este nido de encanto revoltee el ave de rapiña para, tarde o temprano, hundir sus garras en su presa.

Como nuestro propósito no era dar misiones, puesto que habíamos determinado regresar algunos meses después, nos contentamos con bautizar a los niños y nos dispusimos para viajar a Sarayacu.

Capítulo XIX

EL CONSUELO DEL MISIONERO EN TODOS SUS INFORTUNIOS

La dura experiencia de los días anteriores nos hizo más previsivos: así es que resolvimos no embarcarnos sin provisiones y obligamos a nuestros aturridos indios a transportar a la canoa lo que nos restaba de la víspera.

-Pero esto va a servirnos de estorbo que nos impedirá llegar a Sarayacu antes de la noche.

-Sea de ello lo que fuere, Palate; pero estos víveres irán con nosotros irremediablemente.

Y dando ejemplo, pongo a mis hombros una ashanga de yuca y desciendo lentamente la colina. Nuestros calaveras nos siguen por detrás, derramando por el suelo nuestras provisiones, para darse el maligno placer de contrariarnos. Sin embargo, nos queda lo suficiente para no temer el hambre.

El río presenta el mismo aspecto poético con la variedad de parajes; sin embargo, su corriente se apacigua y espacia más y más, haciéndose menos escarpadas sus orillas.

Acá y allá los indios nos enseñan algunas chozas jíbaras que se levantan como centinelas en las colinas vecinas.

-Los de allá son amigos nuestros, nos dicen, podemos pasar cerca de ellos sin temor.

Se refieren a los indios capahuaris, tribu infiel pero aliada de los canelos: sus tambos están diseminados sobre la orilla derecha, en todo el espacio comprendido entre el río Bobonaza al nor-oeste y el Copataza al sud-oeste. Un poco al oeste, frente a Canelos y sobre las orillas mismas del Copataza, viven los jíbaros del Copataza, también aliados de los canelos.

-Estos del Copataza, nos dice Palate, no valen como los de Capahuari o del Uchual; nos han traicionado más de una vez aliándose con los de Macas; yo mismo he tenido que exterminar a muchos de ellos para recordarles una alianza que nuestros padres hicieron antes y que nosotros hemos renovado varias veces.

-Pero si os han traicionado ya, podrán volver a traicionaros y ¿esto no os asusta?

-Entonces, Padre, será la última vez. Exterminaré entonces todos los restos de esta tribu traidora: desaparecerán como los de Pacayacu, como los de Pindo, como tantas otras tribus, cuyo estrangulamiento en masa por los chirapas, te he referido ya. Así es que, Elías, ¡ya sabes, si ellos nos traicionan.....!

-¡Helo aquí, Padre, helo aquí! Es él, es él, exclama de improviso Palate, pálido y temblando como las hojas.

Confieso que la sangre se me heló en las venas, pensando que Palate acababa de ver a los jíbaros emboscados en la ribera. Pero no: Palate me enseñaba con el dedo una serpiente suspendida por la cola de la punta de un árbol. El reptil se balancea, toma vuelo, se lanza y pasa luego silbando sobre nuestras cabezas y va a caer a la orilla opuesta. Palate, armándose al instante de su cerbatana, se dispone a arrojarle una flecha; pero la serpiente se desliza rápida por entre la verdura, ocultándose presto a nuestra vista.

-Es el *supai* (demonio), murmura Palate, yo siempre he pensado que el *supai* es mi enemigo y me persigue por todas partes y me ha comido ya la media mano. Y lo peor es que hasta ahora no he podido darle alcance.

Reparo en la mano izquierda de Palate y en efecto el dedo medio esta destruido hasta la raíz y el pulgar cortado a lo largo y sin una falange.

-¿Qué, Palate, es la serpiente la que te ha mutilado?

-Si es ella misma, esa que tú acabas de ver y precisamente aquí me atacó la primera vez. Yo estaba solo en mi canoa, cuando de repente la note que se balanceaba y en una de esas emprendió su vuelo, porque debes saber que vuela, por esto digo que es el supai. Pues bien, en vez de atravesar el río, se abalanza sobre mí, enrosca en mi cuerpo y me arrebató la mitad de mi mano, deslizándose luego hacia el río y desapareciendo en las aguas. Padre, pienso que es el alma condenada de algún chirapa a quién quité la vida, que por eso me persigue así. Ella sabe, a no dudarlo, que una vez muerto Palate, los canelos no podrán sostenerse ante el enemigo y que todos los cristianos de la selva serán exterminados.

-Pero Palate, esta serpiente es conocida por vosotros como la serpiente voladora, ¿por qué, pues, crees que es el demonio?

-Pues, sencillamente, porque a las otras las mató sin remedio, pero a esta nunca he podido alcanzarla. Y mis hombres te podrán decir si alguna vez Palate yerra un tiro: flecha o lanza, mi arma nunca falla. Ahora, cuando pasó silbando sobre nuestras cabezas, me creí perdido. Pero no, luego pensé: el Padre esta aquí, imposible que el supai se lance sobre la canoa, porque el supai tiene miedo al Padre. Marcelino me ha dicho: para rechazar al supai el padre no hace sino trazar la señal de la cruz. Por eso no nos ha atacado, porque tu estás aquí y has hecho el signo de la cruz.

Esta serpiente, cuyo valor y forma no me fue dado distinguir con claridad, podría tener hasta cuatro metros de largo. Pertenecería indudablemente a la familia de las boas. Los indios la llaman la culebra voladora y aseguran que son muy venenosas sus mordeduras. Palate quedó enfermo y lleno de abatimiento por el espacio de un año, a causa de la mordedura de que nos habló poco antes. Se le hinchó todo el cuerpo y

el miembro mutilado conserva aun un dolor que él declara insoportable.

-Dime Palate, ¿cuál es la serpiente más venenosa de la selva?

-La pitalala, que ocasiona muerte instantánea.

¿Y, después?

Después, la chonta, negra como la misma chonta. Es la más astuta de las serpientes, pero se consigue curar de sus mordeduras.

-¿Y, cuál es la serpiente más grande de la selva?

-¡Ah, Padre! Tu, no la has visto aun; más, no tardarás en conocerla. Es la *mama-yacu* que nosotros llamamos “amaron” (gran serpiente de agua de la familia de las boas). Esta es grande y gruesa como un árbol. Vive en el agua y a los bordes de las orillas; de un “taruga” (ciervo), de un tapir y del hombre mismo no hace sino un bocado; en un instante los enlaza, les tritura y les mastica como nuestras mujeres la chicha y les traga luego... Acuérdate bien de lo que te digo: las serpientes más terribles son las pequeñas, aquellas cuya cabeza es larga, aplastada y desproporcionada con el resto del cuerpo: esas son las más temibles. Las serpientes grandes buscan la soledad, en tanto que las pequeñas se introducen en nuestras chozas, en la iglesia, en todas partes.

Palate, que conocía el Bobonaza como su propia chacra y sabía en donde se encontraban los tambos invisibles de los indios, interrumpía de cuando en cuando su curso de historia natural de las serpientes, para con su voz estentorea entonar su arenga favorita:

-Escuchadme, oh, vosotros, etc.

Los indios que conocían la voz de su capitán acudían de prisa al río, para saludarnos. Y lo primero que hacíamos era preguntarles si había algún niño enfermo en sus chozas, recibiendo casi siempre respuesta afirmativa.

-Si, Padre, tengo dos niños que están enfermos.

-Traédmelos para curarlos.

Se me depositaba estos niños a mis rodillas y yo incontinenti, levantándoles la cabeza y cogiendo agua del río con una calabaza, les administraba el verdadero y único infalible remedio, aquel que comunica a las almas la vida eterna y divina:

-Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Bauticé así una decena de indios en esta excursión por el Bobonaza. Habrán muerto ya los pobrecitos; Dios les habrá recogido en la flor de la vida, antes que ningún soplo impuro hubiese marchitado sus almas y profanado el perfume de su inocencia. Estarán ya presentes ante Dios, con la frescura aun del rocío bautismal, haciendo coro con las azucenas y las rosas que coronan la frente del celestial Esposo: ¡Qué feliz providencia para ellos y que inefable gracia y que alegría más grande para el misionero! ¡Poder decir que ha abierto la puerta del cielo a estos desheredados, que sin él se habrían perdido sin remedio y por el hoy tienen su salvación asegurada! Es decir, que glorificarán a Dios eternamente y que a los nombres de Jesús y de María se unirá el nombre del apóstol oscuro que vertió el agua salvadora sobre sus frentes. ¡Cuán hermoso pensar que uno ha hecho la felicidad de una criatura para toda la eternidad, poniéndola al abrigo de las terribles sorpresas de esta vida y que para ella no hay falta posible, ni arrepentimiento dudoso, porque está asegurada ya en la gracia, en el amor y en la beatitud! No es posible desear gozo más puro ni más poderoso estímulo. El misionero lo olvida todo en este momento dichoso: destierro, persecuciones, fatigas y privaciones. Todo esto es nada para él, mejor dicho, todo esto le es muy querido. La gotita de agua derramada sobre la cabeza de un niño moribundo le consuela de todo....

-Padre, ¿no vas a curar a mi hijo? Ves como la fiebre le devora y va a morir seguramente.

¿Pero que medicinas dejar a estos desgraciados? Es seguro, a priori, que las suministrarán al revés, que todas las instrucciones que

les demos, por claras que ellas sean, resultarán letra muerta para estos cerebros obtusos. Como todo ignorante el indio tiene su prejuicio contra el arte de curar y una terapéutica muy suya. Dos principios la resumen: cuanto más se toma un remedio, mejor. Toda medicina que no entra por la boca, y hace estragos en las entrañas, es indigna de este nombre. Imposible que tenga fe en la homeopatía: los glóbulos microscópicos y las diluciones inodoras les hallarán siempre refractarios. Tiene a la mano una multitud de medicamentos preciosos, verdaderos específicos puestos expresamente por la Providencia a su alcance, para curar todas las enfermedades que pueden ofrecerse en la región en que vive. Conoce la raíz de la ipecacuana, la quinina, la corteza del aceitillo y de otras plantas. Tiene sus febrífugos, purgantes y astringentes. Pero es tan torpe en el uso que hace de ellos, que mejor fuera que no los conociera. El escorbuto y la disentería hacen innumerables víctimas en estas regiones cálidas y húmedas, y un poco más abajo, en las zonas del Pastaza y del Napo, la fiebre palúdica es una temible plaga. Por vía de curiosidad veamos como proceden contra la disentería, por ejemplo. Hacen hervir cuatro o cinco libras de corteza de aceitillo hasta que el líquido adquiera el color y consistencia del alquitran y quede reducido a la condición de extracto; en este estado le administran una o dos cucharadas, que es lo mismo que tomar bálsamo de fierabraz. Si con este remedio no consiguen la mejoría, como no pueden conseguir sino una irritación en grado extremo, acuden entonces a su remedio favorito, la decocción de tabaco. Este sí que les produce efecto:

el enfermo da consigo en tierra, víctima de horribles convulsiones, estalla en gritos de bestia salvaje y, como último recurso, se arroja al río para apagar el incendio que le devora las entrañas. Al salir de este baño cae de ordinario en un profundo marasmo, que es el precursor infalible de la muerte.

Contra la viruela que en ellos hace horribles estragos y les destruye tribus enteras, su remedio favorito es asimismo el baño. Imposible querérselo impedir, tomarán el baño aunque les cueste la vida siempre.

Por lo demás, he notado con frecuencia que sus sentidos no tienen la impresionabilidad que los nuestros: una bebida amarga les sabe dulce, como les parece exquisita una fruta insípida. Un día les di a beber vinagre. Padre, me respondieron, es dulce como la miel.

Igual insensibilidad muestran en la apreciación de olores. El agua de rosas les causa náuseas y les encanta el ácido fénico. En cuanto a los colores no hallan sino apenas diferencia entre el azul, el verde y el morado; por lo general, los designan con un solo vocablo.

Estaba ya previsto que esta excursión por el Bobonaza no se nos terminaría sin algún contratiempo. Mientras yo bautizaba a los niños, Perico, cansado de la inmovilidad a que estaba condenado en la canoa, saltó a tierra y comenzó a dar brincos de alegría. Los muchachos, satisfechos de sus gentilezas, le hicieron coro y comenzaron a jugar con él en la arena, corriendo de aquí para allá, e internándose en el dédalo de arbustos escalonados en la orilla del río. La canoa continuaba su viaje sin dar tiempo a que Perico imprudente siempre, pudiera regresar. No tardó en dar aullidos, suplicándonos que le esperásemos; pero la piragua estaba muy cargada, por lo cual, los indios y el Padre mismo me aconsejaron dejarle en tierra, asegurándome que nos seguiría sin ninguna dificultad, como así lo comenzó a hacer, por en medio de los matorrales y en el trecho en que era plana la ribera. Pero luego sucedió lo que debíamos haber previsto y no lo hicimos: se encontró presto con una roca escarpada que le cerró el paso. Perico, que tenía horror al agua y que por nada del mundo consentía en mojar sus patas blancas, dio una vuelta y se internó en el bosque, perdiéndose a la vista. No tardó en hacerse oír un grito ronco, como un quejido de voz estrangulada.

-¡Alto!, exclamé enseguida.

-¿Y por qué?

-¡Mi perro acaba de morir!

-¡Ud. esta soñando!

-¡Le aseguro que mi perro ha muerto!

Esperamos, en efecto, algunos minutos y Perico no asomaba. Fuimos al instante a buscarle. ¡Ay! apenas a veinte pasos del río vimos

sobre el fango la huella profunda de las patas del tigre y grandes gotas de sangre...

Desgraciado Perico, más te hubiera valido morir de hambre en el desierto de Guamaní; así me hubiera evitado verte muerto tan desastrosamente.

El viaje no pudo menos que terminarse con tristeza. El recuerdo de Perico no me abandonaba, de Perico, mi amigo fiel en los días de angustia, el compañero inseparable en mis trabajos y en mis horas de prueba. Cuando me hallaba cansado, triste, abatido, se acercaba a lamerme las manos, se frotaba el hocico con sus patitas, daba brincos y hacia mil piruetas para consolarme, y sobre todo, tan tímido, tan delicado, tan reconocido .

Llegamos de noche a Sarayacu.

-Es inútil llamar a los indios, dijo Palate, dispuesto a comenzar su arenga favorita; todos están encerrados y duermen en sus chozas; subamos la colina e imitémosles también nosotros.

Capítulo XX
**SARAYACU. CÓMO LOS MUERTOS
TURBAN EL SUEÑO DE LOS VIVOS**

Llegamos por fin a Sarayacu, para ser presas de la decepción más cruel; el tambo del Padre se encontraba en ruinas, sin más vestigios que palos esparcidos en el suelo. ¿Dónde refugiarnos en una hora tan avanzada de la noche?

-Padre, me dice el Padre Pérez, en casos semejantes no hay más remedio que pedir el hospedaje a Dios: vámonos a la iglesia y verá como no estaremos mal ahí.

La iglesia es como la de Archidona, del Curaray y de Canelos, como todas las iglesias construidas en la selva por la iniciativa arquitectural del indio: lo que equivale a decir, un disparate, una especie de hangar cerrado por sus cuatro costados con una empalizada de chonta, que hace a la vez de iglesia y cementerio, en donde se congregan los vivos para orar y los muertos duermen su sueño eterno.

Como pudimos, nos acomodamos al pie del altar y no se hizo esperar el sueño, que fue en verdad bien corto. Muy luego me desperté sobresaltado, oprimido, jadeante, cual si tuviera fiebre; dando gritos entrecortados y extendiendo los brazos como para defenderme de un enemigo invisible que me oprimía.

-¡Padre, por Dios, favorézcame, no puedo más, que me ahogan, me asesinan!

¿Qué es lo que pasa?, me responde el Padre Pérez, que ha acudido ya a mi socorro; no hay nadie aquí. Ud. ha estado soñando.

-¡Ah, es Ud., Padre: quédese aquí por vida suya; tengo miedo; que horror de pesadilla! ¿Qué es lo que pasa en esta iglesia? He experimentado una impresión terrible, cual no he sentido jamás.

-Ni yo tampoco, replica el Padre Pérez. No he tenido la pesadilla como Ud. y no obstante mi sueño se ha interrumpido a cada instante; respiro con dificultad y tengo la cabeza bien caliente; levantémonos, prendamos fuego y veremos lo que será.

Recorrimos la iglesia con un mechón en la mano. ¡Mi Dios, que horror! Los cadáveres estaban a flor de tierra y de su descomposición se exhalaba tan mal olor que casi caemos con síncope. La mala suerte hizo que el Padre Pérez diese en un sepulcro recién abierto y se hundiese hasta la rodilla cubriéndosela de podredumbre. Al día siguiente supimos que no hacía mucho que una epidemia de escorbuto había causado numerosas víctimas cuyos cadáveres se habían puesto unos sobre otros en ese carnero humano, tapándolos apenas con algunas paladas de tierra. El resto de la noche la pasamos rezando y conversando juntos, ocultos tras el altar, con la cara hacia la empalizada de chonta, para aspirar a pulmones llenos el aire fresco y puro que nos venía desde el Bobonaza. De esta noche de angustia conservo una impresión, que indudablemente no se borrará jamás de mi memoria.

-Pero me observaréis: ¿Por qué no se corrigen abusos tan repugnantes? ¿Por qué no obligáis a esos neófitos a tener más decencia en sepultar a sus muertos?

-Lector amigo, hablar es cosa fácil y barata: para reformar se necesita tiempo y nosotros acabábamos de llegar. Además, la reforma no se la puede conseguir sino por la fuerza o la persuasión; reformar por la fuerza nos sería imposible; no nos resta, pues, más medio que la persuasión. Ahora bien. ¿cómo persuadir a estos pobres seres que son los más rutinarios e inconscientes que existen en la tierra? Sería para ello preciso que sintieran todo el horror que sentimos nosotros por este estado de cosas y que sus sentidos estuvieran al nivel de los nuestros. Pero como lo he dicho ya, no hay punto de comparación en esto. Lo que a nosotros nos causa náusea, lo que nos hiela de espanto y nos hace eri-

zar los cabellos, a ellos les deja completamente fríos e indiferentes. Pueden pasarse horas de horas sentados sobre los cadáveres a medio cubrir. La tierra de los sepulcros es húmeda, con una humedad que nada tiene que ver con la de la atmósfera; es agrietada y resquebrajada con la presión de gases interiores y está cubierta en toda su superficie con un moho inundo, capaz de asfixiar al mismo chacal y, sin embargo, no le hace mella al indio; diríase que su olfato no percibe nada.

-Me replicaréis, tal vez que esto obedece a su falta de instrumentos para abrir una tumba.

También yo pensaba lo mismo. Reemplacé la pala de chonta, la única que hasta entonces conocía, por una de hierro, pero en vano; lo único que se consiguió fue que terminaran más pronto la tarea. A vista de esto me transformé yo mismo en enterrador, trabajé con el azadón en ese montón de podredumbre y cavé algunas sepulturas, pensando que nada hay como el ejemplo para persuadir y hacerse imitar. Sin embargo, escuchad lo que decían en torno mío mientras yo sudaba el quilo y experimentaba todos los cambiantes del horror y repugnancia.

-Padre, no vale la pena darte tanto trabajo; ¿ocupa acaso un muerto tanto sitio?

Y algunos de estos pobres indios echaban otra vez al hoyo la tierra que yo había sacado con tanto trabajo.

¡Ah, es menester una paciencia angelical para tratar con estos seres degradados! Quienes se imaginan que la educación del salvaje es obra de un día o de un año y que las tinieblas amontonadas en siglos de barbarie se disiparán en un instante ante la luz del Evangelio, no comprenden la ruda y tenaz labor del misionero. Física y moralmente el indio es un ser que se halla en un nivel diferente del nuestro. Si es hombre, por los elementos esenciales de su naturaleza, deja de serlo por las costumbres que se sobreponen y las tendencias que va adquiriendo. Su modo de ser, de pensar y de sentir le coloca en una categoría a parte. Si no se rinde enseguida a vuestros razonamientos, si la ci-

vilización que le inculcáis no le seduce de presto, no es porque no lo quiera, sino porque no lo puede. No puede ver las cosas de manera diferente de la que nos ve, su educación no le da para más, su educación de siglos le ha puesto una venda en los ojos; sus órganos, su cerebro, su misma alma ha sido a la larga como modificada y como transformada. Esta destrucción casi radical del ser humano, estas ruinas seculares del ser humano, no pueden ser rehechas en un abrir y cerrar de ojos; quien quiere caminar con rapidez corre peligro de comprometerlo todo. Si se le contraría bruscamente a este niño terrible, se va para no dejarse ver jamás. Si le violentáis y le maltratáis, solapada o francamente se vengará de vuestras violencias y pagaréis acaso con vuestra vida un celo imprudente, que no hizo más que ahondar el abismo que os separaba de él. Los apóstoles del sable, los conquistadores, han querido ir demasiado pronto y como las cosas no avanzaban al compás de su deseos, han declarado que es imposible la conversión de estos infieles y exterminado en masa a quienes con el tiempo hubieran podido civilizar y convertir. Los apóstoles de Jesucristo siguen otro rumbo; su Divino Maestro les ha enseñado una táctica que nada tiene de común con la de Pizarro y Almagro; les ha enseñado a descender voluntariamente al nivel de los seres a quienes quieren levantar, abatirse hasta los abismos de abyección a que les ha sumergido el pecado, sin admirarse de sus miserias ni irritarse de su obstinación; vivir como uno de ellos, como no sea en el pecado; iluminar sus ojos ciegos, y, poco a poco, con prudencia y con dulzura, con paciencia sobre todo, elevarles al nivel moral y religioso del ser civilizado y cristiano.

Al despuntar el día, tocamos la campana, suspendida en la puerta de la iglesia y todo el mundo se reunió para rezar.

-Hombres y mujeres, ¿os atreveréis a sentaros sobre este montón de podredumbre? Vuestros muertos se vengarán del poco respeto que tenéis para sus tumbas; os comunicaran la enfermedad que les quitó la vida; sucumbiréis todos bajo el terrible azote del escorbuto. Ligero, cubrid esto de tierra, yéndola a traer enseguida; de lo contrario ni el Padre Pérez, ni yo celebraremos la santa Misa.

Así conseguimos cubrir con un poco de tierra estos sepulcros profanados. Terminada la Santa Misa, se reunieron todos en la plaza, rodeándonos cosa de ochocientos indios, y Palate con elegancia y donosura, deja oír su trompa épica:

-Escuchadme, sarayaqueños, un combate sin igual... etc.

Nuestros lectores saben sin duda de memoria la loa de Palate. Cuando los vivos y los aplausos hubieron cesado, tomé yo mismo la palabra:

-Oídme bien, valerosos moradores de San Vicente de Sarayacu, el Padre blanco os ama mucho y por eso os ha venido a ver, arrojando mil peligros y fatigas de un prolongado viaje; y vosotros ¿le amáis al Padre blanco?

-Sí, sí, nosotros te amamos mucho.

-Pues bien, si le amáis, ¿cómo ha de ser posible que no tenga ni una miserable choza para albergarse y dormir?, ¿le trataréis al Padre blanco con más descomedimiento que a vuestros perros y monos?, ¿le obligaréis a buscar un refugio en medio de los cadáveres? Si hoy día mismo, antes de la puesta del sol, no esta mi choza levantada de sus ruinas, cubierta de follaje y lista para recibirme, abandono a esta tribu ingrata, regreso a Canelos y no vuelvo a veros. Lo dicho, dicho, y ahora todos manos a la obra.

Se adelanta entonces el capitán y uno de los alcaldes y replican:

-Oyenos, es verdad que no tienen tambo, pero, ¿de quién es la culpa? El que debía reconstruirlo, el jefe de la tribu, el cacique no está aquí. Peor que los jíbaros infieles ha traicionado a su tribu y, llevándose consigo a diez familias adictas, ha bajado por el río e ido a establecerse en Andoas. No tienes, pues, razón de enojarte con nosotros, porque aquí nadie es culpable. Pero, tranquilízate, hoy mismo estará tu tambo levantado de las ruinas y ya no tendrás que dormirte con los muertos.

Y diciendo y haciendo, todos se dispersaron por el bosque, los hombres por un lado y las mujeres por el otro; estas a buscar hojas de palmera y aquellos a cortar y transportar bambúes. Y tal entusiasmo pusieron en el trabajo, que a las tres de la tarde la casita estaba ya completamente acabada y tomamos posesión de ella enseguida.

Esta tribu de Sarayacu, aunque diezmada por el escorbuto, con taba al rededor de novecientos indios. Es la más avanzada y como la vanguardia de la misión de Canelos. Su territorio se extiende desde Pacayacu hasta Rotunojatun, y del río Trigue o Conambo al Bobonaza. Al frente, sobre la ribera derecha del Bobonaza, viven los jíbaros del Capahuari, de quienes he hablado ya. Asimismo al frente, pero más allá del Pastaza, se encuentra la importante tribu de los jíbaros del Uchual o Achual. Al nor-oeste, sobre las orillas del río Tigre se hallan diseminadas numerosas familias de záparos, que se dicen los Záparos del Conambo. Todo este mundo de tribus se alían para vivir en la más completa armonía. Buen número de familias záparas se ha agregado ya al núcleo cristiano de Sarayacu; aquí tuve el consuelo de bautizar a dos de ellos en esos pocos días. En cuanto a los jíbaros capahuaris y uchuales traen sus productos, como el alquitrán de sandi y las cerbatanas para cambiar con los tambores de los canelos.

Los záparos, en cambio, no producen nada con que comerciar; son los seres más perezosos e imprevistos y también los más inconstantes del mundo. Son los neófitos a los que más fácilmente se persuade, pero olvidan su bautismo con la misma facilidad con que lo reciben. Nómadas e inconstantes por naturaleza, desaparecen de repente y se pasan años sin que se oiga hablar de ellos. Blandos de carácter, son fácilmente presa de las belicosas tribus del Pastaza; la mitad de la tribu ha desaparecido ya en esas invasiones nocturnas y la otra mitad habría corrido la misma suerte, si los canelos, sus aliados, no estuvieren siempre con el arma en la mano para impedir el avance del invasor.

Esta constante fusión de los sarayacus con las tribus infieles, ejerce una influencia recíproca en el destino de estos diferentes pueblos. El pésimo ejemplo dado por los jíbaros polígamos no deja de influir en es

tos cristianos ignorantes y groseros. No hay tribu cristiana en donde la inmoralidad este mas campante que en Sarayacu; aquí existe en completa libertad, marcha con la cabeza erguida y campea sin la menor vergüenza. Pero sin embargo, la idea cristiana, por oscura que se encuentre en el cerebro de estos ignorantes, no deja de arrojar alguna luz siquiera en el ceño del gentilismo. Como cada tribu tiene su lengua peculiar; para entenderse se sirven de signos o de intérpretes, intérpretes charlatanes, sencillos y cándidos como los demás, que no pasan de expresar sino lo que han visto o podido apenas entender. Ello, si no es suficiente para instruir al infiel, sirve, sin embargo, para despertar el instinto religioso que duerme al fondo de su alma, para sacarle de la indolencia absoluta que constituye su estado normal, para darle una especie de presentimiento si quiera de un Ser Supremo. De lo cual pude convencerme al día siguiente mismo de mi llegada a Sarayacu.

El muchacho que nos servía de sacristán vino a contarme que una familia de jíbaros del Uchual acababa de llegar a Sarayacu.

- Diles que nos venga a ver.

- Padre, imposible que quieran, porque son infieles.

- Pues entonces, yo iré donde ellos; condúceme.

- Pero ¡qué! ¿no tienes miedo? Bien sabes que los jíbaros no quieren a los Padres.

- Si lo sé, pero yo les amo y esto basta. Además son vuestros aliados y no se atreverán a hacerme daño a la vista de la tribu congregada.

Partimos pues. Llegado a la puerta del tambo, encontré a las mujeres y a los niños del jíbaro, que jugaban con los pájaros y los monos, sus compañeros inseparables. Todo fue verme y al instante exhalaban un grito de espanto y se ocultaron por entre los matorrales. Yo quería sobre todo verme con el padre y halagarle con algunos regalos; pensaba entre mí; el es valiente y audaz y no huirá de mí, así que, ¡adentro! Apenas me vio el jíbaro retrocedió cosa de tres pasos, dejó caer al sue-

lo el mate de chicha que llevaba a los labios y cogiendo su lanza, también el huyó despavoridamente .

- ¡Dios Yaya, Dios Yaya!; El Padre Eterno, el Padre Eterno!

Mujeres y niños, monos y loros, toda la familia le siguió, gritando y repitiendo en coro la exclamación del padre:

- ¡Dios Yaya, Dios Yaya!

Los jíbaros me tuvieron por una aparición divina, por el Padre Eterno en persona. Era este un triunfo debido a mi hábito blanco, a mi larga barba y puede ser también al bonete de piel de mono de que estaba adornada mi cabeza. Cuando regresé donde el Padre Pérez, le pregunté incontinenti:

- ¿Cómo me decía Ud. que los jíbaros son los seres más irreligiosos del mundo? Pues me han tomado por el Padre Eterno y, si el miedo no les hubiese puesto alas en los pies, seguro que caían de rodillas y me adoraban.

Como quiera que ello sea, yo deduzco esta conclusión: el jíbaro me ha tomado por el Padre Eterno, luego tenía la idea de antemano; lo cual es suficiente para demostrar la influencia de nuestros indios católicos sobre la raza bárbara y atea.

Debo decir, sinceramente, que esta tribu de Sarayacu nos causó la más triste impresión: la encontramos en completo desorden; la deserción del cacique y de una parte de la población, las prácticas monstruosas de las que pudimos darnos cuenta, la embriaguez y el impudor que cada día se desarrollaba a nuestra misma vista; todo esto nos oprimía el corazón y nos llenaba de tristeza.

- Padre, para rehabilitar esta cristiandad se necesita tiempo y sufrimiento; nada podemos hacer nosotros en tan pocos días. Partamos, pues, ya enviaremos luego un misionero que se establecerá de fijo y no abandonará este rebaño roñoso y degradado.

Permanecemos aquí tan solo cuatro días y nos devolvimos a Canelos. El regreso nada tuvo de halagüeño: los indios estaban aun sombríos y como fuera de sí. Aun Palate se callaba; diríase que le había desmoralizado la permanencia en Sarayacu. De la noche pasada en medio de los cadáveres conservaba algo más que un recuerdo: al día siguiente se me declaró la fiebre, sin abandonarme desde entonces. Un accidente del que fui víctima en la travesía, vino aun más a redoblar su violencia. El Padre Pérez, conociendo mi gusto por la caza y deseando sacarme de la modorra en que estaba sumido, me señaló con el dedo una águila pescadora, posada altivamente sobre uno de los árboles que bordeaban el río.

- ¡Vaya con una águila que no comerá más pescado!, exclamé gozoso. Y diciendo y haciendo me levanto, apunto y... caigo al agua en medio de una correntada. Dos de los indios se zambullen conmigo en los remolinos de agua, se lastiman en los arrecifes pugnando por sacarme, mientras Palate me tiende un largo canuto de bambú, del que logré por fin asirme. Se me trae a la piragua más muerto que vivo. Pálido y en silencio el Padre Pérez saca de su maleta un frasco de alcohol con el que me fricciona todos los miembros: pero la fiebre se acentúa y me acompaña hasta Canelos.

Capítulo XXI

UNA ALEGRE SORPRESA

¡Canelos! Tenía ansia de volverlo a ver. No obstante, todos estos parajes maravillosos que pocos días hace me habían conmovido y encantado tanto, nada decían hoy a mi alma. Pasaba cerca de ellos con la indiferencia más grande, sin dignarme siquiera echarles una mirada. ¡Es bien extraño como nuestras impresiones van al compás de nosotros mismos y cuanto hay de subjetivo en nuestras sanciones! Nada había cambiado en torno mío, el agua tenía la misma transparencia y los árboles y las flores conservaban su hermosura de encanto; sin embargo, en mi ser había cambiado todo y todos estos primores eran letra muerta para mi espíritu cansado.

El Padre Pérez, inquieto con justicia por mi estado, me prodigaba los cuidados de una madre, tratando en vano de devolverme el apetito y la alegría:

- ¡Padre, me decía, que dirían si Ud. muriera! ¡Qué dirían, en Quito, los Padres y sobre todo aquí, los indios!

- Pues sencillamente que los Padres negros, vencidos al principio por los Padres blancos, se han vengado cruelmente de su derrota, y que usted me ha ahogado en el Bobonaza. ¡Qué tema tan espléndido para la elocuencia guerrera de Palate! Nos parece estarlo oyendo: “Escuchadme, amigos, el enorme crimen que se ha cometido en el gran río. El Padre blanco había vuelto al ceño de sus fieles indios, pero ha tenido la imprudencia de hacerse acompañar del Padre negro, etc.” Se adivina ya el resto.

Empleamos cuatro días y medio en bogar aguas arriba hasta Canelos.

Felices de llegar al puerto y de tornar a ver a sus familias, nuestros indios prorrumpen en gritos estridentes y en silbos, cual locomotoras caldeadas. Habían sido evidentemente señales de convenio, pues al instante contestan en igual forma de la cima de la colina, echan a volar las campanas de la iglesia y toda la tribu se precipita con dirección al río.

- ¡Escuchadme bien, los de Sarayacu son unos perros! En lugar de atender al Padre blanco, el cacique se ha mandado a cambiar al río grande diciendo: -Que el tal Padre se vaya al diablo, yo no tengo necesidad del Padre para vivir; los jíbaros son lo mismo que los cristianos.- Escuchadme los de Sarayacu son unos perros. Han dejado que el Padre blanco durmiera sobre los cadáveres; el Padre blanco allí no ha tenido tambo, ni carne, ni pescado. Le han dejado morir de hambre y regresa enfermo a Canelos. Oídme bien, esos de Sarayacu son unos perros. No saben más que beber y emborracharse, vociferar y darse de puñetes. Los muchachos no entienden más que de violar a las muchachas y pegar a sus madres, sin saber ni hacer guerras ni manejar la lanza. Por eso, el Padre blanco no volverá más a Sarayacu: se quedará en Canelos porque esta es la tribu del Padre blanco. Y ahora, manos a la obra; todo el mundo a cumplir con su deber.

En tanto que el ilustre Capitán peroraba hasta perder el aliento y lanzaba sus maldiciones contra Sarayacu, se desarrollaba a nuestra vista un espectáculo del todo divertido. Muchos niños para ver mejor, se habían subido a los árboles y suspendido de los bejucos. Otros, escurriéndose por entre las innumerables piernas que les estorbaban el paso, llegaban a la orilla para luego, metiéndose de cabeza al río, ir a nadar al rededor de las piraguas. Eran más o menos las cuatro de la tarde, hora en que la sombra de los árboles se proyecta sobre el río y refresca las aguas ardientes, hora del baño para estos seres anfibios. La tentación era demasiado fuerte para que alguien pudiera resistir. Saltan, pues, todos al río y comienzan las evoluciones.

Dejamos a nuestros anfibios en sus juegos acuáticos, y ascendemos lentamente la colina, sin sospechar, ni remotamente, la grata sorpresa que nos esperaba. Al llegar a la puerta del Convento, escuchamos una voz fuerte y conocida que me llamaba por mi nombre.

- Pronto, pronto, Padre Pierre, hace ya 24 horas que le espero y comienzo ya a impacientarme.

- ¿Tan solo 24 horas?, exclamo al instante lleno de júbilo; y yo hace dos largos meses que suspiro por Ud.

Y voy sobre sus brazos, y nos abrazamos mutuamente, cual suelen abrazarme los seres civilizados que tienen la dicha de encontrarse en el fondo del desierto. Era el M. R. P. Tobías, Vicario Apostólico de Archidona.

- Pero, cómo se explica que este Ud. aquí cuando lo dejé enfermo en Quito de cuidado y a quien los médicos se turnaban para atenderle?

- Si, pero se puede burlar la vigilancia de los médicos. Ud. recordará sin duda nuestra despedida en el camino de Pifo y Guamaní. Tenía vivos deseos de seguirle y guiarle personalmente a través de la selva.

Este deseo me hizo cometer una locura, locura que Dios la bendijo a no dudarlo, ya que he podido llegar hasta Ud. con vida. Quince días habían pasado apenas de su partida, cuando, sin decir nada a nadie, tomé la dirección del campo y me interné a través del bosque. Como es de suponer llegue a Archidona en estado lamentable.

- ¿Qué es del Padre?

- ¿El Padre ya partió?.

Llegué al Curaray donde encontré todavía algunos indios que se habían atrasado. Les pregunté por Ud. y me dieron igual respuesta.

- Hay que confesar que a pesar de ser Ud. novicio en asunto misionero, ha combinado muy bien las cosas y caminado con toda celeri-

dad. En cuanto a mi, me dirigía Canelos, pero esta vez si pensé que moriría, porque la fiebre palúdica que me había obligado a trasladarme a Quito me atacó con más fuerza en la travesía del Curaray y lo que es peor, con dolores terribles de todos los miembros. Sin la ayuda de mis indios habría sucumbido irremediablemente en el río; mas, no fue así: antes bien pude avanzar a Canelos.

Una vez aquí, mi primera pregunta fue por Ud. y siempre la misma respuesta: el Padre partió ya y esta de marcha en el río grande.

Cansado ya, me dije para mi mismo: bien puede viajar hasta el Amazonas y hasta el Atlántico si le viene en gana; yo no puedo más y así no me moveré de aquí.

Y mientras de este modo me cuenta el sus aventuras yo miro sus piernas y sus pies, sus piernas magulladas y ensangrentadas, sus pies entumecidos y surcados de espinas, los dedos privados de las uñas, mutilados, inconocibles. Y le abrazo una vez más para demostrarle mi gratitud y mi cariño.

- Pero le hallo muy agotado, agrega él; por lo visto, esta Ud. enfermo.

- Indudablemente, y enfermo hasta apenas poder tenerme de pie. Andoas le dio a Ud. la fiebre palúdica y Sarayacu a mi la fiebre de la tumba.

¡Qué desventurada tribu! No se respira en ella sino la putrefacción física y moral.

- ¡Cuenta con desalentarse!

Nosotros hemos visto otras tan infortunadas como ella; ¿no es cierto Padre Pérez?...

Su fiebre cederá al instante con solo propinarle ipecacuana y quinina y después de tres días Ud. no sentirá ya nada. En cuanto a Sarayacu será más difícil de curar.

Ud., sin embargo, ha de conseguir sanarles con la gracia de Dios y el prestigio que tiene el hábito dominicano sobre esta tribu. Confíe, Padre. ¡Viva Nuestra Señora del Rosario de Canelos y adelante!

Subimos luego a nuestro rústico gallinero y pasamos allí dos o tres horas de conversación íntima, relatando nuestras aventuras.

La fiebre me desapareció como por encanto y comí con gran apetito, lo que no me había sucedido desde la famosa noche pasada en la iglesia -cementerio de Sarayacu.

La fiebre le volverá mañana, por que ella no capitula tan fácilmente. Por esto, mañana de mañana le daremos ipecacuana y pasado mañana, quinina. Pero bien, dejando esta a un lado, ¿cuáles son ahora sus intenciones? ¿Que piensa hacer?

- Pienso pasar aquí unos ocho días, celebrar con Uds. la fiesta de Corpus y regresar a Quito por el Pastaza, por Baños y Ambato.

- ¿Cree Ud. que los indios accederán a acompañarle por estos caminos tan malos? Nos hallamos en pleno infierno y el camino de Canelos a Baños es el más intransitable de la selva.

- Yo pienso que este camino es el que han seguido antes nuestros Padres para venir acá y será también el nuestro muy pronto. Aunque sea el más intransitable es el más corto y no sería completo mi viaje de exploración si me regresará a Quito sin conocerlo.

- Esta bien, ya volveremos a hablar sobre el particular. ¿Con qué quiere Ud. celebrar la Fiesta de Corpus en Canelos?

- Si, y con todo el esplendor posible. Quiero herir la imaginación de los indios y dejarles un recuerdo imborrable. Es necesario que hagamos algo inusitado.

- ¿Pero con quiénes y con qué? No tenemos aquí más que nuestros pobres altares portátiles. ¿Cómo desplegará Ud. una magnificencia así?

- La selva, más espléndida que nuestros tisus bordados nos dará su follaje y sus flores, Palate pondrá a disposición nuestra sus guerreros, el Padre Pérez su acordeón y... Ud. verá. ¡La Europa entera envidiará nuestra fiesta del jueves!

Capítulo XXII

EL DÍA DE CORPUS EN CANELOS EL SECRETO DE MARCELINO

Estamos en miércoles 8 de junio. Todos los indios, hombres, mujeres y niños, a órdenes de Palate y Marcelino, se ha internado al bosque en busca de ramos y de flores. Reina un silencio sepulcral en el pueblo. Tan solo algunos monos, olvidados en los tambos, se presentan a entretenernos con sus travesuras y a dar cuenta con los plátanos que teníamos colgados de las vigas de bambú de la cabaña. Ahuyentarlos no es cosa fácil, porque no hay animal más astuto, impertinente y porfiado que el mono. El cielo, cubierto en la mañana de una bruma espesa, no dejaba de inquietarnos por el día siguiente. Pues, para los indios más si cabe que para nosotros, no hay fiesta buena sin sol y se impresionan al compás de los cambios atmosféricos: el ambiente nublado les vuelve apáticos y taciturnos, entretanto que un día de sol les torna alegres, inquietos y llenos de iniciativa y entusiasmo. Estábamos perplejos, hasta que al medio día comenzó a cambiar completamente: la brisa desvaneció ese vapor indefinido, el sol enjugó sus ojos húmedos, desplegó su cabellera de oro y levantó su frente iluminada con una luz que resplandecía en un azul sin nubes. Ya todo estaba a pedir de corazón y la fiesta se anunciaba ya magníficamente.

Sin embargo, los indios tardaban en volver y el Padre Pérez alarmado: -Padre, dijo, quien sabe si regresarán, Ud. no conoce aun a estos seres incomprensibles; no hay más variables que ellos bajo el sol. No me dice nada bueno el ver la aldea del todo desierta y la partida de la tribu en masa. Ud. me tildará de alarmista pero qué quiere que haga: son tantas las pasadas que me han jugado, que me han dado ya experiencia de sus hechos.

Felizmente los mismos indios se encargaron de dar un solemne mentis a estas profecías de mal augurio, porque precisamente cuando se estaba hablando mal de ellos, ellos, con el más grande silencio, estaban ya reunidos en los alrededores: seres singulares, que nunca están mas cerca de uno que cuando se les cree lejos.

¡Rran plan plan, rran plan plan, rran plan plan! he aquí que sesenta tambores y una docena de flautas aparecen en la plaza: Palate, capitán del Bobonaza y Salúa, capitán del Villano, abren la marcha, ambos en gran traje de guerra, la lanza sobre el hombro y el escudo al puño, uno y otro negros como diablo, a excepción de los ojos y los labios superiores que el achiote hace brillar como fuego, soberbios como Napoleón al regreso de Austerlitz. Después de los tambores, venía el cacique rodeado de sus alcaldes, luego los priostes llevando los presentes, a los que seguía Marcelino, sindico de la iglesia catedral de Canelos; tras de Marcelino llegaba una larga hilera de guerreros, armados de lanzas y embrazados los escudos y cerraban la comitiva los jóvenes y las jóvenes, las mujeres y los niños, los primeros cargados de palmas y de flores los segundos. El conjunto ofrecía un espectáculo de seducción.

Todo este mundo avanzaba en el mas profundo silencio, sin dejarse oír sino el ruido sordo de los tambores y el sonido agudo y monótono de las flautas. Se pasearon en esta forma la plaza y la iglesia, rodearon el convento y por último, se detuvieron ante nosotros, a la puerta de nuestra habitación. En esto hicieron silencio los tambores y sonó la palabra del cacique.

- Padre, exclama, es costumbre en Canelos ofrecer al Padre Blanco los presentes de la fiesta: así me lo han referido mis mayores y de ello puede dar testimonio el viejo Marcelino. Nosotros queremos hacer como nuestros padres, porque las costumbres tradicionales deben ser respetadas. Y ahora, Priostes, cumplid vuestro deber.

A esto, los dos priostes salen de sus rangos y depositan a mis pies: una polla, tres huevos y un manojo de leña para la cocina, yuca y carne acecinada. En seguida, los tambores y flautistas forman un círculo inmenso, en cuyo centro nos encontramos aprisionados, y marchando

uno tras otro, comienzan su rran plan, plan, y su titiriti. Todos guardan seriedad, cual si se tratase de una ejecución capital y los pobres diablos aprisionados dentro de este círculo mágico debieran sufrir el último suplicio. Y se trata de esto mas o menos, pues he aquí que una muchacha, la más alta y mejor adornada de toda la comitiva, franquea la línea de tambores y, colocándose en mi delante, me convida graciosamente nada menos que a bailar.

- Padre, dice el cacique, no hay fiesta sin baile, te toca principiar.

- Cacique, amigo mío, te olvidas que he tenido fiebre y que después de ella he quedado con las piernas tiesas. Y luego dirigiéndome a la muchacha, le pregunto:

¿Cómo te llamas?

- Teodora Tenchina.

- Pues. Teodora, hija mía, te voy a presentar al hombre más guapo de tu tribu.

Con esto obligó al capitán Salúa, grande y feroz como Goliat, a dejar la lanza y el escudo y a hacer frente a la joven.

Al instante el círculo se llena de bailadores y comienza el baile al son de flautas y tambores.

Ilusionábame con una danza original y característica, pero ¡que decepción mas grande! El baile más ridículo, más triste y estúpido que he visto jamás, los movimientos lentos, el andar pesado, las fisonomías más muertas que se puede imaginar. Una serie de pasos y de vueltas, de balances y cruces y pare de contar. En tanto que la joven Teodora avanza lentamente con la cabeza baja, colgados los brazos y balanceándose pesadamente como una mujer ebria, el gigante Salúa retrocede con la misma gracia y la misma ligereza que un hipopótamo, tapándose la nariz y cubriéndose la cara con la mano derecha. Todas las parejas reproducen esta música imbécil y todos los caballeros van y vienen imitando el gesto grotesco de Salúa.

- Y bien, ¿qué me dice Ud.?, murmura el Padre Pérez, gozándose visiblemente de mi derrota.

- Pues sencillamente que las gracias no han nacido sobre las orillas del Bobonaza. Digo también que la danza es una mentira, una pura mentira, y que el querer juzgar sobre el carácter de un pueblo por estos ejercicios de arte donde todo está arreglado de antemano hasta en sus mínimos detalles, es exponerse a cometer graves errores. Apuesto, ágil, de una ligereza y gracias infinitas, impetuoso y rápido como el rayo es el indio que Ud. y yo hemos conocido; y sin embargo, ¿lo conoce Ud. en estas pesadas maniobras, en este aire contraído y vergonzoso, en estos gestos falsos y grotescos? No, no hablemos más, este baile es contrario a su naturaleza, es una mentira, una purísima mentira.

El baile no duró mucho tiempo; estos naturales, tan alegres y expresivos, son incapaces de contenerse. A una señal dada por Palate, bailarines y bailarinas se escapan gritando y saltando y todo el mundo se precipita a la iglesia siguiendo a Marcelino. Comienzan entonces los preparativos para la fiesta del siguiente día. En prepararlo han puesto todo su entusiasmo. Los jóvenes de uno y otro sexo se apoderan de las palmas y las flores, las sujetan sobre la empalizada de chonta con tallos flexibles de algunas lianas y las exponen con profusión sobre el altar. Forman varios arcos de los que suspenden todas las fruslerías con que acostumbran adornarse ellos mismos. En cuanto a las mujeres, sentadas en el suelo, amasan la arcilla y fabrican pequeños y deformes candeleros, en que colocan antorchas de una cera negra y olorosa. Lo más difícil y prolijo, como es natural, hacen los hombres. Armados de machetes, cortan y dividen las tablas de las canoas y transportan estos materiales a la plaza, para componer con ellas cuatro altares absolutamente deformes. Todo esto es de pésimo gusto, pero no hay cosa mejor para ellos. En vez de dirigir su trabajo y sugerirles ideas para la decoración preferimos dejarles en libertad, porque, ni nos comprenderían nuestras insinuaciones, ni se contentarían con ellas.

Los tambores y las flautas no cesan en su son en plena iglesia, pues es un número del programa de la fiesta. Al mismo tiempo cuatro

jóvenes armados de lanzas, ejecutan ante el altar una danza guerrera: con la lanza en alto, como si fueran a traspasarse, avanzan el uno hacia el otro y luego retroceden, tornan a avanzar y, dando un salto, se cruzan, para tornar a continuar el mismo ejercicio; todo esto, siquiera reviste un aire guerrero. Es evidente que la iglesia no debería servir de teatro a semejantes diversiones; pero no olvidemos que estamos en un país de salvajes y que cada pueblo traduce a su manera la idea religiosa: en nuestro caso, para estas tribus guerreras, el supremo homenaje es ir a quebrar una lanza a los pies de la Divinidad.

A las cinco de la tarde, todos los preparativos estaban terminados: el contorno de la plaza hallábase cubierto de palmas y adornado de flores; de trecho en trecho levantábanse los altares. Dispuesta así la fiesta, el cacique dio la señal de llamada y todo el mundo acudió a beber la chicha.

Uno solo se quedo de pie cerca del vetusto altar, silencioso y recogido; en espera de que este colega turbulento se hubiera retirado, y cuando me disponía a salir también yo, me llama con su dulce voz de anciano, haciéndome una señal para que me acercara.

- Padre, nuestro Padre, ha llegado por fin la hora de revelarte mi secreto. Nadie nos ve ni nos oye. No están aquí más que el Padre Blanco y el viejo Marcelino: voy pues a hablar.

Conmovido por su voz dulce al mismo tiempo que grave y por el misterio que rodea a este hombre venerable, me aproximo a él y después de haberme cerciorado de que efectivamente nos hallábamos solos en la iglesia, a mi vez le digo:

- Habla, Marcelino, habla, te lo suplico: ¿cuál es tu secreto? No me lo ocultes, que ansío conocerlo.

En lugar de responderme, Marcelino toma en su mano una vara de chonta, precisamente aquella de que se sirve para abrir las sepulturas; camina por detrás del altar y dirigiéndose hacia el ángulo izquierdo y señalándome con el dedo un montón de madera hecha pedazos y apolillada y de restos de toda especie:

- Este es, me dice.

Y principia a barrer el suelo de todas las basuras que se habían allí acumulado y luego se pone a cavar la tierra dura y compacta. El trabajo no adelanta sino con lentitud, cosa que me tiene en ansia de saber el resultado .

- Marcelino, le digo, préstame la pala, yo soy más joven y haré más ligero .

- No, no: Marcelino ha enterrado este tesoro, Marcelino será quien lo saque a luz. Es cierto que tu lo harías más ligero porque eres joven, pero perderías el tiempo en buscar lo que la mano del viejo Marcelino encontrará sin error en nada.

Y sigue con su calma habitual. De improviso se deja oír un ruido sordo, semejante al que produce la pala del sepulturero, cuando golpea sobre las tablas podridas de un sepulcro.

- ¿Es una tumba o un cadáver lo que me vas a enseñar, Marcelino?

- No, no es una tumba ¿por qué crees que es una tumba? ¿acaso Marcelino es el guardián de los muertos? Eres demasiado impetuoso; como todos los jóvenes quieres saber todo enseguida y dices: he aquí la luna, cuando es el sol que se eleva sobre el horizonte.

Y cava y cava y cava sin cansarse, dejándose notar que esta vivamente conmovido.

- ¡Ah! Si, esta es, exclama por fin, descubriendo una caja de madera, de cincuenta centímetros cuadrados mas o menos; si, esta mismo es, pero, ¿como la ha desgastado el tiempo! Pero no importa: la madera no vale mucho; mi secreto esta adentro.

Y trata de sacar de la tierra una caja apolillada que cede a sus esfuerzos y cae deshecha en polvo, a vista de lo cual intento ayudarle, pero él:

- ¡No, no!, exclama con animación: Marcelino ha escondido este tesoro, él mismo debe sacarlo a luz.

Apenas desenterrada, la caja misteriosa se deshace en pedazos, y se ofrecen a nuestra vista viejos jirones de seda, enmohecidos, podridos, inconocibles .

- ¿ Este es todo tu tesoro, Marcelino? ¿No tienes nada más?

- Mira si no hay más.

Y de en medio de este montón de andrajos denigrados e informes saca un hermoso cáliz español.

- Es el cáliz del Padre Fierro el que le sirvió en su última misa. Te he contado que fui yo quien le ayudo. Cuando terminó y se fue, cogí este cáliz llorando y dije: Eres el cáliz del Padre blanco: ningún otro se servirá de ti, si, esperarás el regreso del Padre blanco, ya que el Padre Fierro ha dicho: “El Padre blanco ha de volver, Marcelino, y tu le has de ver un día en el río grande”.

Tomé esta preciosa reliquia, la besé con amor y la examine en todo sentido y encontré al pie una inscripción en español:

Soy de la misión de Canelos de los padres Dominicos 1775.

- ¡Oh, Marcelino, Dios te bendiga por haber tenido este piadoso pensamiento. Si supieras como me late el corazón en el pecho y que grata emoción me causa este recuerdo sagrado de los tiempos antiguos..!

No es esto solo; aun no has visto todo: todavía no conoces todo mi secreto .

Y se pone a buscar entre los viejos jirones que llenan la caja.

- ¡Toma, dice con entusiasmo: he aquí la Virgen del Padre blanco, la Virgen de Canelos, la virgen victoriosa de los Jíbaros! ¡Ah, desde que la oculte bajo tierra, hemos tenido muchas desgracias en la tribu!

La enfermedad nos ha diezmado varias veces, los jíbaros nos han librado rudos asaltos! Los ancianos de la tribu me decían a menudo: “Marcelino, ¿sabes dónde esta la Virgen del Padre blanco?; ¿qué has hecho de ella? Vamos a morir de no verla; tu sabes bien que ella nos hace triunfar de los fieles y nos salva de las epidemias”. Pero, Marcelino estaba sordo y hacia como si no entendiese y decía: “No, Virgen Santa, no, tu no saldrás de ahí. ¿Por qué le has dejado ir al Padre blanco? Todo el tiempo que el no regrese, tu estarás enterrada bajo tierra; el día en que el Padre blanco venga por el río grande, ese día te sacaré a luz”! Si, es ella, es la misma, continuó él estrechándole en sus brazos; la reconozco; tu también debes reconocerla ya que eres el Padre blanco. Pero ¿cómo la ha ennegrecido el tiempo. Antes, su rostro era rosado, como el de las jóvenes que hay en Baños, su vestido azul como el cielo, su manto relucía de oro... ¡Cómo la ha cambiado el tiempo!

Era una pobre Virgen de madera, que seguramente nada tenía de artístico; los dedos se le habían reducido a polvo, uno de los brazos se había desprendido del tronco y este mismo, estaba apolillado; al cuello, llevaba aun, un espléndido rosario de coral encadenado en oro. La recibí de manos del buen anciano; y la estreché yo también sobre mi corazón. Sin embargo una duda cruel nos atravesó el espíritu.

- Dime, Marcelino, la virgen del Padre blanco ¿no es la que esta en el altar? Me han dicho que es ella.

- El que esto te ha dicho, no ha conocido nunca a los Padres blancos, ni a la Virgen. ¿Y quién va a enseñarle al viejo Marcelino? ¿Han asistido como yo a la gran batalla? ¿Han visto lo que yo he visto? Aquí, cuando uno de nuestros guerreros quería conocer a la Virgen, venía y me decía: “Marcelino, tu que has estado ahí, cuéntame la historia de la Virgen del Padre blanco”, y yo le contaba la historia, pues es la ventaja de los viejos, saber muchas cosas y decirlas con autoridad.

- Bien. Cuéntame esta historia Marcelino; habla.

- ¡Ah!, tu no la conoces aun! Voy a contarte y verás si Marcelino conoce a la Virgen del Padre blanco.

Entonces, levantando la cabeza y la voz:

- Escucha: yo era joven todavía, y la gran palmera que esta frente a la iglesia era joven también. Aun no llevaban lanza, pero cazaba ya largo tiempo con la pucuna (cerbatana). El Padre blanco había regresado de Sarayacu a Canelos para dar a la misión, pero casi nadie respondió a su llamamiento. Apenas doscientos guerreros se habían presentado en la aldea. Pues verás lo que sucedió. Un día, en que el Padre blanco celebraba la santa misa, poco antes de que salga el sol, uno de los nuestros entró corriendo en la iglesia: “¡Hombres, grita el, acabo de ver a los chirapas en el Tinguisa!; ya suben la colina, a las armas, a las armas!”

Todo el mundo se levantó gritando; algunos hombres ya reunidos empuñaron la lanza, mujeres y los niños se dispersaron en el pueblo para dar la voz de alarma y armarse de la pucuna. Por su lado, el valiente Capitán Vicente, padre de Palate, daba gritos terribles para convocar a todos sus hombres a la batalla. ¡Oh, Padre, no te puedes imaginar un tumulto semejante! El momento en que regresamos a la plaza, pues siempre se libran ahí las batallas, desembocaban también algunos jíbaros: era la vanguardia; la tropa llegaba a paso de marcha, el suelo parecía temblar bajo nuestros pies.

“Enseguida las mujeres y los niños se encerraron en la iglesia con el Padre; nuestros guerreros se colocaron en tres líneas y guarnecían todo el lado derecho de la plaza, justamente al frente de los jíbaros. En cuanto a mi, en lugar de entrar a la iglesia como los niños de mi edad, me quedé bajo el vestíbulo con mi madre, pues mi padre con dos de mis hermanos, estaban entre los guerreros y queríamos ser testigos del combate.

“Cuando los jíbaros nos vieron tan pocos, se pusieron a bailar, a reír y a insultarnos. Los nuestros viéndoles tan numerosos, como las hormigas cuando invaden una chacra, presos de espanto, quisieron huir. Entonces el Capitán Vicente colérico dijo: “Escuchad, si alguno de vosotros trata de huir le atravieso el vientre con mi lanza. No; estos peorros infieles no darán cuenta de los cristianos...! Niño, exclama diri-

giéndose a mi, llama pronto al Padre blanco y dile que venga con su Virgen. Pues si no vemos a la Virgen a nuestro lado, estamos perdidos”.

“Entonces corro donde el Padre: sale enseguida con la Virgen que la vean nuestros hombres para que no huyan sin combatir. Cane-los estaría perdida, según dice el Capitán Vicente.

“El Padre que estaba orando se levanta enseguida, toma a la Virgen en sus manos y dice: “Hijo, sígueme, vamos donde el enemigo”. Y llegamos a la plaza. ¡Oh, Padre, era el instante crítico, el momento decisivo! Los jíbaros que se habían dividido en tres bandas iban a envolvernos y estrangularnos: la una venía de frente y guarnecía la plaza en toda su extensión, era la más numerosa y la más terrible; las otras dos se introducían una a la derecha y otra a la izquierda, iban a cogernos por los flancos y por atrás y hacernos imposible la retirada. Entonces, sin perder tiempo nuestros hombres se replegaron a la iglesia a la cual estaban arrimados; las mujeres y los niños se dispersan al rededor de la empalizada de chonta, soplan en la pucuna y lanzan una lluvia de flechas envenenadas.

Entonces aparece el Padre blanco y todos nuestros guerreros gritaron: “¡Ah, he aquí el Padre blanco, he aquí la Virgen. ¡Valor, valor! Estos perros infieles no nos vencerán”. Padre, que milagro tan incomprendible. No bien el Padre blanco hubo levantado a la Virgen en sus brazos y hecho con ella la señal de la cruz, cuando los jíbaros sobrecoídos de terror, arrojan lanzas y escudos y huyen dando terribles gritos. “Hijos, exclama el Padre, la Virgen os ha salvado; ¡adelante, adelante, que uno solo no pase el río! “Entonces todo el mundo se precipita, hombres mujeres y niños: matábamos con las lanzas y con las flechas: jamás he visto semejante carnicería.

Llegamos al Bobonaza y una creciente subida lo había hecho desbordar: rugían las aguas como el trueno y ¡arrastraba árboles y rocas! La desesperación se apodero de los jíbaros; unos caían de rodillas para pedir gracia, otros se arrojaban al agua para atravesar el río y nosotros matábamos hasta cansarnos acribillándoles de flechas a los que trataban de atravesar el río.

Todos los escudos que tu vez en manos de nuestros guerreros y jóvenes fueron conquistados en esa gran batalla. Nadie usaba escudo antes de la gran victoria de la Virgen del Padre Blanco. Muy pocos Chirapas regresaron a sus tambos; y nos dejaron largo tiempo en paz, hasta que los niños fueron bastante fuertes para armarse y vengar a sus padres.

“Nosotros no perdimos un solo hombre; por la tarde, cuando los tambores tocaron la llamada y nos reunimos en los tambos para divertirnos y beber chicha, no faltaba un solo hijo del pueblo. El Padre estaba con nosotros y también bebió la chicha”.

Esta es la gran victoria de la Virgen del Padre blanco. ¿Y tu crees que yo no la conozco? ¿Alguno podía enseñarle al viejo Marcelino?

“El rosario de oro la puso al cuello el Padre en memoria de este gran acontecimiento: fuimos nosotros, toda la tribu la que proveyó al Padre el polvo de oro puro para hacer la cadena y comprar los granos. Todo el mundo sabe esto en la tribu, porque los padres han contado a los hijos y a los nietos; pero de todos aquellos que asistieron a la gran batalla no queda más que el viejo Marcelino! Dios ha querido conservarme para contarte estas cosas; pues es necesario que tu la conozcas a ¡la Virgen del Padre Blanco!

“Y yo ahora que he vuelto a ver al Padre blanco sobre el río grande, ahora que te he contado su historia, siento que voy a morir, pues hace mucho tiempo que los hombres de mi edad ya no existen. Si he vivido tanto tiempo, era para verte, para confiarte mi secreto; hoy, que esto está hecho, siento que voy a morir. Pero te pido una gracia, ¡ah, Padre, no me la rehuséis, acuérdate que soy el viejo Marcelino de los Padres blancos, el que estuvo en la gran batalla cerca de la Virgen del Rosario!

Habla Marcelino. Yo no te rehusaré nada.

- Bien, cuando me vaya a morir, cuando mis hijos, llorando vengán a decirte: nuestro padre Marcelino, tu viejo servidor va a morir, to-

ma en tus brazos a la Virgen corre a mi tambo, levántala sobre mi cabeza, como en el día de la gran batalla y hazme con ella el signo de la cruz. El supai (demonio) huirá, como antes hicieron los jíbaros, y tu viejo Marcelino morirá tranquilo.

- ¿Es esto todo, Marcelino? ¿No deseas nada más?

- ¡Ah Padre! Si tiene Marcelino otro deseo pero no hay costumbre en nuestras selvas. Yo se que los blancos comen el pan de los sacerdotes, el pan blanco que les sirve para la misa. En Baños he visto a los jóvenes y a las jóvenes acercarse al altar y recibirlo, y yo me decía; “felices ellos que comen el pan blanco de los sacerdotes”. Aquí mismo he visto al Padre Fierro darlo a dos blancos que se morían y al regresar a la iglesia yo decía: “Padre, que felices son los que comen el pan blanco de los sacerdotes. Nosotros, hombres del bosque (*sacha runa*) no lo comemos”.

- Y el Padre me repuso duramente: -Vosotros no pensáis más que en beber chicha. Este pan es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo: daros, sería profanarle. -¡“Padre, cuando tu viejo Marcelino vaya a morir, cuando mis hijos te digan: nuestro padre se muere enseguida. Entonces al mismo tiempo que la Virgen, llévame el pan blanco de los sacerdotes. ¡No beberé chicha, me quedaré en ayunas y no profanaré el Cuerpo de Jesucristo!

- Oh, Marcelino, le dije tomándole en mis brazos y apoyando su cabeza en mi pecho, oh, alma angelical, si todos los blancos, si todos aquellos que reciben este pan, tuvieran tu corazón y tu fe serían santos, y este lugar de destierro sería un paraíso. ¡sí, si te lo prometo: tu recibirás el pan blanco de los sacerdotes!

Ambos nos soltamos en lágrimas, él de gozo y reconocimiento y yo de emoción.

- Ahora, agregó, nada más tengo que pedirte. Voy a recogerme en mi tambo, porque ya es tarde y soy viejo, y Antonia, mi mujer y tu servidora, preguntará por mi y creará que he caído en el bosque y que el

tigre me ha devorado. Pues es carácter de la mujer estar siempre inquieta y turbada.

Cogió su lanza y desapareció en la selva.

Y ahora, lectores, de esta victoria milagrosa, de este Lepanto del país índico. Si, Lepanto, pues ya lo he dicho, el día en que Canelos desaparezca, el día en que los jíbaros asalten esta ciudadela hasta aquí indomable, el turco de nuestras selvas no dejará subsistir ningún vestigio de catolicismo en estas tribus, sus lanzas despiadadas inmolarán sin compasión a estos rebaños de indios tímidos, acampados sobre las riberas del Curaray, del Napo y del Coca; las cabezas de los guerreros serán suspendidas en las vigas de los tambos, las mujeres y las jóvenes serán la presa del vencedor.

Esa victoria fue pues la salvación de todas estas cristiandades. No esta consignada en los anales del Rosario, es verdad, pero en la selva todos los indios bautizados se cuentan de padres a hijos el episodio milagroso. El instrumento auténtico de esta maravilla, el labaro de esta victoria inmortal, la pobre virgen de madera existente aun; un anciano centenario, que fue sacristán del Padre blanco y actor en esa gran epopeya, me la puso entre mis manos y me contó su historia. Hoy día, ella corona el pobre altar de la misión; el ex-voto de oro y coral, que el reconocimiento de los humildes hijos de la selva le colocó al cuello, no permite confundir con ninguna otra. Así pues, de todo corazón, nosotros le invocamos como Marcelino y tantos otros: ¡Nuestra Señora de Canelos, rogad por nosotros!

Esta virgen, y el cáliz antiguo, ¿eran todo el secreto de Marcelino? Si, pero este secreto, es toda la misión, es su pasado y su porvenir. En este cáliz se ha verificado y se verificará la redención de la tribu. En el han bebido nuestros Padres la Sangre de Jesucristo que hace héroes y mártires. El último de todos, el Padre Fierro, ¡había mojado por última vez sus labios! El cáliz de la despedida, ¡debía ser el de mi primera misa a mi regreso a Canelos! Esa pobre Virgen apolillada es la fundadora de la misión: más de una vez fue la libertadora, debía ser también la restauradora. ¡Un cáliz y una estatua de la Virgen, es todo el tesoro del

misionero, el secreto de su fuerza, el instrumento de sus conquistas. Ambos le fueron dados por el salvador en la cima del Calvario, en el momento solemne en que se consumó la redención de la humanidad. El uno, cuando abrieron su corazón y se derramó sobre el mundo sangre y agua, y el otro cuando entregó a su Madre al apóstol bien amado. Ahí, fue instituida la cruzada del apostolado cristiano que desde entonces se ha esparcido por el mundo y ha llegado hasta los confines de la tierra; bajo del Calvario con el corazón de su Maestro, cuyo símbolo es el cáliz y con la Virgen María.

¡Marcelino, alma santa y sencilla, tu no pensabas en todo esto, cuando me revelabas los misterios del pasado, cuando cavabas la tierra para exhumar tu tesoro! Como los patriarcas de la antigua ley a quienes te pareces, tú profetizabas sin saberlo; todas tus palabras tenían su sentido misterioso, ¡eran palabras de vida y resurrección!

A la mañana siguiente, el sol se levantó radioso: un verdadero sol de Corpus. Las palmas que adornaban la plaza se despertaron con la brisa matinal, sacudían sus hojas y se movían como los pliegues de las cortinas y las ariflamas. Mucho antes de salir el sol, los indios, impacientes por comenzar la ceremonia se habían reunido en la puerta de la iglesia: Palate, Salúa, caciques y alcaldes, todo el estado mayor de la plaza de Canelos estaba en pie. Les saludamos y felicitamos por su aire marcial y la riqueza de sus pintorescos uniformes, luego Marcelino, tocó las campanillas y comenzamos la ceremonia. El programa del día era muy sencillo: la misa a las seis, celebrada por el Padre Tobías, cantada por su servidor, y acompañada por el Padre Pérez. El mismo arreglo para la procesión, salvo que el cañón debía tomar parte en la fiesta y saludar con retumbantes salvas el paso del Santísimo Sacramento.

La iglesia resultó demasiado pequeña para contener a esta muchedumbre ingente. El estrecho vestíbulo que la precede estaba invadido; los que llegaron al último tuvieron que quedarse en la plaza.

¡Ah, no fue cosa fácil reducir al silencio a estos niños revoltosos y traviesos!

La separación se hizo sin dificultad.

- Ahora, comencemos pronto Padre, usted sabe que no hay nada mejor como la música para domar y cautivar estos corazones indóciles.

El santo sacrificio comenzó y se terminó en la más grande calma. Entonces, explicamos en breves palabras el sentido de la ceremonia que iba a tener lugar.

- ¡Esto es, exclamó Palate, colocándose ante el auditorio, lo que el Padre lleva en sus manos es Jesucristo y Jesucristo es Dios; en consecuencia, no vais a portaros como perros sino como cristianos. Ahora, he dicho los tambores adelante y vosotros, hombres, seguidme.

Y el desfile principió al son de flautas y tambores, los guerreros golpeaban sus escudos para demostrar su alegría, las mujeres y los niños que nos seguían, hacían caer sobre nuestras cabezas una lluvia de hojas y flores.

Esperamos que el gentío saliera a la plaza y que cada grupo tomara la posición respectiva que Palate le había designado. Entonces me dirigí a Marcelino .

- Marcelino, hijo mío, ven acá, te corresponde el honor de llevar a la Virgen que has guardado tantos años. Llévala en tus brazos sobre tu corazón como el Padre blanco el día de la batalla.....

- Hijos, dije a los indios, aquí tenéis a la Virgen del Padre blanco, ¡la Virgen victoriosa de los jíbaros! Marcelino la ocultó ¡él mismo os la devuelve!

Fue un delirio. Hurras frenéticos resonaban en la plaza, levantaban los escudos sobre las cabezas, los golpeaban a compás con la lanza, saltaban, gritaban y se precipitaban donde nosotros para ver mejor. Nos costó mucho trabajo contener este entusiasmo desordenado. En cuanto a Marcelino, más muerto que vivo se sentó en el suelo llorando.

- ¡Ah, Padre, tu quieres hacerme morir de gusto... Si, si yo la ocul-

té bajo tierra, yo la devolveré a mi tribu. Pero manda a dos de mis hijos para que me acompañen, pues soy viejo y ¡siento que voy a morir de gozo!

Entonces se levanta, recibe a la Virgen en sus brazos y se coloca entre sus dos hijos detrás de las mujeres y las jóvenes.

Después de él, sigue un joven llevando la cruz, una pobre cruz que nosotros mismos la fabricamos uniendo con una liana dos ramas de árbol cubiertas con su corteza. El palio mismo no era otra cosa que un gran pañuelo de algodón sostenido en cada una de sus puntas por un tallo de chonta; el honor de escoltar al Santísimo Sacramento correspondió al cacique, a los alcaldes y a los priostes, ellos venían detrás de la cruz. El Padre Pérez y yo formamos la retaguardia y cerramos el desfile: el Padre Pérez con su acordeón y yo con un libro en una mano y en la otra.... mi fusil, y partimos. Cuando llegaron a la plaza y Marcelino levantó en sus brazos a la Virgen milagrosa para mostrarla a toda su tribu las aclamaciones redoblaron.

- ¡Es la Virgen de Canelos! ¡Es la nuestra! Tu la conoces Marcelino, porque estuviste ahí, ¿no es cierto?

Entonces las mujeres y los niños, echaron de golpe todas las flores que tenían en reserva y locas de júbilo precedieron a la Virgen, hilando una zarabanda que no tenía nada de común con la pantomima ridícula de la víspera.

De este entusiasmo nos dejamos contagiar también nosotros y cantamos con sin par animación todos los motetes e himnos de circunstancias. Si el acordeón del Padre Pérez no desbarató sus pulmones ni yo mi laringe, no fue por falta de ninguno de los dos. Jamás se ha hecho tanto ruido con tan pocos instrumentos. Llegamos a dominar a los hombres que nos volvían locos y a las fibras que hacían silbar a los oídos las notas más agudas de la gama.

Pero la clave de esta pintoresca manifestación, si me es permitido expresar así, fue mi fusil. Tuvo tal éxito, que presto me arrepentí de

haberlo exhibido. En cada altar, después del versículo y oración rituales, resonaba una doble salva, cuyo eco repercutía al infinito, a lo cual se seguían gritos y aplausos. ¡Sumac, sumac! ¡que bien, que bien! En el último altar, descargué, tiro tras tiro, mi fusil y mi revólver. Ya no se pudieron contener. Palate se lanza sobre mi a la cabeza de sus guerreros, con ansia de ver esta maravilla, esta arma, illapa, tan pequeña que se puede llevar al bolsillo y tan terrible que basta a atronar el aire con su ruido y causar estragos más que los voluminosos fusiles-. ¡Ah! si hubiera tenido esto, exclama tomándolo en sus manos, antes de un año habría terminado ya con todos los jíbaros.

Dejóselo provisionalmente para no estorbar el orden de la procesión y satisfacer su curiosidad.

Entramos a la iglesia y después de la última bendición, recibo la Virgen de manos de Marcelino y colocándola sobre el altar:

- Hijos, digo a los indios, he aquí vuestra madre, la Virgen de la gran batalla, aquí residirá en adelante, para que la podáis ver y orar ante ella cuando a bien tuviereis. No os abandonará ya más como tampoco os abandonarán los Padres blancos.

- Sí, si: así será, así será.

Jamás he asistido a espectáculo más consolador ni a manifestación más imponente, no obstante su sencillez y su apariencia salvaje y desordenada. Veíamos conseguido el fin que nos habíamos propuesto, cual era impresionar profundamente la imaginación de los indios, y dejar entre ellos un recuerdo imperecedero de nuestro paso, que les hiciera desear ardientemente nuestro regreso.

Capítulo XXIII

LAS FIESTAS DE LOS INDIOS

Triste conclusión de las fiestas indias. Se ha escrito que no hay fiesta sin su contratiempo, o lo que es lo mismo, alegría sin tristeza. Esto que es verdadero en general, lo es particularmente entre los indios. Entre estos niños viejos no hay cosa estable; la impresión del momento es la única ley que les gobierna; la sensación jamás se les convierte en idea, ni el movimiento espontáneo y generoso de una hora de entusiasmo en una hora eficaz y duradera. Cuanto más uno trabaja por levantarlos sobre sí mismos, arrebatándoles de su naturaleza salvaje, tanto más ellos se esfuerzan por tornar al cenegal del que se les quiere hacer salir. A él se vuelven de bruces para revolcarse con placer, permaneciendo allí de día y de noche y no se apartarían jamás de allí si la saciedad no les ocasionase el cansancio y el deseo del reposo. Allí están en su elemento, allí han nacido, allí han crecido, allí quieren morir.

- Nosotros hombres de las selvas, hemos nacido para beber, para emborracharnos, para vivir sin trabas: tu no podrás cambiar nuestro destino.

Esta reflexión de un materialismo abyecto que he sorprendido muchas veces proferir los labios de estos desventurados resume todas sus aspiraciones y es su única filosofía.

Para ellos no hay más alegría que el goce material ni más placer que el deleite sensible. Para los que se dicen ya católicos, el cielo es un goce interminable; si les habláis de goces celestiales que proceden de la visión clara de la Divina Esencia, no os comprenden ni tampoco quieren. El cielo es un bosque espléndido como el de ellos, pero un bosque sin serpientes, ni tigres, ni mosquitos, ni nada de lo que atormenta la

vida humana. En este bosque mágico no habrá guerras, porque no hay allí jíbaros, pues todos se han condenado. Toda la vida de los bienaventurados se pasa en divertirse, en armar viajes en canoa, en cazar en compañía de Nuestro Señor Jesucristo, el gran cacique del paraíso, de la Virgen María su madre, de los ángeles y de los santos. Todas las pescas, son pescas milagrosas, todas las cazas son hecatombes de monos y tapires. Todo esto se termina en bebidas que no tienen fin: una chicha más dulce todavía y más inebriante que la de chonta –ruro, corre a torrentes por las gargantas beatíficas y llena de un santo júbilo los estómagos. Y no es exageración, pues la tarde misma de esta hermosa fiesta tuvieron un preludio de los goces del cielo. Apenas salido de la iglesia, el cacique, cuyo tambo es acaso más grande que la misma iglesia, convoca a toda su gente y comienza la orgía y con la orgía los gritos, las disputas y peleas. Bien hubiera podido ser puesto a saco el pueblo por los jíbaros y sus pobladores pasados por las lanzas, que nada habrían hecho por defenderse, tomados como estaban por la borrachera más brutal. Las notas agudas de las voces de las mujeres dominan en este concierto de gritos roncós y de voces borrachas; porque como siempre, son las mujeres, es decir los débiles, que pagan por los fuertes y sobrellevan sus violencias. En este caso, ellas en parte lo merecen por su cinismo, más este cinismo mismo es fruto de una educación de la que esta desterrado el pudor, como consecuencia necesaria de costumbres que se les ha hecho adquirir desde la infancia. Son así porque quieren serlo. Los lamentos de estas desgraciadas y sus demandas de auxilio llegan hasta nosotros y nos traspasan de dolor el corazón: pero sin que nos sea dado poder salir de nuestra choza, desde la cual seguimos escuchando todo en el silencio de tristeza e impotencia. ¡Ah! Virgen María; que habéis ganado la gran batalla, ¿no venceréis algún día a estos apétitos groseros y a estos corazones sin entrañas?

Muchas de estas desgraciadas vienen a nosotros por la tarde y la mañana del día siguiente a desgarrarnos el alma con sus lamentos, sus llagas, su estado lamentable.

- Padre, nos dicen, ¡por Dios defendednos de nuestros hijos y maridos que nos quieren matar! Ves el estado en que nos han puesto.

- Pero, desgraciadas, ¿por qué tomáis parte en estas diversiones brutales, sabiendo que siempre seréis las víctimas?

- Bien lo sabéis que a ello somos obligadas. ¿No hemos, por ventura, nacido para servir a los hombres, para darles de beber y obedecerles en todo? Si no vamos, seremos peor libradas.

Y esta es la verdad, les es imposible la resistencia. La mujer ha nacido para satisfacer todos los caprichos de su amo, porque así lo quiere la costumbre de estos bárbaros, así lo quiere el derecho del fuerte sobre el débil.

- Id pobres gentes, a la Iglesia, que allí no osará perseguiros vuestro verdugo, y si se atreven pagarán caro su audacia.

Y se van enjugando las lágrimas, confiadas en la protección del Padre.

Pero, ¿qué puede el Padre contra estos leones desencadenados? ¿Qué puede! Lo puede todo si es valiente, si tiene conciencia de la fuerza sobrenatural, del prestigio invencible que recibe de su misión. Cuantas veces nosotros mismos hicimos después la experiencia.

- ¿Cómo se explica que tú nos hagas temblar tú que estas solo y desarmado, en medio de nosotros que somos tan numerosos?

- No, yo no estoy solo; Dios esta conmigo y no va a ser el diablo que llevas en tu cuerpo el que me va a hacer retroceder.

Y ¿qué hacen los niños durante estos largos días y noches pasadas en borracheras? ¿Se los admite tal vez en estas reuniones malsanas? ¿Son testigos de estos espectáculos desmoralizadores?

Para tomar parte en las fiestas de la tribu, parte sobre todo activa, es menester tener ya catorce años. Entre estas naturalezas tan precoces, catorce años dan ya la virilidad, el niño se hace todo un hombre; se le pone una lanza sobre el hombro y se le da un tambor; y si consiente (lo que es raro en Canelos) se le desposa con una mujer de la

misma edad y toma carta de varón entre los hombres. Todas las reuniones, todas las fiestas, todos los partidos le son accesibles: porque el que lleva la lanza, cualquiera que sea su edad, puede hombrearse con los viejos y los más valientes de la tribu.

Hasta tanto que llegue a esta madurez, el niño se mantiene en reserva y le está severamente prohibido el acceso al tambo en que se bebe, se distrae y se hiere a puñetazos. Esto no quiere decir que se disminuya el escándalo. Porque si hay quien le impida pasar de la puerta, nadie estorbará el que pueda ver, escuchar y asistir, siquiera con los ojos y el corazón, a estos festejos degradantes. Con su cara sobre la empalizada de chonta, lo ve todo, lo oye todo, sin que haya cosa que se le escape.

No sabiendo, durante la tarde del Corpus, en que ocupar el tiempo y queriendo a todo precio distraerme de la algarabía infernal que nos molestaba y enfriaba el alma, me procuro un registro en el que estaban escritos los nombres y apellidos de los indios y comienza la lectura con el Padre Pérez. Desde el primer instante quedo estupefacto, sin saber como entender los sobrenombres grotescos con que se acompaña los nombres de los indios inscritos en el registro.

- Ja, ja, ja, prorrumpe el Padre Pérez; ¡qué! ¿no ha visto todavía lo que está viendo? Pues bien, mi querido amigo, estudie rápido este repertorio, porque bien pronto tendrá que hablar con nosotros esta jerigonza.

- ¿Yo?, jamás.

- Entonces tendría que resignarse a no comprender ni ser comprendido y vivir entre los indios como un extranjero, sin saber sus nombres ni poder hablar con nadie.

- ¿Sus nombres? Helos aquí: nombre y apellido: ¿qué necesidad hay de estos sobrenombres?

- Nombres y apellidos no significan nada, absolutamente nada y voy a probárselo. Recorra esta lista, cuente los deficientes nombres que

están en ella inscritos y notará que todos ellos no pasan de cinco o seis. Todos son Santis, Gayas, Inmundas, Tanchimas, Arandas y Padillas. Ahora bien, ¿cómo podrá Ud. distinguir a los que se firman con el mismo nombre ya que son numerosos los que así se llaman? ¿Cómo distinguirá Ud. a los Santi, por ejemplo?

- Por sus apellidos.

- Es precisamente lo que quería oír. Pues bien. Dese la pena de leer los apellidos que acompañan a cada uno de los nombres y hallará que veinte o treinta personas llevan el mismo apelativo. Ahora le desafío a que salga de la dificultad, sin recurrir al sobrenombre que le causa horror y tedio. No hay más que armarse de valor y hacer lo que nosotros que después de todo no hemos inventado estos sobrenombres que tanto le repugnan. Olvide Atenas y París, a todos sus clásicos, y hasta a los románticos y dese con fervor a entender estos vocablos bárbaros y a ensayarse en esta literatura de caníbales. Es la literatura del porvenir, mi caro amigo: Ud. puede ver como en París se ofrece ya el alba blanca repleta de promesas. Por otra parte este lenguaje canibalesco no lo hemos inventado nosotros, lo hablamos si porque nos es imprescindible hablarlo y también Ud. lo deberá hablar sin género de duda. Siempre que necesite decir o hacer algo, tendrá que devorar estas culebras, tragar estos sapos, so pena de no reconocer a ningún indio y verse expuesto a desprecios humillantes.

Tenía razón el Padre, como lo puede comprobar el día siguiente. Tenía necesidad de verme con el cacique, desde luego para echarle en cara los desórdenes de la víspera y organizar la partida de Canelos.

- Muchacho, llamo a un indio que atravesaba la plaza, ve a decir a Fermín (así se llamaba el cacique) que el Padre blanco desea hablar con él

- Ima Fermín, cual Fermín, responde el indio.

- Fermín Padilla.

- Ima Fermín Padilla, cual Fermín Padilla.

¿Hay entonces, reflexiono, muchos Fermines Padillas? y me veo por de pronto en dificultad y en el caso de consultar el repertorio.

- Cuchi siqui, exclamo.

- Ari, ari: bueno, bueno, me replica el indio; yéndose enseguida a buscar a Fermín.

Dejamos sin traducir al español la palabra Cuchi siqui: baste decir que Zola tiene sus émulo en las selvas del Nuevo Mundo.

Cuarta parte
**DE CANELOS A BAÑOS
REGRESO A QUITO**

Capítulo XXIV

LA PARTIDA. LA TRAICIÓN

Había convenido con el cacique que mi partida sería el lunes y que se me daría para ello veinte indios robustos y dóciles para acompañarme hasta Baños.

- Yo los escogeré personalmente, había dicho Palate, y me encargaré de presidir la marcha. Toda la región que atravesemos, desde el Pindo hasta el Pastaza esta inundada de chirapas; será preciso, por lo mismo, viajar con prudencia, en buen número, y bien armados.

- Padre, nuestro Padre -añadió el viejo Marcelino- Palate tiene razón; si no tomas precauciones, los chirapas que te husmearán ya a tres samay (leguas) caerán de improviso sobre ti. Conviene pues que seáis numerosos; por esto, a los veinte guerreros escogidos por Palate añadiré cinco de mis muchachos. Si tu te mueres, ¿qué será de nosotros? Imposible ya que ningún Padre blanco quiera venir; porque dirán los de Quito: “Los de Canelos son crueles, pues dieron muerte al Padre blanco; por lo mismo, los Padres blancos no pisarán ya más Canelos”, y yo moriré sin haberles visto ya más junto a mí.

El sábado por la mañana, todos los indios señalados por Palate debían asistir a la santa misa, porque queríamos verlos, dirigirles algunas palabras, animarles con algún obsequio, pero no se presentó ni uno solo.

- Han de estar bebiendo, exclamó Palate lleno de furia, estos bestias no han de detenerse hasta reventar; pero no tengas miedo, que mañana te los traeré personalmente.

Al día siguiente, domingo, la misma historia. Entonces Palate estalla en imprecaciones y echando en tierra su paraguas sin siquiera cerrarlo, se hace de su lanza y sale de la iglesia jurando por todas las almas de los chirapas que los haría comparecer vivos o muertos.

- Pedazos de perros, exclama atravesando las hileras estrechas de sus indios, vosotros si que sois como perros. El día en que muera Palate os volveréis peores que los chirapas.

Un cuarto de hora después regresa trayendo consigo ciento veinte y cinco indios borrachos.

- Al primero que se mueva le atravieso el vientre con mi lanza. Sentaos, animales, ya que no os podéis mantener en pie.

Todos se sientan juntos al altar y Palate en medio de ellos, deponiendo su lanza y desplegando su paraguas. Terminada la misa, los cinco hijos de Marcelino, conducidos por su padre, vienen a besarme la mano y a pedir perdón de su fuga.

- Padre, nuestro Padre, dales látigo, si no, no podrás hacer nada. No tengas miedo, nadie replicará, porque Palate y yo estamos presentes: temen a Palate porque es bravo, y su cólera estalla como el rayo, y a mi me respetan porque soy viejo... y vosotros, desgraciados, con que así habéis tratado al Padre blanco? Los mayores de la tribu os podrán decir como nosotros les tratamos, si nosotros, cuando éramos jóvenes: a donde iba el Padre blanco nos íbamos también nosotros, como la flecha de la pecuna (Cerbatana). Yo mismo he ido unas diez veces a Baños y una vez a Quito. De no ser tan viejo, yo mismo iría mañana con el Padre, velando día y noche a su lado para defenderle de los chirapas.

- Dales, dales, ¡grita Palate que arde en deseos de ver ejecutar a los culpables, golpear sobre esos perros! ¡Vamos, perros, de rodillas! y que nadie se levante, si no!... Y blandiendo su pesada lanza, pasea sobre los presentes una terrible mirada. Los veinte y cinco culpables se han arrodillado ante mi, esperando su castigo.

- Niños, les dije, no os azotaré como lo quieren Palate y Marcelino; el Padre blanco no ha venido a Canelos para azotaros, sino para amaros y bendeciros. Pero, si no amáis al Padre blanco, decidlo francamente, se irá y no vendrá más. Os dejaremos sin sacerdotes, puesto que no los amáis! Si por el contrario amáis al Padre blanco, ¿por qué no le obedecéis? Pasáis día y noche en desorden, como los jíbaros infieles, y cuando se os ordena acompañarme os escondéis como traidores!

- Padre, perdónanos, perdónanos! Mañana te seguiremos, ni uno solo te abandonará.

- Entonces, levantaos, besad mi mano, y que todo sea olvidado.

El día siguiente era el de la partida, el día de los adioses: tocamos las campanas, todo el mundo acude... excepto los veinticinco delincuentes del día anterior! El mismo Palate no llega más que muy tarde, al fin de la misa; sombrío, cabizbajo, se coloca cerca del altar sin dignarse dirigir una palabra. Sombrías nubes pasan sobre la frente del Padre Tobías y del Padre Pérez; funestos presentimientos les agitan.

- Creednos, no os arriesguéis solo con estos seres hipócritas e inconstantes. Cuando el demonio de la felonía les atormenta, son capaces de todos los crímenes. Nada les importa, nada les conmueve: os verían fríamente agonizar, estallando en satánicas carcajadas. Ayer tuvisteis la falta muy grave de perdonarlos; estos brutos nada entienden de los grandes sentimientos del corazón humano; para ellos misericordia es debilidad: nos perdonan, luego nos temen. Algunos latigazos bien administrados os hubiesen dado mayor imperio, que vuestros más eloquentes discursos. Puesto que aun es tiempo, cambiad de resolución, regresad sobre vuestros pasos, acompañadnos hasta Archidona. Mirad a Palate, a vuestro fiel Palate; ved esa figura siniestra, ese aire falso y amenazador. El infortunado no es dueño de sí, ha bebido toda la noche, es costumbre suya antes de emprender cualquiera expedición. Esto ¿no os aterra?

- No, Padre; no me aterra. Iré a Baños cueste lo que cueste, venga lo que venga. Esta tercera etapa de mi viaje es muy importante para

que ninguna consideración pueda hacerme regresar. Dios velará sobre mi, como hasta ahora lo ha hecho, la Virgen de Canelos hará desaparecer poco a poco el mal humor de mis indios. Veréis que todo marchará bien y que llegaré sano y salvo a Baños.

- Idos pues, ya que absolutamente lo queréis, marchad y que Dios os guarde, que aleje al tigre y a los jíbaros... y la pérfida lanza de vuestros indios.

Eran las 8; hacía 2 horas que esperábamos a los 25 fugitivos. Al fin asoman conducidos por Marcelino, cabizbajos, la mirada falsa, el aire amenazador. Entramos a la Iglesia, desahogamos nuestro corazón; por última vez, a los pies de la Virgen de la gran batalla; le confié mi persona, mis indios, esta misión infortunada cuyo ángel tutelar es.

- Y ahora, Padres, adiós, adiós; pase lo que quiera, jamás olvidaré el desvelo más que fraterno que habéis mostrado para conmigo. Sin vosotros, que habría sido de mi en este desierto? ¿Qué será mañana cuando ya no estéis a mi lado para velar sobre mí?

Y que pálidos estaban, como lloraban. -Vamos, vamos, valor, dije abrazándolos, la protección de Dios. Esta Virgen me ha traído con su mano, Ella me volverá a traer; estad seguros. No es verdad, Marcelino, que volverá a traerme aquí, la Virgen del Padre blanco?

- Ah ¡Padre, querido Padre! que sea lo más, pronto, lo más pronto. Santa Virgen, tráele de nuevo al Padre blanco. Que yo no muera sin volver a ver al Padre blanco.

El buen anciano cae de rodillas, le bendigo, y tomándole en mis brazos:

- Vosotros, dije a los indios, por que no os asemejáis al anciano Marcelino del Padre blanco? Por que son tan duros e hipócritas vuestros corazones siendo el suyo tan dulce y fiel?... Vamos lo más pronto, lo más pronto, que Dios y la Virgen de Canelos os guarden hasta el regreso del Padre blanco.

- Sí, si, lo más pronto, lo más pronto.

Entonces todo el mundo sale; los indios cogen mi bagaje, aliéanse ante Palate quien se pone a la cabeza de la colonia, y partimos.

Si el lector quiere darse la pena de echar una mirada sobre el mapa colocado al fin de este volumen, de estudiar, en sus aspectos generales, la topografía del país que vamos a visitar nos seguirá sin dificultad a través de la región llena de riachuelos, de colinas y montañas que nos dificultan la marcha.

Vamos, al oeste, hacia el Tungurahua cuyo cono nevado y sus torbellinos de humo y ceniza se divisan en el extremo horizonte, y más allá las tres cimas desiguales del Abitahua. Ante nosotros se elevan innumerables colinas, cordilleras infinitesimales, que se cruzan en todas direcciones. Se manifiesta a primera vista, que todas estas colinas son una prolongación del Llanganate cuya imponente masa se eleva al noroeste.

Para mayor claridad dividiremos en dos grupos, en dos sistemas separados entre sí por un río sin importancia, el Chiri-yacu. En la primera división las colinas de Canelos, entre las cuales Chonta ocupa el primer lugar; luego a la espalda, y dirigiéndose al noroeste, las siete colinas de Penday. Las montañas de Penday vienen a morir a las orillas del Puyo y del Pindo - yacu, de los cuales pronto hablaremos.

Entonces comienza la gran pampa del Pastaza, pampa regada por innumerables riachuelos, cubierta de pantanos donde uno se hunde hasta el vientre llena de una vegetación espinosa tan compacta, que es imposible dar un paso sin hacer obrar el machete. Se extiende desde las orillas del Pindo al Allpa - yacu. Allí, el suelo se eleva bruscamente, luego vuelve a tomar su nivel primitivo y monótono hasta Manga - yacu. Entonces comienza la trabajosa ascensión de Quito, del Abitahua, del Cashiureu, de todas las cordilleras que bajando del Pillaro y del Llanganate, vienen a dar contra el Pastaza que les corta en ángulo recto. Ellos forman las reservas naturales de numerosos ríos que se encuentran en cada valle, ellas les sustentan, determinan su cauce.

Un torrente de una celebridad terrible en esta región, uno de los más fogosos y anchos que existen bajo el sol, el Topo, señala una etapa geográfica muy importante para dejar de nombrarlo.

La gran cordillera, cuyas pequeñas ramificaciones, cuyas quebradas tantas veces nos han detenido, se repliega sobre si misma. Al otro lado del Topo, no es más que una masa compacta de puntiagudas rocas, adentradas como la mandíbula de un gigante. El Pastaza le divide en dos, y en sus flancos derrumbados se divisan abismos; más al otro lado del gran río, se eleva con toda su altura, se despliega en toda su majestad, y por una serie de cadenas prodigiosas, corre a unirse con el Sangay y el Altar cuyos nevados picos se ven desde las faldas del Abitahua y mejor aun desde la gran pampa del Pastaza.

De Canelos a la pampa hay un laberinto inextricable; mis propios indios se perdieron muchas -veces. Desorientados por los zigzags a que a cada instante nos obligaban las vivas pendientes de las colinas, las aguas profundas de ciertos ríos, regresábamos al este o bajábamos al sur, pensando ir al oeste o al noroeste: sin mi brújula, infaliblemente nos habríamos perdido. Pero en la gran pampa desaparece esta cruel incertidumbre: allá, el horizonte se extiende, montículos se elevan a cada lado del río y nos muestran el camino tan seguramente como los rayos de un faro al marino perdido en el océano; el río mismo es para nosotros el guía más fiel y seguro más aun que las montañas: nos sirve de hilo conductor, no le abandonaremos sino en Baños, esto es en las fronteras del mundo civilizado.

Al salir de Canelos, dos caminos se presentan al viajero para franquear los sistemas de colinas de que ya hemos hablado. El primero consiste en bajar al profundo y accidentado valle del Tinguisa, marchar bajo las abruptas penas del Chontoa, después yendo oblicuamente al noroeste a unirse en las colinas del Penday, la última y más elevada de las cuales se ve muy distintamente en el horizonte: éste es el más simple y corto; si el tiempo favorece, si los ríos están vadeables, bastan cinco días para llegar al Puyu, diez para Baños y el Tungurahua.

El otro, un poco más largo y mucho más peligroso, consiste en remontar la corriente y los rápidos del Bobonaza. Después de dos días en piragua, se abandona el río para penetrar en el bosque, y dirigiéndose al sur, se va a dar en el Sandali-yacu y el Puyu. Ahí los dos itinerarios se confunden; el viajero no tiene más que una vía posible para ir al Pastaza y Baños.

De estos dos caminos mis indios eligieron el peor, el del río. La piragua es para ellos un descanso, una partida de placer; poco importa que se rompan brazos y piernas al atravesar los rápidos, al estrellar contra los arrecifes, estos anfibios siempre preferirán el agua a la tierra firme. Y luego, hay escondidos en el bosque las chacras y tambos de sus hermanos y amigos-donde quiera que estén, su olfato de salvajes sabrá descubrirlos: esto les promete víveres, un abrigo para la noche, grandes cantidades de chicha; luego sigámosles: no debemos dudar. Y embarcamos.

Mi piragua, que es la de Palate, toma la delantera; otras cuatro más pequeñas le siguen, formando una verdadera flotilla.

Las primeras horas no se señalaron con ningún incidente notable; todo el mundo está sombrío, sobreexcitado, silencioso, pero trabaja con empeño. Es la calma precursora de la tormenta, calma enervadora en que se juntan las nubes de donde saldrá el rayo, en que las máquinas eléctricas suspendidas sobre nuestras cabezas se cargan de todos los fluidos esparcidos en la atmósfera y esperan su maximum de tensión. Cuando el indio calla, mala señal. En vano procuro hacerles hablar. Mudo como un pescado, Palate, el más hablador de todos, están en suspenso: sus ojos enrojecidos, sus labios convulsivamente apretados nada de bueno me dicen. Es evidente que algún diablo se ha apoderado de ellos y que no terminará este día sin alguna aventura.

A medio día todos saltan a tierra para beber chicha, a lo menos esto es lo que me imagino. Doy algunos pasos en el bosque, una ausencia apenas de tres minutos. Regreso al desembarcadero y.... nadie, ni indios, ni piraguas, nada más que el desierto, la soledad, solo río que brama a mis pies.

Ah, fue un instante cruel, un terror inenarrable. Voy, vengo, escudriñando los matorrales, mirando entre las rocas, pálido, ansioso, sin aliento. No es posible. No, no. Imposible que me hayan abandonado, traicionado. Allí han de estar, muy cerca, escondidos con sus piraguas en alguna sinuosidad de la orilla. Ha de ser alguna distracción, un juego de niños alegres y traviesos: habrán querido asustarme, he aquí todo; voy a llamarlos. Llamo, grito, suplico, ni una voz, ni una palabra, nadie parece.

Entonces caigo al suelo, anonadado, llorando como un niño... ¿Señor, es este el pago que debía esperar de estos corazones duros e ingratos?... Si así es el comienzo ¿cómo será el desenlace? ¿Qué pasará más tarde cuando nos pongamos en el caso de hacer la guerra a sus vicios brutales, de castigar los crímenes que deshonran a esta tribu?... ¡Ah! Virgen Santa del Padre blanco, ten piedad de mí; no me abandones al furor de mis enemigos...

Hecho pago de este primer tributo a la naturaleza, me siento en el suelo y principio a considerar mi situación con calma. Después de todo, pienso, Canelos no está muy lejos, está nada más que a media jornada. Con un machete está concluido el asunto; me abriré un camino a través de los matorrales; seguiré todos los cursos del río, y llegaré infaliblemente al término... ¡Así es en efecto, pero no tengo el machete!... A pesar de todo no estoy perdido. Los Padres que se quedaron abajo presto se darán cuenta de la traición infame de mis indios: también la conocerá muy luego el viejo Marcelino, y acudirán cuanto antes a mi socorro: no se me dejará morir en medio de esta selva... Si, más ¿cuándo sabrán todo esto? Si esta situación dura cuarenta y ocho horas, estoy perdido. El hambre, las fieras del bosque, mil emboscadas ocultas en la selva acabarán conmigo... Si por lo menos me hubieran dejado mi fusil: mi fusil, no les pido más que mi fusil. Sobreponiéndome, entonces, me levanto de nuevo, corro al borde del río, busco entre las piedras, busco entre las ramas y no hay el fusil y no hay el machete, nada, si, absolutamente nada!

No obstante, la tarde venía encima. A las cinco, la hondonada profunda en que me encontraba sepultado vivo se revestía con los tin-

tes sombríos de la noche. Una niebla espesa descendía sobre las aguas turbias y recorría por sobre los matorrales: la noche se anunciaba triste y lluviosa como todas las noches de invierno en la montaña. Sin embargo una reacción se produce en mí, que me devuelve todo mi valor y mi coraje. Si, Señor: debo vivir: es preciso que viva cueste lo que cueste. Conviene luchar hasta el último momento contra la fatalidad del destino que se interpone en mis pasos. ¡Virgen Santa, tu no me abandonarás jamás, no, tengo un presentimiento de que nunca me abandonarás!.

Tenía hambre, y grande hambre, toda vez que no había tomado nada sino no era la guayusa de la mañana. A medio día debía haber almorzado con los indios, pero los indios se habían huido con comida y todo. Armado de una vara de chonta, levanto las piedras, cavo en la arena, examino las plantas acuáticas, los árboles y las raíces: se bien que por aquí se encuentran caracoles de agua, pero nada, absolutamente nada. Los moluscos, como los indios, se habían puesto de acuerdo para desaparecer y dejarme morir de hambre.

Con todo, terminaré por hallar algo mejor que los moluscos cuya carne cruda y viscosa me habría inspirado náusea; divisé una areca en medio de las numerosas palmeras apretujadas en la escarpa, una areca microscópica, pero al fin areca. La recogí, la despojé de la corteza y la devoré así cruda... fue para mí un regalo.

Había ya comido, lo que era ya mucho, pero no el todo. Tratábase ahora de dormir, de construirme un abrigo para la noche. Era un hecho que llovería; el nubarrón crecía y se condensaba e indudablemente debía convertirse en lluvia: era preciso, de consiguiente, improvisar un tambo, un rancho como dicen los indios. Un rancho sin machete no es negocio tan fácil de realizar. Con todo, tenía un cortaplumas y un cortaplumas armado de una sierra minúscula. ¡Vamos, con esto no hay por que perder el valor! No tardé en preparar todo el material necesario para mi casa nocturna, que la fijo en tierra, cubriéndola de una masa informe de follaje. Sobre el suelo húmedo extendiendo todas las hojas de palma que están a mi mano. Es evidente que este amasijo mons-

truoso no resistirá dos segundos, si al huracán le da la gana de desencadenarse; que el primer aguacero le traspasará de todo en todo. No importa, me instalo allí con alegría, me da esto la ilusión de una posada, de una casa propia; no estoy, pues, sin abrigo en el seno de las tinieblas.

Armado siempre con mi cortaplumas, quito las hojas a una larga vara de chonta, cuyo extremo afilo como una aguja. Este palo duro y cortante me servirá de arma para defenderme, si algún animal viene a inquietar mi sueño. Pero ¿qué hablo de sueño? Extendido sobre las hojas húmedas que me sirven de lecho, me veo luego anegado por el agua cero que atraviesa la cubierta de mi rancho. ¡Vaya!, vale más sentarse, recogerse sobre uno mismo lo más posible y esperar así con paciencia la venida de la luz. Por otra parte, el río va creciendo, creciendo sin cesar, brama como un torrente y un brazo de agua puede arrastrarme luego... El menor ruido, la caída de una rama, el estregarse de las hojas, el tictineo incesante de las goteras me hacen estremecer; el canto nocturno de la lechuza, del huatatai de los indios, me hiela de espanto la sangre. Mi imaginación exagera todo, como si la realidad no fuera ya más que suficiente para hacer temblar al más intrépido. Espero de esta suerte la salida del sol. Mi reloj ha parado, las horas se me figuran días: ¿esta noche terrible no tendrá su término? Siento frío, aunque no hace frío, la cabeza me quema, el cuerpo tiene escalofríos glaciales; la fiebre de Sarayacu vuelve sobre mí, experimento un malestar indefinible.

El primer rayo de luz que descendió sobre el río fue saludado como un libertador, como un amigo. Nada es más parecido a la muerte que las tinieblas; nada se parece más a la vida que la luz, que vivifica todo en este mundo. Este rayo salvador devuelve la esperanza a mi corazón. Me siento movido de reconocimiento y de amor para con Dios, a quien de rodillas y en ese lenguaje sencillo y conmovedor del infortunado, que ésta ya para dejar la tierra, le dijo lo siguiente: “¡Bendito seas, Dios mío, que has permitido que yo sobreviviera a esta noche de angustias! ¡Bendito seas, por el día de ayer, bendito por el día de hoy! ¡Y si debo morir, también seas bendito...! Y puesto que no he muerto, Se-

ñor, puesto que el tigre que merodea siempre en estas selvas no me ha encontrado ahora, es porque Tú quieres conservarme... Ellos han de venir; si, han de venir: ¿no es verdad, Virgen María, que ellos han de venir?”

Me levanto, me quito mis vestidos, les retuerzo vigorosamente para exprimir el agua y mientras es secan sobre las ramas, me entrego a una nueva caza de moluscos. Más feliz que la víspera, recojo como unos quince y los absorbo, cerrando los ojos.

Serían las nueve de la mañana, cuando gritos agudos resuenan en el río, como de una voz conocida que me llama.

- ¡Yaya Padre! ¡Mucanchic Padre! ¡Mana huanungui! ¡Mana huarungui! ¡nya shamunimi! ¡Padre, nuestro Padre! ¡Tu no morirás, no, tu no morirás! ¡He aquí que estoy presente!

Presto recojo mis vestidos, corro al río y veo una canoa grande como una embarcación pequeña y en esta piragua Vicente, el hijo mayor de Marcelino, el hombre más leal de esta tribu infortunada, junto a su anciano padre. Algo más atrás, en otra canoa, esta Palate, el mismo Palate, humillado, avergonzado, dejando caer su larga cabellera sobre su rostro de traidor.

- ¡Vicente!, ¡que desgracia, hijo, que desgracia! Más yo sabía que ni tu, ni tu anciano padre me abandonarían a la desgracia de mi suerte.

- ¡Ah, Padre! ¡Padre! cuando Marcelino, tu viejo servidor, se dio cuenta de la traición de sus hijos, cayó por tierra, echando gritos de dolor, se arrancó los cabellos como un loco, hasta que nos vimos en el caso de contenerle las manos para impedir que se hicieran mal. Entonces dijo:

- ¡Maldito sea el día en que engendré mis cinco hijos! ¡Maldito el día en que la anciana Antonia les dio a luz! ¡Vicente, hijo mío, hijo mío, Vicente, toma tu lanza, toma tu lanza y líbranos de estos infames!

¡He aquí que la maldición del Padre blanco va a recaer sobre Canelos y sobre mi casa: y no habrá ya más Canelos y yo moriré y nosotros moriremos todos, por la maldición del Padre blanco!

No obstante Palate salta a tierra y viéndole a mi lado, no puedo contenerme sin reprocharle por su infame traición.

- ¡Traidor! ¿Qué es lo que has hecho con tu Padre? Que has hecho con el Padre blanco a quien Dios te había dado para que le acompañaras y defendieras? ¡Habla, ahora, habla! O mejor, calla, porque no harás sino añadir una mentira a tu conducta indigna. ¡Vah! Prefiero a los chirapas, los chirapas son menos traidores que Palate.

- ¡Toma, dice, presentándome su lanza, toma esta lanza que ha atravesado tantos chirapas, mata a Palate, ya que Palate es peor que los chirapas, pero no me insultes más, porque Palate no aguanta el ser insultado! Es verdad que te he traicionado; pero nosotros somos así, hombres de las selvas, un día estamos bien, otro día mal. Cuando el supai (demonio) nos atormenta, somos capaces de matar a nuestras madres y devorar a nuestras mujeres. Así, ¿por qué te obstinas en ir a Baños? ¿Baños vale acaso más que Canelos o te aman menos los indios que los huiracochas? (blancos). ¿Te traicionamos mientras permaneciste entre nosotros? Al que nos ama le amamos, al que nos abandona le abandonamos también. A pesar de todo, es verdad que te hemos traicionado. Castígame como te plazca; golpéame como a perro, pero no me insultes, porque Palate no esta hecho a oír insultos.

Vicente me entrega entonces un rollo de papel que había envuelto con cuidado entre las hojas para protegerle de la lluvia: era una carta del Padre Tobías:

- “Imprudente, dice, que no ha querido seguir mis consejos. Si Ud. esta con vida, lo que espero de la bondad de Dios, vuélvase, vuélvase pronto y séale esta experiencia concluyente. Hasta los más buenos de los indios están irritados contra Ud.; todos se imaginan que esta partida es definitiva, que Ud. no volverá jamás a ellos, que los Padres blancos no regresaran a Canelos. No se exponga más a ser objeto de es-

tas revueltas. Ud. no les conoce todavía, pero yo que les conozco, le aseguro que se vengarán de manera terrible de una partida que les ofende, porque no pueden comprender la causa. Véngase, más vale regresar a Quito por Archidona que perecer en el bosque”.

En el revés del mismo papel, contesto con lápiz lo siguiente:

- “Mi querido Padre: Todo lo que Ud. dice es la pura verdad y no obstante continuaré mi marcha. Nada, absolutamente nada me hará retroceder. Mi convicción íntima es esta: mis indios quieren obligarme a permanecer entre ellos: la desertión de ayer tiene por fin intimidarme, obligarme a capitular con ellos. Si cedo, luego me veré en el caso de ceder en muchos puntos más graves; si por el contrario permanezco inquebrantable en mi resolución, verá Ud. que me serán fieles en el porvenir: perderán en audacia lo que yo ganaré en dominio moral. Tengamos voluntad por los que no la tienen y sin provocarles golpes en la cabeza, sepamos no temerles demasiado. No, no, yo no cederé un paso. Esta condescendencia me llevaría muy lejos. -Le abrazo una vez más, como también al Padre Pérez, agradeciéndoles con toda el alma de vuestra cordial adhesión. Adiós, adiós!

Después de una hora, regresaron todos los fugitivos, acompañados de dos mujeres encargadas de ofrecerme nuevos víveres de parte de los Padres. Envío la carta destinada al Padre Tobía y embarcándome en la canoa de Palate, a la que hago subir también a Vicente, nos dimos por segunda vez al viaje.

Capítulo XXV
DOS ASALTOS NOCTURNOS
LA PESCA MILAGROSA

Mis previsiones se realizaron al pie de la letra y desde el mismo instante. Los indios, viéndome inquebrantable en mi determinación y que en lugar de intimidarme la deserción cobarde de la víspera me había vuelto más audaz e imperativo, emprendieron alegremente el viaje y con un entusiasmo infantil, prometieron todos servirme hasta la muerte.

- Estate tranquilo, nosotros recobramos el tiempo perdido. Ve cómo nuestras canoas vuelan sobre el río; así en diez días estaremos en Baños.

Más ¡ay! ni ellos ni yo pensábamos en las nuevas contrariedades que nos aguardaban en estos ríos inhospitalarios. Este viaje sobre el Bobonaza no fue más que una sucesión de desgracias: después de la traición de los indios vino la revuelta de los elementos más desaforados y traicioneros que los mismos indios. La segunda noche que pasé sobre este río puedo contar entre las más terribles de mi vida. Habíamos establecido el campamento sobre una playa elevada de la orilla derecha, a la embocadura de un río sin importancia, pero cuyas aguas nos prometían una bebida más sana que las aguas turbias del río. Una gran fogata chisporroteaba al centro del campamento, delante de mi rancho. Extendido sobre mi lecho de hojas verdes, consumido por las emociones y las fatigas de la vigilia y la noche precedente, me gozaba, semidormido, del espectáculo entretenido que me daban los indios. Nada había quedado del humor sombrío y terrible de la víspera: las risas, los gritos y los ademanes más insensatos habían sucedido al mutis-

mo de mal augurio que me habían alarmado con justicia. La brasa encendida en el suelo estaba cubierta de plátanos, yucas y de espumantes churus, recogidos en el bosque. Amables como niños, me ofrecen todos, el uno después del otro, las primicias de su festín y es preciso que, con o sin gusto, pruebe yo de todo. La conversación duró largo tiempo, pero en fin, no pudiendo vencer el sueño, di la señal de retiro y todo quedo en silencio y paz.

Por desgracia no duró todo esto mucho tiempo. Una espantosa tempestad se desencadenó sobre el bosque. Despertado bruscamente por el fragor del trueno, inundado, casi ahogado, sintiendo sobre mi el rancho que me cubre con sus ruinas, me debato en medio de las tinieblas y llamo y grito y maldigo a mis indios, creyéndoles autores de una nueva traición. El brazo de agua que me cubre arrastra mi rancho y me habría arrastrado también a mí, si no hubiera afianzado bien mis pies. Imposible describir la escena que entonces tuve ante mi vista. Mis indios, también como yo cogidos de improviso en pleno sueño, se habían abalanzado a las canoas para salvarlas de la tormenta. Los distingo a intervalos, a la lumbre lúgubre de los rayos; sus gritos de llamada se entremezclan con los silbidos del huracán y el retumbado de los truenos; la voz estridente de Palate que dirige la maniobra resuena como un rebato de muerte en medio de este terrible cataclismo. Trato de juntarme a ellos, pero al primer paso sobre este terreno desigual, caigo en el agua hundiéndome hasta los sobacos .

- ¡Socorro! ¡Socorro! Palate; Vicente; ¡socorro! que me ahogo.

Al instante resuena un solo grito:

- ¡A salvar al Padre! ¡A salvar al Padre!

Y tres de entre ellos se dirigen hacia mi y me toman en sus brazos para llevarme a una de las canoas, única tabla de salvación que nos quedaba en medio de este diluvio.

- ¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo!, exclama Palate; tu no perecerás o todos perecemos contigo.

Al mismo instante, toda la parte de la ribera izquierda, situada frente a nuestro campamento se desplomó con violencia. Elevábase a pico sobre el río, formada de un montón de rocas y cubierta de árboles gigantescos. Rechazado de su lecho, por este montón de escombros, el Bobonaza se eleva a una altura prodigiosa; una resaca formidable, como no he visto jamás en el océano, lanza nuestras canoas a más de veinte metros sobre la orilla. Todos los indios se sumergen para evitar este golpe de agua que les habría acogotado a todos, excepto los tres infortunados que me llevaban en sus brazos. Uno de ellos tiene fracturado el cráneo y la espalda profundamente hundida por el choque de una canoa; el otro que había extendido su mano para asegurarse, tiene quebrado el puño. Todos caemos en sentido contrario, aturdidos, los unos sobre los otros, golpeados, apaleados por esta ola maldita yo, asiéndome de ellos con toda la fuerza de la desesperación, ellos en la impotencia absoluta de moverse y levantarse.

No obstante, después de esfuerzos desesperados, uno de mis indios que esta sano se pone en pie y llama en auxilio a los compañeros, que acuden al instante. Se nos saca del agua y se nos transporta a la parte más elevada del río, en donde, asidos de las ramas, esperamos el final de la tormenta infernal. Al indio que tiene herida la cabeza e inanimada, le sostienen en la superficie sus compañeros; en cuanto al del puño quebrado esta deshaciéndose en lamentos angustiosos: la sangre de estos desgraciados enrojece el agua que nos rodea y me es imposible socorrerlos.

Dos buenas horas permanecemos en esta situación, luchando entre la vida y la muerte; después de lo cual comenzó a disiparse la tempestad y a entrar en sus madres los dos ríos y surgir por de entre las aguas la playa traicionera. Nos dirigimos entonces hacia las canoas que, como hemos dicho, las habíamos varado a veinte metros de la orilla. Dos de ellas se habían despedazado por el choque; todas las demás se habían averiado con mayor o menor gravedad; solo la de Palate no había sufrido nada. De nuestros víveres no había quedado absolutamente nada; todo había desaparecido. Casi la mitad de mi bagaje, guardado en la canoa de Palate, había también sucumbido en el desastre;

todo lo demás, excepto mi fusil que lo había tomado conmigo desde el primer instante de la alarma, había desaparecido en la corriente.

Pero lo que sentimos infinitamente más que estas pérdidas materiales, era el estado lastimero de los heridos. ¿cómo socorrerlos? Todos mis remedios habían desaparecido. Me contenté, pues, con entabillar el puño quebrado con unas planchitas talladas con mi cortaplumas, sujetándolas con bejuco; en cuanto al cráneo fracturado, lo vendamos con una servilleta. El herido volvió en sí durante la operación, pero su debilidad no le permitía andar ni casi ponerse en pie. Colocamos a estos dos desdichados en una canoa y dos de los indios se encargaron de conducirlos a Canelos, donde los Padres, a fin de que ellos, si es que todavía estuvieran allí, los prodigaran de cuidados.

- ¡Hijos, digo a los demás, todos de rodillas! ¡A agradecer a Dios de que nos haya salvado! Todos debíamos perecer sin remedio, esto es un hecho; no seamos, pues, ingratos para con nuestro libertador.

Todos al instante se arrodillan y rezan con todo su corazón, repitiendo, palabra por palabra, según es su costumbre, las oraciones que hago rezar en su propia lengua.

Después de cinco horas, cuatro canoas que nos restaban estaban ya en estado de recibirnos. Que todos cupiéramos en ellas, era imposible; por lo cual, se decidió que ocho indios, apartándose del grupo de la caravana, se abriesen camino con el machete, siguiendo la orilla en lo más posible. Por jefe de esta expedición se les dio a Vicente, en quien únicamente podía poner toda mi confianza. El total de los indios que me acompañaban era de veintitrés: los quince, al mando de Palate, tomaron sus canoas y emprendimos la marcha.

Como así los indios, tan avisados siempre, tan prácticos en la elección de un tambo, se engañaron tan groseramente en esta vez, es lo que no me he podido explicar jamás. Aprisionados entre dos ríos, era evidente que la primera creciente debía llevarnos. No era menos evidente que este alto parapeto de rocas, árboles y matorrales que se elevaba a la orilla izquierda, se iría tarde o temprano a pique, cediendo al

esfuerzo tumultuoso de las corrientes y contracorrientes de los ríos: este es un hecho que se ve cada día en la montaña y nadie lo ve mejor que los mismos indios. Por otra parte, la noble conducta que observaron durante toda la tormenta, los peligros a que se expusieron por salvarme la vida, las heridas graves que fueron la consecuencia de todo, no daban lugar a sospecha de que hubieran querido traicionarme: el peligro era tan inminente para ellos como para mí y si salvamos de la muerte fue por una especie de milagro. Encontramos un tambo más abajo hacia la orilla, pudimos perfectamente pasar la noche allí con seguridad y así lo reservé a los indios, pero nadie quiso consentir en ello; tan prestos estaban en reparar la falta de la víspera y recuperar el tiempo perdido. Este celo exagerado nos puso en el caso de casi perecer. Por lo demás, las aventuras y fatigas de la última noche y la abstinencia cruel a la que se vieron obligados no enfriaron en nada su entusiasmo. La tripulación tuvo que sudar sangre y agua para conducir contra la corriente rápida del río sus maltrechas embarcaciones.

Lo peor era que todos estábamos en ayunas, sin víveres y sin esperanza de encontrar una chacra o un tambo para rehabilitarnos. Los indios, tan decididos al principio de la partida, perdieron luego su primer impulso: agotados por tantos trabajos y por un ayuno tan contrario a su costumbre, conducían la canoa con una lentitud desesperante: todo denotaba el abatimiento y postración a que habían sido reducidos. En vano Palate, más robusto que todos, procuraba animarlos con la palabra y el ejemplo; todos no tienen más respuesta que apoyar tristemente, sus manos sobre el vientre rechupado por la abstinencia y enjugar de sus largas cabelleras el sudor que les desciende al rostro. Por que admirar todo esto, si han pasado ya nueve horas, y cuatro de manejar los remos, sin acordarse ni un instante del reposo: si a esto se añaden las peripecias de la noche, debemos admirar más bien el raro vigor de estos hombres, acostumbrados a la intemperancia y a la ociosidad.

De repente, a una señal de Palate, abandonamos el río, y virando a la izquierda, nos desviamos a un paso estrecho abierto por las aguas entre dos altas colinas. Casi al instante, desembarcamos en una laguna de aguas cristalinas. Un riachuelo descendido de las alturas vecinas caía

allí en cascada: cercetas y patillos, garzas y espátulas se divertían sobre esta agua dulce y refrescante y se bañaban sacudiendo sus plumas y batiendo sus alas. Grandes martines -pescadores de dorso azul y de alas blancas con franjas negras se deslizaban sobre las aguas con la rapidez de la golondrina, recogiendo su presa y luego volando hacia las ramas para devorar su pesca.

Las canoas desfilan en el más grande silencio y luego se colocan la una junto a la otra a lo largo del lago, precisamente frente a la cascada: acurrucados en sus embarcaciones, apenas se dejan ver los indios: los remos maniobrados por estas manos encantadas, trabajan sin el menor ruido. Todo mundo se detiene, abandona el remo y toma la cerbatana: patos y cercetas sobrecogidos de pánico se echan a volar con su cuello desplegado y batiendo sus alas, pero es ya muy tarde: una docena de estos volátiles, atravesados por las flechas envenenadas, cayeron pesadamente sobre el lago.

- ¡He aquí el almuerzo, exclama Palate con aire de triunfo! Hay que pensar ahora en la merienda. La cocha indudablemente abunda en peces; de otro modo, ¿cómo explicar aquí la presencia de este sinnúmero de patos? Así pues a buscar barbasco (*minispermum cocculus*). ¡Oh, sí, barbasco, barbasco! ¡Ah!, si hallamos barbasco, estamos lucidos.

Seis indios se lanzan inmediatamente en busca de barbasco. En cuanto a nosotros, nos ocupamos en preparar el fuego y disponer el festín. Los patos, desplumados, partidos y atravesados por una larga vara de chonta reciben la primera asada, cuando aparecen los indios trayendo consigo tres pesadas cargas de barbasco. Constituye esto el delirio de los indios. Todos se apresuran a apoderarse de estas raíces mágicas y a machacarlas sobre las enormes piedras que están al borde del agua hasta hacerlas despedir un licor blanco, semejante al jugo de la planta de la leche.

Hecho esto, todos suben a sus canoas y se esparcen en la superficie del lago. Comienzan por exprimir y luego lavar la raíz machacada, la que arrojan enseguida en todas direcciones. Las aguas toman inmediatamente un tinte blanquizco y espumoso como agua de jabón de un

lavatorio. Sucede entonces algo prodigioso. Innumerables peces ascienden a la superficie del estanque, aturcidos, enfermos, caracoleándose, como si estuvieran emborrachados; extendiéndose luego con el vientre al aire, castañeteando las orejas, con la boca palpitante. Los indios recogen todos cuantos pueden, arponeando con la lanza a los más grandes y pescando con las ashangas los pequeños; en cuanto a los que no pasaban del tamaño de la mano los desdeñaban abandonándolos a los patos y a las nutrias.

La vuelta de las canoas fue todo un triunfo. Por más que los indios hubiesen estado acostumbrados a esta pesca fenomenal, la de ahora superaba a todas sus esperanzas y nunca habían visto cosa semejante. Enumeré todos los pescados desembarcados a la orilla y los distribuí en grupos según su especie. Cosa increíble: llegué a contar hasta doscientos veinte y siete.

Tal es la pesca con barbasco, la gran pesca de los indios, que la practican en toda la América del Sur. En el bosque, el barbasco es tan célebre como la chicha. Muchas veces había oído hablar de él a los indios y otras tantas había manifestado el deseo de ver con mis propios ojos; pero los indios no acostumbran descubrir sus secretos y es probable que, sin la extrema necesidad a que se vieron reducidos, mi viaje se hubiera terminado sin este espectáculo tan instructivo como alegre.

Permanecimos a orillas de este lago encantado hasta las dos de la tarde. Necesitábamos de todo ese tiempo para almorzar y también para lavar y ahumar la enorme cantidad de pescados recogidos en esta pesca milagrosa.

Por la tarde, cuando llegamos al campamento en que debíamos pasar la noche, encontramos que nos esperaban ya Vicente con los ocho indios que habían partido de mañana, bajo su dirección. Hallámosles asando dos patos que habían cogido en un río. La reunión fue celebrada por una hecatombe de pescados ahumados, que sazonomos con pimienta y arecas.

Los indios festejaron largo tiempo según su costumbre; en cuanto a mí, literalmente magullado, molido como estaba, me refugié en mi

rancho para conciliar el sueño. Pero la mala sombra que nos perseguía desde hacía tres días no había terminado su papel. No había cerrado los ojos, cuando me sentí despertado por el movimiento brusco y la voz terrible de Palate:

- Levántate, levántate pronto, que viene el enemigo -*auca shamun*.

No me dejaréis descansar una sola noche, exclamo poniéndome de pie. Ayer fue el río, hoy día son los jíbaros: ¿Hasta cuándo acabará todo esto?

- *Auca shamun, auca shamun*, repetía Palate con insistencia apasionada: pronto, sígueme pronto, que no hay tiempo para perder.

- ¿Y cómo sabes que vienen? ¿Los has visto acaso?

- No, no los he visto, pero los hemos oído, lo que es la misma cosa. Toma tu fusil y prepárate para el combate. Si son solamente espías nada tenemos que temer, porque no se atreverán a atacarnos. Si es toda una tribu, resistiremos el tiempo necesario para preparar las canoas, luego volaremos por el río hasta Canelos para dar a los nuestros la voz de alarma. ¡Vamos, huambbras, a las canoas!

Las canoas, fuera del agua y llevadas lejos por sobre la arena, para evitar el desastre de la víspera, son echadas rápidamente al río y se las carga de los víveres y de todo mi bagaje: todo esta dispuesto para la partida. Hecho esto, Palate manda apagar el fuego.

- ¿Qué haces? le pregunto. Tu nos sumerges en la obscuridad. ¿Cómo nos conocemos en medio de las tinieblas?

- No te preocupes de esto, nosotros sabremos salir del apuro. ¿No ves que éstas llamas nos echarían a perder? Ellas no nos mostrarían a los chirapas escondidos en las malezas, entre tanto que servirían de mira al enemigo, que al primer vistazo descubriría nuestro corto número y seguiría todos nuestros movimientos. No tengas miedo; Palate es capitán, Palate conoce su deber. ¡Ah! Charupe, Charupe... Por lo demás

tu tienes tu fusil. Los chirapas son como los del Napo, temen al fusil como al trueno.

No obstante, un grito agudo y brusco retumbaba en el bosque.

- Es el tercero, dice Palate. Poco antes, cuando estaba dormido, este mismo grito se dejó oír por dos veces: es la señal ordinaria de los jíbaros, el grito de convenio cuando viajan de noche por las montañas.

- ¿Y qué es lo que tú auguras?

- Yo pienso que ignoran nuestra presencia, porque el jíbaro es traicionero como el supai; cae sobre tí de improviso como la víbora; así que si grita, es señal infalible de que no nos ha visto.

Muchos indios se han tendido de barriga al rededor del rancho y con la oreja cosida con la tierra, escuchan atentamente los ruidos del bosque, contando todas sus pulsaciones.

¡Trabajo perdido! El solo ruido que llega a sus oídos es el de Bonanza cuyas aguas tumultuosas caminan a corta distancia. Entonces, Vicente, acompañado de tres indios jóvenes, penetra con resolución al bosque para aguaitar los movimientos del enemigo.

Estábamos acampados a la ribera derecha, todos nuestros ranchos miraban al río y daban la espalda al bosque; ahora bien, era del lado del bosque, es decir, por detrás, por donde se dejó oír el ruido. Todos los indios están de pie con la lanza al hombro, cruzada la aljaba y la larga cerbatana en la mano izquierda. Ni una sola palabra se escapa de sus bocas, a las que ha hecho prudentes la proximidad del peligro. Esperamos un prolongado cuarto de hora el regreso de Vicente y sus tres compañeros.

-¡Ashca, ashca!, dicen en voz baja, entrando en el rancho son muchos, muchos.

A esta revelación desagradable, Palate responde con el castañeteo labial y lingual, común a los canelos cuando tienen una impresión mo-

lesta toda la comitiva participa de su emoción, que la expresa con el mismo gesto bizarro.

- Palate, una idea se me ocurre: si descargo mi fusil, ¿no se desbandarán los chirapas?

- ¡Sí, sí! Eso es, eso es; descarga tu fusil: es el único recurso que nos queda: si esto no basta a ahuyentarlos, nos veremos obligados a partir.

Rápidamente preparo ocho cartuchos y disparo, tiro tras tiro, lo más ligero posible.

Imposible describir el efecto producido por el tiro de mi fusil, en la noche, en medio del bosque y entre las colinas que nos rodea. Cada descarga resuena como una detonación de artillería y repercute a lo lejos sobre el río. Este despertador de guerra electriza a mis indios: nada hay como el olor de la pólvora, como el ruido estridente de una fusilería para sacudir los nervios y reanimar la audacia: esto sopla sobre el valor adormecido como una ráfaga de viento sobre una hoguera a punto de apagarse: el fuego se aviva con un aumento de energía que es capaz de devorar todo cuanto le rodea.

El silencio esta quebrantado en toda la línea: todos hablan: se agitan, se inquietan y profieren maldiciones contra los chirapas y discuten con animación sobre los medios necesarios para rechazar al enemigo.

- A menos que tengan el supai en el cuerpo, exclama Palate, los chirapas no aparecerán. Si es Charupe, Charupe no vendrá porque Charupe es un cobarde. Si es Timaza, Timaza no vendrá, porque Timaza es un traicionero. Si es el supai, él si vendrá, porque el supai ha jurado un odio mortal! a Palate .

Sin embargo, todo se ha vuelto silencio en el bosque. Los jíbaros, avisados por las detonaciones, no aventuran un solo grito. ¿Qué es lo que pasa?, es la pregunta ansiosa de todo el mundo. El valeroso Vicente se interna de nuevo en el bosque y la oscuridad es tal que se pierde a

nuestra vista no bien se separa del rancho. Largo tiempo esperamos su regreso y no asoma. Los indios no manifestaban ningún temor, pero los presentimientos más terribles embargaban mi espíritu.

- Palate, ¿qué quiere decir esto?, ¿habrá acaecido alguna desgracia a Vicente? Ya ves como no regresa.

- Sencillamente quiere decir que los jíbaros se han dado a la retirada y que por seguir sus movimientos, Vicente se ha visto obligado a andar más lejos que la primera vez. No tengas miedo, Vicente es muy avisado, el o los huambras que le acompañaban habrían gritado si les hubiera sucedido alguna desgracia.

Después de una hora de ausencia asomaron por fin los espías.

- Vicente, ¿qué nuevas traes?

- La nueva de que no hay Chirapas. Los Chirapas acobardados han huido al Pindo: mañana los encontramos, si se atreven a esperarnos.

- ¿Estas bien seguro, dice Palate, que no han descendido por la orilla izquierda para evitarnos y así caer de improviso sobre Canelos?

- Absolutamente seguro. El fusil les detuvo a poca distancia del río: todos retornaron por el mismo camino: hemos visto sus pisadas sobre el cieno.

- ¿Has podido ver algo de su marcha?

- No, lo que prueba que han huido como el viento. Vamos, Padre, puedes dormir tranquilamente, que no vendrán los Chirapas. Por lo demás, estaremos en vela, porque tenemos de costumbre no dormir en todo el trayecto del Bobonaza al Pastaza.

- No, no, no vendrán, exclama otra vez Palate. Charupe no vendrá, porque Charupe es un cobarde; Timaza no vendrá, porque Timaza es un traicionero. Pero si vendrá el supai, porque el supai ha jurado un odio mortal a Palate.

Dicho esto, estalla en una risa formidable y asentando gallardamente su lanza sobre la arena, se pone a saltar y brincar como un insensato, con riesgo de romperse las canillas en este terreno desigual, erizado de malezas y rodeado de tinieblas. Todos le imitan riéndose, gritando y dando aullidos y realizando sobre estas orillas del Bobonaza un sarao tan excéntrico como si hubiera sido un día de fiesta.

Se vuelve a encender entonces el fuego apagado; las llamas chisporrotean de nuevo; brillan los matorrales a la luz de estos resplandores fantásticos y llegan hasta el río los reflejos de la fogata.

- Duerme, duerme, exclama Palate, literalmente enloquecido, duerme! Que en cuanto a nosotros vamos a comer y beber, porque el que no duerme debe comer.

Todo cuanto había de pescado ahumado en las canoas es traído a la vista. Y se arrojan sobre estos víveres como caníbales. Jamás he visto glotonería semejante. El espectáculo presentado por estos Vitelios salvajes me causa poca alegría: prevemos días de hambre, pienso dentro de mí; con que se repita otra comelona nos quedaremos sin nada y será necesario perder un tiempo precioso en pescar o cazar.

Al día siguiente, al amanecer, las canoas sacadas nuevamente del agua son transportadas al bosque y escondidas entre los matorrales. Ellas nos han de servir para el regreso. Si los jívaros las descubren, estaríamos perdidos irremediablemente.

Capítulo XXVI

DEL BOBONAZA AL PASTAZA

Tres días de marcha nos separan todavía del Bobonaza. Al decir de los indios son los más fatigosos y pesados del viaje. Hay prohibición absoluta de levantar la voz. Todos los ojos están fijos en el limo para descifrar las huellas o en el follaje circundante para sondear su profundidad misteriosa y fecunda en emboscadas. Avanzamos ordenados en larga fila, de la que nos está vedado separarnos. Vicente lleva la delantera y guía la marcha: Palate que camina tras de mí termina la caravana y forma la retaguardia.

No tardamos en encontrar las pisadas señaladas por Vicente: son numerosísimas. Palate las examina con atención y exclama luego:

¿Qué fin podía perseguir esta tropa de merodeadores? ¿Qué idea guiaba a esta campaña nocturna en el río Bobonaza? Evidentemente, no podía pasarles por el pensamiento el apoderarse de Canelos; en número tan reducido habría sido una locura, y esta locura jamás se les ha ocurrido a los avisados chirapas. Además, el camino del Bobonaza jamás ha sido frecuentado por estos guerreros previsivos. Saben bien que serían descubiertos, mucho antes de llegar al término de su empresa, por los indios atrasados en el río, por los pescadores nocturnos, por los ojos de lince que miran, aun de noche, a través de la empalizada de chonta de los tambos. Lo he dicho ya, los jíbaros se llegan siempre por la garganta del Tinguiza.

- Muchachos, les pregunto a los indios, ¿qué intento tenían estos pícaros? ¿a dónde iban en medio de la noche?

- Al tambo de Palate, Padre. Lo que querían era sorprender a Palate en medio del sueño y degollarlo con todos los tuyos. ¿No has visto

el tambo de Palate junto al río, en Thali? Pues bien, ellos iban allá. Siguiendo oblicuamente a lo largo del río, habrían llegado allí antes del canto del mondete (gallo salvaje) mas o menos a la una de la mañana. Por lo demás, el mismo Palate te contará todos los asaltos nocturnos que ha sobrellevado. Charupe, Timaza, todos los capitanes Chirapas han jurado exterminarlo.

Los ojos de Palate centelleaban como los del tigre: en el seno de las tinieblas, se escapaban a intervalos de su robusto pecho profundos suspiros, suspiros de rabia e impotencia, semejantes a los estampidos subterráneos de un volcán, cuando la flota de lava incandescente le tortura las entrañas y su cráter se cubre de humareda y su boqueron monstruoso se dilata y se abraza como para anunciar la erupción que se prepara.

-¡Charupe, Timaza! exclama embarazado su lanza. ¿Qué habláis de Charupe y de Timaza? ¿Les habéis visto vosotros, huambas? yo si los he visto, pero jamás al rededor de mi choza. Los he visto más allá del Pastaza, cuando caía en medio de ellos como el rayo, cuando mataba a sus mujeres y a sus hijos. Entonces el traidor Timaza y el cobarde Charupe se internaron como la pantera en medio del bosque, cual si sus pies no tocaran en tierra; pasaron como torbellino por entre las malezas que rodean sus casas. ¡Charupe, Timaza! Como es cierto que la sombra sola de Palate les hace estremecer. Jamás estos perros se han atrevido contra Palate, en su tambo. No digáis, pues, es Charupe, es Timaza. ¡No, no! No es Charupe, ni es Timaza. Es el Supai; son las almas condenadas de los Chirapas las que vienen a inquietar mi sueño y llenan la selva de alboroto

En el fondo, Palate, como todo el mundo, estaba convencido que esta patrulla nocturna que tenía por objeto asesinarlo, estaba comandada por Charupe en persona, o por lo menos por alguno de sus lugartenientes preferidos; pero según su habitual costumbre, abatía desmesuradamente a su rival para el agrandarse más. De todos los seres malhechores que el infierno ha vomitado sobre el planeta, no hay sino el supai, es decir, el diablo, que sea tan grande, tan hábil y tan audaz para

atreverse a medir con el. Esto es ya sabido. Este encuentro entre Palate y Satanás, el choque de estos dos colosos, tapándose de noche como dos montañas de bronce sobre las riberas del Bobonaza, vomitando de sus bocas frases formadas en cráteres torrentes de injurias y maldiciones: estocadas y puñetazos del paladín cristiano y la caída del ángel de las tinieblas a través de las rocas y precipicios del Bobonaza: ¡qué tema más espléndido para la imaginación de un Miltón o un Shakespeare! ¡Qué poema más sensacional para los amantes de la epopeya!

- Esto supone unos cuarenta hombres, ni uno más! Pueden venir, no tenemos por que temer a estos perros!

Vicente, según esto, se había engañado la víspera cuando nos informó que eran muchos, muchísimos. Pero esto se explica fácilmente, por que los jíbaros se creen solos en el bosque, marchan a la desbandada y hacen mucho ruido: fue este tumulto el que despistó al instinto certero de Vicente .

- ¿Cómo sabes tu que estas son pisadas de jíbaros? Pregunto a Palate. ¿Tienen los jíbaros un pie diferente del vuestro?

- Debes saber que el jíbaro camina sin apoyar el talón, el cuello erguido y la oreja tendida como el ciervo que ha atisbado al cazador. Mira y comprenderás ahora. Ves bien como no son sino pisadas de la mitad del pie, luego es el pie del jíbaro. Por lo demás sea que camine con la punta de los pies o que aplique el talón, al jíbaro se le conoce siempre por su pie torcido como el de supai.

Observo efectivamente estas pisadas numerosas: Palate tenía razón, no eran sino las mitades de los pies: y aunque asome el pie entero, es fácil reconocer en el giro violento que el jíbaro le hace dar al caminar.

Anduvimos sobre las pisadas de los jíbaros durante todo un día, hasta Sandali-Yacu, a cuyas orillas pasamos la noche. Los dos caminos de Canelos se reúnen a las márgenes de este río. Los indios, siempre preocupados, examinan con cuidado si los jíbaros pasando el río no

han tomado el sendero del bosque, o si alguna bandada más numerosa destinada a atacar de frente, mientras los cuarenta realizaban una diversión a la izquierda, no se internó la víspera en las montañas de Penday. Este reconocimiento duró largo tiempo: la mitad de la tropa estuvo ocupada en esto, explorando prolijamente el bosque y examinándolo en sus últimos repliegues: no se descubrió el menor indicio de la marcha de los jíbaros. La opinión unánime fue que se habían replegado hacia el Pindo y el Pastaza y que al día siguiente daríamos aun con sus pisadas.

Al día siguiente, dimos el adiós al Sandali, cuyas aguas torrentosas arrastran numerosos peces y marchamos por el Pindo y el Puyo. Los aguaceros de la noche, lavando el limo, habían borrado en parte, las pisadas de los jíbaros; no quedaban de estos más que huellas vagas e indecisas, ininteligibles a toda otra mirada que no fuera la del indio.

Permanecemos cosa de una hora en las alturas del Puyo, en el sitio precisamente donde hacía cuatro años se levantaban los tambos de los jíbaros del Pindo: aquí y allá asomaban todavía empalizadas de chonta carbonizadas, vigas ennegrecidas por las llamas y podridas por la humedad, malezas de bija, y plantas de plátano. Más el bosque lo ha aplastado todo y antes de dos años, no quedará ya ni vestigio de esta población infortunada. Los indios se ponen sombríos y tristes, y pasean por estas ruinas, señalando con el dedo el lugar de los tambos de sus amigos.

- Aquí estaba la choza de Ramón, dice Palate. ¡Ramón era mi amigo, Ramón era católico! Cuando pasaba yo por aquí dormía yo en su casa y bebía aquí... ¡ah! Charupe, Charupe!

Terminada la comida, lánzanse mil maldiciones contra Charupe y Timaza y descendemos a las orillas del Puyoyacu. El río estaba crecido hasta los bordes y como es ancho, profundo y torrentoso, los indios discutieron largo tiempo sobre la posibilidad de atravesarlo. Decidiose al fin construir una balsa sobre la que debía instalarme con mi bagaje; cuatro indios de los más vigorosos se engancharían a ella para tirarla a nado: los demás nadando en contorno al rededor de la embarcación,

debían, en caso de necesidad, auxiliarnos eficazmente impidiéndonos ir a la deriva. Solo Palate podía tener ideas tan sublimes.

Imáginese representar esta travesía mitológica. Neptuno majestuosamente sentado sobre una máquina que tiembla y que se hunde al peso de su divinidad. Neptuno en el agua hasta la cadera, elevando con desesperación su tridente, es decir su fusil, luchando contra las ondas insumisas que le llevan a la deriva. Neptuno en un carro tirado por delfines y escoltado por monstruos marinos en forma humana.

Mientras navegamos junto al borde, merced a los oleajes, nos mantuvimos sin dificultad al nivel buscado por los indios; pero tan pronto como llegamos a la corriente ¡fuera línea recta! Nos entregamos a la suerte con dirección al Pindo, del cual el Puyo es tributario. Los indios auxiliares se arrojan desesperadamente hacia la balsa arrastrada y con los brazos extendidos como barras de hierro y con la cabeza en el agua pónenla en dirección a la orilla.

A pesar de este esfuerzo de prodigio, no fuimos a orillar sino a trescientos metros de la embocadura del río y fue preciso detenernos allí. No importa, obsequié un calzón de baño a Palate, en memoria de este gran acontecimiento que me hizo sorber más agua de lo que hubiera deseado, pero que me puso al nivel de los héroes más fabulosos de la antigüedad pagana.

Dos horas después de esta travesía memorable, nos hallamos ya en las orillas del Pindoyacu, hermoso río que se da al Pastaza al extremo sudeste de la Grande Pampa, en el sitio mismo donde se levantaba la primitiva Canelos, llamada entonces Caninche.

En este río se ahogó el Padre Rodríguez, uno de los últimos religiosos que evangelizaron a Canelos; fue arrastrado con tal rapidez por la corriente, que fue imposible a los indios el salvarlo y su cuerpo se perdió en el Pastaza. Habría yo tenido la misma suerte sin mis indios. También en esta vez la balsa fue abandonada pero mis indios se portaron de mejor manera, porque amarrándome con una corteza de árbol a la cintura y la mitad andando y la mitad a nado y casi siempre a flor

de agua y chapoteando llegamos por fin a la otra orilla. Esta travesía no duró menos de un cuarto de hora, porque, para evitar los bajíos debimos dirigirnos al sesgo.

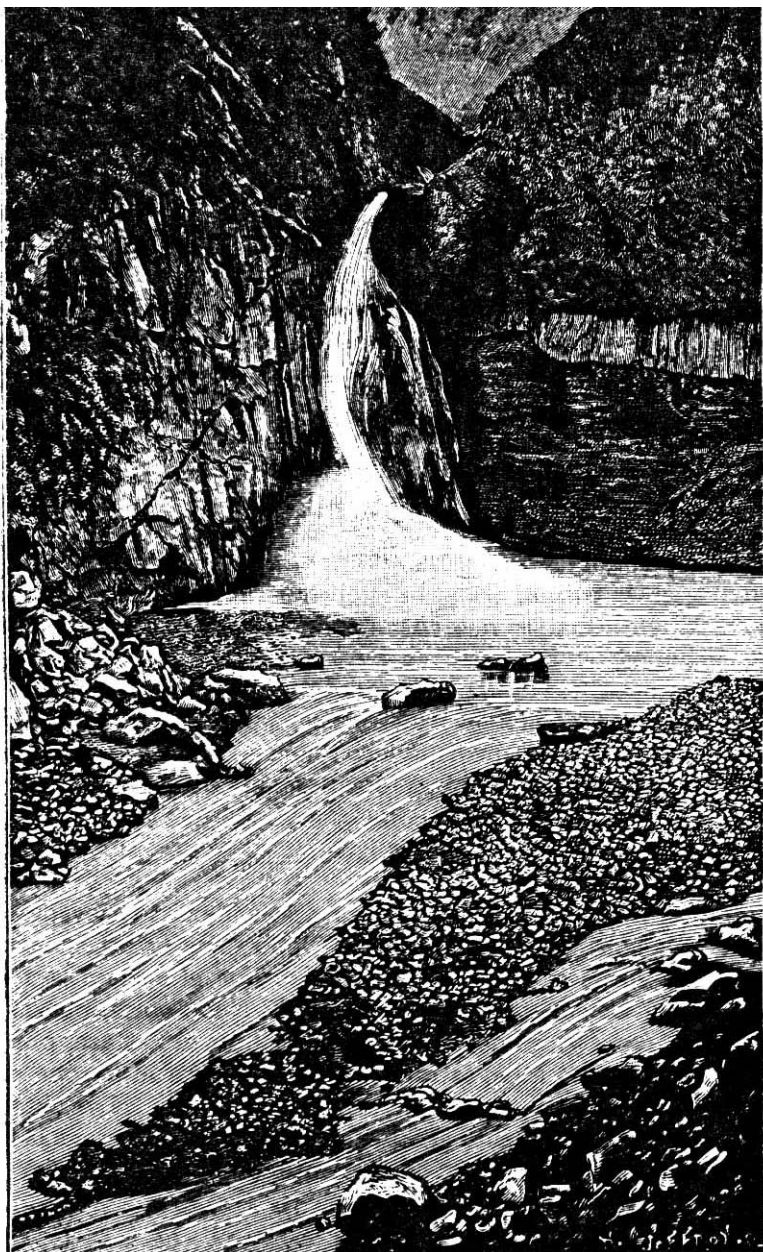
Pasamos la noche en medio de los pantanos de la Gran Pampa, perdidos en el cieno, asfixiados por los miasmas, convertidos en blanco de millares de mosquitos y sin tener otra comida que el pescado seco, ahumado de tres días antes. Pero llegábamos al término de nuestras pruebas. La Providencia iba por fin a tener compasión de nosotros y desplegar a nuestra vista horizontes más vastos y espectáculos más consoladores. Al siguiente día, después de cuatro horas de marcha, llegamos a una playa inmensa cubierta de guijarros, surcada de innumerables riachuelos, sembrada aquí y allá de espesos bosques de laurel. Sigamos, andemos cinco minutos más en dirección del ruido formidable que nos atrae: heos aquí delante de un verdadero brazo de mar, a las riberas de uno de los ríos más fogosos, más largos y magníficos de la América del Sur, el Pastaza.

Capítulo XXVII

EL PASTAZA. EL ABITAHUA

En medio de la Gran Pampa, el Pastaza no rebaja de un kilómetro de ancho. Se divide allí en muchos brazos separados entre sí por cadenas de islotes que se forman desde la embocadura del Allpayacu hasta la del Pindoyacu; ofreciendo todo ello un panorama espléndido.

Diríase que en estas playas encantadoras se han dado cita todas las bellezas del universo y las maravillas todas de la creación. Al sudoeste, apenas a seis o siete leguas de distancia, el gigantesco Sangay eleva al cielo su frente piramidal: sus nieves perpetuas arden, como un horno gigantesco al contacto de las llamas, que día y noche vomita de su cráter. Parece como que se hubiese desbancado de la Gran Cordillera, para presentarse como un promontorio aislado, como un faro de este océano de verdura que le besa las plantas, cual si quisiera refrescar sus faldas abrasadas por el incendio interior. Un poco más al norte y al oeste, se levanta el Altar que le tiende la mano para empalmarle con la Cordillera, luego las cimas almenadas de Huamboyas, más allá las montañas graníticas y, al fin, la garganta sombría de donde se precipita el Pastaza para desbordarse en la pampa. La vista alterna del río a las montañas y de las montañas al río, cada vez más encantada y absorta. Entre estos dos grandes espectáculos, el contraste es tan impresionante que produce una especie de estupor: esa eterna inmovilidad de las montañas, esa serenidad imperturbable, ese silencio y majestad, y, aquí no más, esta tempestad de agua que asorda, esta corriente loca que juega a través de la montaña, esta furia insensata que destruye por destruir, que arranca los árboles de cuajo, que arrastra las rocas como por juego, que trastorna todo a su paso: ¿no es este un espectáculo sin igual?



La cascada de Agoyán

Como el Napo, su rival, el Pastaza descende de los nevados del Cotopaxi, con la sola diferencia de que el Napo tiene su origen en las nieves que están hacia el Oriente, entre tanto que el Pastaza se forma en los flancos del Occidente de la montaña. El Napo corre, pues, hacia el Este en línea recta y cae de bruces en el bosque; el Pastaza, por el contrario, se ve obligado a largos rodeos antes de llegar al bosque oriental. Del Cotopaxi a Latacunga, de Latacunga a Ambato, de Ambato a Baños, se dirige constantemente al Sur, faldeando la Cordillera, a la que por fin embiste de frente algunos kilómetros antes de Baños.

Hasta aquí era un torrente fogoso, un destructor de primer orden, pero no todavía un río: llamábase el Patate. Pero he aquí que, a los pies mismos del Tungurahua, recibe un auxiliar considerable. El Chambo, descendiendo de los lagos de Calaycocha y Mactallan, ha venido a unir su caudal con el de su rival: ahora los dos unidos forman el Pastaza, y el Pastaza si que entra desde el principio en lucha. Trátase nada menos que de hacer brecha en la montaña, abrir un canal, en esta Cordillera Oriental, a la que la masa gigantesca del Tungurahua se encuentra adherida con sus raíces de granito. Es aquí donde los dos torrentes reunidos vomitan espuma llenos de furia, agotan sus esfuerzos, atruenan el aire con bramidos desesperados y acometen decididos su obra de titanes. Esto no puede comprender sino el que lo ha visto con sus propios ojos.

Cuando llega el viajero al borde del abismo donde los dos titanes perforan la roca, cuando se aventura a pasar el frágil y estrecho puente de madera que une los dos bordes del precipicio, siéntese presa del vértigo, asienta con firmeza los pies en los estribos y pasa rápido cerrando los ojos .

Una vez en la orilla, se detiene curioso y arrimándose a un parapeto de rocas, dirige la vista hacia esas profundidades vertiginosas, contemplando estupefacto la lucha monstruosa que se libra en las entrañas espumantes de la montaña.

No importa; se ha abierto ya la brecha en una extensión de tres kilómetros, desde el pie del Tungurahua hasta la cascada del Agoyán:

un canal de mas o menos veinte metros de ancho por cincuenta de profundidad conduce la enorme masa de agua del Pastaza. Un esfuerzo más y el río, vencedor de la montaña, se lanzará al bosque oriental que le atrae desde un principio. Allí está ese bosque mágico a dos pasos: una explanada vasta y espléndida que se abre en su delante, dispuesta a recibirle: en el curso de su viaje, ríos de una poesía encantadora como el río Verde, de una fuerza hercúlea como el Topo y el Suna, se le han entregado satisfechos de correr con él hacia el Amazonas. Después de su primera victoria no le ha quedado mayor trabajo que horadar la alta muralla del Agoyán.

En Agoyán, el Pastaza aplica sus fauces espumantes, jira en todos sentidos los barrenos de sus torbellinos, mordiendo, triturando, atena ceando en toda dirección. Contempladlo después al borde del abismo, sin poderse contener, se precipita de bruces de una altura de treinticinco metros, formando una de las cascadas más imponentes que jamás se hayan visto, la cascada del Agoyán.

El trabajo difícil queda ya vencido. Para un río como el Pastaza todo lo demás es como una cosa de juego de niños. La hondonada profunda en que él se encierra mide de sesenta a cien metros de ancho y corre desde la cascada del Agoyán hasta el Abitahua. Desde aquí se produce una importante transformación en la marcha del indomable río. Hasta entonces la Cordillera vencida, pero no descorazonada, le había disputado palmo a palmo el terreno, estorbándole, a la medida de las fuerzas, la expansión de sus aguas, obligándolo a dar largos rodeos, arrojándole sobre él sus bloques de granito y sus barreras de roca. Pero del Abitahua adelante hay un cambio total. Las montañas negras que se alzan a la derecha del río señalan el último esfuerzo de la cadena gigantesca para contener y atajar el paso al monstruo que le devora las entrañas. De improviso la Cordillera se declara definitivamente vencida y alejándose del río, huye en retirada, a la derecha a las alturas de Huamboya y a la izquierda a las de Llanganates y montes de Penday. Esta obra de la Cordillera forma un ángulo inmenso que tiene por vértice el Abitahua y el Sangay por límite extremo al sudeste. Este ángulo de superficie casi plana esta ocupado en toda su extensión por la Gran Pampa.

Es fácil suponer que más allá de la pampa el río tomará proporciones colosales: por de pronto la masa de agua es considerable, pero no de mucha extensión. La corriente impetuosa que se había desbordado con furia sobre esta playa inmensa, cesa por la fuerza misma de la violencia. A salir de la pampa el río se recoge, se modera, se vuelve pacífico, ganando en profundidad, lo que pierde en superficie: comienza ya a ser un río navegable. El Copataza, el Pindoyacu, el Bobonaza lo constituyen definitivamente; desde entonces no cambiará más hasta el Amazonas hacia el cual se dirige en línea recta, o a lo más desviándose levemente.

Es el río de los jíbaros cuyas chacras se dejan ver a la orilla derecha; las tribus principales de esta nación belicosa y feroz se hallan escalonadas en todo el curso del río, desde la pampa hasta el Amazonas.

Pero, si queremos ver mejor el Pastaza, si queremos abarcar con una sola mirada el marco amplísimo en que la Providencia lo ha colocado, abandonemos esta orilla cienagosa, crucemos los tupidos bosquesillos de laurel, apuremos el paso, pasemos a nado, remolcados por los indios, las frías y transparentes aguas del Alpayacu, atravesemos de carrera aquella planicie de Barrancas donde el P. Fierro, acosado por los jíbaros, asaltado en la noche por aquellos caníbales, vio morir masacrados a sus doce compañeros, y no escapó de la muerte sino por una especie de milagro: henos aquí en el Mangayacu, henos entre las gargantas salvajes del Quilo. Animo, un último esfuerzo, trepemos por la escarpada cuesta del Abitahua, subamos los mil doscientos metros que nos separan aun de las cumbres coronadas de palmeras y miremos, si, miremos uno de los espectáculos más bellos que ojo humano pueda contemplar en esta tierra.

Hemos llegado a la cumbre del ángulo formado por la desviación de la Cordillera. A la derecha seguimos su perfil majestuoso, hasta el Sangay; a la izquierda se encuentra el volcán apagado del que sale el Topo, se encuentra el Píllaro, el Llanganate; se encuentran las colinas del Penday; siempre a la izquierda, pero más al norte, se ve la cordillera del Curaray, lindero entre la hoya del Pastaza y la del Napo. Delante

de nosotros se extiende la inmensidad, y yace la selva con la infinita variedad de sus follajes, con los penachos movedizos de las palmeras, con las copas floridas de sus grandes árboles.

He aquí la hoya maravillosa del Pastaza, su reino, su conquista. Todo le rinde tributo: todas las gotas de agua que deja caer la floresta, todos los chubascos que se precipitan de las nubes, todos los torrentes vomitados por las montañas, están destinados a él; el Pastaza los acoge a todos, a su paso, con la misma indiferencia con que el rico monarca recibe el humilde tributo del pobrecito.

Se lo ve perderse en la selva, abrir sus brazos desmedidos para estrechar una isla y después cerrarlos sobre su conquista, como si temiera perderla. Una vuelta, una prominencia de la selva lo hace perder de vista, pero por poco tiempo. Se lo ve nuevamente en la extremidad del horizonte, mientras corre hacia sur-este, siempre ardiente, impetuoso, cubierto de espuma.

¿Es el Pastaza inferior al Napo? Seguramente no. ¿Es superior? Tal vez. Lo que pude ver, lo que me dijeron los indios, que lo conocen muy bien, me lo deja suponer. De cualquier manera es superior al Napo por poesía, por riquezas vegetales, por todo tipo de maravillas. La más hermosa vegetación de la selva crece en sus orillas; a cada paso se encuentran esencias preciosas: hay con que saciar por algunos siglos la voracidad de los cortadores de plantas.

Solamente los laureles de sus riberas podrían ser una mina incalculable de riqueza, si alguien se dignara aventurarse hasta aquí, para recoger el grano precioso de cera que de ellos destila. La cera de laurel puede ser rival de la de las abejas; y si no fuera por el color verdusco que le viene de la clorofila, no se la podría distinguir fácilmente de aquella. Por otra parte ese color se lo podría quitar fácilmente con algún elemento químico; he podido ver cera de laurel completamente blanca.

En esta parte de la selva las zonas botánicas son netamente determinadas: todo lo contrario de lo que sucede en el Napo y en el Curaray, donde las vimos bastante entreveradas.

La notable diferencia de altitud reúne en la misma zona, y, por así decirlo, en el mismo terreno, plantas de climas diferentes: la cincona en la cumbre de la montaña y en la base el cacao, la vainilla y todos los productos de la zona subtropical. Desde Canelos hasta el Abitahua y el Topo esta anomalía ya no existe: los climas resultan normalmente distribuidos y las plantas también.

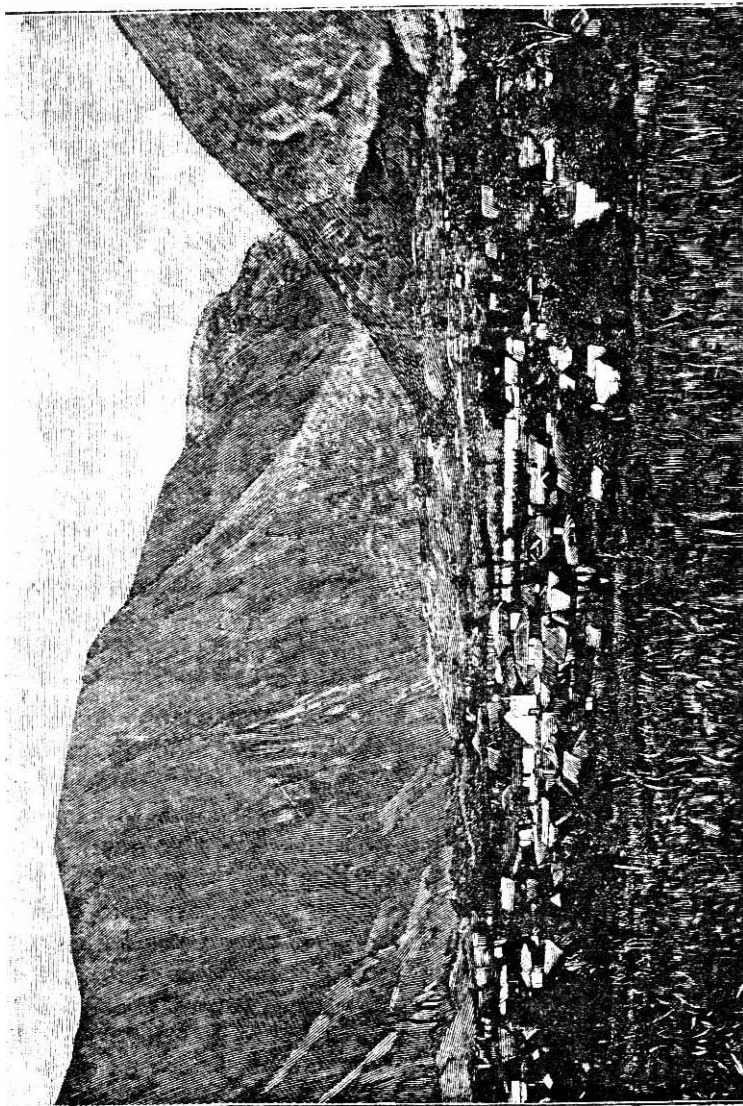
La zona llamada cincona va desde el Topo al Sandali-yacu; se confunde con la del copal y del caucho blanco. Este último, muy raro en el Topo, desaparece en el Abitahua, pero se encuentra en abundancia en la Gran Pampa y en la ribera del Pindo. Desde el Sandali en adelante hay el caucho negro y varias especies de cacao. La vainilla crece en las orillas del Bobonaza: la vaina es más larga y gruesa que la de la vainilla de Borbón y de la Martinica: tiene un perfume menos delicado pero mucho más penetrante. La primera vez que la descubrimos, fue en la cabeza de un indio, que la llevaba a manera de adorno; después los mismos indígenas nos la mostraron en el monte, envuelta en el tronco de los árboles, para extenderse a lo largo de las ramas: se trata de una orquídea rampicante.

Capítulo XXVIII
LA ÚLTIMA ETAPA
EL TOPO - BAÑOS

Demos la espalda al maravilloso panorama que se extiende hacia oriente: por muy hermoso que sea, no puede hacernos olvidar que nos encontramos a dos pasos del mundo civilizado y nosotros tenemos hambre y sed de civilización. La civilización hela aquí: se encuentra al oeste y de las mismas cumbres del Abitahua se pueden coger las primicias, admirar la primera floración. La misma mirada sintética que os atraía hacia las soledades infinitas de la floresta virgen, os atraerá, con tal que lo queráis, hacia el mundo del trabajo y de la inteligencia, el mundo humano.

Volveos pues hacia oeste y mirad. ¡Ah! el espectáculo aquí es muy otro. Se trata, si, de la montaña, pero cultivada, limpiada por el hacha, surcada por innumerables rayas. Se trata de campos de caña de azúcar, de los cuales asoman, aquí y allá los techos agudos de las haciendas, campos de bananos, huertas llenas de árboles frutales. Todo está ordenadamente arreglado, en la ribera izquierda del Pastaza, del cual se pueden seguir los infinitos vericuetos, desde el Topo, hasta Ago-yán. Los últimos trechos del viaje se ven claramente de cuando en cuando: las fértiles planicies de Mapoto, después el Mirador y al final Machay.

Solamente Baños se oculta en el horizonte, detrás de las montañas y sin embargo es lo que de veras estamos buscando, lo que queremos: hacia él se vuelven nuestros suspiros. ¡Cruel! Como se obstina en ocultarse, busquémoslo, vamos hacia él con todo el ardor de los deseos, con toda la fuerza de los talones. Son dos días que sufrimos horrible-



Panorama de Baños

mente el hambre: ya no tenemos más que palmito y cayambas de los indios, especie de hongos blancos que crecen en las paludes de la floresta. ¡Vamos, pues! Cruzamos, corriendo, tropezando y rodando los precipicios tristes y húmedos, las gargantas graníticas del Cachiurco, que sirven de estribo del Abitahua; afrontamos la corriente impetuosa del Suna, fecundo en naufragios; corremos hacia el Topo, que distan solo media hora.

El Topo es la barrera que separa el mundo salvaje del mundo civilizado, pero, ¡qué barrera! Uno queda aterrado. A lo ancho de cincuenta o sesenta metros no es más que una masa de espuma, que brinca con un fragor horrendo. Los altos escollos que puntean su curso tiemblan bajo los golpes poderosos del torrente, que ruge y retumba como el trueno. El agua se pulveriza y el vapor envuelve el torrente con un arco iris luminoso, de todos los colores.

Por largo tiempo buscamos una salida y finalmente la encontramos, a unos cincuenta metros de la desembocadura. Allí se improvisó un puentecito que ningún ingeniero habría querido reconocer como suyo. Dos grandes rocas se levantaban en el centro del río, a una distancia de unos diez metros la una de la otra. He aquí las pilastras ya listas y muy sólidas. ¡No queda otra cosa que tender el puente y para esto los indios son muy hábiles! Los pícaros tienden tres grandes cañas de bambú desde la orilla a la primera roca: no importa si el agua golpea contra aquellas vigas redondas y movedizas; todos mis anfibios compañeros pasan por ellas con la prudencia y la agilidad de un gato que corre por el canal de un techo. Uno solo se ha quedado atrás, para observar mis movimientos, y para pescarme en caso de que fuera posible salir con vida de un abismo como el que se abre bajo nuestros pies. Apenas pongo el pie sobre aquellas vigas en movimiento me asalta el vértigo; viendo el peligro los indios improvisan una especie de pasamano o de poyo. Se trata de otra caña de bambú, que dos de ellos sostienen a la altura de un metro sobre el puentecito: me apoyo con una mano y paso sin dificultad.

Henos aquí, en medio río: el Topo se hincha y ruge como un líquido en ebullición: ¿nos permitirá tocar la otra orilla? En seguida los



Puente de Ayogán

indios retiran las cañas y establecen un nuevo puente, parecido al primero, entre las dos rocas, y pasan todos. Finalmente tienden un tercero, desde la segunda roca hasta la orilla y pasan nuevamente. A este punto estalla un fragor indescriptible: son los indios que celebran esa memorable travesía, según su costumbre.

Muchos ecuatorianos visitarían la floresta, subirían las cumbres del Abitahua, para gozar del espectáculo único que se ve desde allá: pero el Topo corta el paso. Este torrente espantoso custodia el ingreso del paraíso oriental casi con la misma seguridad con que la espada de fuego, puesta por Dios, impedía pasar los umbrales del Edén.

Del Topo a Baños no quedaban sino dos días de camino: se trató de una carrera. Mis indios se morían de hambre y, creyéndose todavía en el monte donde todo es común, saltaban sobre las cercas que cerraban los cultivos, tumbaban cien veces más cañas de las podían comer y causaban grandes perjuicios. Preocupados por la suerte de sus

sembríos, algunos guardianes de las haciendas acudieron a defenderlas. ¡Pobres de ellos. Si yo no hubiera intervenido, aquellos caníbales los habrían despachado!

- ¡Todo lo que crece es nuestro! exclamaban lárgate, de otra manera... Y las cañas vuelan por los aires, se arremolina sobre las cabezas, caen sobre las espaldas y golpean las piernas.

- Vete, blanco, vete. Si tienes aguardiente tráela, porque nos gusta el aguardiente. -Y yo declaro que no quiero. Todos los campos de caña de azúcar que ustedes van a dañar yo los pagaré a las haciendas, quede bien claro. Y en cuanto al trago, ¡les prohíbo probar una sola gota y pobre de aquel que se lo ofrecerá!

Finalmente llegamos a Baños hacia las cuatro de la tarde. Habían pasado doce días desde la salida de Canelos.

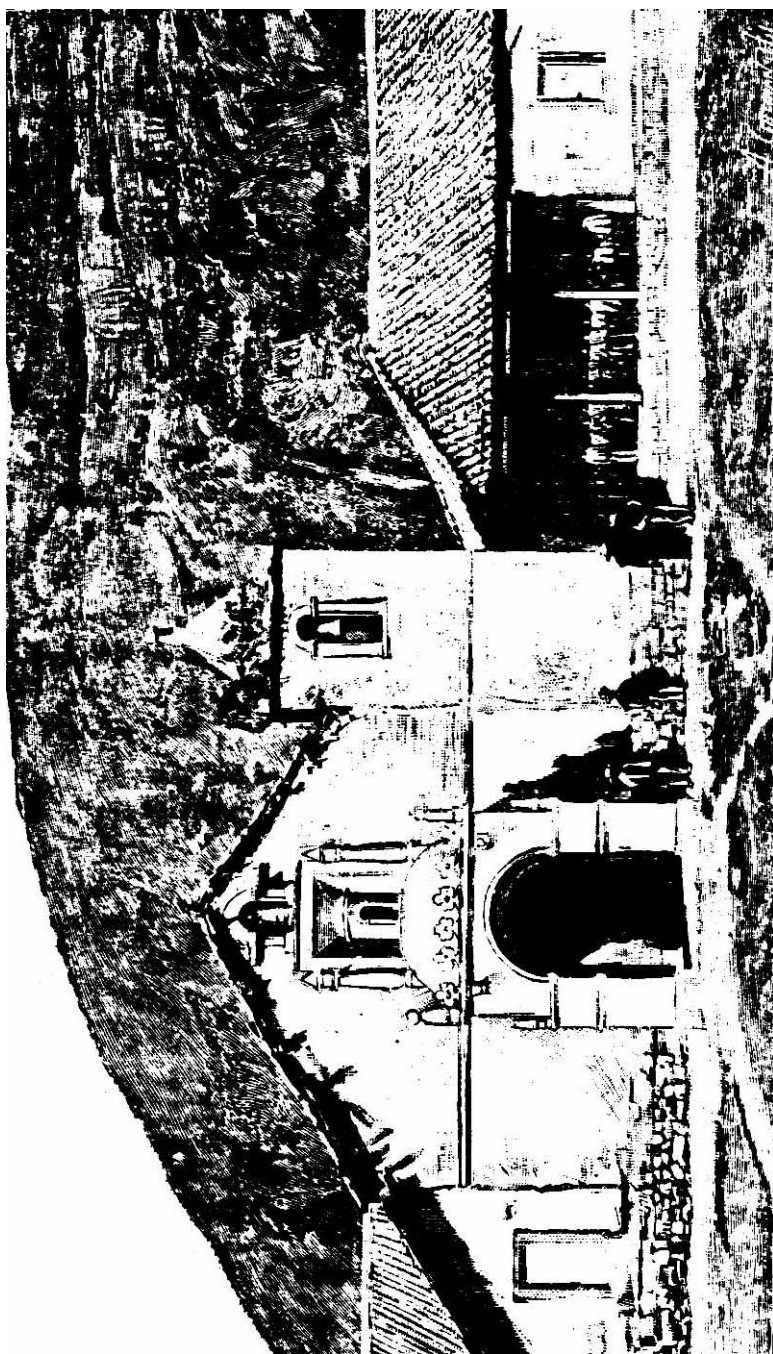
En el humilde poblado no olvidarán tan pronto aquella entrada. Todos los habitantes se asomaron al camino para gozar del espectáculo que presentan mis doce indios: nos siguen, nos rodean, nos aclaran, me hacen preguntas sobre las peripecias de aquella lejana expedición.

- ¡Pobre padre! ¿Será posible que este vestido así? ¡Cuanto debe haber sufrido! Buen Dios, ¡qué valor, que caridad! siéntese, siéntese, le vamos a traer zapatos, le vamos a traer de comer.

Botan al agua las cortezas que yo llevaba a manera de zapatos y las sustituyen con buenas sandalias. Esa buena gente nos trae pan, frutas, aguardiente; todo lo que la pobreza le permite brindarnos.

Viéndose tan mimados, mis indios pierden todo recato. Esos sinvergüenzas se mezclan a la muchedumbre, quitan las mantillas a las muchachas, para ver mejor sus rostros, examinan atentamente la forma de los hábitos, el tipo de los tejidos. Algunos, más audaces se adueñan de los ponchos y se los echan al hombro: nunca se vio un carnaval parecido.

Nuestra primera visita fue a la Virgen milagrosa del Agua Santa, patrona de Baños y célebre en todo el Ecuador. Nos dirigimos allá con



La iglesia parroquial de Baños y la escuela de los varones

los pies descalzos, como los marinos bretones, cuando vuelven de sus viajes. También nuestro viaje había sido rico en tristes aventuras. Sin la mano materna de la Virgen ¿qué habría sido de mí, solo, en aquella inmensidad tenebrosa del mundo salvaje? En aquel desierto donde los rugidos de las fieras día noche se alternan con los gritos feroces y los aullidos espantosos de las tribus salvajes? Sin comida, casi sin vestidos, sin otro refugio en mis peligros que la buena fe, siempre dudosa, del indio. ¡No importa, Virgen santa, no importa! Allí regresaremos, pronto y para siempre. Dignaos recibir esta promesa como agradecimiento: es la única cosa que mi pobreza os puede brindar y es también la única cosa que deseáis de mí, pobre hijo vuestro. Baños es como Papallacta, es decir la llave del Coca. Pero es un Papallacta sin nieve ni hielo, sin las fachas repugnantes de indios ladrones e insolentes. Se levanta en la margen derecha del Pastaza, exactamente al pie del Tungurahua, del cual lo separa solo un estrecho abismo, donde corren las lavas ardientes y los torrentes vomitados por el gigante. ¿Cómo se explica que aquel poblado no haya sido destruido mil veces por el monstruo que ruga a su lado? ¿barrido por las aguas? ¿sepultado bajo las cenizas y las rocas calcinadas? Es un secreto que solo conoce la Virgen de Baños.

Desde la cruz que domina el pueblo la vista es encantadora. Hacia el norte, casi a nuestros pies, y como en la actitud de querernos aplastar con su mole, surge el monstruoso Tungurahua. La nieve cubre sus cumbres parecidas a narices humeantes. Una columna de agua sale a intervalos de su exterminada garganta, se riega por los flancos y cae fragosamente por las laderas escarpadas, formadas por lavas y cenizas... Nada se escapa a nuestra mirada.

Hacia el sur, la Cordillera salida del Tungurahua describe una curva para llegar hasta el Pastaza: forma un arco, al fondo del cual se encuentra el poblado que intentamos describir: parecería un brazo de Hércules que rodea la frente delicada de un niño.

En el fondo del anfiteatro se divisa una cascada de unos cien metros. Es la chorrera de Baños y muy pocas pueden sostener una comparación con ella. Al pie de la chorrera, de las mismas vísceras de la

montaña, sale, con grandes burbujas, un río de agua caliente. Esas aguas benéficas son conocidas en todo el Ecuador: acuden a ellas desde Quito, Guayaquil, Riobamba, de todas partes. Acudirían aun más si alguien se dignara fabricar allí una casa de hospedaje para los que se bañan, si los enfermos no se vieran obligados a bañarse al aire libre, en pozas infectas, cuyas paredes son imposibles de purificar. Baños sería el Cauterets (lugar de aguas termales cerca de los Pirineos) del Ecuador, si el Ecuador supiera aprovechar las riquezas escondidas en su suelo; sería una Cauterets que tendría por Gave (río que baña también Lourdes) el Pastaza, por nevados las cumbres del Tungurahua, por corona las montañas, donde la caña de azúcar compite en altura con los bananos, donde la naranja crece cerca de las palmeras.

¡Cómo son suaves, amables, hospitalarios sus habitantes! Poquísimos son los indios, la mayoría son blancos. Su industria principal es la elaboración de aguardiente de caña, pero, si es mucha la que fabrican, es poca la que beben y esto redundaría en su honor. A menudo sueñan con ver construido un buen camino hacia Canelos, con las mulas que regresan cargadas de los productos de la selva. Se imaginan el humilde Baños convertido de golpe en el gran almacén de la floresta, una de las ciudades más comerciales de la República. ¿Se realizará un día este sueño? Pregúnteselo al Gobierno: es el único que puede responder. Pero, probablemente, él tampoco responderá. Y ahora dirijámonos hacia Ambato, donde nos esperan los futuros compañeros de las fatigas apostólicas. Vayámonos a Quito, donde ya estarán creyendo que no me volverían a ver, donde me piensan muerto y sepultado en el estómago de un trigre o de algún jibaro. Vamos a preparar una nueva expedición, o, mejor, el regreso definitivo de los hijos de S. Domingo a la fiel tribu de Canelos.

EPÍLOGO

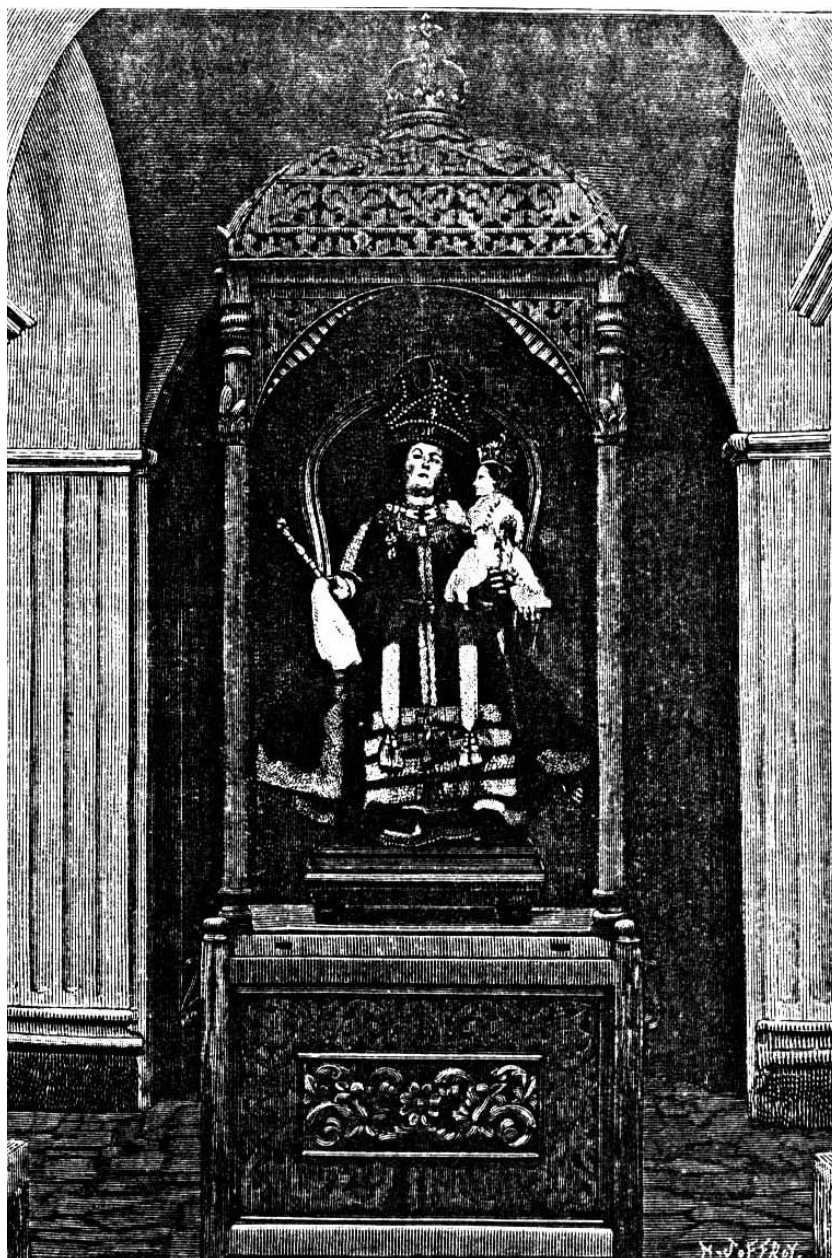
Las promesas hechas a la Virgen de Agua Santa de Baños y a Nuestra Señora del Rosario de Canelos fueron cumplidas. La toma de posesión de Canelos en un hecho consumado, como puede verse por las siguientes cartas del intrépido explorador:

“Canelos, 15 de Enero de 1888.

“Al fin nos encontramos en Canelos, tres Padres y un Hermano Converso. Estamos aquí desde el 5 de Diciembre y el viaje fue rudo.

“Nuestra partida de Baños no se olvidará tan pronto. La población de Baños, viéndonos con el infeliz atavío de misionero en viaje, se llenó de entusiasmo y nos acompañó durante varias horas. Nada tan pintoresco como nuestra caravana: doce ovejas abrían la marcha, luego venían las gallinas en una jaula. Todo el mundo consideraba esto como una locura y afirmaba que ninguna de ellas vería Canelos. Y mientras tanto las ovejas brincan ahora en la plaza de Canelos y nuestras gallinas ya nos han dado pollitos. Durante el viaje fue un martirio. Tuvi-mos que salvarlas de la corriente de los ríos, cargar las ovejas en los lugares peligrosos; dos se mataron, otras se estropearon. No importa, la partida se ganó, están ahora con nosotros; antes de seis meses no nos faltará la leche ni la carne. Los huevos de nuestras gallinas han alegrado más de una vez nuestros estómagos hambrientos.

“La obra principal que nos ocupa y nos preocupa día y noche, es la de nuestra instalación, obra totalmente material en apariencia, y de la cual sin embargo, depende el porvenir de la misión. Nuestros trabajos de construcción están muy avanzados; a pesar de las lluvias incessantes del mes pasado hemos hecho recoger casi todos los materiales necesarios; antes de tres meses, si Dios nos sigue bendiciendo, tendremos una casa espaciosa, sólida, bien acondicionada, que puede alojar a



Nuestra Señora del Rosario de Baños

siete u ocho religiosos al menos. Será la colmena para servir de centro a los futuros apóstoles de los Záparos, de los Jíbaros y de las regiones bajas del Pastaza.

“Será algo espacioso, sólido y se gozará ahí de todo confort compatible con la ruda existencia del misionero.

“Delante de la futura casa y sobre las pendientes que descienden al Bobonaza, hemos hecho desmontar un terreno de al menos tres hectáreas, y plantar yucas, bananos, piñas, sembrar maíz, frijoles, arroz, etc., etc. Antes de ocho meses tendremos víveres en abundancia y frutas exquisitas; antes de un año tendremos diez hectáreas cultivadas. Los esfuerzos que esto nos ha costado, Dios lo sabe. Nuestros indios perezosos, soberbios, inconstantes se han insubordinado más de una vez nos hemos encontrado sin víveres, abandonados de todos y nubes sombrías pasaban por la frente de mis compañeros. Nuestra Señora del Rosario y San José, patronos de esta Misión no permitieron que estos presentimientos siniestros se realizasen; los corazones de nuestros salvajes metamorfosearon súbitamente. Un día, Palate, que nos había permanecido fiel a pesar de todo, se puso de pie en la Iglesia blandiendo su sable y amenazando a los indios recalcitrantes; apóstrofo al cacique y a los alcaldes, y reprendió la insolencia de los revoltosos. El demonio se sirve de todo contra nosotros, y, como siempre, los blancos son sus instrumentos preferidos. Los de Sarayacu se dieron prisa en acudir a Canelos y sembrar la desconfianza en el espíritu de nuestros Indios. La Providencia no nos ha probado sino para afianzar y consolidar nuestra obra; el daño que se pretendía hacernos nos ha servido a tal punto que nuestros Indios nos son hoy más sumisos y fieles que nunca. Se han prestado a trabajos tan duros y tan ajenos a sus aptitudes, que solo Dios puede explicar un concurso tan inesperado. Los comerciantes de Sarayacu han tenido que batirse en retirada, cabizbajos y con la desesperanza en el alma.

“Durante este tiempo la obra espiritual va cumpliéndose. Canelos donde el matrimonio ya no existía, ha visto ya 11 matrimonios; espero que antes de dos meses tendremos unos veinte. Bendigamos a

Dios que tan visiblemente alienta los comienzos y permite que cosechemos aun antes de haber sembrado. Quiere consolarnos de las pruebas por las que hemos pasado.

“Nuestra instalación provisional es de las más lamentables: estamos apiñados, unos sobre otros, rodeados de montañas de cajones, víveres, vestidos, en una cabaña que nos caerá algún día sobre las espaldas. A pesar de estas molestias de las que Ud. no puede tener idea seguimos en cuanto es posible nuestra regla: a las cuatro y media levantarse y oración, luego las misas; a las dos el Rosario y algunos minutos de reflexión, por la noche a las ocho un cuarto de hora de oración.

“Dentro de un año, si no sobreviene ningún incidente, nuestra instalación estará completa.

“El porvenir de la Misión esta en la educación de los niños. Todos los Padres es tan unánimes en este sentimiento. Con los adultos haremos poco, muy poco; con los niños, todo es posible. No conozco nada tan amable, gracioso, dócil e inteligente, como el joven indio. Nuestro plan de evangelización es muy sencillo y práctico. Recogeremos el mayor número posible de niños en nuestras escuelas; compraremos aun a los infieles todos aquellos que quisieran vendernos, todos los que dejaran a salvo en sus sangrientas expediciones; ya que los bárbaros no respetan nada: mujeres y niños, todo inmolan sin piedad. Admitamos que tengan en promedio siete a ocho años; de cinco a seis años después los casaremos, los jóvenes a los catorce, las jóvenes a los doce años, y los estableceremos alrededor de nosotros. Esto es ya el pueblo cristiano Algunos ensayos de este género que se han hecho han dado excelentes resultados. El indio tiene maravillosas aptitudes para el estado social; tomado joven, antes de la edad de las pasiones, ya no vuelve al estado salvaje. En esto difiere esencialmente de los jóvenes árabes, que tantas malas pasadas han hecho a los misioneros africanos. Llamaremos, si esto es posible, a religiosas para nuestra ayuda. Viajaran en la montaña cargadas por indios fieles, escoltadas por los Padres y algunos blancos. Una vez llegadas a Canelos tendrán su pequeño convento, un gran parque rodeado de arbustos con espinas impenetrables aun al tigre. Ten-

drán también su clausura y no saldrán sino para ir a la Iglesia, que no distará a más de quince o veinte metros”.

“Canelos, 10 de Marzo de 1888.

“Henos aquí en pleno invierno, sin poder ni recibir ni enviar cartas, sin comunicación con el mundo civilizado: durante esta estación, que dura del mes de Marzo hasta el mes de Agosto, las lluvias son continuas, los torrentes se desbordan y todo viaje a través de las selvas es impracticable.

“Las pruebas no faltan a nuestra naciente misión. La instalación estaba aun deficiente cuando vinieron las lluvias. Nuestros Indios por más devotos que sean a la Orden de Santo Domingo, son ante todo salvajes, es decir naturalezas no pulidas, en las cuales a sentimientos nobles se juntan demasiado frecuentemente los instintos más duros y más egoístas. Desde el mes de febrero, estos neófitos bulliciosos han alzado el vuelo en todas la direcciones, sin siquiera preguntarse como vivirán los Padres durante su ausencia. Y como los campos cultivados alrededor de la residencia de los misioneros no pueden aun abastecer sus necesidades, debo ir en búsqueda de los fugitivos, a fin de encontrar víveres en cantidad suficiente para la mala estación.

“Llevo conmigo mi acordeón y me transformo una vez más en mendigo: tuve tanto éxito con ello el año pasado. Bajo por las riberas del Bobonaza en búsqueda de mis fugitivos. Donde encuentro un tambor, salto a tierra y entono mi canción sacando de mis instrumentos algunos acordes, alegres o tristes según la impresión del momento. Mis niños grandes se enternecen, oyen respetuosamente mis necesidades y se apresuran en llevar a mi canoa algunas canastas de yuca, algunos racimos de plátano .

“Recorrí así la selva durante cinco días y regresé con tres canoas cargadas de víveres. Ya somos ricos... por el tiempo de quince días, ¿y después?... Dios proveerá .

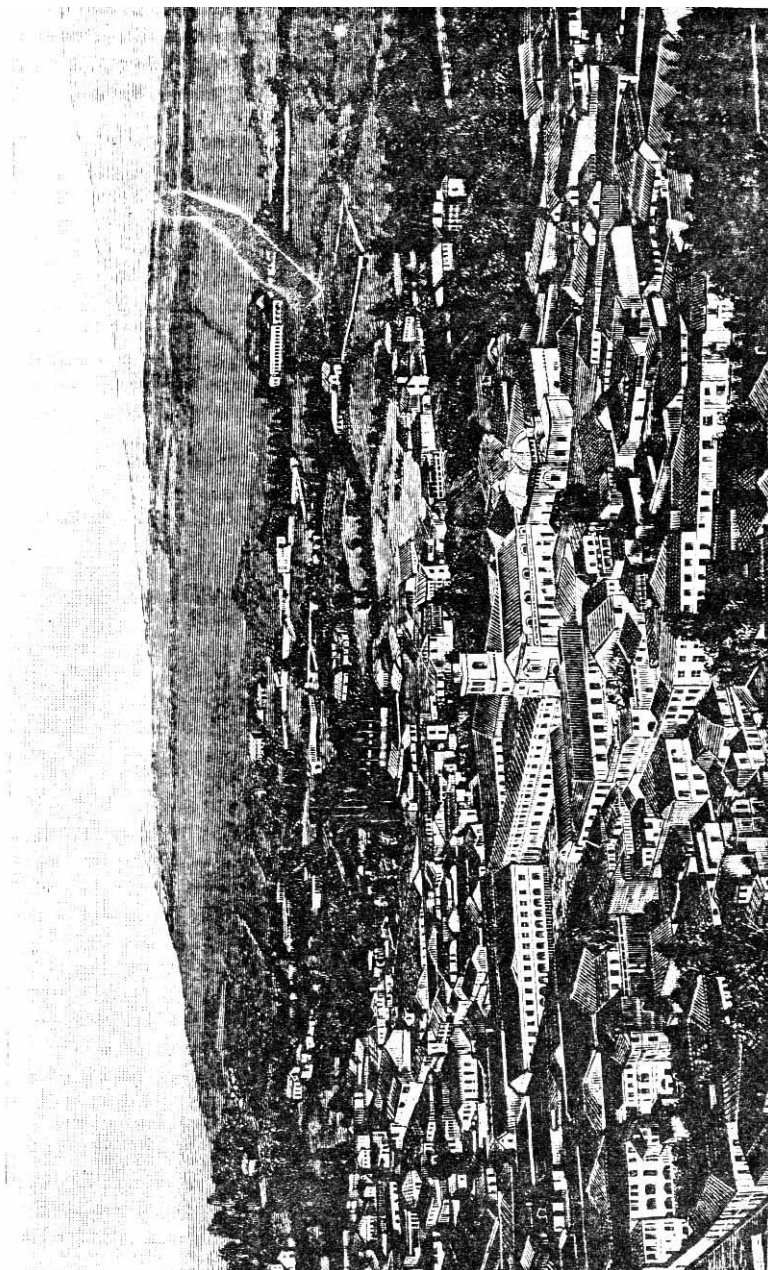
“Uno de nosotros, el Padre Sosa, por poco fue devorado: al abrir un camino con el machete en la selva se lastimó la mano; la sangre corrió abundantemente. Atraído por el olor de esta sangre, un tigre iba a botarse sobre él, cuando llegaron los indios que hicieron huir al animal salvaje.

“Después de nuestra llegada el cacique del Curaray ha muerto y el valiente Palate se ha herido gravemente en la cacería: pierdo la esperanza de salvarlo”.

“Canelos, 2 de Mayo de 1888.

Acabamos de pasar por una fuerte alarma. El Capitán Salúa, que manda en el Villano, aprovechando de una ausencia de Palate, obligado a permanecer lejos de la Misión por su herida, nos atacó a mano armada con quinientos de sus Indios, y esto en plena Iglesia, a la salida de la Misa del domingo. Fue una riña espantosa. Gritos de alimañas resueñan; el cerco de chonta que cierra la iglesia es arrancado. Los obstinados se precipitan sobre nosotros; en un instante se nos bota, se nos hace caer. Mi fusil cae en manos de los asaltantes quienes, por suerte no saben servirse de él contra nosotros. Me queda mi revólver del que hago uso como de una pistola de bolsillo y cuya sola aparición obliga a mis adversarios a retirarse.

“Sin embargo gritos de desesperación resueñan, es el P. Sosa a quien las mujeres -siempre más crueles que los hombres, arrastran violentamente sobre la tierra. Lo libro a disparos de revólver, mientras mis carpinteros, que vuelven después de un primer momento de terror, caen a su vez sobre los asaltantes, descargan sus fusiles y despiertan el terror entre los Indios. Les suplico de tirar al aire y perdonar la vida de estos infortunados. Que desgracia si llegáramos a derramar una sola gota de sangre, nosotros, ¡los ministros del Evangelio! Los asaltantes a quienes el ruido de la fusilería había dispersado, observan y constatan que ninguno de ellos había sido herido. Entonces vienen gritos de alegría y gestos de desprecio. Vuelven a la carga, la lanza al puño, envolviendo a los carpinteros quienes, llevados ellos mismos de una cólera fácil de comprender, dirigen contra ellos la boca de sus fusiles. Que hu-



Quito: Visión general del Convento de Santo Domingo

biera sucedido si La Providencia no se hubiera compadecido de nosotros y nos hubiera salvado de una situación que, suceda lo que suceda, vencedores o vencidos, ¡no podía sino acarrear nuestra ruina! Una bala perdida cae sobre la cabeza de una mujer que rueda en tierra perdiendo el conocimiento por la fuerza del golpe. Es la señal de la derrota.

“Las mujeres, primeramente, huyen llevando en sus brazos a la pretendida muerta que no tarda en volver de su síncope. Los Indios les siguen, formando la retaguardia, pero una retaguardia desbandada, desalentada, a la merced de nuestros golpes. Caemos sobre ella con toda la audacia y el empuje que da la victoria: mi fusil es recuperado y el Indio que lo llevaba, capturado. Sin embargo el capitán Salúa parece aun amenazarnos, da gritos estruendosos, blandiendo su bastón de mando y logra reunir algunos de los más valientes, casi todos de su parentela. Lo rodeamos, le tomamos de su larga cabellera y le botamos a tierra. Su bastón de capitán cuyo uso había profanado sirviéndose de el contra nosotros es aprehendido. Al fin quedamos dueños del terreno y regresamos a nuestro tambo con siete prisioneros de guerra, los más obstinados y tercos de los asaltantes. Tuvimos que permanecer en armas las noches siguientes para evitar un asalto que nos hubiera arrebatado nuestros prisioneros y nos hubiera librado a la venganza de nuestros enemigos. Los Indios rondaban por los alrededores, pudimos ver sus siluetas a la luz de las antorchas de copal con las que alumbraban sus operaciones. Algunos, más audaces, avanzaban arrastrándose en medio de las hierbas altas que rodean nuestro tambo. Hubiesen podido burlar nuestra vigilancia, pero nuestros perros estaban ahí para velar por nosotros, su instinto no permitió ninguna sorpresa.

“Esta jornada será famosa en la crónica de nuestra querida misión; no olvidaremos sus peripecias. Como toda otra semejante en lugar de destruir nuestra obra, la consolidó aumentando nuestro prestigio sobre los Indios, haciéndolos más humildes y sumisos. Salúa, reconociendo el buen trato que siguió a su captura, se enterneció hasta el punto de llorar como un niño y de jurarme eterna fidelidad. Cada vez que pasaba junto a él me cogía las manos y las besaba con respeto, luego de rodillas me suplicaba hacerle rezar.

“Cuando estas con cólera, me decía, a veces tus ojos brillan como los de la víbora, tu barba se agita como la cabellera de las palmas ¡Bien se ve que Dios esta contigo, y que solo tu rostro produce el espanto de los más valientes!”.

“Yo reía de su ingenuidad: este coloso, el hombre más grande, el más fuerte, el más diestro en las armas, de su tribu, tenía miedo de un moribundo! Pues yo estaba muriendo por una terrible disentería. Dios permitió aquel día que tuviese el presentimiento de una gran desgracia. Me hice llevar a la pobre Iglesia por nuestros carpinteros, y asistía recostado en tierra al Santo Sacrificio celebrado por el P. Sosa. Yo no se que reacción se operó en mí cuando sonó la señal de la revuelta. Sentí un vigor que nunca había conocido, una destreza, una presencia de espíritu apenas en relación con mi naturaleza y mi constitución. Esto duró tres días, el tiempo necesario y previsto por Dios para vencer la rebelión. Después de lo cual caí más enfermo que nunca y permanecí en lucha con la muerte durante dos largos meses. Palate, a quien su herida mantenía lejos de nosotros, apenas conoció el grave acontecimiento acudió como el rayo, y sin nuestra intervención hubiera terminado con todos nuestros prisioneros.

“Vea, me decía, los del Villano son traidores, una maldición pesa sobre ellos. Oí al Padre maldecirlos y sacudir en sus rostros el polvo de su calzado. Debes desconfiar de ellos como de la serpiente. ¡Los del Bobonaza no son así! (Palate manda los Indios del Bobonaza)”.

Luego volviéndose hacia Salúa cautivo:

“Perro podrido, si hubieras tenido valor, hubieras esperado, para atacar a los Padres, que Palate estuviese presente; pero tú como los perros ladras de lejos y muerdes por la espalda. ¡No es así como procedían nuestros viejos, tu padre el valiente Capitán Domingo, y mi padre el Capitán Vicente! Cuando les atormentaba la fiebre de los combates, ¡llamaban los hombres a las armas y corrían contra los infieles!...”

Luego con grandes risotadas:

“¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! He aquí que estas cogido por la pata como un chirlecrés (una especie de loro que los Indios tienen generalmente en sus tambos). ¡Vamos, vamos! traed las paletas y la tierra roja. Salúa está sentado como una mujer, Salúa quiere fabricar tiestos (ocupación exclusivamente reservada a las mujeres) Salúa se muerde los labios de cólera y cubre su rostro con sus largos cabellos para esconder su vergüenza y evitar las miradas ya furiosas, ya burlonas de Palate.

“Al fin, vuelta la calma a los espíritus, Salúa y sus compañeros fueron puestos en libertad. No volverán tan pronto a atacar a los misioneros”.

La disentería de la que habla el Padre Pierre por poco lo arranca a la Misión. Sin remedios ni médico, tuvo que hacerse transportar a Baños a espaldas de los indios. El R. P. Halflants, Dominicano belga y cura de Baños narra en los siguientes términos la llegada del enfermo:

“Baños, 6 de Julio de 1888.

“El Domingo 17 de Junio llegaron acá los Indios de Canelos, trayendo una carta del P. Sosa del 12, anunciándonos la partida de Canelos del R. P. Pierre, agotado en tal forma por una disentería de seis largas semanas que ya no podía tenerse en pie: se había puesto en camino acompañado de veinte indios que la traían en hombros.

“Si el Padre, se decía en la carta, no muere en el camino, morirá en Baños. Al pie de la carta había un post-scriptum, escrito a lápiz, de mano del enfermo. De los Cierros: “Enviénnos ayuda, víveres (mis indios mueren de hambre), tres cargueros fuertes para pasar el Abitahua. Le abrazo mil veces, tal vez por la última. Ruegue a Dios por mí”.

“Al día siguiente, 18, el Cura de Baños se puso en camino hacia El Topo, con tres robustos cargueros, llevando provisiones y, digámoslo, los Santos Oleos. El viaje al Topo es de dos días. Al tercero atravesamos el río en canoa; no pudimos pasar fácilmente el Zuña, distante del primero veinte metros, pues sus aguas estaban crecidas por la lluvia continua; al cuarto día atravesamos el Zuña, muy por la mañana con el

agua hasta la cintura; reanimados por este baño de agua fría, caminábamos resueltos y silenciosos en aquellos senderos infernales de las selvas del Oriente, divisando ya de tiempo en tiempo la mole sombría del Abitahua levantándose ante nosotros, cuando resonó un disparo: era la señal convenida con el carguero que caminaba como guía delante de nosotros. Los Canelos respondieron con gritos de alegría: ¿Qué le diré de nuestra entrevista? El Padre no había podido vernos, estaba vuelto de espaldas; ignoraba cuantos éramos. Hice señal a los tres cargueros de pasar primeramente. Le besaron respetuosamente la mano. Cuando me vio sus ojos grandes se iluminaron. “¡Ah! ¡Ud. es un hombre!” y nos abrazamos. Su primer pensamiento fue para sus pobres Indios: “¿Tiene Ud. víveres? ¡Mis pobres Indios mueren de hambre!”. Se les dio de los que traíamos, y, en lugar del agua clara del camino un buen trago de aguardiente de Baños reanimó su valor bastante debilitado, ya que tres de ellos había vuelto hacia atrás y el resto de la caravana, a excepción de dos blancos, desesperaban ya de la llegada de los víveres de Baños. Para el Indio: ante todo el estómago.

“Hubiéramos podido estar de vuelta en Baños en tres o cuatro días, y lo estuvimos en cinco. Tuvimos que pasar dos noches en la selva bajo una lluvia continua que inundó hasta el pobre colchón del Padre y agravó su disentería. El segundo día un poco de carne salada traída de Baños ofrecía al enfermo un caldo muy pobre, cuando la Providencia proveyó enviándonos un enorme mono de al menos veinticinco libras, que recibió de buena gracia el disparo de uno de los nuestros y cuya carne succulenta sirvió para el caldo y para otras preparaciones culinarias desconocidas en Francia y Bélgica. El tercer día que era el 30, pasamos el Topo y, después de una marcha forzada bajo lluvias sin término, llegamos a las 7 de la noche a la hacienda Machay. Al día siguiente, domingo, imposible de seguir adelante, llovió a torrentes todo el día. Al fin el lunes, a las tres de la tarde, entrábamos a Baños, ¡pero en que estado!.

“Es evidente para mí que fue un milagro de la Virgen del Rosario de Baños el haber conducido con vida hasta acá al Padre. En el estado en que se encontraba, veinte veces, humanamente hablando, hu-

biera debido sucumbir, ya que viajar en esta temporada de lluvias en la región oriental es muy peligroso aun para quien se encuentra con buena salud. Se está en el agua y el lodo de la mañana a la noche, subiendo y bajando montañas sin fin cubiertas de selva, entrecortadas por torrentes impetuosos que hay que atravesar sobre un tronco de árbol o con el agua hasta la cintura; la noche un miserable abrigo construido de prisa donde la humedad nos penetra hasta los huesos y donde, si la alforja no va llena, es raro que un mono se presente a nosotros para ser asado. El M.R.P. Provincial, avisado a tiempo, llegó la misma semana a Baños con un doctor de Quito. Al momento presente, gracias a un tratamiento enérgico, a una alimentación diferente de la de Canelos, y sobre todo, gracias a la misericordiosa Virgen de Baños, el enfermo está en plena convalecencia, aunque obligado todavía a guardar cama.

“El alejamiento momentáneo del R. P. Pierre de Canelos, donde dejó a un joven Padre ecuatoriano con un Hermano Converso y siete u ocho carpinteros de Quito, es una prueba para la naciente misión, Roguemos a Dios que asista a los que quedan en el puesto, ya que el trabajo es duro y los parroquianos poco amables. He aquí una muestra de la delicadeza de los señores de Canelos durante nuestro viaje; cada mañana, se acercaban respetuosamente cerca del lecho del Padre y le decían: “¿No has muerto todavía?” Es la fórmula usual entre ellos al visitar a un enfermo”.

Mientras tanto el enfermo ha sanado y ha vuelto al lado de su compañero. Estas son las líneas que escribió en el momento de emprender por la tercera vez el camino de Canelos:

“Baños 1º de Enero de 1889

“Estos días regreso a Canelos.

“Nuestra casa está completamente terminada: es espaciosa y bella. Desde el punto de vista material todo va muy bien. Las plantaciones están en plena producción de tal manera que ya no nos faltarán los víveres. Los Indios se muestran dóciles. En este segundo año la misión se anuncia bien...”

Por otra parte los siguientes documentos oficiales nos dicen mejor que todo el resto sobre el estado de organización de estas misiones de Indios:

A S.S. EL PAPA LEON XIII,
Antonio Flores
Presidente de la República del Ecuador.

Beatísimo Padre:

Uno de los principales afanes que han preocupado al Gobierno del Ecuador ha sido el ocuparse de la evangelización y civilización de las numerosas tribus salvajes que habitan en las lejanas y vastas selvas del territorio del Amazonas, región desgraciadamente aun inculta de la República. Con este fin, tan útil como cristiano, nuestro módico tesoro público no ha rehuído el gasto para el establecimiento de los RR. PP. Dominicanos y Jesuitas, y de las Hermanas del Buen Pastor en esta región. Los frutos de tan saludables esfuerzos han sido las florecientes misiones del Napo, de Canelos y de Macas, donde gracias a la constante predicación de los obreros de Cristo y a las escuelas de niños de ambos sexos, la civilización evangélica se desarrolla, donde hasta aquí la ignorancia y la barbarie habían reinado.

La actual administración desea, por su parte, contribuir con todas sus fuerzas y en la forma más eficaz a la pronta y universal difusión de nuestra santa fe católica en aquellas lejanas soledades. Con este objeto recurre a la benevolencia de la Santa Sede a fin de que difunda una parte de sus riquezas apostólicas sobre estos hijos desheredados de América, que se volverán muy pronto, lo esperamos, dóciles siervos de la Cruz.

Suplico a Vuestra Santidad se digne concederme, conforme a la ley adjunta aprobada por el Congreso de la República, las gracias siguientes:

1º. Que todo el territorio oriental del Ecuador sea distribuido entre los cuatro Vicariatos Apostólicos siguientes: del Napo, -de Canelos y Macas-, de Méndez y Gualaquiza, de Zamora.

2º. Que los dos primeros continúen regidos por los RR. PP. Jesuitas y Dominicanos, como lo están ya, el tercero, de Méndez y Gualaquiza, sea confiado a los Padres de la piadosa Sociedad Salesiana de D. Bosco, de feliz memoria, y el de Zamora a los religiosos Franciscanos, últimamente establecidos en la ciudad de Loja.

3º. Que a excepción del Napo, que está a cargo de la Compañía de Jesús, los tres otros vicariatos queden bajo la dependencia inmediata de la S. Congregación de Propaganda y sometidos en todo a las saludables y sabías leyes eclesiásticas que rigen a las misiones colocadas bajo este alto patrocinio.

4º. En fin, que el cargo de Vicario Apostólico de estos países sea siempre dado a misioneros revestidos del carácter episcopal el que, sin duda alguna, a causa de la plenitud de las gracias sacerdotales de que goza, comunica al apostolado un poder y un ascendiente irresistibles.

Espero firmemente que Vuestra Santidad se dignará conceder en toda su amplitud las gracias solicitadas, ya que con toda seguridad la Sede Apostólica no se negará, a extender al Ecuador esa inagotable caridad con la cual, en todos los tiempos, y más particularmente en los nuestros, abraza a todos los pueblos para hacerlos entrar a todos en los esplendores de la fe y la civilización.

Con esta ocasión tengo la satisfacción y el honor de presentar a Vuestra Santidad el respetuoso homenaje de mi veneración y de mis sentimientos personales y la seguridad de que, como Magistrado católico de un pueblo sinceramente católico, no descuidare ningún medio de dar testimonio de mi filial adhesión a la Santa Iglesia Católica y la devoción con la cual, Beatísimo Padre, tengo el honor y la felicidad de ser de Vuestra Santidad.

Hijo muy obediente
(f) A. Flores.

Francisco S. Salazar

Palacio de Gobierno, Quito, a 6 de Octubre de 1888.

A esta carta se adjuntaba el decreto del Congreso de la República excitando al Jefe del Poder Ejecutivo a dirigir al Santo Padre los pedidos formulados en la carta del Presidente. Este Decreto asigna como subvención de cada uno de los tres primeros vicariatos la suma anual de seis mil sucres y para subvención del cuarto, tres mil sucres, igualmente por año.

A continuación la traducción de la respuesta del Soberano Pontífice al Presidente de la República del Ecuador.

Querido Hijo, noble e ilustre Presidente,

Salud y Bendición Apostólica.

Vuestra exquisita piedad y celo en el que ardéis para que la salvable influencia de la religión se extienda cada vez más entre los habitantes del país a la cabeza del cual estáis colocado, brilla con gran resplandor en la carta que nos habéis dirigido en las vísperas de las nonas de Octubre. Esta carta nos ha regocijado grandemente y tanto más cuanto que nos hacía ver que los sentimientos y deseos que en ella se expresaban no eran solamente vuestros, sino también de los miembros de ambas Cámaras. No quedaba pues duda para Nos que contenía la expresión de los sentimientos, voluntad y votos de toda la nación.

Este común deseo de que, por medio de vicariatos apostólicos establecidos en la región del Amazonas, se extienda el Reino de Jesucristo sobre la tierra, no es menos consolador para Nos que meritorio y glorioso para vos. En efecto, da testimonio claro de la vitalidad de la fe que anima al pueblo y prueba que en vos y vuestros auxiliares en el Gobierno, existe una piedad unida a la prudencia, iguales a la gravedad de vuestro cargo y el grado de honor al que habéis sido elevado.

Evidentemente, nada es más digno de cristianos y de jefes de Estado verdaderamente prudente, nada es más útil a la cosa pública que consagra vuestros esfuerzos para que las multitudes de hombres que viven en las vecindades de vuestras ciudades y vuestras plazas, después de sacudir las tinieblas de la ignorancia y despojarse de la rudeza sal-

vaje de su costumbres, sean iluminados por la luz de la doctrina evangélica e iniciados a las costumbres de civilización.

Por ello debéis estar seguro, querido Hijo, noble e ilustre Presidente, que, con forme a Nuestro deber nos hemos tenido muy en cuenta vuestro deseo y que los pedidos contenidos en vuestra carta han sido el objeto de nuestra especial solicitud. Nos hemos encomendado ya a hombres prudentes y escogidos cuyas luces y concurso nos empleamos en asuntos de este género, de estudiar dicho pedimento y buscar el mejor medio de llevarlo a feliz término fácilmente y según las formas requeridas. De esta manera nos tenemos la feliz esperanza de que vuestros deseos serán realizados y que su realización será fecunda en abundantes frutos de salvación.

Aun más, Nos creemos que la recompensa del bien realizado no os faltará, ni al pueblo del que sois el jefe. Estas tribus salvajes y su posteridad, que se habrán despojado, gracias a vos, de su antigua barbarie y con la religión habrán recibido todas las artes de la civilización no dejarán de profesaros una gratitud eterna, e implorarán y obtendrán de Dios el Soberano dispensador de todos los bienes, que seáis recompensado del don excelente que les habréis hecho.

Por ahora, querido Hijo, noble e ilustre Presidente, nos os felicitamos desde el fondo del corazón de haber entrado, por el celo que demostraréis por la religión, en la vía que conduce a la verdadera y sólida gloria y nos tenemos la seguridad de que no os desmentiréis nunca y os mostraréis en todo tiempo hijo sumiso de la Iglesia y su devoto auxiliar. Finalmente como testimonio de Nuestra paterna solicitud. Nos os acordamos afectuosamente, a vos, a las dos Cámaras y a todo el pueblo de que sois el Presidente, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 30 de Enero de 1889, undécimo año de Nuestro Pontificado.

León XIII, Papa

Carta del M. R. P. Magalli al R. P. Director de “L’Annes Dominicaine”.

Baños, paraje antiguamente sin importancia es hoy un extenso pueblo de mil quinientos habitantes. Situado a la entrada misma de la selva virgen, es como el puesto de avanzada de la civilización y una de las puertas que dan acceso a los inmensos territorios habitados por las tribus salvajes. Desde su fundación hasta 1866, Baños no dejó de tener por curas a los Dominicanos. El último cura regular fue el Padre Viteri. En 1866, cuando los Dominicanos abandonaron la Misión de Canelos, entregaron la parroquia al Arzobispo de Quito, la cual por tantos años había tenido a cargo. El nuevo estado de cosas duró hasta el capítulo celebrado en Quito en 1887. Los Padres definidores, habiendo declarado su voluntad de volver a hacerse cargo de la misión entre los Indios, dirigieron una petición al Arzobispo, volviendo a solicitar la parroquia de Baños. Su solicitud fue escuchada y actualmente Baños tiene como párroco al P. Halflants, dominicano belga.

A la sombra de las grandes montañas que la dominan de todos lados, al pie del formidable volcán del Tungurahua, Baños debe su celebridad no tanto a su posición geográfica cuanto a la milagrosa estatua de Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa, que posee su Iglesia Parroquial. Esta imagen es el objeto de un culto secular; se acude a venerarla desde todos los rincones del Ecuador y hasta del Perú.

He aquí su historia:

Durante el siglo pasado, cuando el pueblo acababa de ser fundado por los Dominicanos se encontraba en la Capilla que servía de Iglesia una pequeña Imagen de la Virgen grandemente venerada en la región. Una noche el sacristán vio la santa imagen abandonar el lugar que ocupaba, salir de la Capilla, acompañada de dos jóvenes semejantes a ángeles y colocarse junto a una cascada en el lugar mismo en que fue después construida la Iglesia Parroquial. Habiéndose repetido algunas veces este hecho maravilloso, el Cura y los habitantes acudieron a la Capilla implorando a la Virgen el manifestar claramente su voluntad.

Durante la noche, Nuestra Señora apareció al Padre y le declaró su deseo de que una Iglesia fuese construida en su honor junto a la chorrera, y que los leprosos que se bañaran con viva fe en esta agua serían curados.

Todo se hizo como lo quería la augusta Virgen. Pero cuando se acudió a la antigua capilla para llevar al nuevo templo la imagen milagrosa, esta imagen había desaparecido. Toda la comarca se llenó de desolación, cuando un día apareció, en el mismo sitio en que la Iglesia acababa de ser construida, una mula cargada de una caja. Como nadie supiese a quien pertenecía la mula se la llevó al Padre párroco. Este último, durante dos meses hizo todas las averiguaciones posibles para descubrir al dueño de la mula. No pudiendo lograrlo se decidió a abrir, en presencia de la población, la misteriosa caja. Entonces apareció ante todas las miradas, no la antigua Imagen de la Capilla, sino una Virgen de mayor tamaño, la misma que desde hace más de un siglo es venerada en la Iglesia parroquial, y que se ha mantenido en el mismo estado de conservación que el primer día.

Otra maravilla de Baños es la cascada de la que acabamos de hablar. El agua cae desde una altura de más de sesenta metros. Esta agua es muy fría, mientras que, por extraña anomalía, la vertiente que brota del suelo en el sitio mismo en que cae la chorrera, es tan caliente que es imposible tener en ella la mano sumergida durante algunos instantes. Esta vertiente lleva el nombre de vertiente de la Virgen, y la imagen milagrosa es comúnmente llamada Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa. La estatua tiene un metro de alto. El rostro de la Virgen esta tan lleno de dulzura y de gracia que su sola vista inspira devoción.

Varias veces, las ciudades de la República, bajo el peso de grandes calamidades han reclamado el honor de tener entre sus muros la santa imagen, cuya sola presencia podía poner fin a los males que les aquejaban. Frecuentemente este favor ha sido acordado y son innumerables los bienes que estos pueblos atribuyen a Nuestra Señora del Rosario de Agua Santa.

He aquí entre otros, un hecho que sucedió a uno de los curas dominicanos de Baños. Este padre tenía tanta devoción a la Virgen que nunca dejó de acudir las noches a decir su rosario íntegro ante la Virgen milagrosa. Un día fue llamado para asistir a un enfermo; tuvo que atravesar el Pastaza por un puente que no era otra cosa que un tronco de árbol. La mula en que cabalgaba, no pudiendo aventurarse sobre un puente tan frágil, atravesó el río a nado.

Hasta ahí todo iba bien; pero la confesión fue larga y a la noche cuando volvió al Pastaza, eran las ocho y la oscuridad profunda. Mientras tanto el pueblo estaba en la Iglesia y esperaba al Padre para el rezo del Rosario, cuando de repente el Padre y su cabalgadura se vieron transportados a la plaza del pueblo. La mula había atravesado el puente no se sabe cómo, o mejor, nadie se equivocó y unánimemente el pueblo de Baños atribuyó a la Virgen un hecho naturalmente inexplicable. Cuantos otros rasgos semejantes podríamos citar a la gloria de la Virgen del Rosario de Agua Santa, cuya custodia ha sido confiada nuevamente a la Orden que María no ha dejado de proteger y de llenar de sus misericordias.

Notas

1. El Padre Ignacio de Quesada, en el Memorial antes citado, señala el año de 1624 como fecha de la fundación de Canelos. Documentos importantes publicados hace poco por el Ministerio de Instrucción Pública de España, asignan, por el contrario, el año 1581. Preferimos para nuestro caso los datos de los viejos archivos españoles. Véase: Relaciones geográficas de Indias.- Publícalas el Ministerio de Fomento. Tomo I.-Madrid, tipografía de Manuel Hernández.- Libertad, 16-1881.
2. Para todo lo que se relaciona con los Franciscanos, véase la importante memoria publicada en Madrid en 1653 por el Padre Laureano de la Cruz Montesdeoca. Insítilase: Nuevo descubrimiento del río de Marañón, llamado de las Amazonas, hecho por la religión de San Francisco, año de 1651, siendo Misionero el Padre Fray Laureano de la Cruz y el Padre Fray Juan de Quincores". Este manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (62 páginas en folio). Véase también: "Varones ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador, por el Padre Fray Francisco María Compte". El mismo Padre Laureano de la Cruz, acompañado del Padre Andrés Fernández, intentó penetrar hasta los jíbaros en 1643, pero sin poder permanecer entre ellos .

3. La Misión de Mainas se extendía sobre las dos riberas del Amazonas, remontaba el Napo hasta la embocadura del Coca y el Pastaza hasta Andoas. La residencia principal de los Misioneros estaba en Laguna, sobre la ribera derecha del Marañón. La expulsión de los Jesuitas en 1767 impidió el desarrollo de esta magnífica Misión que no tardó en disminuir. Nada indica mejor la actuación de los religiosos expulsados, que la Memoria redactada en 1785, por el Gobernador de la Provincia de Mainas Intitúlase: "Descripción del Gobierno de Mainas y misiones en él establecidas por el Coronel Don Francisco Requena y Herrera, Gobernador de Mainas, comandante general etc." -Esta memoria fue redactada por orden del rey, como también otras que se conservan en el Archivo de Quito.

INDICE

Presentación	5
El autor	7
Introducción	13
Primera parte: De Quito a Archidona	15
Capítulo I	
De Quito a Papallacta	17
Capítulo II	
Ropa de viaje. La partida	31
Capítulo III	
Como se viaja en la selva virgen	35
Capítulo IV	
En camino a Archidona	45
Capítulo V	
Archidona	55
Capítulo VI	
Los indios. Su parte física y moral	59
Segunda parte: De Archidona a Canelos	77
Capítulo VII	
Misagualli. El Napo	79
Capítulo VIII	
En canoa: Del Napo al Curaray	87

Capítulo IX	
El cacique del Curaray.....	97
Capítulo X	
Los indios del Curaray. Los Záparos Los Agusires.....	103
Capítulo XI	
De Curaray a Canelos	109
Tercera parte: estancia en Canelos. Excursión a Pacayacuy Sarayacu.....	125
Capítulo XII	
Canelos	127
Capítulo XIII	
El capitán Palate.....	139
Capítulo XIV	
Algo de historia y geografía sobre los Canelos y los Jíbaros	145
Capítulo XV	
El capitán Charupe	161
Capítulo XVI	
¿Tienen los indios infieles una religión?	169
Capítulo XVII	
De canelos a Pacayacu. El Bobonaza. Una francesa cuyo nombre merece pasar a la posteridad. Encuentro de Marcelino	175
Capítulo XVIII	
Pacayacu. La caridad, por amor de Dios	199
Capítulo XIX	
El consuelo del misionero en todos sus infortunios	209
Capítulo XX	
Sarayacu. Cómo los muertos turban el sueño de los vivos	217

Capítulo XXI	
Una alegre sorpresa	227
Capítulo XXII	
El día de Corpus en Canelos. El secreto de Marcelino	233
Capítulo XXIII	
Las fiestas de los indios	251
Cuarta parte: De Canelos a Baños. Regreso a Quito	257
Capítulo XXIV	
La partida. La traición	259
Capítulo XXV	
Dos asaltos nocturnos. La pesca milagrosa	273
Capítulo XXVI	
Del Bobonaza al Pastaza.....	285
Capítulo XXVII	
El Pastaza- El Abitahua.....	291
Capítulo XXVIII	
La última etapa - El Topo – Baños	299
Epílogo	307
Indice.....	327